AUTOR MÁS VENDIDO DEL *WALL STREET JOURNAL*

L.T. RYAN

UN THRILLER DE JACK NOBLE

NUNCA LLORES POR MISERICORDIA



NUNCA LLORES POR MISERICORDIA

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LIBRO 10

L.T. RYAN



Copyright © 2016, 2025 por L.T. Ryan. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede copiarse ni reproducirse en ningún formato, por ningún medio, electrónico o de otro tipo, sin el consentimiento previo del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia. Para más información contactar:

contact@ltryan.com

http://LTRyan.com

https://www.facebook.com/JackNobleBooks

ÍNDICE

The Jack Noble Series

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71

Fecha Final: Capítulo 1
Fecha Final: Capítulo 2
Also by L.T. Ryan
Acerca del Autor

THE JACK NOBLE SERIES

El Recluta
El Primer Engaño (Precuela)
Los Comienzos de Noble (Jack Noble #1)
Distancia Mortal (Jack Noble #2)
Línea Borrosa (Jack Noble #3)
Las intenciones de Nobel (Jack Noble #4)
Muerte en Grecia (Jack Noble #5)
Las Retribuciones de Noble (Jack Noble #6)
La Traición de Noble (Jack Noble #7)
Nunca Vuelvas a Casa (Jack Noble #8)
El Juicio de Noble (Jack Noble #9)
Nunca Llores por Misericordia (Jack Noble #10)
Fecha Final (Jack Noble #11)
Fin del Juego (Jack Noble #12)
El Ultimatum de Noble (Jack Noble #13)
La Leyenda de Noble (Jack Noble #1 4)
La Venganza de Noble (Jack Noble #15)

Reciba una copia gratuita de El Recluta. Visita:
https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

CAPÍTULO 1

Perdido.

No hubiera preferido que fuera de otra manera.

Había estado conduciendo durante casi cuatro semanas. Es algo fácil de hacer cuando no hay un destino.

Salí de Florida y continué hacia el norte. Cada kilómetro de distancia entre Mia y yo era algo bueno para ella, mi hermano y su familia. Tuve suerte de que él estuviera dispuesto a acogerla y de que pudieran desaparecer durante unas semanas. Hasta donde yo sabía, todavía estaban fuera del país.

Cada frontera estatal que cruzaba significaba otro recuerdo enterrado. Ohio fue bueno conmigo durante un par de días, las ondulantes colinas de Iowa me adormecieron en un estado de serenidad por un rato. Después, me dirigí al sudoeste y paré en Colorado durante media semana. Montana ocupó la segunda mitad y me refugié en las montañas, calmando mi alma. Desafortunadamente, esa sensación nunca dura.

Y fue ese sentimiento de inquietud el que me llevó al sur otra vez. El Jeep que había cambiado comenzó a tener problemas antes de llegar a Oklahoma, pero, de todos modos, seguí adelante. De ninguna manera planeaba parar en Kansas. El viejo Wrangler finalmente me dejó atrás en una carretera polvorienta en el norte de Texas, no muy lejos de Nuevo México.

El motor se ahogó, escupió humo y luego gimió entre siete dientes apretados. Ninguno de los indicadores del tablero funcionaba, pero no hacía falta ser mecánico para darse cuenta de

que el Jeep estaba muerto. Sabía que estaba en sus últimas un par de cientos de kilómetros atrás, pero pensé que, al menos, podría llegar a Albuquerque.

Estaba equivocado.

Un camión de dieciocho ruedas pasó a toda velocidad, tocando la bocina y levantando una nueva capa de suciedad y mugre que se asentó sobre mí, tiñendo las líneas de sudor de mis antebrazos de un tono marrón oscuro. Parecía ser debido a una inundación repentina que había arrasado el desierto. Observé el remolque, esperando las luces de freno que nunca se encendieron.

Estiré el cuello para mirar en la dirección de la que había venido. Tenía que estar al menos a cincuenta kilómetros de Boise City. Sólo faltaban un par de kilómetros para llegar al último lugar por el que había pasado, pero no había nada allí. Solo un pequeño pueblo con menos de cien habitantes, si acaso.

Así que volví a centrar mi atención en el oeste. El camión de dieciocho ruedas se había alejado a toda velocidad. Tras él, Nuevo México se extendía a unos cuantos kilómetros por la carretera. Tal vez también un pueblo. Todo lo que necesitaba era un mecánico o un concesionario de coches. Podría encontrar otro Jeep.

Me quedé allí de pie, en el asfalto, contemplando la carretera reluciente que tenía delante y pensando en mi siguiente movimiento. El calor me golpeaba por todos lados, desde el asfalto, el cielo y el viento.

Vivir con la miseria que ya conoces o apostar por un futuro incierto. Todos se enfrentan a este dilema en algún momento de sus vidas. La mayoría, más de una vez. Yo me había enfrentado a ese dilema miles de veces. No importaba qué decisión tomara, el resultado era rutinariamente el mismo.

Pero, a menudo, me iba mejor cuando avanzaba a toda velocidad en lugar de seguir mis pasos hacia atrás.

Así que me metí las llaves en el bolsillo, agarré mi bolso y partí hacia Nuevo México.

Una camioneta que parecía haber resistido su cuota de tormentas, con el capó repleto de marcas y la parte delantera y trasera pintadas con colores diferentes, disminuyó la velocidad y se

detuvo entre la carretera y el arcén. No estaba seguro de si duraría mucho más que el Jeep, pero después de treinta minutos al sol y al calor, aceptaría cualquier ayuda que pudiera conseguir.

Los ojos del viejo parecían grandes orbes marrones atrapados tras gruesas paredes de cristal. Los marcos de sus gafas estaban doblados, sujetos con clips y cinta adhesiva. Las líneas de su frente estaban tan profundamente grabadas que contaban las historias de cinco vidas. Se secó una capa de sudor con el dedo índice y lo arrojó por la ventanilla abierta. Las gotas golpearon el espejo lateral y se deslizaron por un camino irregular.

—¿Tienes algún problema, hijo?

Me encogí de hombros y miré hacia atrás al Jeep. —El motor explotó.

Con un gesto de la cabeza, dijo: —¿De por aquí?

—No, señor.

—Bueno, eso probablemente sea algo bueno, pero sobre todo malo.

—¿Por qué?

—Sube— dijo, ignorando mi pregunta.

La vieja camioneta vibraba como si estuviéramos conduciendo por vías de tren. Los humos del diésel llenaban la cabina. El viejo encendió un cigarrillo, dio una calada y luego lo sostuvo entre dos dedos colocados sobre el volante. Me sorprendió que la repentina llamarada no hubiera provocado una explosión. La camioneta, que se movía, mantuvo la ceniza al raz mientras el cigarrillo se consumía. Pasamos un par de autos en la desolada carretera. El viejo se las arregló para asentir y levantar levemente la mano a cada uno. Los automovilistas respondieron de la misma manera, pero sus miradas pasaban de largo y se posaban en mí.

¿Quién es el extraño?, probablemente se preguntaron.

—Más adelante—. Dirigió la punta de su humo hacia la carretera.

Aparté la mirada del paisaje llano y marrón y divisé el pueblo. La carretera llevaba al fondo de un cañón que corría entre una línea de edificios de dos y tres pisos, en lo que supuse, era Main Street, o algún otro nombre de calle común. Todo brillaba, pareciendo enviar hasta el último rastro del calor de Texas de regreso a la atmósfera.

Disminuimos la velocidad a paso de tortuga. El viejo me miró un par de veces. No estaba seguro de si quería decirme algo o si se resistía a llevarme a la ciudad. ¿Y si causaba problemas? Él sería el responsable. Nadie quería eso.

Se detuvo en el arcén y puso la marcha en neutro. El motor diésel gruñó bajo. El viejo cruzó sus curtidas manos sobre su regazo.

Después de un minuto de silencio, dijo: —Esta es la tienda de mi primo a la que nos dirigimos. Me gustaría decirte que te tratará bien, pero estaría mintiendo. Él sabe que estás bastante jodido aquí.

—Siempre puedo comprar algo usado.

—¿Dónde?

—¿No hay ventas de carros aquí?

—No.

—Entonces, en el siguiente pueblo.

—¿Cómo vas a llegar allí?

—Llamaré a un taxi. Tal vez intente con Uber.

—Uba... ¿qué? — Sacudió la cabeza. —Ves, por eso dudo en llevarte a la ciudad.

—Sólo digo que hay opciones.

Rechazó mis sugerencias. —Vamos a entrar y hablar con mi primo. Luego te llevaré de vuelta a mi casa.

—¿Seguro?— pregunté. —Acabas de conocerme.

Se rio entre dientes. —No te preocupes, hijo. No eres mi tipo—. Tocó otro cigarrillo, tiñendo la colilla de marrón por la suciedad, pero lo devolvió al paquete. —Mi esposa y yo tenemos una habitación disponible en la casa. Te quedarás allí hasta que arreglen tu auto. Es mejor que cualquier otra cosa que puedas encontrar en esta vieja y polvorienta ciudad.

—Eso es generoso, pero no necesitas hacerlo.

Levantó una mano para silenciarme. —Escucha, las cosas no están tan bien estos días, y podemos usar todo el karma que podamos conseguir.

No tenía sentido discutir. Acepté encontrarme con su primo y luego regresar a su casa. Una ducha y una buena noche de sueño no vendrían mal. Podría empezar de nuevo por la mañana. Seguro pasaría un camionero que me llevaría a Albuquerque. Al menos allí

podría comprar un cacharro medio decente que pudiera durar unos meses.

Un par de minutos después entramos en un aparcamiento manchado de aceite. El agua llenaba un bache, reflejando un arco iris grasiento. A un lado del aparcamiento había dos surtidores de gasolina antiguos que probablemente no se utilizaban desde los años sesenta, a juzgar por el precio por galón de treinta y tres centavos. Al otro lado, había una grúa vacía de más o menos la misma edad. Probablemente, tampoco servía. Había otros coches de último modelo aparcados cerca.

Una versión más joven, más pesada y menos atractiva del viejo salió de un aparcamiento sombreado. Se secó la cara con un trapo cubierto de grasa, apartándose el pelo gris y castaño de los ojos. Los dos hombres asintieron el uno al otro y luego ambos me miraron. Una sensación familiar me recorrió. Tenía la sensación de que me estaban tendiendo una trampa.

El viejo se bajó de un salto y cruzó el aparcamiento. Él y su primo se quedaron a unos cuantos metros de distancia. No se dieron la mano, solo se saludaron con la cabeza cuando nos detuvimos. Me quedé atrás y observé el encuentro mientras los dos hablaban durante unos minutos. El anciano me hizo un gesto para que me acercara.

—¿Llaves?— preguntó su primo.

Las saqué de mi bolsillo.

—¿Sin sorpresas?— preguntó.

—Ninguna.

—¿Nombre?

—Jack.

—¿Solo Jack?

—Solo Jack.

—Suena bien—. Se dio la vuelta y se dirigió lentamente hacia la grúa.

Supongo que me equivoqué. —Si es el motor, probablemente tardará una semana.

—¿Una semana?— dije.

—Tengo que conseguir piezas, amigo—. No había nada amistoso en su tono. Subió a la camioneta y encendió el motor diésel. Los vapores se me pegaron mientras la nube de humo pasaba.

—¿Listo, Jack?— preguntó el viejo.

—Seguro, ¿por qué no?

—Oye— dijo después de que nos sentáramos en la camioneta. —¿Quieres saber mi nombre?

—No.

CAPÍTULO 2

El anciano se abrió paso entre montones de escombros apilados en el aparcamiento trasero que nos llevaron a un callejón estrecho. Estábamos cubiertos de madera desgastada y ladrillos de décadas de antigüedad a ambos lados. Los edificios tenían peor aspecto allí atrás. Cualquier esfuerzo que los habitantes del pueblo hubieran puesto en mantenerlos a lo largo de los años, claramente se detenía después de la fachada frontal. La mitad de las estructuras parecían estar a punto de derrumbarse.

Unas pocas cuadras más adelante, giró a la derecha en una calle bastante transitada, al menos para los estándares de un pueblo pequeño. Un par de ancianos estaban sentados fuera de una peluquería. Una mujer joven empujaba un cochecito en la amplia acera, las ruedas aplastaban la maleza y la hierba que crecía a través de las grietas. Había otras personas caminando, paradas, holgazaneando. No podía haber muchos trabajos disponibles en un lugar como este. No era como si estuviera cerca de nada. Tenían que estar en el comercio minorista, la escuela o la agricultura. El resto estaba sin trabajo, supuse.

—Hay un buen bistec ahí— dijo el viejo, señalando un edificio cuadrado de un verde descolorido con un cartel que decía BAR. —Pero no te metas con nadie. No querrás llamar la atención de algunos de los lugareños de esta zona.

Asentí con la cabeza y no dije nada. Evitaba llamar la atención lo mejor que podía. Sin embargo, normalmente se las arreglaba para encontrarme. Sabía que eso sería parte del problema de estar

atrapado en este pueblo. También, era la razón por la que no tenía intención de quedarme más allá de una noche. Iría al bar, comería un bistec, un par de cervezas, dormiría bien y encontraría la manera de salir de allí a la mañana siguiente.

Un minuto más tarde, el viejo redujo la velocidad de la camioneta y los neumáticos crujieron contra el bordillo. Todo crujió cuando pisó el freno de emergencia un par de segundos antes de tiempo.

Lo seguí hasta la casa desgastada. El césped llevaba meses sin ser cortado. El revestimiento de madera encalada parecía como si alguien lo hubiera lijado con papel de lija de grano grueso. Estaba arqueado en algunos lugares y colgado en otros. Había bloques de cemento donde antes había habido escalones del porche. La puerta mosquitera cantó una canción hueca cuando el viejo la abrió, añorando un recuerdo de hace cuarenta años.

Se detuvo allí y empujó con el hombro la puerta principal. Empujó varias veces antes de que se abriera con un crujido.

Después de entrar, se hizo a un lado y me hizo un gesto para que entrara en la cocina. Dicen que cuanto más tiempo estás con alguien, más te pareces a esa persona. Era cierto en esta casa. Una mujer mayor y delgada, que podría haber sido su gemela, estaba de pie de espaldas a la estufa. Las llamas se elevaban alrededor del fondo de una olla pequeña en la que el agua retumbaba mientras hervía. La mujer me miró con el ceño fruncido, pero logró sonreír y asentir levemente.

—Jack—, dijo el anciano, —esta es mi esposa Ingrid.

Cruzó la habitación con una gracia que desmentía su edad. Imaginé que, en algún momento, había sido bailarina, tal vez de ballet o de salón. Aunque, si se había criado en esta ciudad, las probabilidades de que eso sucediera eran escasas. Agarré su mano extendida y le di un suave apretón. Si hubiera sido más, habría roto sus delicados dedos.

—Herbie no te causó muchos problemas, ¿verdad? — Su sonrisa se ensanchó, parecía genuina.

—No, señora— dije. —Lo que sea que estés cocinando allí, se lo ganó.

—El auto de Jack se averió a unos pocos kilómetros de la ciudad — dijo Herbie. —Se quedará con nosotros mientras mi primo lo arregla.

Los dos intercambiaron una larga mirada antes de que Ingrid apagara el quemador y luego se volviera hacia el pasillo. La mirada decía mucho sobre sus sentimientos hacia el primo. O, tal vez, sobre mi presencia allí.

—Prepararé la habitación de invitados— dijo.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué un fajo de billetes. —No te preocupes. Te pagaré por las molestias.

—Ni lo pienses— dijo Herbie, apartando mi mano. Pero Ingrid se detuvo en la barandilla, miró hacia nosotros y asintió.

Me guardé el dinero en el bolsillo por un momento. Ambos sabían que lo necesitaban. Se lo daría a Ingrid más tarde. Herbie, como muchos hombres, dejaba que el orgullo se interpusiera en el camino de la ayuda. Diablos, yo era reacio a aceptar su ayuda. Quería una noche de sueño decente, eso era todo.

Pasaron unos minutos en silencio. Herbie y yo intercambiamos un par de miradas. Ingrid regresó y se llevó el silencio incomodo de la habitación. Me llevó arriba y me mostró dónde dormiría. Era básico, con una cama, tocador y mesita de noche. La ventana daba al oeste. Nada sobresalía.

Justo era lo que yo quería.

—¿Puedo prepararte un sándwich o una taza de café?

—No, gracias señora. Creo que me voy a acostar un rato.

Un par de minutos se convirtieron en dos horas. Me desperté con la luz del sol que se desvanecía atravesando una rendija entre las cortinas. Me quedé allí tendido unos momentos. Escuché las voces elevadas de la pareja de ancianos mientras iban y venían. Sus palabras eran apagadas, pero su tono era agudo. Salí de la cama cuando la discusión se calmó, bajé las escaleras y los encontré en la cocina. Él estaba sentado a la mesa y ella estaba de pie en el mismo lugar donde la había conocido por primera vez. Evitaban mirarse el uno al otro y a mí.

—Si no les importa, creo que voy a ir a ver esa cena de bistec que me recomendaste, Herbie.

Él asintió sin apartar la mirada del mismo punto del suelo en el que había estado centrada desde que entré en la cocina.

Ingrid extendió la mano y dijo: —Creo que es una buena idea. Simplemente no te metas en problemas. Hay gente desagradable que frecuenta ese bar.

Yo imaginé que también diría eso de la mayoría de los bares.

Sonreí, asentí, abrí la puerta de un tirón y salí al aire más fresco de la noche. El olor a carbón quemado persistía. El humo se elevaba por encima de una valla vecina. Las voces y las risas de niños y adultos subían y bajaban en marcado contraste con la tensión que había detrás de mí.

Pensé en el comentario de Ingrid sobre los clientes del bar. Herbie había compartido un sentimiento similar conmigo. Ahora bien, podría haber sido que estos ancianos formaran parte de la vieja guardia de la comunidad. Los últimos que creen en y tienen ciertos valores. Tenían creencias específicas. Y, cualquiera que pensara o actuara de otra manera, era un tipo desagradable de persona. No tenía sentido pensar demasiado sobre eso. De todos modos, me haría una idea del lugar a los cinco segundos de entrar.

Me encontré en Main Street, que se había ralentizado en comparación con unas horas atrás. Había algunas personas afuera y pasaron un par de vehículos, pero la sensación ahora era tenue.

Eso cambiaría.

Un auto medio se detuvo a mi lado disminuyendo la velocidad unos momentos antes, quedándose un poco atrás, siguiéndome. No me había molestado en darme la vuelta y ver quién era. Y no dejé de caminar cuando dos pares de botas tocaron el suelo y un tipo dijo: —¿Quién diablos eres tú?

CAPÍTULO 3

—Oye, gilipollas—. El asfalto suelto crujió bajo sus botas. —Te estoy hablando a ti.

Oí el débil parloteo de un escáner de la policía. Pero pensé que algunos lugareños estaban tratando de fastidiarme. Resultó ser peor.

Era la policía local.

—Detente donde estás— dijo el tipo. —Levanta las manos y date la vuelta lentamente.

Consideré la posibilidad de rechazar su pedido, pero ya tenía una cama para pasar la noche, y seguro que era más cómoda que un catre en una celda de la cárcel. Levanté las manos a la altura de los hombros y me volví para ver a dos hombres mirándome, con las manos en sus pistolas enfundadas. Parecían copias el uno del otro, separados por unos veinte años. Cabello rubio o castaño claro, narices largas y estrechas, gafas similares de montura redonda y labios tan finos que parecía que no tenían. No podía leer los nombres en sus etiquetas, pero no tenía dudas de que coincidían. Esta era una salida de padre e hijo, sin duda.

—¿Quién eres y qué haces en Texline?— preguntó el hombre mayor.

—Nadie— dije. —Y sólo estoy de paso.

—¿Tienes identificación?— Su mirada siguió mi mano mientras buscaba mi billetera.

—Tranquilo, amigo.

Se acercaron mientras recuperaba la identificación falsa. Era una que nunca había usado antes. Una identidad creada sin que nadie

del gobierno lo supiera.

—Jack Smith— dijo el policía mayor, —de la ciudad de Nueva York—. Hizo una pausa deliberadamente entre cada palabra.

La identidad era lo más básica que pude hacer. Un nombre con miles de coincidencias. Varios cientos solo en Nueva York. Una vez que alguien determinara que la dirección era falsa, perderían días tratando de averiguar a qué Jack Smith estaban buscando. Y, si reducían demasiado las posibilidades, simplemente diría que me llamo John en lugar de Jack.

—Te lo voy a preguntar de nuevo— dijo. —¿Qué diablos estás haciendo en mi ciudad?

—Te lo voy a decir de nuevo— dije. —Sólo estoy de paso. Mi Jeep se averió. Un tipo mayor se ofreció a ayudarme, a alojarme mientras su primo lo arregla en su taller.

Los dos agentes intercambiaron una mirada y asintieron. Tal vez revisan el garaje de vez en cuando, vieron mi Jeep y le hicieron un par de preguntas al primo de Herbie. El tipo mayor me devolvió mi identificación.

—No se meta en problemas, señor Smith, y aquí le irá bien—. Comenzó a regresar al coche patrulla, se detuvo y se volvió hacia mí. —Créame, no querrá mezclarse con los lugareños de por aquí. Ven a un chico de ciudad como usted y empiezan a pensar que pueden aprovecharse, si sabe a qué me refiero.

—Creo que sí. Y no quiero problemas mientras esté aquí. Voy a estar dos días y luego me iré.

Había recorrido media cuadra antes de que las puertas del coche finalmente se cerraran. El motor aceleró y los faros delanteros pasaron a mi lado, primero fijos, luego girando a la izquierda y desapareciendo. El estruendo del V-8 se fue apagando a medida que avanzaban en dirección contraria. Continué, en dirección contraria al viento. Pasé por unas dos docenas de tiendas y edificios antes de llegar a mi destino.

El letrero de neón descolorido del bar zumbaba como una mosca doméstica borracha, apagándose cada pocos segundos. A través de la ventana vi que había un par de mesas ocupadas. Una barra vacía se extendía a lo largo del establecimiento. Una corriente de aire

caliente, saturado de cervezas y hamburguesas, me inundó cuando abrí la pesada puerta. Los clientes de ambas mesas se reposicionaron para ver quién había entrado. La pareja de mediana edad de la mesa más cercana me pasó por alto con poco interés y volvió a su conversación. Dos tipos grandes con aspecto de motociclistas no lo hicieron. Sus miradas me siguieron mientras cruzaba la habitación. El que me daba la espalda se volvió hacia su amigo, que asintió.

Esperaba una confrontación, pero en lugar de eso los dos centraron su atención en sus hamburguesas.

Me senté en el extremo de la barra, donde no había nada que me impidiera escapar. El espejo a lo largo de la pared me dejaba ver la barra completa, y los grifos de cerveza me protegían parcialmente de esa misma vista.

La puerta batiente en el otro extremo de la barra se abrió de golpe. Un hombre mayor, con la cabeza calva y una espesa barba entrecana, salió de la cocina y se dirigió hacia mí. Con los ojos entrecerrados, me evaluó. Tal vez determinó que yo era una amenaza, porque se detuvo a dos metros de distancia y me preguntó qué quería. Pedí una pinta de cerveza negra Revolver y un chuletón poco hecho. Él asintió, sirvió mi cerveza y luego desapareció en la cocina nuevamente.

La habitación estaba en silencio. No había conversaciones. No había tintineo de cubiertos contra los platos, ni el suave golpe de tazas al golpear la mesa. Solo el leve zumbido de los ventiladores de techo. Mantuve el reflejo de los motociclistas en mi periferia, anticipando que uno o ambos se acercarían en algún momento. El tipo que estaba de frente a mí me miró un par de veces, cubriéndose la boca con la mano en un intento velado de ocultar el hecho de que estaba hablando de mí. Sin embargo, permanecieron sentados y los consideré una amenaza controlada. Por ahora.

La puerta de la cocina se abrió y el tipo grande apareció con mi filete. Disminuyó la velocidad a mitad de camino, inhaló el aroma de la carne chamuscada y luego colocó el plato frente a mí. Era un corte saludable, muy veteado, reposando en un charco de jugos.

—¿Necesitas un poco de A1? — preguntó.

—Lo condimentaste, ¿verdad?

—Vamos, ¿vas a insultarme así? Esto no es Oklahoma, hombre. Por supuesto que lo condimenté. Con mi propio aliño. Es la mejor maldita receta de Texas.

Corté el filete y corté un trozo mitad carne, mitad grasa. Lo sostuve frente a mi boca. —Entonces, ¿por qué me preguntaste si quería salsa?

Se rio entre dientes y dijo: —Porque pareces un chico de ciudad —. Se volvió hacia la cocina. —Solo grita si necesitas algo.

No pensé que lo haría. Tenía una cerveza, un bistec y un lugar tranquilo para comer.

El único problema, era que los otros clientes tenían planes de perturbar la serenidad.

CAPÍTULO 4

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

Jack Noble estaba de pie en el porche delantero viendo cómo el sol descendía tras los árboles. El aire estaba cargado de humedad. Una capa de sudor cubría su frente. Detrás de él, su hermano Sean y su hermana Molly se reían de un chiste que habían hecho sobre él. Habían nacido con dos años de diferencia. Molly en el 72, Sean en el 74 y Jack en el 76. Por eso, todos los chistes se hacían a su costa y poco podía hacer al respecto.

—El hecho de que mamá y papá no estén cerca no significa que ustedes dos puedan meterse conmigo—, dijo Jack.

—Ni hablar—. Sean se levantó y lanzó un puñetazo en dirección a Jack. Jack fingió un zurdazo y contraatacó con un gancho de derecha que alcanzó a Sean en el estómago. Al mayor de los Noble no le gustó eso y tres segundos después tenía a Jack inmovilizado contra la barandilla.

—Muy bien, ustedes dos—, dijo Molly. —Los enviaré a sus habitaciones.

—¿Y luego qué? — dijo Sean. —¿Vas a llamar a Mike para que venga?

Los chicos siguieron el comentario con sonidos de besos. A los doce años, Jack solo había tenido una novia en el sentido más básico de la palabra, y un beso real era algo que aún no había experimentado. Tampoco le importaba. Según Sean, eso cambiaría pronto.

Molly desapareció por unos momentos. Los chicos se quedaron en silencio, ambos concentrados en el sol poniente y el caleidoscopio de rayos que se filtraban a través de las ramas y las hojas. Era una escena que habían visto cientos, si no miles de veces. La casa había sido la única que habían conocido. Era su santuario, un lugar donde nunca había sucedido ningún daño a la familia. No es que estuvieran libres del dolor y la negatividad del mundo. Esas cosas ocurrían fuera de los muros y más allá de los límites de la propiedad. Y

bastante lejos de Crystal River, Florida. Su padre lidiaba con el mundo para que ellos no tuvieran que hacerlo.

—¿Life, Monopoly o Clue?— preguntó Molly. —Jack, tú eliges.

—Monopoly— dijo Jack.

—No volverás a llorar cuando te arruine, ¿verdad?— dijo Sean.

—Pruébame— dijo Jack.

Los hermanos mayores se rieron mientras Molly preparaba el tablero de juego y distribuía el dinero.

—¿Qué vamos a hacer mañana?— preguntó Jack.

—Ir de pesca— dijo Sean. —Será un buen día. Papá dijo que podemos salir en bote siempre que nos quedemos en los canales.

—Iré— dijo Molly.

—¿En serio?— preguntó Jack. Habían pasado un par de años desde que su hermana se había unido para un día de pesca. Prácticamente, desde que comenzó a salir con Mike en su primer año de secundaria.

—Sí, ¿por qué no? Tengo que averiguar qué están haciendo realmente mis hermanitos, y sé que tus secretos más íntimos salen a la luz mientras pescan.

—Lo que sea— dijo Sean. —No van a averiguar nada sobre mí.

—Ya lo sé, Seanny-boy— dijo ella con un guiño. —Ya lo sé.

—No sabes una mierda— dijo él.

Jack y Molly compartieron una sonrisa.

—Pequeño imbécil —dijo Sean—. ¿Qué le dijiste?

Jack se encogió de hombros, pasó la señal de salida en el tablero y dijo: —Págame mis doscientos dólares.

Un golpe resonó por toda la casa y hasta el porche trasero. Los tres se detuvieron, miraron a su alrededor y esperaron.

BANG-BANG-BANG.

—¿Quién crees que es?— preguntó Jack.

—Probablemente la tía Jackie viene a ver cómo estamos— dijo Molly. —¿Ella tocaría la puerta?— preguntó Sean.

Molly se encogió de hombros. —Iré a ver.

CAPÍTULO 5

Los dos tipos con aspecto de motociclistas se levantaron y cruzaron la habitación. El más bajo de los dos tenía más o menos mi altura, pero me llevaba al menos veinticinco kilos. Lucía gordo, sobre todo. El otro tipo, me llevaba siete o diez centímetros más, era delgado como una asta de bandera y tenía brazos largos y esbeltos. De frente, ninguno parecía estar armado. Pero el espejo sólo contaba la mitad de la historia.

Corté el filete y me metí otro bocado en la boca, tragándolo con un trago de cerveza negra que formó espuma en la parte superior cuando dejé el vaso en la barra.

Uno de los tipos se aclaró la garganta.

Hice girar el taburete ciento ochenta grados.

La pareja estaba a más de un metro de distancia, con los brazos tatuados cruzados sobre el pecho, la cabeza ladeada y la expresión endurecida en sus rostros, como un par de luchadores haciendo una sesión de fotos promocional antes de una pelea en jaula. Si eso era lo mejor que podían hacer para intimidarme, sería una noche fácil para mí. —¿Puedo ayudarles en algo? —, pregunté.

—Nos preguntábamos lo mismo— dijo el tipo con aspecto de asta de bandera.

—Me las arreglo bien por mi cuenta—. Le di una patada al suelo y me volví hacia la barra. El asta de bandera extendió la mano y me agarró el hombro con sus dedos huesudos. Detuve mi impulso y me volví hacia ellos.

Se quedaron en la misma posición, el flaco un poco más cerca que antes. Ninguno habló.

—Sólo estoy de paso— dije. —No quiero problemas. No los necesito, francamente. Pero si los problemas vienen a buscarme, estoy listo.

Mis palabras debieron haberle dado una inyección de adrenalina al tipo corpulento porque su respiración se aceleró y su rostro se oscureció. Se preparó para atacar. Pero no fue él quien lo hizo.

El tipo flaco se lanzó hacia adelante, moviéndose más rápido de lo que pensé que podría. Me agarró el cuello con una mano mientras levantaba la otra. Mantuvo el puño allí. Gran error. Debería haber atacado cuando tuvo la oportunidad. Ahora todo lo que necesitaba era que se balanceara y perdiera el equilibrio.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y ambos hombres desviaron la mirada hacia el otro extremo de la sala, a lo largo de la barra.

—Linus—, dijo una mujer. —Quítale la maldita mano de encima. Lo digo en serio. Ambos, vuelvan a sus mesas.

El tipo flaco, Linus, me soltó, quitándome la mano de encima antes de retroceder unos pasos y, finalmente, regresar a su asiento. Su compañero corpulento ya había encontrado el camino hacia su mesa. Mi mirada rebotó entre la pareja, esperando ver si alguno decidía desafiar a la mujer.

¿Y quién era esta mujer? Ella ordenó a los dos hombres, que fácilmente sumaban doscientos cincuenta kilos, como si fueran sus hijos. Se encogieron en su esquina sin decir una palabra a cambio.

Me volví para mirarla, esperando ver a alguien que igualara en estatura y posiblemente en apariencia a mi antiguo compañero Oso.

Pero no fue así.

Se parecía a alguien que había conocido años antes. Una mujer que había estado en mi vida por un breve período de tiempo, pero que dejó un gran impacto. Un cráter del que no había logrado salir del todo.

Sin embargo, no era una réplica exacta. La cara, los ojos, la forma y el tamaño de su cuerpo eran como los recordaba. Pero el

pelo no era el adecuado. Demasiado corto. Demasiado moderno. Demasiado rubio.

La mujer estaba de pie con el borde de la puerta pegado a su espalda. El humo de la parrilla se filtraba a través de ella. Su mirada estaba fija en mí. Sus labios permanecían separados, como si se hubiera quedado atascada en medio de la respiración. ¿Había dejado de respirar?

Se abrió paso por la barra, con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada. Una docena de recuerdos inundaron mi mente mientras recordaba la intrincada red de secretos que nos unió la primera vez.

Se detuvo frente a mí y se echó el pelo corto hacia atrás.

No había ninguna duda sobre su identidad cuando la miré a los ojos.

—Reese—, dije en voz baja.

Conocí a Reese McSweeny hace varios años, cuando un trabajo que Frank Skinner me había dado se puso patas arriba en todos los sentidos imaginables. Reese era detective de homicidios de la policía de Nueva York, pero su historia era mucho más profunda que la de una policía. Un hermano adoptivo convertido en agente del SOG. Un marido convertido en partidario de los terroristas. Al final, todas las fuerzas se fusionaron en un enfrentamiento final y ella se vio obligada a entrar en protección de testigos. A menudo me había preguntado qué había sido de ella. Nunca imaginé que terminaría trabajando en un bar de mala muerte en medio de la nada.

Se inclinó hacia mí. Su boca estaba a centímetros de distancia. La mezcla de humo de la parrilla y su loción corporal me hizo la boca agua y me ardía la cara de deseo.

—Jack—, susurró. —No me llames así. Aquí todos me conocen como Billie.

—Billie, ¿eh? ¿Te dieron un apellido?

Ella empezó a responder, pero sus ojos se desviaron hacia su derecha, hacia Linus y su compañero. —No podemos hablar así ahora. Van a sospechar. ¿Puedes quedarte un rato?

—Tengo toda la noche.

Y tal vez mañana también. Era bueno que tuviera un lugar donde quedarme y ningún auto para salir de la ciudad.

Su mano rozó la mía. —Hablaremos cuando este lugar este solo.

Mientras se alejaba, Linus gritó: —¿Qué demonios, Billie? ¿Conoces a este tipo?

—Cállate de una vez, Linus.

La puerta de la cocina se cerró detrás de ella y la barra quedó en silencio. No tuve que mirar en el espejo para saber que Linus y su amigo me estaban mirando fijamente. Tal vez, sabiendo que algo estaba a punto de suceder, el tipo calvo salió de la cocina y, con un ligero gesto de la cabeza hacia mí, se sentó en el otro extremo de la barra. No hizo ningún movimiento para ocultar su pistola enfundada.

Entonces, observé a los dos hombres en el espejo. El tipo corpulento se inclinó y le dijo algo a Linus. Todo lo que pude ver fue la parte posterior de su cabeza. El hombre flaco asintió a su compañero. Linus dejó caer un fajo de billetes arrugados sobre la mesa, luego ambos hombres se levantaron y se dirigieron hacia la puerta. Se detuvieron detrás de mí, unos pocos metros más atrás que antes. Uno de ellos estaba bastante podrido, su olor corporal abrumaba cualquier otro olor en el lugar. ¿Cómo me lo había perdido antes?

Debió ser el filete. Ahora que mi corte se había enfriado, no desprendía el mismo aroma.

Estos no eran tipos comunes. Me percibían como una amenaza y sentían que tenían que tomar posición antes de que yo hiciera un movimiento. Eso me decía que estaban involucrados en algo y que no querían para nada que yo me involucrara.

¿Drogas? ¿Una red de ladrones? ¿Pastoreo de personas a través de la frontera?

Podría ser cualquier cosa, aunque la elección de la ubicación para sus operaciones dejaba mucho que desear. Una cosa que sí ofrecía era una sensación de anonimato. No en la ciudad, por supuesto. Diablos, este era el tipo de lugar donde todos se conocían. Estoy seguro de que, en cierto modo, se sentían más seguros por eso. Eran los cabrones del pueblo. Nadie se metería con ellos. Y lo que es más importante, nadie hablaría. Y, en el panorama general, nadie fuera del pequeño pueblo sabría quiénes eran.

—Eso es todo—, gritó el tipo calvo. Se había movido en el taburete, dejando que su mano derecha colgara libremente sobre la culata de su pistola. El otro brazo había desaparecido detrás de su gran cuerpo. Supuse que tenía un bate o una palanca o una tubería colgando de esa mano. Solo denle una razón, imbéciles.

Linus levantó las manos en señal de burla y salió furioso del bar con su compañero justo detrás de él. Sabía que esa no sería la última vez que me los encontraría.

CAPÍTULO 6

El bar tardó dos horas en vaciarse. Entraron unos cuantos locales más, solos o en parejas. No importaba. Todos se conocían. Tomaron un par de cervezas, una hamburguesa y luego siguieron su camino. Nadie le prestó mucha atención al extraño en el bar. No eran el tipo de personas a las que les importaría. No los amenacé ni a ellos ni a sus operaciones en la ciudad.

Reese saltó entre la cocina, el bar y las mesas. Hizo lo posible por ignorarme. Yo hice lo mismo. No tenía sentido llamar más la atención. Aun así, hubo varios momentos en los que nuestras miradas se cruzaron y se quedaron un par de segundos de más.

Después de que el último cliente se fue, el tipo calvo se acercó a mí. —Me voy. ¿Estarás bien si aparecen esos tipos?

Asentí. —No serán un problema.

—Puede que no, pero no quieres ascender en la cadena de mando más allá de ellos. Las cosas se complican a ese nivel—. Miró por la ventana durante unos segundos y se rascó la barba. —Puedes pedirle a Billie que te cuente los detalles si quieres saber más. Necesito mantener mi maldita boca cerrada.

Traté de no pensar demasiado en lo que dijo. Los dos tipos no eran un problema. Pero, quienquiera que trabajara para ellos, podría serlo. Mi mejor curso de acción era evitarlos a todos. Hablar con Reese para tener una idea de cuál era el nivel de amenaza en la ciudad y pasar un par de días con ella.

Luego, seguir adelante.

El plan perfecto. O, al menos, podía convencerme de que lo era.

El tipo calvo apagó las luces del bar al salir, sumergiendo el área en una gran sombra. Hizo que fuera más fácil ver lo que estaba sucediendo en la calle afuera. Que no era mucho. El área parecía desierta. Una luz parpadeante arrojaba un baño amarillo sobre la calle y la acera cada cinco segundos.

—La gente va a preguntar cómo me conoces.

No había escuchado a Reese salir de la cocina. Buscó debajo de la barra y sacó dos botellas. Me entregó una.

—¿El tipo grande preguntó? — pregunté.

—Sabe que tengo un pasado—. Ella tomó un largo trago de la botella, tragó fuerte y exhaló contra el ardor de la carbonatación. — Y que no me gusta hablar de eso. Probablemente asumió que eras alguien a quien conocía antes de venir aquí. No es asunto suyo. Es del tipo de personas que piensas que cuanto menos sepa, mejor.

—¿Tiene antecedentes? — Ella asintió y no dijo nada. No tenía que hacerlo. Podía decir por su comportamiento que había cruzado los caminos en los que yo vivía.

—He pensado en ti a lo largo de los años—, dije. —Normalmente no hago eso. Una vez que alguien sale de mi vida, se va.

Se concentró en la tapa de la botella que hacía girar entre sus dedos. —No salí, Jack. Me obligaron a salir.

—Siempre me pregunté, ya sabes, dónde estábamos parados. Nunca llegamos a hablar de eso. ¿Cuánto de eso fue solo un acto?

Alineó nuestras botellas entre nosotros y una sonrisa permaneció en sus labios mientras contemplaba la pregunta.

—No tienes que responder a eso— dije.

—No puedo responder a eso— dijo ella. —Ya no soy esa mujer. Esta... experiencia... me ha cambiado. Tampoco sé si es para mejor.

—Siempre serás esa mujer—. Extendí la mano. Su mano se sentía fría bajo la mía. —Ningún lugar, trabajo o vida forzada puede cambiar quién eres.

—Crees eso, pero la realidad pinta un cuadro muy diferente—. Se llevó la mano al pecho y la cubrió con la otra. —Ya no me conoces, Jack. Y la detective Reese McSweeney bien podría estar muerta. Quiero decir, así es como pienso en ella. Ahora soy Billie Weddle. ¿Entiendes?

No dije nada. Habían pasado tantos años; ambos éramos personas diferentes. Dios, me habían tendido una trampa casi todas las personas en las que tenía fe y confianza, en algún nivel. Todo en mi mundo había sido arrancado de debajo de mis pies. ¿Por qué si no, estaba viajando solo por el país?

Mi tiempo con Reese había sido breve, pero intenso. En muchos sentidos. Tal vez por eso el sentimiento persistía, y ahora salía tan a la superficie.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? — preguntó después de unos minutos de silencio.

—De paso.

—¿En serio? — Su mirada se desvió hacia la puerta por un segundo. —¿No te enviaron aquí por *alguna* razón?

Me tomé un momento para imaginar cómo era la vida para ella ahora. Atrapada aquí en este único lugar, siempre mirando por encima del hombro, sorprendida por las sombras. Nunca capaz de bajar la guardia porque en el momento en que lo hiciera, algún idiota como yo aparecería e intentaría quitarle la vida.

—No hay razón—, dije. —No estoy trabajando. Ya no trabajo para nadie. En realidad, solo estaba de paso. El maldito Jeep se me estropeó.

—¿Lo estas?

—Tenía pensado irme por la mañana, pero estoy pensando en extender el viaje unos días más. Parece que este pequeño pueblo tiene un par de lugares que me gustaría ver.

Sonrió, se inclinó hacia delante y tomó su cerveza.

—Entonces, ¿cuál es la historia con esos motociclistas?— pregunté.

La sonrisa de Reese se desvaneció y sus cejas y la piel de su rostro se tensaron mientras sus labios se afinaban. —Un par de lugareños, eso es todo.

—Lugareños, ¿eh? Seguro que parecían asustados de ti.

Miró hacia la calle y luego a mí con una mirada intensa.

—Saben que no voy a aguantar ninguna de sus tonterías.

—¿Por qué parece que estás dejando mucho afuera de esta historia?

—Mira, Jack. Cuanto menos sepas, mejor. Este no es un pueblo pequeño normal. Aquí pasan cosas. Y alguien que está de paso no tiene por qué hacer de lo que ocurre en Texline su asunto. ¿Entiendes?

—Tal vez me debería ir por la mañana—. Deslicé mi botella vacía por la barra hacia ella.

—Tal vez deberías—. La arrojó a la basura sin mirar con un tiro perfecto. La botella se estrelló contra las otras.

Sus ojos y la expresión de su rostro no delataban nada. No había perdido la capacidad de poner trabas a alguien. Yo era un sospechoso al que se disponía a interrogar. No importaba si sabía sin lugar a duda que yo era inocente, me obligaría a confesar o sacaría de mí toda la información que pudiera.

—Tranquila, detective— dije.

Ella puso los ojos en blanco y dio un paso atrás mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. —Mira, yo no te pedí que vinieras aquí. Lo hiciste por tu cuenta. Me encantaría que te quedaras unos días para que te reencontraras con la gente y todo eso. Pero tienes que dejarlo así. No te involucres en esta ciudad y en lo que está pasando. Si lo haces, puede que no salgas de aquí.

—No te preocupes, Reese. Mis días de involucrarme se acabaron.

—Billie— dijo. —Tienes que empezar a llamarme Billie. Si alguien te escucha usando mi antiguo nombre, podría causar problemas. Todo lo que se necesita es que un idiota haga una pregunta o un comentario a la persona equivocada aquí.

—Bien, entonces, Billie, no tienes que preocuparte de que cause un problema. Mientras ellos no se interpongan en mi camino, yo no me meto en el de ellos. Ya terminé de resolver los problemas de los demás. De involucrarme y ver morir a todos y todo lo que significaba algo para mí. Terminé con esa vida. Simplemente conduciré por ahí hasta que se disipe el humo, buscaré a mi hija y me estableceré en la costa o en una isla.

—¿Hija?

Asentí, sonreí, saqué una foto arrugada de mi bolsillo y se la entregué.

—Es hermosa— dijo, trazando la imagen de la niña. —¿Cómo se llama?

—Mia.

—¿Dónde está?

—Mejor no lo digo. Nunca se sabe lo que podría pasar.

Arqueó una ceja y se encogió de hombros. —Estoy segura de que su madre la está cuidando bien.

—Solo si la está cuidando desde una nube.

—Oh—. Reese parecía desconcertada. —Lo siento, no lo sabía.

—¿Cómo podrías? Pasó hace poco. Nos habíamos reencontrado —. Reese acercó su mejilla derecha y la mordisqueó.

—No fue así— dije. Lo intentamos, pero ya no era así. Así que seguimos siendo amigos y yo me volví parte activa de sus vidas. Fue un gran error. Sé que así la encontraron. Yo soy la razón por la que está muerta y Mia está escondida.

La conversación giró hacia la vida diaria de Reese y luego se apagó. Bebimos otra cerveza cada uno y salimos juntos a la noche fresca y nublada. Reese estaba preparada y se puso una sudadera de los Yankees.

—Puedo sacar a la chica de Nueva York— dijo con un guiño.

—Un equipo horrible— dije.

Puso los ojos en blanco y cerró la puerta con llave.

Salimos de Main Street y caminamos unas cuadras en la oscuridad.

—¿Tienes un lugar donde quedarte?— preguntó.

—A unas cuadras de distancia— dije. —Una pareja de ancianos me acogió. Herbie me encontró varado en la carretera.

Reese sonrió. —¿Conociste a Ingrid y Herbie? Fueron los primeros en darme la bienvenida. Me consiguieron el trabajo en el bar. El primo de Herbie es el dueño.

—Además de la tienda y el bar, ¿qué más tiene su primo?

Se rio. —Un primo diferente. Además, es un pueblo pequeño, Jack. Tienes ese tipo de superposición en un lugar como este. Diablos, creo que su familia construyó la mayor parte de todos modos.

Nos detuvimos en la entrada lateral de la casa. Las nubes se habían abierto y la luna brillaba, reflejándose en los ojos de Reese. Me acerqué a ella, tomé su mano en la mía. Ella me acompañó por un momento y luego se apartó. —Aquí no, Jack— dijo. —Mira, pasaré por la mañana.

—¿Estás bien aquí sola?

Se apartó, frunciendo el ceño y levantando los puños como un boxeador. —¿Crees que ya no puedo cuidar de mí misma?

Levanté las manos y me disculpé.

—Si te hace sentir mejor— dijo, dándose la vuelta y extendiendo el brazo, —mira en esa dirección y espera a que una luz parpadee tres veces en unos cinco minutos. Esa será mi señal para que sepas que estoy en casa a salvo.

Así que me quedé de pie en la desgastada entrada, mirando a Reese desvanecerse en la oscuridad. Unos minutos después, una luz se encendió, se apagó y se repitió dos veces más.

—Buenas noches, McSweeney.

CAPÍTULO 7

El día siguiente empezó dos horas antes de lo que esperaba. Un matiz anaranjado cubría el horizonte. Bajé las escaleras y encontré a Ingrid trabajando en la cocina, dándome la espalda. Había empezado a preparar café unos momentos antes. Las primeras gotas salpicaron el fondo de la cafetera cuando entré. Poco después, el aroma de la infusión saturó la habitación. La vieja luz fluorescente arrojaba una penumbra amarillenta sobre la habitación. Había al menos dos docenas de cucarachas muertas esparcidas por la lámpara.

Crucé la cocina en silencio, con la intención de atravesar la puerta antes de que Ingrid me notara. Pero cuando mi mano golpeó el pomo, me dijo que no había forma de que me dejara salir de la casa sin una taza de café y un desayuno decente.

No tenía que detenerme, pero, demonios, la mujer se había ofrecido a alojarme durante unos días. Lo menos que podía hacer era dejar que me ofreciera algo de su comida casera. Entonces me senté a la mesa y esperé mientras ella me preparaba un plato de tocino, huevos y papas fritas. Primero rompí las yemas y luego remojé todo en ellas. De todos los desayunos que había tenido, este se ubicó entre los diez mejores, fácilmente.

La comida resultó ser un asunto tranquilo. No hablamos hasta que dejé el tenedor. Ingrid se sentó frente a mí, sorbiendo su café y mordisqueando una loncha de tocino. Sonreía de vez en cuando y agarraba mi taza cuando estaba casi vacía.

Enjuagué mi plato y mi taza y los dejé en el fregadero donde había un par de platos más apilados.

—¿Volverás para la cena? —, preguntó.

—No se preocupe por mí, señora—, dije, saliendo de la casa.

El aire afuera olía dulce. A madreselva, tal vez. El cielo estaba un poco más claro ahora. Segundos después de cerrar la puerta, un coro de pájaros rompió el silencio. Exploré calles y callejones durante los siguientes noventa minutos hasta que casi había dado la vuelta completa y me encontré acercándome a la ventana que había visto iluminarse tres veces la noche anterior. Estaba en el nivel superior de un garaje de dos pisos. Una de las puertas estaba levantada, revelando un Dodge Challenger negro restaurado de principios de los años 70.

Vi a Reese a un costado con un par de tijeras en una mano y una manguera en la otra. Llevaba una camisa a cuadros azul y un par de pantalones cortos de mezclilla que cubrían muy poco más allá de su trasero. Soltó la manguera y comenzó a atacar un arbusto astuto.

—Bonito auto—, dije.

Se dio la vuelta, con las tijeras extendidas, lista para arremeter. Los primeros cuatro botones de su camisa estaban desabrochados. Deslizó su mano debajo de ella, se cubrió el corazón, se dio unas palmaditas y luego se secó la frente.

—Jesús, Jack. Podría haberte matado.

—Demasiada distancia. Hay tres metros entre nosotros. Nunca me alcanzarías.

—¿Estás dispuesto a apostar dinero por esa afirmación? Cien dólares a que borro esa sonrisa de tu cara.

La evalué. Sus brazos y piernas eran delgados y musculosos. Habían sido creados para la resistencia, pero mostraban un toque de poder. Era engañoso, eso es seguro. Se había mantenido en muy buena forma. Diablos, podría haber estado en mejor forma que cuando la conocí. La vida de un detective no siempre era fácil para la cintura.

—Creo que pasaré. Esta vez, al menos.

Sonrió, dejó caer las tijeras y caminó hacia mí, deteniéndose lo suficientemente cerca para que pudiera oler su loción corporal.

—¿Qué te trae hasta aquí?

Señalé el garaje con la barbilla.

—El auto, obviamente. ¿Te importaría llevarme a dar una vuelta?

Miró por encima del hombro mientras se secaba las manos con un pañuelo rojo.

—Puede que sea un poco demasiado para ti.

—Probablemente tengas razón. ¿Dónde lo encontraste?

—Lo rescaté de un granero que estaba a punto de caerse con una fuerte ráfaga de viento. Una anciana me lo vendió por 500 dólares.

—Parece que te aprovechaste de ella—. Reese negó con la cabeza. Levantó la mirada y se desvió hacia mí. —Era el orgullo y la alegría de su hijo. Había ahorrado durante toda la secundaria para conseguir ese auto. Planeaba restaurarlo. Tal vez para mostrarlo. Un mes después de comprarlo, se unió al ejército. Planeaba enviar dinero a casa para ayudar a su mamá. Estaba en las Fuerzas Especiales. Pero un día se fue a una misión y no regresó. Ella lo había conservado todos esos años, pero cuando su vida se estaba acabando, decidió separarse de él. Dijo que no era por el dinero, que solo quería a alguien que terminara lo que su hijo no pudo.

No dije nada mientras Reese se detenía y respiraba profundamente. La historia de la mujer la había impresionado.

A mí también.

—De todos modos, pasé los últimos cuatro años restaurándolo. Todavía queda un poco por hacer—. Me dio un revés en el estómago y me tomó por sorpresa. —Me voy a cambiar y luego daremos ese paseo.

Encontré una mecedora desgastada al costado del garaje. Era fea, pero resistente. Pasé la mano por el asiento y el respaldo, asegurándome de que no hubiera ninguna astilla de madera sorpresiva. Llevé la silla a la entrada y me senté de cara al sol. El calor de la mañana atravesaba la suave brisa, insinuando lo que vendría más tarde en el día, cuando comenzara la humedad.

—Si supieras los bichos que viven en esa cosa, no te sentarías en ella.

Reese bajó la escalera con una sonrisa.

—Me he sentado en cosas peores— dije. —Diablos, piensa en algunas de las personas que se han sentado en ese taburete que usé anoche.

Ella resopló, se cubrió la cara por un momento. Su sonrisa se mantuvo durante unos segundos más y luego se desvaneció mientras miraba hacia la calle. Me di vuelta para contemplar la vista y vi una imagen familiar. El reflejo del sol en el parabrisas del coche patrulla dificultaba saber si había uno o dos agentes sentados en el interior. Dudaba que el dúo padre-hijo del turno de noche anterior estuviera en la calle antes de las siete de la mañana.

Parecía que estaba a punto de hacer un nuevo amigo.

—¿Esto es algo de lo que preocuparse? —, pregunté.

—Probablemente no—, dijo Reese. —Pero nunca se sabe con estos policías de pueblo.

La patrulla pasó a través de la sombra de un gran roble. El resplandor se disipó y, a través del parabrisas, vi a un caballero mayor. Parecía tener entre cincuenta y tantos y sesenta y pocos años. Detuvo el vehículo a seis metros de distancia. El motor zumbó un poco más alto mientras estaba en ralentí. El hombre se subió las gafas de sol por encima de su pelo plateado mientras salía del coche. Era tan alto como yo. De complexión similar, pero desgastado por la edad. Su rostro era delgado, anguloso y marcado, con una ligera flacidez debajo de la barbilla.

—Buenos días, Billie— dijo con su mirada fija en mí.

—Vernon— dijo ella. —¿Cómo van las cosas?

EL HOMBRE CAMINABA CON UNA NOTABLE COJERA EN SU LADO DERECHO, aunque eso no lo detuvo. Pasó a mi lado, mirándome de arriba abajo. Incluso cuando estábamos hombro con hombro, me tenía en la mira. Me giré cuando pasó y vi que su mano se dirigía a su pistola. Su palma descansaba allí con los dedos relajados. Estaba listo para sacarla.

—Escuché que tuviste un pequeño problema en el bar anoche— dijo Vernon, girando la cabeza lo suficiente hacia un lado para verme

de reojo.

Reese descartó su sugerencia.

—No es diferente a cualquier otra noche. Ya sabes cómo se ponen esos idiotas a veces. Tienen que demostrarle al mundo que son los cabrones de la ciudad.

—Estoy consciente de eso, de hecho. Pero lo que me dijeron tenía más que ver con un extraño. De hecho, un par de mis hombres se encontraron con un extraño ayer por la tarde, y resulta que encajaba con la descripción del tipo del bar.

Reese se enderezó y echó los hombros hacia atrás.

—No tuve problemas con un extraño anoche.

—Bueno, eso es lo que me da curiosidad. Verás, lo que me dijeron en el bar fue que conocías a este tipo bastante bien. Así que, sí, la descripción de un extraño podría no decirte mucho. Entonces me puse a pensar y me dije a mí mismo: no hay forma de que Billie traiga a un provocador a mi ciudad. No se atrevería a invitar a alguien que llegaría a causar problemas aquí.

—No estoy aquí para causar problemas— dije. —Soy el primo de Billie. Me llamo Jack Smith. Tus hombres deberían haberte podido decir eso. Revisaron mi identificación.

Respiró profundamente, asimilando lo que había dicho y luego me ignoró. —Billie, ¿no dijiste que no tenías familia?

—Ninguna familia inmediata— dijo. —No he hablado con mi tía en más de veinte años. Fue sólo a través de la persistencia que Jack logró encontrarme.

Vernon se quedó quieto e inmóvil durante varios segundos. ¿Estaba pensando en su siguiente movimiento? ¿Otra línea de preguntas? ¿Jugando a ver si uno de nosotros parpadeaba primero?

La mirada de Reese permaneció fija en el hombre. Ella apenas parpadeó. Finalmente, se pasó la mano por la nuca y se rascó los pequeños mechones de pelo gris que le caían por debajo de la camisa. Se dio la vuelta y me miró fijamente mientras pasaba.

—Simplemente mantenga la cabeza baja, señor Smith. Puede que este sea un pueblito pintoresco, pero hay muchos lugares por aquí donde un tipo de ciudad como usted podría meterse en grandes problemas.

CAPÍTULO 8

Después de que Vernon se fue, Reese pensó que era mejor que no fuéramos a dar un paseo. Su visita sin previo aviso la había dejado un poco inquieta. Sin embarago, no estaba visiblemente conmocionada y no indagó demasiado en lo que la molestaba. Imaginé que lo último que quería era que alguien comenzara a buscar información sobre ella. Me dijo que lo habían hecho cuando llegó a la ciudad y que habían estado lo suficientemente cerca de descubrir su identidad como para que ella hubiera considerado huir y abandonar por completo el programa de protección de testigos.

A lo largo de los años, habían seguido tratándola como una forastera, pero con un giro interesante. Vernon había captado las habilidades detectivescas de Reese. Tejió una historia y la atribuyó a su paso por el ejército como policía militar. Una mentira, pero construida como parte de su pasado por el FBI. Incluso había archivos que indicaban que Roberta "Billie" Weddle había servido durante ocho años después de la escuela secundaria.

Eso fue todo lo que los federales acertaron. Dejarla en un pueblito donde destacaba fue el error más tonto que pudieron cometer. Naturalmente, supuse que también habían hecho mal casi todo lo demás.

Reese me dio indicaciones para llegar a una farmacia donde podía comprar un teléfono desechable para usar mientras estaba en la ciudad. Compré a regañadientes el dispositivo más tonto que tenían después de pasar varias semanas sin un celular. El descanso había sido agradable, pero sabía que no duraría para siempre. Y en

algún momento tendría que pensar en encontrar a Sean. No podía dejar a Mia con él para siempre.

Desde la farmacia me dirigí al garaje del primo de Herbie para ver cómo estaba el Jeep. Resultó ser una visita en vano. El lugar estaba cerrado, no había ni un alma a la vista. Limpié un poco de suciedad de una ventana y miré adentro. El piso estaba manchado de negro con aceite y mugre y había herramientas esparcidas por todas partes. Vi un par de pilas desiguales de neumáticos en una esquina que parecía que se caerían si una de las puertas se cerraba demasiado fuerte. El lugar tenía cuatro ascensores, todos en uso. El Jeep estaba colgado en uno de ellos. Al menos el trabajo estaba en marcha.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, hombre?

Aparté la cara de la ventana y vi el reflejo de dos hombres altos. Parecían estar al menos a tres metros de distancia, así que me tomé unos segundos antes de darme la vuelta. Una vez que los enfrenté, me di cuenta de que eran los tipos que Reese había puesto en su lugar en el bar.

—Aparentemente estoy buscando idiotas—, dije. —Y es mi día de suerte, ya que ustedes dos son los más grandes que he visto en mucho tiempo.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante unos segundos, presumiblemente sin saber si los habían insultado o elogiado. Entonces el tipo corpulento se abalanzó sobre mí. Si hubiera estado a unos metros de distancia, podría haber tenido una oportunidad. Pero a tres metros y a su velocidad reducida, tuve mucho tiempo para reaccionar y redirigir su energía. Y había acumulado mucha.

El tipo gruñó y se inclinó hacia delante, con la cabeza gacha y los brazos hacia atrás, listo para atropellarme.

Me hice a un lado, desviando su brazo superior con una mano mientras usaba la otra contra la parte posterior de su cabeza para que siguiera avanzando. Pensé que se estrellaría contra la puerta como un torpedo, tal vez rompiendo una sección de ella. En cambio, tropezó con sus propios pies y cayó de frente contra el asfalto. Gritó mientras su piel raspaba contra la superficie áspera.

No me quedé parado a mirarlo revolcarse en el suelo.

El tipo flaco se acercó. Parecía aún más alto sin el otro al lado. Se mantuvo tranquilo y cauteloso, acercándose a mí desde un costado con las manos levantadas defensivamente.

Me posicioné de manera que ambos hombres permanecieran visibles. El tipo grande aún no había logrado ponerse de rodillas. Se impulsó hacia arriba, pero sus brazos temblorosos colapsaron bajo su peso, lo que lo hizo caer y golpear su mejilla contra el suelo.

—Te espera un mundo de odio, amigo—, dijo el tipo flaco.

—Linus, ¿verdad?— pregunté, recordando su nombre.

No dijo nada y se metió el brazo detrás de la espalda.

—Les dije a ambos que no quería problemas. Sin embargo, aquí están—. Me opuse a sus pasos, abriéndome paso. —¿Son tan estúpidos o alguien los envió a seguirme?

Linus hizo un gesto con el brazo y un cuchillo bowie brilló a la luz del sol. Su actitud tranquila se disipó y se cargó contra mí como lo había hecho su pesado amigo.

¿Había sido algo que yo había dicho?

Había visto cómo reaccionaba ante su amigo. Si hubiera tenido algún entrenamiento, Linus habría anticipado que yo reaccionaría de la misma manera ante su avance. Así que cambié las cosas, fingí un movimiento hacia la derecha, me volví a centrar y lo enfrenté de frente. Él mordió el anzuelo. Lo había dejado como a un defensor desprevenido. Cuando Linus llegó a mí, estaba torcido por la cintura de una manera que impedía que su largo brazo me alcanzara. Su débil intento de cortarme con el cuchillo fue respondido con una patada en el plexo solar.

Linus cayó con fuerza sobre sus manos y rodillas. El cuchillo que se había soltado chocando con el asfalto y se deslizó hacia mí. Le di una patada, que lo hizo rodar por el aparcamiento y se detuvo en un trozo de hierba a unos diez metros de distancia. Se puso de pie a duras penas y le di un puntapié en el costado al hombre que lo hizo desparramar.

Los dos estaban tumbados a unos pocos metros el uno del otro, Linus de costado y su pesado amigo boca arriba. El tipo corpulento se protegió los ojos con la mano. Le corrían hilos de sangre por la cara y caían a un lado.

—Entonces, ¿ustedes dos son simplemente estúpidos? —, dije. — ¿O lo suficientemente estúpidos como para seguir las instrucciones de alguien?

Linus murmuró algo, pero no tenía sentido. Es difícil hablar sin oxígeno en los pulmones.

En ese momento, una pequeña multitud se había reunido al otro lado de la calle. No pasaría mucho tiempo antes de que apareciera Vernon o uno de sus hombres.

Entonces sería un pueblerino contra un vagabundo. No hacía falta tener muchos antecedentes en la policía para ver cómo acabaría todo.

—Ustedes dos deberían pensar en irse de aquí antes de que acabe con ustedes.

Linus abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Su mirada se desvió hacia la calle. El rugido bajo de un motor diésel se elevó por encima del murmullo de la multitud. Di unos pasos hacia atrás y seguí la mirada del hombre. Una GMC vieja entró en el estacionamiento y se detuvo no muy lejos de nosotros. La única persona en la camioneta era el tipo que la conducía. Parecía tener unos sesenta años que estaba en forma, realmente, en buena forma.

Miré más allá de la camioneta, al otro lado de la calle. Mientras la multitud se dispersaba algunos miraban al hombre mayor mientras se alejaban.

El hombre se quedó detrás de la puerta abierta del conductor durante diez o quince segundos, manteniendo sus manos fuera de la vista y su mirada en mí. No había ningún lugar cerca donde pudiera esconderme. Un callejón estrecho que atravesaba la tienda y el edificio de al lado. Podía cubrir el terreno rápidamente, pero no lo suficientemente rápido para evitar que el tipo me disparara.

¿Me daría? No tenía idea de su nivel de habilidad y no iba a arriesgar mi vida para demostrar que no podía.

La puerta de la camioneta se cerró de golpe. El hombre se tomó su tiempo para rodear la parte delantera del vehículo. Cuando salió, tenía las manos vacías. Pero eso no significaba nada. Un arma era bastante fácil de ocultar. Se tomó su tiempo para acercarse a mí,

lanzando rápidas miradas de disgusto a los dos hombres en el suelo, pero sin perder de vista su enfoque.

—¿Están bien los dos? —, gritó.

Ambos hombres se esforzaron por responder.

El tipo se detuvo a medio camino entre la camioneta y yo. Forzó una sonrisa.

Extendió las manos a los costados.

—Debo estar mirando al extraño.

—Depende de a quién le pregunte.

—Bueno, nunca te había visto en la ciudad. Y estos tipos no lo habían hecho hasta anoche—. Tomó un camino circular hacia ellos para mantenerme en su mira. El tipo corpulento logró levantarse sin ayuda. El hombre mayor se arrodilló junto a Linus durante unos segundos y le susurró algo. Luego, él y el tipo corpulento ayudaron a Linus a ponerse de pie.

Retrocedí hacia la calle, aunque no ofrecía mucha protección o seguridad. Aun así, era mejor que estar acorralado contra el garaje si aparecía otro grupo de hombres.

El hombre mayor caminó hacia mí. —¿Te importaría decirme qué pasó aquí, extraño?

—¿Por qué no les preguntas?

Dio dos pasos más, se detuvo y miró hacia atrás. No tuve que ver su rostro para saber la mirada que les dirigió. Linus y el tipo corpulento miraron hacia otro lado, avergonzados de haber sido golpeados por un hombre. El hombre mayor se volvió hacia mí nuevamente.

—No estoy seguro de cuánto tiempo planeas estar en la ciudad— dijo, —pero te recomiendo que cumplas tu condena rápidamente y en silencio.

—El problema es que los problemas parecen encontrarme sin importar lo que haga. Así que tal vez deberías decirles a tus hombres que se alejen. Especialmente si valoran sus dientes.

El hombre mayor extendió su manocon el dedo índice apuntando hacia el cielo como si me estuviera advirtiendo. —No dejes que me vuelva a encontrar contigo, extraño.

CAPÍTULO 9

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

Jack jugueteaba con sus fajos de billetes del Monopoly mientras mantenía su atención centrada en el pasillo que conducía a la puerta principal. La inquietud, como la humedad, lo envolvía. Sólo esa sensación penetraba en sus entrañas. Miró a Sean y vio que su hermano estaba observando tranquilamente el sol hundirse en el horizonte.

No hay de qué preocuparse, pensó.

Siempre había sido un niño ansioso. Los deportes y la actividad en general le ayudaban a aliviar los sentimientos de inquietud que lo acosaban. Pero no se sentía bien que alguien tocara a la puerta mientras sus padres estaban fuera. Eso le generaba una ola de emociones negativas. Sentía que algo iba a pasar, pero no estaba seguro de qué.

—Relájate— dijo Sean, aparentemente captando la ansiedad de su hermano pequeño. —Es sólo alguien que nos está controlando. Ya sabes cómo es mamá. Diablos, tú heredaste ese nerviosismo de ella.

La cerradura hizo clic, la manija giró y el pestillo cedió con otro sonido de clic. La puerta crujió sobre aquellas viejas bisagras que su padre siempre decía que engrasaría pero nunca lo hizo. Casi se había convertido en un juego entre sus padres, una forma en que su padre le daba a su madre un poco más de angustia.

El pecho de Jack se apretó. Él, se obligó a tomar aire por la nariz, tratando de no hacerlo demasiado obvio. Le molestaba cuando Sean se daba cuenta de su ansiedad y eso solo empeoraba sus ataques. Pero sus pulmones ardían por la falta de aire y tuvo que tomar una bocanada, atrayendo la mirada de su hermano.

—Tranquilízate, Jack—. Las palabras tenían la intención de consolarlo, pero Jack también vio preocupación en los ojos de Sean. El pánico era inminente y no había mucho que Jack pudiera hacer más que aguantar.

Luego, sintió que Sammy rozaba sus piernas con su cola golpeando la silla. La pastora australiana lo miró, aparentemente sonriendo. Jack se agachó y agarró un puñado de su melena y su mano se deslizó por su espalda. Ella siempre estaba allí cuando ocurrían sus ataques. Él pensó que ella tenía una forma de sentirlo.

—¿Hola? — La voz de Molly flotó por la casa. Pasó un momento. —Oh, hola. Sí, creo que sí.

—¿Ves? — Sean se inclinó y le dio un golpecito en el pecho a Jack. —No hay de qué preocuparse.

Jack respiró profundamente por primera vez en lo que parecían horas, pero, en realidad, solo habían sido segundos.

No había de qué preocuparse. Solo era alguien que conocíamos, o alguien que vendía algo. Nada de qué preocuparse.

Notó un rastro de colonia que persistía después de que Sean se apartó. ¿Cuándo empezó eso? Jack volvió a concentrarse en su dinero del Monopoly, ordenando las pilas de billetes de uno, cinco, diez y cien. Esta vez ganaría. Lo sabía.

—Ni hablar—, dijo Sean.

—Deja de leer mi mente—, dijo Jack.

Sean solo se rio. Siempre sabía lo que Jack estaba pensando. Lo cabreaba muchísimo.

—¿Qué está tardando tanto? — Sean estiró el cuello para echar un vistazo al pasillo. Su sonrisa se desvaneció y, en un momento, su actitud pasó de calmada y relajada a estar listo para correr o pelear.

Sucedió tan rápido que Jack no pudo decir si Sean reaccionó primero o si escuchó a Molly gritarles.

—¡Chicos, corran!

Sus palabras resonaron por todo el pasillo, en el porche y en el patio que oscurecía.

CAPÍTULO 10

Me fui de la escena antes de que Linus y su compañero pudieran reagruparse e intentar hacer las paces con su jefe. O lo que fuera que iban a hacer. La única conclusión obvia que podía sacar era que tenía algún poder sobre ellos. En qué medida, no tenía idea. Tenía sentido dada la advertencia de Reese de que la ciudad no era lo que parecía.

Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, no quería ser parte de ello. Iba en contra de mi nueva filosofía de dejar que todos los demás se equivocaran sin mi intervención. Diablos, había hecho un buen trabajo manteniendo la cabeza baja hasta que esos dos idiotas intentaron eliminarme. ¿Y por qué? ¿Porque Reese los había humillado frente a mí la noche anterior? ¿Por qué demonios le respondieron de esa manera? ¿Cómo era más aterradora que yo?

Había pasado mucho tiempo desde mi primer encuentro con Reese. Entonces, supe que la habían puesto en protección de testigos. ¿Seguía en el programa? Según todos los indicios, el programa no es de los mejores. Tal vez lo había dejado atrás y había comenzado una nueva vida aquí. El bar podría ser una fachada y tal vez ella era más de lo que yo sabía. Los puso en su lugar porque sabía que yo era el tipo de persona que podía causarles problemas a todos. Era mejor dejarme cumplir mi condena en la ciudad que permitirme descubrir en qué estaban involucrados. Especulaciones. Todo eso.

Y valdría la pena hablarlo con Reese más tarde.

Navegué por la cuadrícula de calles de la ciudad y encontré el camino de regreso a la casa. El olor a tocino en la cocina no se había desvanecido. Llamé a la pareja, pero nadie respondió. Había una nota en la nevera que me decía que habían salido por el día y que me sirviera lo que quisiera. Preparé un sándwich y me senté a la mesa, repasando el encuentro con los hombres en el garaje.

Mi instinto me decía que los dos idiotas no habían atacado por su propia cuenta. Alguien hizo correr la voz de que querían sacudirme. ¿Y quién mejor para hacerlo que los matones de la ciudad? Solo que no habían tenido en cuenta mis habilidades y antecedentes. Tampoco lo había hecho quien les había ordenado atacar.

Tenía sentido, especialmente, teniendo en cuenta el momento en que apareció el señor mayor. Parecía como si la terrible experiencia hubiera sido planeada al minuto. Para cuando el hombre mayor hubiera llegado, yo ya habría estado golpeado bastante fuerte, pero no muerto. Al menos, si las cosas hubieran ido como ellos querían. Tal vez por eso se mostró más a la defensiva de lo que indicaban su estatura y las reacciones de los habitantes del pueblo.

No estaba preparado para la escena que encontró.

No estaba preparado para que yo pudiera defenderme por mí mismo.

Había algo en el tipo que destacaba. Irradiaba confianza. Era obvio en la forma en que se comportaba. Claramente, estaba acostumbrado al respeto de todos. Era el hombre que dirigía el espectáculo. Y no tenía en cuenta que yo fuera una espina en sus planes porque no estaba acostumbrado a que nadie fuera una espina en sus planes. Si estaba dispuesto a golpear a un extraño sin ninguna razón más que asustarlo, ¿qué haría ahora que nos habíamos convertido en conocidos?

También me recordaba a alguien. Alguien a quien podía identificar y alguien que no. En esos minutos, ese viejo era una mezcla de prácticamente todos los oficiales militares con los que me había topado. No necesariamente por sus palabras, sino por su presencia. Sin embargo, la sensación era más íntima que eso. Podría haber sido una persona real de mi pasado. Tal vez algún alto mando

al que cabreé en mi camino a través de los Marines, o durante mis primeros años con los federales.

Dejé de pensar en eso para permitir a mi subconsciente trabajar en ello.

¿Qué les había hecho a sus hombres después de que no lograron detenerme?

Pensé que la paliza que recibieron era castigo suficiente, pero si este tipo tenía los antecedentes que pensaba, quizá lo que hice era solo el comienzo.

Terminé mi sándwich, me lavé y me dirigí hacia la puerta trasera. Cuando agarré el pomo, escuché un llanto débil.

—¿Ingrid?

CAPÍTULO 11

Ella estaba sentada en el viejo sillón reclinable de color verde oscuro, con las rodillas dobladas hacia el pecho. Tenía los ojos, las mejillas y la nariz enrojecidas. Me quedé en la puerta unos momentos, esperando a que levantara la vista. Solo sollozó más fuerte cuando me vio allí de pie.

—¿Qué pasa? —, pregunté. —¿Herbie está bien? —. Ella asintió y me despidió haciendo un gesto con un pañuelo arrugado colgando de sus dedos.

—Está bien, Jack. No tiene nada que ver con él.

Dudé unos momentos, decidiendo si presionarla o no. Solo estaba de paso por la ciudad. Era casi como si tuviera que recordarme a mí mismo ese hecho. No tenía ninguna razón para involucrarme con nadie ni en ninguna situación.

¿Eso aplicaba a Reese? Una pregunta más difícil de responder.

—¿Qué está pasando? —, pregunté.

—Es solo que... — Ella miró fijamente el techo de yeso por un momento. Las crestas del patrón de remolinos se destacaban en la luz que entraba por la ventana. —Las cosas aquí no son lo que parecen.

—Eso dicen todos—. Crucé la habitación, me arrodillé para que estuviéramos a la altura de los ojos y coloqué las manos en los brazos del sillón reclinable. —¿Qué no es lo que parece?

Bajó la cabeza y la mirada. —Realmente no puedo decirlo.

—Ese es el tema del día.

—Sólo estoy preocupada—. Se cubrió los ojos con el pañuelo por un momento. —Por mi familia. Por la gente de este pueblo. Diablos, por el pueblo en sí. No es lo que era antes y temo que nunca vuelva a ser lo mismo. Los jóvenes harían bien en irse de este lugar con el estado en que se encuentra ahora. De todos modos, aquí no hay nada para ellos. Definitivamente no es como hace cuarenta años. Los trabajos se han ido. Las drogas han tomado el control.

Pensé en Linus y su corpulento homólogo, y en el hombre mayor que había aparecido después de que me encargara de los idiotas. ¿Eran todos parte del tráfico de drogas en Texline? ¿También estaban involucrados los policías?

Los ojos de Ingrid se llenaron de lágrimas de nuevo mientras su respiración se aceleraba y su rostro se sonrojaba.

—No deberías estar aquí, Jack. En primer lugar, no sé por qué Herbie te trajo a nuestra casa. No necesitamos la atención extra de esos hombres.

Quizás pensó que consideraría empacar mi bolso en ese momento e irme.

—Ingrid, ¿qué atención extra? ¿Qué hombres? ¿Alguien te ha amenazado? — Me moví para mirarla a los ojos. —Mira, puede que les tengas miedo, pero yo no. Creen que soy un chico de ciudad sin la capacidad de cuidar de mí mismo, y eso no podría estar más lejos de la verdad. Dices que las cosas aquí no son lo que parecen. Yo tampoco. Si alguien te está amenazando, dímelo. Yo me encargaré—.

Ingrid no dijo nada.

—Está bien, es obvio que mi presencia aquí les está causando algunos problemas—. Solté el sillón reclinable y me puse de pie. —Me voy a ir de tu...

—No, ni lo pienses—. Se sonó la nariz mientras se levantaba frente a mí. Luego, guardó el pañuelo en un bolsillo del vestido. —Todo esto comenzó mucho antes de que llegaras. Y continuará mucho después de que te hayas ido. Te ofrecimos nuestro hogar, y eres bienvenido aquí tanto tiempo como lo necesites. Además, nuestros problemas no tienen nada que ver con que estés aquí.

—Acabas de decir que no debería estar aquí.

Miró hacia otro lado mientras sus ojos se llenaban de lágrimas de nuevo. Luego, su postura cambió. Desplazó los hombros hacia atrás e infló el pecho. Parecía desafiante. Ingrid y Herbie operaban de manera diferente a la mayoría. Tenían un código moral, y su palabra era su vínculo. Uno irrompible. Me habían ofrecido ayuda, y capearían la tormenta sin importar lo mucho que empeoraran las condiciones. Incluso si eso significaba sus hogares o sus vidas.

Esa era una cruz que no quería sobre mis hombros.

—Gracias por tu hospitalidad, Ingrid. Prometo no ser una carga durante el resto de mi estadía.

No tenía intención de que durara más de un par de horas más.

Ingrid forzó una sonrisa, pero no dijo nada.

Me di la vuelta, atravesé la cocina y salí por la puerta trasera. Decidí ir a ver a Reese de nuevo, preguntar si había algún otro lugar donde pudiera quedarme. Tal vez algún lugar donde pudiera esconderme y pasar desapercibido durante un par de días, ya sea en la ciudad o cerca. Había tomado una decisión. Tenía que salir de su casa.

Apenas llegué a la acera cuando la patrulla de Vernon dobló la esquina. Encendió la luz estroboscópica durante un ciclo y luego redujo la velocidad del vehículo. La ventanilla del lado del conductor bajó lentamente, gimiendo mientras bajaba. Una gruesa capa de suciedad cubría el burlete exterior. Vernon apoyó el codo en la cornisa y dejó caer la mano a un lado con sus dedos rozando la puerta.

—Jack.

—Vernon.

Su mirada pasó de largo y se posó en la casa.

—Quizás quieras que miren esa ventana—, dije. —Odiaría que se quedara atascada durante una de esas repentinas tormentas de granizo de Texas.

Vernon asintió. —Aprecio la preocupación.

Me quedé allí un momento, esperando a que me interrogara. Pero no dijo nada. Su mirada se movía de izquierda a derecha, deteniéndose en mí a veces y pasando por encima de mí otras veces.

—¿Qué quieres?

Se encogió de hombros. No respondió.

—¿He hecho algo?

—¿Aparte de aparecer, causar una escena en un bar, golpear a dos de nuestros vecinos y poner nerviosa a Billie?

Me encogí de hombros de vuelta. No le respondí.

Abrió la puerta, salió y se detuvo a unos metros de mí. —Oye, Jack. No tengo nada contra ti. Esos dos imbéciles siempre están causando problemas. Sé que los empezaron contigo en el bar y de nuevo en el aparcamiento. La gente te apoyó y lo dijo. La mayoría de las veces no lo hacen. ¿Entiendes lo que digo?

—No— dije. —¿Por qué? ¿Por qué me apoyaron esta vez?

Vernon entreabrió los labios. Respiró profundamente y contuvo el aliento durante un segundo. Luego, silbó mientras exhalaba. —Bueno, eso es complicado. Si vienes de una gran ciudad, probablemente no entiendas mucho la política de los pueblos pequeños. Especialmente en un lugar como este, un estado como este. Demonios, ¿acaso la mayoría de ustedes no piensa en Texas como en otro país?

No me molesté en decirle que crecí en un pueblo pequeño. Y fue él quien sacó a relucir los chismes de los lugareños. Después, trató de darle vueltas al asunto.

—Vernon, ¿por qué los habitantes de aquí no hablan cuando esos idiotas hacen algo? ¿Tiene algo que ver con ese tipo mayor que apareció en la camioneta?

Miró hacia otro lado. Su silencio lo decía todo.

—¿Quién es él? — pregunté.

—Si pudiera conseguirte un coche de alquiler mañana por la mañana, ¿te irías? Estoy hablando de pagarlo todo para que puedas llegar a Albuquerque, donde podrás decidir cuál es tu próximo paso.

—Con gusto lo haría. Pero no respondiste a mi pregunta.

Jugueteó con su pistolera por un segundo mientras miraba al suelo. Captó mi mirada de reojo. Lo último que quería era delatar algo a través del lenguaje corporal.

Demasiado tarde.

—Te encontraré por la mañana después de que tenga ese auto aquí. Te sacaremos de la ciudad.

—¿Qué pasa con mi Jeep?

Vernon se rio entre dientes. —Eso no se va a arreglar. ¿Todavía no te has dado cuenta?

CAPÍTULO 12

Vernon corrió por la calle como si estuviera persiguiendo un coche de huida. Probablemente no había muchas oportunidades para ese tipo de acción en Texline, así que, ¿por qué no conducir como un loco por las carreteras secundarias de la ciudad?

Después de que el polvo se asentara, caminé en la misma dirección.

Había dicho tan poco, pero tanto. Sin embargo, todo era indescifrable. Como todo lo demás que había oído desde que llegué. Llegué a la conclusión de que Vernon y sus hombres no estaban a cargo. De todas las personas que había conocido y de todo lo que había visto, todas las señales apuntaban al tipo mayor de la camioneta GMC. O tal vez a su jefe, si tenía uno.

—No lo pienses demasiado, Jack—, murmuré para mí mismo. Mañana tendría un auto. ¿Por qué no tomarlo?

Al mirar hacia arriba, vi la razón por la que había rechazado el coche de alquiler. Reese estaba de pie frente a una ventana, con el teléfono en la oreja. Su otro brazo, cruzado sobre sus pechos, estaba metido debajo del codo opuesto. No parecía que me hubiera visto cuando me dirigí al garaje.

Me abrió la puerta con una camiseta blanca sin mangas y unos pantalones cortos de deporte. Sin maquillaje. No lo necesitaba. Percibí un poco de su aroma natural y tuve que luchar contra el impulso de extender la mano y acercarla.

—¿Has vuelto tan pronto? — Una leve sonrisa torció su mejilla izquierda.

—Tenía la esperanza de que tal vez pudieras ayudarme con una tortilla.

—Sigue soñando, Noble.

—Oye, vamos a tomarnos las cosas con calma con lo de Noble.

—Entonces, ¿qué tal si dejas de llamarme Reese?

Miré alrededor de la puerta, hacia la escalera. Reese puso una mano sobre mi pecho, sin apartarme, pero evitando que me inclinara más.

—Ya lo he comprobado—, dijo. —No hay micrófonos ocultos.

—¿Estás segura?

—Segura—. Me hizo un gesto para que la siguiera por las escaleras, lo que hice de buena gana. —Y si me hubiera equivocado, me habrían rodeado hace mucho tiempo.

Llegamos al piso superior y eché un vistazo al apartamento. Olía a fresco. Reese había adoptado un enfoque minimalista para la decoración. Un par de sillas de perfil bajo y un sofá. Sin desorden ni revistas por todos lados. Estantes abiertos a ambos lados del fregadero de la cocina tenían una vajilla blanca apilada prolijamente. Había un plato de pasteles sobre la encimera. Tomé uno y le di un mordisco. La gelatina de frambuesa inundó mi boca. Era demasiado dulce.

—Me encontré con tu amigo otra vez—, dije.

—¿Ah, sí? — Ella me arrebató el pastel de la mano y se lo llevó a la boca. —¿Cuál?

—Vernon.

Se limpió el glaseado de azúcar de la comisura de los labios y tragó.

—¿Qué quería?

—Me hizo una oferta.

—¿De qué tipo?

Me metí el último trozo de pastel en la boca. —Me dijo que tendría un auto para mí mañana por la mañana para salir de la ciudad.

—¿Estás seguro de que era una oferta y no una orden?

—Yo debo decidir, le guste o no—. Ella asintió, pero se cruzó de brazos. No podía decir si desconfiaba de la oferta de Vernon o si estaba enojada porque terminé el pastel.

—¿Estás dispuesto a aceptar el auto?

—Depende, supongo. ¿Sabes de algún lugar donde pueda quedarme un par de días?

—¿Las cosas van mal entre tú, Ingrid y Herbie?

—Las cosas van mal para ellos por mi culpa.

—¿Cómo?

—No lo dirán. Pero encontré a Ingrid llorando antes. Prácticamente, en el mismo aliento me dijo que saliera y me quedara en la casa. Ya sabes cómo pueden ser las generaciones mayores. Me hizo una promesa y se niega a romperla sin importar la incomodidad que pueda causarles a ella y a Herbie.

—Eso es verdad— dijo Reese. —Una especie en extinción. No hay muchos así por aquí en estos días. Ni siquiera en su generación

—Tienes que ser sincera conmigo, Reese. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Ella esquivó la pregunta. —Puedes quedarte aquí si quieres. El sofá es bastante cómodo.

Miré hacia su dormitorio.

—Ni lo pienses— dijo. —No quiero abrir esa herida si no te vas a quedar aquí para limpiar la sangre.

Di un paso adelante y puse mi mano sobre la encimera. Estábamos a centímetros el uno del otro. —Podrías venir conmigo.

—¿A dónde?

—A algún lugar.

—Ni siquiera sabes a dónde te diriges después, Jack. ¿Por qué renunciaría a la protección que obtengo del programa para seguirte hasta el atardecer?

—Puedo protegerte mejor que nadie en el FBI.

Ella negó con la cabeza. —Conozco el rastro de cuerpos que dejas atrás. Muchos daños colaterales. No tienes muchos amigos por

alguna razón.

Me había herido con un cristal irregular.

—Lo siento, Jack. Eso salió mal—. Ella se deslizó hacia un lado, sacó un taburete y se sentó, inclinándose sobre la encimera. —Lo que quiero decir es que tú y yo enfrentamos los mismos problemas. Sabes que si me voy de aquí y se revela mi identidad, podría haber una célula terrorista sobre mí en un instante. Claro, el programa me llevó a un lugar donde las cosas son turbias, pero al menos no estoy atrapada en medio de un grupo de idiotas suicidas con chalecos bomba caseros. Puedo cuidar de mí misma aquí. En otro lugar, sin la investigación adecuada de la zona, no sé cuánto tiempo aguantaría.

Entendí su punto. Y decidí que ese momento no era el momento de insistir.

—Entonces el sofá—, dije.

—El sofá—, dijo ella. —Descansarás bien en él.

Me estiré en él, con los pies apoyados sobre un brazo y la cabeza apoyada en el otro. —Servirá.

—Sacaré algunas sábanas para que las uses.

—No—. Me levanté. —Estaré bien así.

—¿Tienes tus cosas contigo?

—Voy a volver a la casa y recogerlas en unos minutos. Quiero asegurarme de que Ingrid haya tenido tiempo de calmarse. No estoy seguro de cómo tomará la noticia de que no me quedaré.

—Ha sobrevivido a todo lo demás en su vida. Estoy segura de que estará bien.

—Estoy seguro de que tienes razón.

La conversación se acabó después de eso. Reese puso una cafetera de café. Después de dos tazas, salí.

—Ten cuidado ahí afuera— dijo.

Me detuve al pie de las escaleras y miré hacia atrás. La luz silueteaba su figura. No pude evitar mirarla.

—¿Qué?— dijo.

Me sacudí los sentimientos que surgían por ella.

—Reese, ¿hay alguien en esta ciudad en quien pueda confiar?

—¿Aparte de mí?

—Aparte de ti.

—No.

CAPÍTULO 13

Tomé un camino indirecto de regreso a la casa de la pareja de ancianos, desviándome por calles laterales y callejones. Algunos conectaban, otros no. No importaba, no tenía ganas de apresurarme. No tenía idea de cómo tomaría Ingrid la noticia, o si me dejaría ir, aunque ambos sabíamos que era mejor que lo hiciera. No estaban seguros conmigo allí. Ella había ilustrado bien ese punto.

El calor se elevaba del asfalto, brillando frente a mí, distorsionando el entorno y llenando el área con el aroma de alquitrán. Tenía que ser el día más caluroso que había enfrentado en un par de meses, al menos. Definitivamente, el más húmedo. Mi camisa se pegaba a mi espalda húmeda de sudor. Siempre había pensado que estas partes eran más áridas que húmedas. Tal vez era la época del año.

Detrás de mí, nubes oscuras avanzaban desde el oeste. Oscuras ni siquiera era la palabra adecuada. Eran negras. Siniestras. Nos esperaba un día duro, al parecer. Me pregunté si la tormenta que se acercaba era un presagio de lo que estaba por venir. Tal vez el clima era la razón por la que no había nadie afuera. Los lugareños sabían mejor que yo que estas tormentas podían golpear rápido, arrojar una tonelada de granizo, sembrar la zona con rayos y provocar múltiples tornados. Tomé nota mental de las casas con sótanos en caso de que me encontrara atrapado en medio de ella.

El ruido sordo de un motor diésel se elevó desde el sur cuando me acerqué a una intersección. En una ciudad como esta, tenía que haber al menos un puñado de camiones diésel de servicio pesado.

Pero seguro que no sonaban como el que había escuchado antes. Tomé posición detrás de un gran roble que había crecido a través de la acera, empujando el concreto hacia arriba y astillándolo en cien fragmentos. Algunos pedazos faltaban. Probablemente fueron tomados por niños que se los arrojaron unos a otros, o a las ventanas, o lo que sea.

El GMC pasó deslizándose, con los neumáticos temblando en la neblina. El hombre mayor conducía. Linus estaba en el asiento del pasajero. Supuse que su amigo más grande estaba postrado en casa después de la paliza que recibió. ¿Era una coincidencia que estuvieran en la zona en la que yo me alojaba? ¿Estaban buscándome? No era como si estuviéramos en la ciudad de Nueva York, donde su presencia significaba que me tenían en la mira. El pueblo era pequeño. Más pequeño que pequeño, en realidad. Es posible que estuvieran yendo de una casa a otra y pasaran por allí por casualidad.

La idea no me tranquilizó. Seguí nervioso y anticipando un ataque.

Me recoloqué contra el árbol para que no pudieran verme en el espejo retrovisor. Dos cuadras después, giraron a la izquierda y se perdieron de vista. El motor se apagó en medio del estruendo de un trueno distante. Retrocedí una calle en caso de que decidieran volver a bajar por la misma calle en un minuto o dos.

Un grupo de niños de unos diez años, más o menos, se apiñaron alrededor de la acera. Sus manos se movían frenéticamente. Hablaban en un tono excitado, con voces más agudas que subían y bajaban, cada uno compitiendo por decir una palabra. Las miradas se dirigían de un lado a otro y al suelo. Se lanzaban miradas por encima del hombro. Cuando el primero me vio, agitó frenéticamente los brazos frente a él para detener a los demás. Alguien se acercaba y no querían arruinar su secreto. Todos se enderezaron, se giraron hacia mí y me miraron fijamente.

—Caballeros—, dije, deteniéndome a unos tres metros de su posición.

—Señor—, dijo un chico de ascendencia mexicana.

—¿Qué está pasando? —, pregunté.

—Nada—, dijo el chico.

Habían formado una especie de muro. Di un par de pasos hacia adelante y me puse de puntillas para echarles un vistazo. Un par de ellos inflaron el pecho, casi desafiándome.

—Claro que no parece nada—, dije.

—No es nada, viejo—, dijo un chico de cabello rubio. Parecía ser el mayor del grupo.

—¿Viejo?— Di un paso hacia él. Me alcanzó a mitad de camino. Su cabeza ni siquiera llegaba a mi barbilla. —Mira, muchacho, si han hecho algo, es mejor que me lo digan a mí antes que lo averigüe la policía.

El chico rubio se rio. —¿Crees que la policía puede hacer algo en este pueblo?

Me encogí de hombros. —Lo hacen en todos los pueblos en los que he estado.

—Sí—, dijo el chico. —Bueno, no sabes una mierda de lo que pasa aquí.

—¿Por qué no me dices qué tipo de mierda pasa aquí entonces?

Uno de los chicos extendió la mano y agarró al chico rubio por el hombro. —Oye, hombre, es suficiente. Sabes que a Darrow no le gusta que nadie hable.

—¿Quién es Darryl? — pregunté.

—No Darryl—, dijo el chico rubio. —Darrow—.

—¿Conduce un camión grande, con cuatro ruedas en la parte trasera?

El chico asintió.

—Vamos, hombre—, dijo uno de los chicos. —Tenemos que salir de aquí.

Todos menos el chico rubio se dieron la vuelta y corrieron. Se separaron en dos direcciones diferentes. El chico dio unos pasos hacia atrás, mirándome, casi como si lo hubiera insultado personalmente y planeara hacer algo al respecto. Los otros lo llamaron. Antes de salir corriendo, escupió hacia mí. El globo de saliva aterrizó aproximadamente a medio camino entre donde estábamos.

—Será mejor que vigiles tu espalda, viejo—, dijo. —A Darrow no le gusta que la gente haga preguntas.

Observé al grupo hasta que se perdieron de vista. Sus voces dieron paso a risas. Las cosas nunca importan por mucho tiempo cuando tienes diez años.

Caminé hacia donde se habían apiñado cuando los vi por primera vez. Miré hacia el suelo, pero no vi nada. Me agaché y seguí los patrones dentados en la hierba. Algo definitivamente había apelmazado el suelo. Podría haber sido uno de sus zapatos. O un guante. O una pila de playboys. Reúne a un grupo de chicos preadolescentes y quién diablos sabe. Fuera lo que fuera, habían sido lo suficientemente astutos como para recogerlo y ocultarlo sin que me diera cuenta.

Busqué en el área inmediata durante unos minutos antes de darme por vencido y reanudar mi caminata hacia la casa de la pareja de ancianos. Las nubes negras estaban a punto de tapar al sol, que se encontraba justo encima de mi cabeza. No faltaba mucho para que llegara la tormenta.

Tal vez en más de un sentido, pensé mientras veía la puerta mosquitera de la cocina de la pareja de ancianos rota y apoyada sobre una sola bisagra.

CAPÍTULO 14

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

Jack giró la cabeza para ver quién estaba en la puerta. Sintió que lo arrancaban de la silla cuando localizó a su hermana. Más allá de ella solo había sombras. Se obligó a mirar de nuevo los sonidos que hacía ella al luchar y empujar contra la puerta. Un brazo penetró en el hueco. Estaba perdiendo terreno.

—Molly—, gritó.

—Vete—, gritó ella en respuesta.

—Suéltame, Sean—, dijo Jack.

El agarre de Sean se intensificó mientras arrastraba a Jack fuera de la casa. —Molly está en problemas.

—Lo sé—, dijo Sean. —Me ocuparé de eso, pero primero tengo que asegurarme de que estás a salvo.

Jack forcejeó con su hermano. —Puedo cuidar de mí mismo.

—Maldita sea, Jack. Escúchame—. Agarró la camisa de Jack con ambos puños y lo acercó. Se quedaron en medio del patio. —No sé qué está pasando, pero si algo te pasa, papá me pateará el trasero en el desayuno, el almuerzo y la cena. Sé que eres un tipo duro, pero déjame encargarme de esto. No estás listo.

Jack se enfurruñó. Aunque solo había dos años de diferencia entre los chicos, la diferencia física era grande. Sean medía quince centímetros y veinte kilos más que Jack. Su hermano era prácticamente un hombre en estatura. Diablos, era más grande que muchos hombres con su metro ochenta y cinco. El único consuelo que Jack obtuvo de eso fue que, en aproximadamente dos años, tendría más o menos el mismo tamaño.

Los hermanos se quedaron en el patio trasero, mirando a su alrededor y escuchando. Era difícil escuchar algo por encima del zumbido de las cigarras. Luego, densos rayos de luz blanca golpearon los árboles oscurecidos.

—Ya vienen—. Sean miró a su alrededor y luego empujó a Jack hacia el porche. —Métete ahí abajo. No hagas ruido. Volveré por ti en un minuto.

Jack se tiró al suelo y se metió debajo del porche a través de una abertura por la que sólo él podía pasar. A mitad de camino tuvo que mover las caderas de un lado a otro para pasar. Cerró los ojos y dejó que sus otros sentidos tomaran el control. Después de unos segundos oyó voces.

—¿A dónde fue? — preguntó un hombre.

Molly.

Había logrado salir, se había alejado de los hombres.

—No lo sé, pero será mejor que la encontremos—. Otra voz, pero Jack tampoco pudo identificarla. —Ella vio nuestras caras. No tardará mucho en localizarnos si llega a la policía.

¿Eran de la zona? ¿Los buscaba la policía? No parecían ser de los alrededores de Crystal River.

—Gritó a los chicos para que corrieran—, dijo el otro hombre. —¿Alguna idea de cuántos niños había allí?

—No tengo ni idea. Pero no los vimos, así que dudo que nos hayan visto. Ella es nuestra prioridad ahora. Nos ocuparemos de los demás cuando los encontremos. Pero será mejor que nos apresuremos a encontrarla. Si esos chicos corrieron, no pasará mucho tiempo hasta que aparezca la policía.

Las tablas sobre Jack crujieron cuando los hombres pasaron. Los rayos de las linternas atravesaron las delgadas ranuras entre la plataforma, iluminando sus manos, su cabeza y el área frente a él. Buscó en el suelo a su alrededor hasta que encontró una piedra para cada mano. Los bordes dentados se clavaron en sus dedos y palmas. ¿Serviría de algo contra un hombre adulto? Supuso que sí, siempre y cuando pudiera hacer un buen golpe. Eso no sucedería donde él se escondía. Pero no era como si los hombres pudieran llegar debajo del porche.

Sin embargo, sus balas sí podían. Y ese pensamiento hizo que Jack se arrastrara de regreso a la casa. Cuanto más lejos de la abertura, menos probabilidades había de que lo vieran, si es que miraban debajo.

—Miren—, dijo uno de los hombres unos momentos después. —Allí, en el bosqu".

Sus fuertes pisadas ahogaron los ruidos ambientales de la húmeda noche de Florida. Jack esperó un momento, comenzó a moverse y luego sintió las vibraciones de más hombres que corrían por el porche

¿Qué demonios? ¿Cuántos hay?

No podía quedarse allí toda la noche. No mientras su hermano estaba afuera tratando de proteger a su hermana. Y no mientras Molly estaba siendo perseguida. Al diablo con eso. Había armas adentro y él sabía dónde encontrarlas.

CAPÍTULO 15

Mi reacción por instinto fue correr hacia la casa.

Pero el entrenamiento y la experiencia se hicieron cargo. Este era un caso en el que sabía que no debía confiar en mi instinto. Si alguien quería llevarme a una emboscada, esta era la manera perfecta.

Herbie había salido de la casa. Se suponía que Ingrid debía seguirme. Me imaginé que, después de nuestra conversación, ella se había ido. No tenía sentido quedarse sola. Tenía todo el sentido que el tipo mayor usara a Linus o a otro de sus hombres para preparar una trampa como esta. Traer un par de cuerpos frescos y atraerme haciéndome creer que algo le había pasado a la pareja de ancianos. Si habían estado vigilando la casa, sabían que Herbie e Ingrid se habían ido.

Corrí entre dos casas y salté una valla. Un perro ladró desde adentro. Si alguien lo escuchó, ignoró el ruido. Por el momento, al menos. Crucé un patio con el césped recién cortado y encontré un lugar donde podía mirar a través de una grieta entre dos tablas de la valla. El viento había aumentado y los recortes de césped volaron hacia mi cara. La puerta mosquitera rota se balanceó y golpeó la pesada puerta de madera. Esperé mientras la luz del sol se atenuaba y las ráfagas aumentaban. El primer golpe de lluvia llegó, seguido poco después por el golpeteo de granizo del tamaño de un guisante.

Nadie salió de la casa. Los setos no se movieron de manera antinatural

debido a que alguien se escondiera allí y se impacientara. Si esto era una trampa, los hombres detrás de ella eran más disciplinados de lo que imaginaba.

Decidí hacer mi movimiento hacia la residencia. Podría haber un ataque, pero las condiciones estaban a mi favor. Subí y salté la valla en un solo movimiento. Sentí una sacudida en mi pierna derecha. El suelo donde había aterrizado era irregular y me había torcido el tobillo. Hice una mueca ante el destello de dolor. Lo último que necesitaba era una lesión que limitara mi movilidad.

Tres pasos después de cruzar la calle corriendo pensé que me estaba cayendo. Salté el resto del camino sobre un pie, manteniendo mi atención al frente para no perder el equilibrio. El granizo se hizo más espeso golpeando todo lo que estaba a la vista y rebotando en mi cabeza. Cada trozo se sentía como un pequeño martillo contra mi cráneo. Me refugié en el costado de la casa, algo protegido por el techo que sobresalía. Los trozos de hielo todavía golpeaban, pero con una frecuencia mucho menor.

Usando la casa para sostener mi peso, probé mi tobillo. El dolor había disminuido, así que realicé un par de pasos de prueba con una ligera cojera.

En la puerta mosquitera, me detuve y escaneé el área. Se sentía casi en calma en medio de la lluvia torrencial, el granizo, los rayos y los truenos, y el fuerte viento.

La puerta mosquitera golpeó contra mi espalda cuando alcancé la manija de la puerta de la cocina. Abrí la puerta con cuidado y entré. El agua goteaba sobre mí, salpicando el piso y creando un charco a mis pies. Sentí que había entrado en otra dimensión. El aire estaba muy quieto y los sonidos del granizo golpeando el techo de hojalata resonaban por toda la cocina. Esperé allí, con la mirada fija en la habitación contigua, escuchando cualquier movimiento.

Cogí un cuchillo del bloque de la cocina y me dirigí a la sala de estar. El sillón reclinable estaba volcado. El televisor estaba en el suelo. La mesa de café estaba destrozada por la mitad. Revistas y periódicos cubrían el suelo. Sin embargo, no había cuerpos. Y tampoco sangre.

Subí las escaleras y me acerqué al primer rellano con cautela. Mi brazo izquierdo estaba preparado para defenderse. El derecho, para atacar con el cuchillo. Me estabilicé, respiré profundamente y me di la vuelta rápidamente hacia el siguiente tramo de escaleras.

La mitad inferior de una pierna sobresalía del piso superior, colgando sobre los primeros escalones, con los dedos apuntando hacia abajo. Por el zapato de cuero marrón, podía decir que era Herbie. Una vez a la altura de los ojos con el suelo, vi el resto de su cuerpo, boca abajo en un charco de su propia sangre. Pasé por encima de su cuerpo sin vida y continué recto por el pasillo. Al final del pasillo, la puerta de su dormitorio estaba abierta unos centímetros. Una huella de mano ensangrentada comenzaba aproximadamente a la mitad y se deslizaba hasta el suelo formando una gruesa y serpenteante línea roja.

Abrí la puerta con el pie. Se abrió sin resistencia. El cuerpo que esperaba que estuviera detrás no estaba allí. Sin embargo, no tardé mucho en encontrarla.

Ingrid yacía estirada en la cama, apoyada sobre una almohada. Parecía que estaba durmiendo, pero un solo agujero de bala en su frente contaba una historia diferente. Supuse que la sangre en la puerta era de Herbie. Ingrid había estado allí, arrodillada junto a su cuerpo. Tal vez lo atrapó cuando cayó. Luego trató de huir a su habitación mientras el agresor la perseguía y tropezó con la puerta.

Levanté su cuerpo hacia adelante. La bala la había atravesado, pero no había indicios de que le hubieran disparado en la cama. Un pequeño charco de sangre había saturado la almohada, pero las salpicaduras que esperaba ver no cubrían la pared. No la habían asesinado en la cama. De hecho, parecía como si la hubieran limpiado antes de colocarla allí. Escaneé la habitación y encontré el lugar donde la habían asesinado cerca de la ventana. Se había tropezado y había caído al lado de la puerta. Huellas de manos ensangrentadas cubrían la alfombra. Se las había arreglado para ponerse de rodillas, luego de pie, y, tal vez, fue hacia la ventana para escapar o pedir ayuda. El agresor le llamó la atención y abrió fuego cuando se dio la vuelta.

O cuando la obligaron a darse la vuelta.

Pero ¿por qué no dejarla allí en el suelo donde su cuerpo sin vida se desplomó?

No tuve que pensarlo demasiado. El asesino la conocía. Lo que significaba que también conocían a Herbie. Al menos de pasada. Pero la forma en que habían dejado los cuerpos indicaba que tenían una conexión con Ingrid. Tanto es así, que se sintieron obligados a sepultarla con cuidado, llegando incluso a retirar la sangre y los sesos que seguramente cubrían su rostro.

—Ingrid—, susurré. —Lo siento mucho. Intentaste decírmelo. Te escuché, pero no entendí lo que estabas diciendo.

CAPÍTULO 16

Busqué por toda la casa pistas o a alguien escondido. No encontré nada. Varios pensamientos me cruzaron la mente. ¿Quién lo hizo? ¿Por qué? ¿Cómo fueron los últimos momentos para Ingrid y Herbie? ¿Alguien se había enterado? Pero la idea que me hizo sudar frío, fue la posibilidad de que alguien se hubiera quedado afuera, donde no podía verlo. Podrían haber esperado a que yo llegara y luego llamar a la policía.

Sin embargo, ya habrían estado aquí. El pueblo no era tan grande y la estación estaba a un par de minutos de distancia. Diablos, incluso si estuvieran de guardia, lo habrían tirado y habrían venido a buscarme. El asesinato tiene prioridad.

Debatí si irme entonces o llamar a la policía yo mismo. Sin estar seguro de cómo reaccionarían, llamé a Reese en su lugar.

—Billie—, respondió.

—Soy yo.

—¿Qué está pasando?

—Necesito que vengas.

—¿Dónde?

—Ya sabes dónde.

—¿Has visto el clima?

—Ree...— hice una pausa y me corregí por si alguien había estado fisgoneando en sus llamadas. —Billie, escúchame. Olvídate del clima y ven aquí.

—¿Crees que voy a sacar el coche con esto?

—No tengo tiempo para esto—. Abrí las persianas y miré afuera. Llovía a cántaros. La calle permanecía desierta. —Encuentra una manera de venir aquí lo antes posible.

Hubo una pausa en la tormenta unos momentos después de colgar. Reese apareció poco después. Entró por la puerta trasera vestida con ropa deportiva, con el pelo enmarañado por la lluvia durante su trote corto desde su coche hasta la puerta. Yo estaba de pie en la cocina, apoyado contra el frigorífico.

—¿Qué demonios, Jack?— Su mirada pasó de largo y se congeló en la sala de estar. Sus cejas fruncidas se levantaron. Su boca se abrió. Sus ojos enojados se volvieron preocupados.

Me di la vuelta y entré en la habitación. —Sígueme.

—Dios mío— dijo, cruzando el umbral de la cocina hacia la sala de estar

—Esto empeora—. Subí seis escalones, me detuve en el rellano y la miré. —Es malo, Reese. Probablemente, tan malo como todo lo que hayas visto en la ciudad.

—Puedo manejarlo.

—¿Estás segura?— Una cosa era despojarse de las emociones humanas cuando se trataba de otro homicidio más. Seguro, habría algunos que destacarían más que otros. Pero cuando se trataba de gente que conocías, era casi imposible ignorarlo.

Ella asintió y me empujó para pasar. En el primer paso dudó y susurró el nombre de Herbie. La seguí, tratando de ver todo por primera vez de nuevo. Tal vez me perdí algo debido a la conmoción y la sorpresa de la situación.

No había huellas de sangre en la alfombra. No había ropa rota, al menos nada claramente visible. No había casquillos. Probablemente llevaban guantes.

Reese se detuvo frente a la puerta del dormitorio, extendió la mano y la dejó flotar frente a la huella ensangrentada de Ingrid. Me quedé atrás, cerca del cuerpo de Herbie. La detective que había en ella tenía que procesar lo que estaba viendo sin mi interferencia. Primero, tenía que superar lo que sabía que estaba destinada a ver.

Empujó la puerta, dio un paso hacia adentro y se quedó congelada. Su cabeza

se giró hacia donde podía ver su perfil. Las lágrimas corrían por su mejilla y su mirada estaba fija en el cuerpo sin vida de Ingrid.

Dejé mi plan de quedarme atrás y me uní a ella en el dormitorio.

—La asesinaron allí—. Señalé con el dedo la ventana. —Supongo que estaba con Herbie cuando lo asesinaron, a juzgar por esa huella de mano ensangrentada en el exterior de la puerta. O logró subir las escaleras poco después, mientras el asesino todavía estaba allí. Corrió a la habitación, tropezó y golpeó la puerta, se arrastró por el piso allí donde hay manchas de sangre, y luego trató de llegar a la ventana para escapar o pedir ayuda.

Reese miró hacia la cama. —Le dispararon en el frente.

—Cierto—, dije. —Se enfrentó a su verdugo. Miró a los ojos al hijo de puta, probablemente suplicando por su nombre que la dejara vivir.

—Pero no lo hizo—, dijo. —Le quitó la vida y luego la acostó.

Asentí, sin decir nada.

—La conocían—. Reese me miró, con lágrimas todavía acumulándose en sus ojos. La detective estaba perdiendo la batalla con su lado emocional. —Quiero decir, todos en este pueblo se conocen, pero esta persona la conocía lo suficiente como para querer que su cadáver descansara cómodamente. De alguna manera, la amaban. No le mostraron a Herbie esa misma consideración.

Seguí asintiendo.

—Dios—, dijo.

—Así es—, dije.

—Tenemos que llamar a Vernon—. Ella ya había sacado su celular. La pantalla se encendió.

Sabía que tenía que hacerlo, y, probablemente, era mejor que estuviera allí tanto cuando se hiciera la llamada como cuando apareciera la policía. Sin duda estaría en la lista de sospechosos, dado que me había estado quedando en la casa y nadie en el pueblo sabía quién demonios era yo. Con la excepción de Reese. Vernon ya había dejado en claro cuánto peso tenía eso.

Hizo una pausa antes de presionar el botón de enviar, mirándome en busca de instrucciones.

—Adelante—, dije. —Los necesitamos aquí para empezar a trabajar en esto. La maldita tormenta hará que sea imposible obtener algo desde afuera.

Reese hizo la llamada. Fue rápida y profesional, con la excepción de que tuvo que repetir la razón principal por la que Vernon debía salir tan rápido como su patrulla pudiera llevarlo. La conmoción los afectó a todos.

—¿No viste nada? —, preguntó.

—Vi muchas cosas—, dije. —Eso no significa que sepa nada sobre por qué sucedió esto o quién lo hizo.

—Cuéntame todo lo que sucedió en tu camino hacia aquí desde mi casa.

—¿Me estás interrogando? —, pregunté.

—No—, dijo ella. —Pero es probable que Vernon lo haga. Y quiero oír tus respuestas para asegurarme de que no te incrimines.

—Soy bastante bueno en la sala de interrogatorios.

—Lo sé. Te he entrevistado antes. Pero esta gente de aquí abajo hace las cosas de otra manera. Hacen que funcione a su favor, no al tuyo.

—Puedo manejarlo.

—Jack, sigue el juego—. Me rozó el pecho con los dedos. —¿Qué viste?

—Vi esa misma camioneta GMC desde el garaje. Vi al mismo tipo mayor conduciéndola y a flaco de Linus sentado en el asiento delantero. Luego retrocedí una cuadra para evitarlos y me encontré con un grupo de niños. De diez y once años, supongo. Estaban jugando con algo en el suelo. No querían que lo viera. Uno de ellos se me enfrentó en la cara y luego se fueron corriendo con las pruebas.

—Eso podría estar relacionado. Su cerebro de policía estaba trabajando horas extras.

—¿Crees que un grupo de chicos preadolescentes entró aquí, destrozaron la sala de estar, mataron a Herbie y luego ejecutaron a Ingrid? Y luego, en lugar de correr a casa o a algún lugar para esconderse, se quedaron parados a plena vista haciendo un escándalo por quién sabe qué. Y cuando un adulto, uno grande al

que nunca habían visto antes, los interroga, se le enfrentan. ¿Eso tiene sentido para ti?

—Bueno, no, no cuando lo planteas así—. Se pasó las manos por el pelo. Sus hombros se tensaron un par de centímetros mientras caminaba hacia la cama y de regreso. —Pero, no sé, ¿tal vez vieron algo?

—Tal vez, pero ¿qué? Quiero decir, no parecían haber presenciado un asesinato. Tú y yo hemos estado allí. Te afecta. ¿Te imaginas cómo lo tomaría un niño? Dios, sé que no lo manejé bien cuando asesinaron a Molly. No era mucho mayor que esos niños con los que me encontré.

Asintió levemente mientras lo procesaba. Luego, levantó la vista del suelo. —¿Sabes lo que quiero saber?

—¿Qué?

—¿Por qué no oímos nada? Deberías poder oír un disparo, y mucho más dos, desde cualquier parte de la ciudad.

—Sabes que un silenciador reduciría eso.

—¿Lo haría?

—Seguro que sí, Reese. No silenciará el disparo como en las películas, pero lo reducirá a nada más que el sonido de un centavo que cae en un tarro de hojalata. No vas a oír eso afuera.

—¿Quién aquí tendría acceso a eso?

—Cualquiera aquí podría conseguir uno. Dios, probablemente podrían hacer uno si tuvieran los materiales adecuados. No es diferente a lo que ocurre en Nueva York. Si el deseo es lo suficientemente grande, no hay nada que los detenga para conseguir lo que quieren.

Reese caminó hacia la puerta, pisando las manchas de sangre en la alfombra. —Hay mucho deseo en esta ciudad. Demasiado, tal vez.

CAPÍTULO 17

El coche patrulla de Vernon se detuvo frente a la casa al mismo tiempo que regresábamos a la cocina. Quedarse arriba más tiempo habría sido una receta para la incriminación. Especialmente si el asesino hubiera sido tan meticuloso como yo creía.

Luces rojas y azules rebotaban en las paredes. Vernon apagó la sirena, pero dejó la luz estroboscópica encendida. Entró a la fuerza por la puerta trasera. Su rostro estaba pálido. Sus manos temblaban. Tardó unos segundos en preguntar qué había sucedido, e incluso entonces, tartamudeó la simple pregunta. Sin duda, el homicidio no era una habilidad que hubiera desarrollado.

Reese me pidió que le diera un resumen, ya que yo había sido el que había hecho el descubrimiento. Procedí con cautela, evitando decir nada que pensara que pudiera incriminarme. Sentí que mi informe era un manual. Reese asintió con la cabeza cuando terminé.

—¿Tienes algo de experiencia investigativa? —, preguntó Vernon.

—Un poco—, dije, tratando de restarle importancia. No quería darle nada con lo que investigar. —Militar.

Él asintió y miró a Reese. —Supongo que está bien.

A través de la ventana vi otro coche patrulla. Se detuvo junto al de Vernon, bloqueando la carretera. Dos oficiales que no había visto antes salieron. Parecían tener unos treinta y tantos años. Vernon les hizo un rápido resumen. Tomó a uno para que subiera las escaleras con él y le dijo al otro que se quedara con Reese y conmigo.

—No vayan a ninguna parte, ¿de acuerdo? — dijo Vernon.

Reese respondió por los dos. —Estaremos aquí si nos necesitan.

Pasaron diez minutos. Seguí el sonido de sus pasos a través de la investigación. Ahora estaban en el dormitorio. Llegó otro coche patrulla sin distintivos, conducido por un oficial vestido de civil. Entró en la casa, ignorándome y asintiendo con la cabeza hacia Reese. Ella, a cambio, le ofreció una sonrisa a medias. Una ambulancia silenciosa se detuvo justo después.

—Van a mover los cuerpos—, dije. —¿Qué demonios están haciendo?

—No tienen mucha experiencia en esto— dijo Reese.

—Tenemos que detenerlos. Los forenses necesitan una oportunidad para trabajar en esto.

Ella se rio. —¿Qué forenses?

—Maldita sea si lo sé. La patrulla de carreteras, entonces. Algo. Alguien tiene que procesar la escena antes de que la destrocen.

—Estamos en un mundo atrapado cincuenta años en el pasado, Jack.

—Entonces voy a subir a detenerlos.

Me agarró del brazo. —Quédate aquí. Si subes, solo empeorarás las cosas. Déjalos hacer lo que tengan que hacer. No es como si todo lo demás fuera a hacer una pequeña diferencia aquí.

Me ardían las mejillas y las orejas. Pero, como ella dijo, había poco que se pudiera hacer. Sentí que Reese quería alejarse de la casa, pero esa no era la razón por la que me detuvo. Solo empeoraría las cosas para mí. Después de todo, no tenía ninguna duda de que pronto sería el sospechoso número uno. Por eso cambiamos un poco nuestra historia y le dijimos a Vernon que ella vino a la casa conmigo después de que le dije lo molesta que había estado Ingrid. Reese quería hablar con la mujer, asegurarse de que estaba bien y de que no estaba pasando nada grave. Era casi infalible, siempre y cuando no encontraran a esos niños. Fuera de ellos, las calles habían estado desiertas con la tormenta acercándose.

Vernon bajó las escaleras y se detuvo en el umbral entre la cocina y la sala de estar. Se apoyó contra la pared, con el rostro pálido y la frente sudorosa. Tal vez estaba a punto de desmayarse.

Se apartó los mechones plateados de cabello de la frente. Su mano continuó alrededor de la parte posterior de su cabeza.

—¿Estás bien, Vernon? —, preguntó Reese.

Su cabeza se movió hacia arriba y hacia abajo dos veces, y luego salió de la casa.

Sopló una ráfaga de viento fresco y un trueno retumbó en la distancia.

—Ingrid era la mejor amiga de su madre—, dijo Reese.

—Cristo—, dije.

—Su madre falleció hace quince años, pero Vernon se aseguró de ver cómo estaban Ingrid y Herbie al menos cada pocos meses. Si necesitaban algo o tenían problemas con alguien, él se encargaba de ello.

—Así que se preocupaba por ella—. Reese asintió. —¿Se preocupaba por Herbie?

—Jack—. Si hubiera podido exhalar fuego, estoy seguro de que me habría asado allí mismo. —¿Qué estás diciendo? ¿Él hizo esto? ¿De verdad crees eso? Es un policía, por el amor de Dios.

Los lazos eran profundos. No importaba cuánto tiempo hubiera estado fuera de la fuerza. No importaba que estuviéramos en un pequeño pueblo de Texas. Vernon era policía. En la mente de Reese, se merecía hasta el último beneficio de la duda.

—Sabes que eso no significa nada— dije.

Nuestra conversación en voz baja atrajo las miradas de los oficiales restantes. Sabían lo suficiente como para considerarnos posibles sospechosos hasta que nos declararan inocentes, así que se acercaron en un intento de escuchar.

—No podemos hablar de esto ahora— miró al oficial de civil con enojo. —Mantengámonos callados hasta que salgamos de aquí.

Vernon se acercó y se paró a unos pocos metros de nosotros. No dijo nada, miró hacia el techo. Afuera, nubes bajas y oscuras pasaban velozmente. Me pregunté si la tormenta nos tenía reservado algo más. ¿Cómo afectaría eso a la investigación?

—Billie— dijo Vernon, —¿está bien si tu primo se queda contigo por el momento?

Ella asintió.

—Bien— dijo él. —Ya no podré quedarme aquí, y preferiría que estuviera en algún lugar donde pueda encontrarlo cuando esté listo para hablar.

—Estoy aquí— dije. —Puedes hablar conmigo ahora.

Vernon me lanzó una mirada de enojo. —Iré a buscarte cuando sea el momento adecuado. No vayas a ninguna parte. Y quiero decir a ninguna parte. Solo saldrás de ese apartamento con Billie. De hecho, te quiero a su lado y solo a su lado durante las próximas cuarenta y ocho horas.

—¿Cómo sabes que no se irá?— pregunté.

—Porque no la dejarás— dijo él.

—¿Y cómo lo sabes?

—Puedo decir que eres el tipo de hombre que no quiere que una mujer inocente sea etiquetada como cómplice. Harás todo lo que esté en tu poder para evitar que haga algo estúpido—. Se puso delante de mí. Podía oler el almuerzo de hoy en su aliento. Un perrito caliente con chile y una cerveza, tal vez dos. —Además, ¿por qué correr a menos que tengas algo que ocultar?

—Porque a veces no importa si lo hiciste o no— dije. —Si alguien desea un resultado con suficiente fuerza, nada lo detendrá de alcanzarlo.

Vernon asintió lentamente. —Sal de aquí para que podamos terminar lo que tenemos que hacer. Me pondré en contacto pronto.

Reese me agarró del brazo y me llevó hacia la puerta. La puerta mosquitera golpeó contra el costado de la casa. Salimos y tomamos la ruta más directa hacia su casa. Las nubes se espesaron detrás de nosotros y rayos de luz atravesaron el cielo. La siguiente tormenta estaba a minutos de estallar.

A unas pocas cuadras de la entrada, Reese habló. —Jack, deberías irte de aquí. Nunca había visto a Vernon así. La forma en que te miró era como si pudiera verte con el arma que los mató.

—Sabes que, si me voy, te arrestarán. Serás culpable por asociación.

—No lo harán. No es a mí a quien quieren.

—Ya les dimos una historia de que fuimos juntos a la casa. Pensarán que estaba tratando de ocultar mis huellas después de

matarlos, o que me ayudaste a matarlos y fuimos lo suficientemente estúpidos como para admitir que ambos estuvimos juntos en la escena.

—Les diré que te escapaste en mitad de la noche. Puedes tomar mi auto, ir a algún lugar donde puedas subirte a un autobús o tren y desaparecer de nuevo. Estarán tratando de seguir una identidad de mierda. Solo los llevará a un callejón sin salida, ¿verdad?

Había permitido que sus sentimientos y su pasión nublaran su juicio.

Sus palabras miraron a la lógica a la cara y se rio de ello. Por alguna razón equivocada, creía que Vernon no la atacaría. ¿Cómo podía hacer que lo entendiera?

—Reese, ¿qué es lo primero que harías si tuvieras miedo de que alguien huyera?

—Ponerles un auto encima.

—Mirar hacia atrás.

Miró por encima del hombro. —¿Qué? No veo nada.

—Mirar más allá.

—Maldita sea— dijo después de ver al hombre vestido de civil en el coche sin distintivos avanzando lentamente por una calle perpendicular dos manzanas más allá

—No voy a ir a ninguna parte— dije. —No tienen nada contra mí. He sobrevivido a la tortura. No hay forma de que estos tipos me obliguen a hacer una confesión falsa. Vamos a aguantar esto y tratar de reconstruirlo nosotros mismos.

—Está bien. Tengo poca fe en que lo hagan bien de todos modos. Veremos qué hacen y luego seguiremos desde allí, supongo.

Atravesó un callejón tan estrecho que no habríamos llegado si alguien hubiera puesto un cubo de basura allí. Salimos a unas cuantas casas de su casa, ahorrando aproximadamente un minuto de camino.

Pero no importaba. El hombre vestido de civil ya estaba estacionado afuera.

CAPÍTULO 18

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

Jack se arrastró hacia la abertura. La luz se había apagado, pero a través del agujero podía ver la última mota de luz solar. Se detuvo a unos pocos metros de distancia, cerró los ojos y escuchó. Se dio cuenta durante los primeros segundos de silencio de que su ansiedad y pánico habían desaparecido. No importaba cuánto lo pensara, no regresaban. Fue una mejora bienvenida para el joven.

A lo largo de los años, su padre le había enseñado a pensar tácticamente. Ya fuera durante las partidas de ajedrez o en sus lecciones de defensa personal, Jack había aprendido a planificar varios pasos por adelantado y a anticipar los movimientos de los demás.

Afuera, los extraños se llamaban entre sí. Utilizaban una serie de palabras clave para contactarse. Jack distinguió las voces y contó hasta al menos cinco hombres. Había contado tres cruzando el porche. Así que eso dejaba dos. Probablemente habían dado la vuelta a la casa, despejando el área. Dejarían al menos uno o dos hombres en el frente.

Siete en total. Tal vez más.

Eso era mucho para él y su hermano. Pero no tenían que enfrentarse a todos a la vez. Los chicos podían tener el tamaño y el entrenamiento de su lado, pero no conocían el terreno como Sean y Jack. El bosque era su territorio. Incluso en la oscuridad podían maniobrar sin pensar. Y la noche cayó rápido.

—Está bien, cariño—, dijo un hombre. —Sabemos que estás ahí. Solo sal y nada les pasará a ti ni a tus hermanos.

¿Cómo sabía que ella tenía hermanos? Ella había gritado "chicos, corran", pero eso no necesariamente significaba *hermanos*. ¿Habían estado vigilando la casa durante algún tiempo? Después de todo, los hombres aparecieron la noche en que los padres de Jack estaban fuera. ¿Por qué? ¿Para robarles? Eso tendría sentido, excepto por el hecho de que varios de los hombres estaban afuera ahora, donde estaban Sean, Jack y Molly. Si querían robar el lugar, habría tenido

sentido dejar que los niños corrieran y luego saquear la casa. No estaban allí para robar. Estaban cazando.

—Ahí estás—, dijo otro hombre. —Simplemente acomódate ahí.

JACK CRUZÓ LOS ÚLTIMOS METROS HASTA LA ENTRADA Y PERMANECIÓ DENTRO. Escudriñó el patio. El cielo oculto tras el follaje era de un rojo intenso, casi morado en algunos puntos. Los árboles parecían estatuas negras, con las copas balanceándose con la brisa. Las luciérnagas bailaban entre las hojas. Vio siluetas a lo largo del borde del bosque. Hombres, supuso. Pero ¿dónde estaba Molly?

—Haz lo que te digo y no pasará nada— dijo el tipo.

Jack no podía averiguar dónde estaba el hombre. Ninguno hacía gestos.

Todos parecían estar listos para atacar.

—¡Maldita perra!— gritó el tipo.

Molly gritó. No era dolor ni miedo. Era algo animal. Había atacado en un intento de proteger su vida. Se oyeron disparos. Jack sintió que se le subía el corazón a la garganta. Su estómago no estaba muy lejos. El pánico lo invadió mientras temía lo peor para su hermana. Pero esto era diferente a todo lo que había experimentado. La sensación lo impulsó a actuar.

—Maldita sea— dijo el tipo. —Se adentró más en el bosque.

Los rayos de las linternas se abrían paso entre los árboles, pero no llegaron muy lejos en la maraña de ramas y hojas. Molly conocía el bosque tan bien como Jack y Sean. Diablos, les había mostrado lugares secretos que nunca lograron encontrar por sí solos.

—Muy bien— dijo el tipo. —Ustedes dos quédense aquí. El resto, vengan conmigo. Vamos a encontrar a esta perra.

Con la atención de los hombres centrada en Molly y el bosque, Jack supo que era hora de escapar de debajo del porche. Se dio vuelta, extendió la mano, agarró una viga y luego salió de debajo. Cuando se incorporó, escuchó un crujido. El tipo estaba a metro y medio, mirando por encima del hombro hacia la casa.

CAPÍTULO 19

La realidad se impuso cuando nos quedamos solos. La detective de Reese se sentó y se derrumbó. Mi camisa se humedeció con sus lágrimas mientras la abrazaba fuerte. Después de la ola inicial, me dijo que necesitaba un poco de tiempo a solas. Fue a su dormitorio y cerró la puerta detrás de ella.

A través de las persianas estudié las áreas delantera y trasera fuera del apartamento. El auto sin distintivos estaba estacionado a plena vista en el frente, al final del camino de entrada. El único oficial vestido de civil. No se quedaría así por mucho tiempo. Diablos, no sabía si era un miembro del departamento de la ciudad o un oficial de patrulla de carreteras que vivía cerca. Decidí vigilar de cerca al tipo. No planeaba estar aquí. Pensé que tendría menos motivación para el trabajo vestido de civil que si estuviera con uniforme. Si iba a hacer un movimiento, sería más o menos cuando se distrajera.

Al otro lado del apartamento había un laberinto sencillo de valla y tendedero que conducía desde el garaje, pasando por la casa y atravesando el jardín de un vecino. Podría pasar sin que me vieran si salía por la ventana trasera. Algo para tener en cuenta si las cosas empeoraban. Por supuesto, Vernon podría preverlo y tendría un oficial esperando en la calle de al lado.

Salí a tomar un poco de aire fresco. La tormenta había pasado y una brisa fresca despejó el cielo de las nubes oscuras. Las ligeras ráfagas dejaron la zona con un olor fresco. El sol flotaba en el cielo

occidental. Se sentía cálido, pero el calor y la humedad se habían ido con la tormenta.

El policía salió del coche y se apoyó contra la puerta trasera.

Se ajustó la camisa, mostrándome su pistola. Su palma descansaba sobre ella. —Tranquilo, amigo—, le dije. —Solo estoy tomando un poco de aire.

No dijo nada, permaneció quieto con la mirada fija en mí. El tipo vivía según las reglas. Definitivamente un policía estatal. Sería fácil pasarlo, si fuera necesario.

Percibí el ruido sordo de un motor diésel. Sin duda, la camioneta de antes. Pasó por la intersección más cercana. El brazo del hombre mayor descansaba en el marco de la ventana. El asiento del pasajero estaba vacío. Miré hacia atrás, preguntándome si había dejado a Linus o a alguien más a unas pocas cuadras de distancia. Tal vez se estaban acercando, retrasando su ataque hasta que el tipo les diera la señal para hacer un movimiento.

El motor se apagó, pero luego se hizo más fuerte, acercándose. Vi la camioneta nuevamente, esta vez dirigiéndose hacia mí. Quería correr y decirle a Reese que se preparara, pero entonces les daría la oportunidad de reposicionarse sin que yo los viera.

El GMC se detuvo al final de la calle, al ralentí. Escuché que la puerta se abría y luego se cerraba. Sin embargo, nunca salió. Se quedó allí, me miró fijamente durante unos momentos y luego se fue.

El oficial nunca miró hacia atrás. Su única responsabilidad era vigilarme. Al diablo con todo lo demás. No importaba, había una investigación de asesinato en curso. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando me di cuenta de que ya habían determinado quién era el sospechoso número uno.

—¿No ves nada malo en eso? — pregunté.

—¿Con qué? — dijo.

—Ese pervertido se detuvo ahí y me miró fijamente.

—No vi nada—, dijo. —¿Cómo puede haber algo malo si no había nada que yo pudiera ver?

—¿Qué diablos les pasa a ustedes? No tienen ni la menor idea de cómo llevar adelante una investigación de homicidios.

Regresé al departamento. Detrás de mí, el oficial regresó a su vehículo. La puerta se cerró de golpe y el motor aceleró. Pero el auto no se movió. Supuse que tampoco lo haría.

Cuando llegué a lo alto de las escaleras, encontré a Reese parada en la cocina. Estaba de espaldas a mí y vestía considerablemente menos ropa que la última vez que la había visto. Solo un par de diminutos pantalones cortos de gimnasia y una camiseta cortada. Estaba parada frente a la cafetera mientras se preparaba una nueva taza. El aroma del café tostado oscuro y la anticipación de la cafeína ya me hacían sentir más alerta. O tal vez fuera su ropa.

—Espero que no te importe—, dijo.

—¿El café? —, dije, —¿o el atuendo?

Su sutil sonrisa me distrajo de la situación. De todo, en realidad. Y, al mismo tiempo, me recordó todos los problemas que había enfrentado en los últimos siete años. Había entrado en mi vida casi al mismo tiempo que el viejo Feng. Había estado involucrada cuando casi pierdo la vida a manos de un terrorista y su exmarido bastardo. Ella no tuvo la culpa, por supuesto. Nuestros caminos, destinos tal vez, estaban entrelazados. ¿Fue una coincidencia aleatoria que nos hubiéramos reencontrado en un pequeño pueblo de Texas?

—¿Qué está pasando afuera?— Se giró para mirarme y se apoyó contra el mostrador con los pulgares enganchados en la cinturilla de sus pantalones cortos

—Uno de los mejores de Texas está ubicado al final de la entrada. Supongo que ahora me siento seguro.

—Están haciendo su trabajo, Jack—. No se esforzó mucho por disimular el hecho de que estaba mintiendo. —Ya sabes cómo es esto.

No respondí. No había mucho que decir que no supiéramos ya los dos.

El último chorro de café atravesó la máquina. Reese sirvió dos tazas, las llevó a la mesa y luego se sentó, mirándome. Me incliné hacia adelante e inhalé el vapor aromático. Me inundó el interior de las fosas nasales. El primer sorbo hizo efecto, relajando mis nervios y llevándome a un lugar donde no estaba tan malditamente

nervioso. Diablos, había estado listo para cortar una rama que golpeaba la ventana.

Reese dejó caer un terrón de azúcar y un chorrito de crema en su taza. Yo tomé la mía sola, como siempre. No tenía sentido jugar con la perfección. Bebimos en silencio, aunque nuestras miradas rara vez se apartaban. Ella trazó un patrón alterno en la parte superior de su pecho. Hice lo mejor que pude para no seguir su dedo mientras descendía.

Fue la primera en romper el silencio. —Entonces, ¿qué pasa ahora?

—¿Para mí?

—¿Tú, yo, nosotros?

—Espero que alguien venga para escoltarme, y posiblemente a ti también, a la estación para un interrogatorio.

—Probablemente sea una buena idea que tengamos nuestras historias claras entonces. No hay forma de que nos permitan estar en la misma habitación una vez que te lleven.

Habíamos improvisado la historia sobre la marcha. No haría daño repasarla unas cuantas veces más. Si alguno de nosotros cometía un desliz, solo invitaría a otra hora o dos de interrogatorio, y un posible cambio de persona de interés a sospechoso.

—¿Crees que tienen motivos para sospechar de mí? —, pregunté. —Quiero decir, sé que quieren convertirme en sospechoso. Es demasiado fácil. Pero, basándonos en lo que sabes, ¿hay alguna razón para hacerlo?

Se encogió de hombros y no dijo nada.

—Ponte tu sombrero de detective, McSweeney. ¿Sospecharías de mí?

—Sí—. No hubo vacilación. Ninguna inflexión en su voz. Lo dijo directa y fácilmente. —Y en esta ciudad, eso sería algo muy malo, Jack.

Pasamos el resto del día dentro. Pasó otra ronda de tormentas cortando la electricidad. Nos quedamos sin electricidad, incluso después de que la tormenta pasara. Me encontré durmiendo en el sofá, mirando los últimos rastros del atardecer.

CAPÍTULO 20

Salté del sofá, con los brazos en alto, listo para golpear la fuente del ruido. Sin embargo, lo único que golpeé fue la mesa baja de café con mi espinilla. Caí con fuerza, girando y aterricé de costado. El aire frío del respiradero del piso me inundó el torso desnudo, enfriando el sudor que cubría mi piel.

Un fuerte golpe en la puerta me sobresaltó de nuevo. Me levanté de un salto y me volví hacia la fuente del ruido. ¿Dónde guardaba Reese su pistola? Incluso si lo supiera, no importaría en la oscuridad total.

Un torrente de luz penetró en la habitación. Reese atravesó la puerta, con una bata azul ceñida a la cintura. Ella iba adelante con un brazo extendido. El otro estaba detrás de su espalda. Me llamó cuando salté delante de ella para bajar las escaleras.

—es mi casa—, dijo. —Yo iré.

Me arrastré de nuevo hacia las sombras. Pensé que sería mejor permanecer fuera de la vista si Linus y uno de sus compinches estaban en la puerta.

La puerta se abrió con un crujido. Reese no jadeó ni gritó ni pidió mi ayuda.

—¿Vernon? — dijo. —¿Tienes idea de qué hora es?

—Por supuesto que sí, Billie—. Se aclaró la garganta. —Y estoy seguro de que sabes por qué estoy aquí a esta hora".

Me moví hasta lo alto de la escalera para tenerla a la vista. También facilitaría las cosas cuando Vernon entrara a buscarme. Estaba a la vista. No había posibilidad de un *accidente*.

La bata se le deslizó del hombro izquierdo mientras se encogía de hombros. —Oh, no lo sé, Vern. Tal vez estés reclutando en secreto para un nuevo culto y quieras hablar conmigo al respecto.

Me reí entre dientes ante su comentario sarcástico. El hombre de la puerta no.

—Maldita sea, Billie. Esto será mucho más fácil si ustedes dos vienen conmigo.

—¿Estamos bajo arresto? — preguntó.

—Por supuesto que no—. Tosió. —Al menos, todavía no.

—Vernon—, dijo Reese. —Sé sincero conmigo. ¿Jack está en serios problemas?

—No sospecho de ti—, dijo. —Pero tenemos que pasar un tiempo contigo y tu primo. Y me refiero a juntos. No vamos a separarlos ahora mismo. Solo queremos hacerles algunas preguntas a ambos. Repasar algunos detalles de la escena del crimen y lo que puedan recordar. Cosas así.

—Cosas así—, repitió. —Está bien. Esperen aquí. Saldremos en un minuto.

La puerta se cerró en un noventa por ciento, pero rebotó antes de cerrarse. Un oficial más joven entró a la fuerza. Reese le impidió tomar las escaleras.

—Sé que tienen armas allí—, dijo Vernon. —Lo mejor es que los vigilemos.

Ella los empujó hacia atrás. —Ninguno de ustedes, pervertidos, me estará viendo cambiarme.

Me reí de nuevo. Los hombres de la puerta no lo hicieron.

Otra vez.

—Haz lo que tengas que hacer, Billie.

Vernon cruzó la puerta, se colocó junto al oficial más joven que estaba adentro y luego me señaló con el dedo

—Cuando Miles llegue allí, debes ponerte una camisa y unos pantalones y salir conmigo.

Me quedé allí hasta que el joven subió. No parpadeó mientras me vestía. Luego bajamos y esperamos al pie de las escaleras durante unos minutos. Las nubes se habían despejado, dejando atrás un cielo nocturno lleno de pecas, revelando cada estrella visible para el

ojo humano en ese momento. Se me cruzó por la mente la idea de que podría ser la última vez que tuviera una vista completa del cielo sin barrotes que lo obstruyeran.

O un ataúd y tres metros de tierra.

Consideré correr. Pero con dos policías allí, era seguro que uno dispararía.

Reese se unió a nosotros en la planta baja y Vernon nos llevó a su auto. Casi esperaba que me esposara, pero no lo hizo. Reese se deslizó por el asiento trasero. Me senté a su lado. Vernon asumió el asiento del conductor con el joven sentado al lado de él.

Detecté el ruido de ese maldito motor diésel en los momentos antes de que Vernon encendiera el motor. La calle oscura no daba pistas sobre la ubicación de la camioneta, o si estaba cerca. Estaba en alerta máxima. La adrenalina estaba bombeando. Podría haber sido mi mente jugando conmigo.

—¿Qué pasa? — Reese se inclinó hacia mí. Su cabello rozó mi mejilla. Sus respiraciones cortas y rápidas soplaron calientes contra mi cuello.

¿Por qué no había mencionado el asunto con Darrow? Por mucho que necesitara averiguar qué sabía Reese sobre el tipo, ahora no era el momento.

Negué con la cabeza. —Nada.

—¿De qué están hablando ustedes dos? — preguntó Vernon.

Ninguno de los dos respondió. Capté su mirada en el espejo. Sus ojos parecían carbón en la oscuridad.

—Está bien—, murmuró. —Vamos a dar una vuelta.

Hacía mucho frío en el auto. Habían dejado el aire acondicionado encendido mientras estaban dentro de la casa. Reese empujó su brazo y pierna contra los míos mientras se acercaba más.

El coche patrulla avanzó con otro coche detrás. Sus faros delanteros proyectaban sombras dentro de nuestro vehículo. Después de unas cuantas vueltas, nos separamos el uno del otro. O ellos se habían quedado atrás. Fácil de hacer con la cantidad de vueltas que se necesitaban para recorrer la ciudad. Pero no habíamos girado recientemente. Sólo me tomó otro minuto darme

cuenta de que la ruta que estábamos siguiendo nos llevaría fuera de la ciudad. Miré a Reese, cuya mirada perpleja confirmó lo que temía.

Algunos momentos después, ella dijo: —¿Vernon? ¿Adónde nos llevas?

Vernon permaneció en silencio. Su joven pupilo lo miró por un segundo. Había miedo en sus ojos. Estaban rompiendo el protocolo y, a su vez, la ley. Reese aprovechó la oportunidad para abalanzarse sobre el chico.

—Miles—, dijo. —¿Qué está pasando aquí?

—Uh—, dijo. —No estoy seguro, señora.

—Miles— dijo Vernon. —Cállate, ¿vale? No hables a menos que te diga qué decir. ¿Entendido?

Miles asintió y se volvió hacia la ventana. Lo que sucediera ahora definitivamente no sería como se esperaba.

CAPÍTULO 21

Reese pasó cinco minutos haciendo preguntas a las que nunca recibió respuestas. Vernon renunció a decirle que se quedara callada. Una vez que finalmente dejó de molestarlo, pasamos los siguientes diez minutos en silencio.

Salimos de la ciudad hacia el este y luego giramos por la autopista hacia el sur por una carretera pavimentada de un solo carril. Desde allí perdí la noción de dónde estábamos después de una serie de curvas que nos llevaron a un camino de tierra lleno de baches. El coche patrulla siguió avanzando, rebotando, raspando y haciéndonos chocar a mí y a Reese contra la puerta y entre nosotros.

—Es algo curioso, Jack—, dijo Vernon, rompiendo el silencio. —Apareciste en nuestro pequeño y tranquilo pueblo hace solo un par de días, armaste un escándalo con un par de lugareños y, seguro como la mierda, ahora tengo un doble homicidio en mis manos—. Aceleró el motor, liberándose del barro seco que habíamos estado recorriendo. "¿No te parece una extraña coincidencia?

Me aclaré la garganta para quitarme el polvo y la suciedad que se habían acumulado durante el viaje. —Bueno...

—Cállate— dijo. —No quiero oír ni una maldita palabra de ti ahora mismo.

Nunca había oído que se enfadara tanto. Ni siquiera en la casa de la pareja de ancianos después de que los asesinaran. El nudo en mi estómago se hizo más fuerte a medida que surgían las dudas de que alguno de los dos pudiera volver con vida a la ciudad.

—Vernon— dijo Reese.

—Tú tampoco, Billie—. Detuvo el vehículo y mantuvo el volante firmemente sujeto mientras se giraba para mirarnos. —Dios mío, Billie. Me vienes con esa historia de que ese tipo es tu primo. Quiero decir, ¿cuántas veces habíamos hablado, cariño? ¿Eh? ¿Docenas? ¿Cientos? Dios mío, al menos tantas veces conmigo sentado en un taburete de bar bebiendo una cerveza. Y en muchas de esas ocasiones, cuando te pregunté sobre tu pasado, dijiste que no tenías familia. Ningún vínculo. Ni una maldita alma en la tierra.

Reese bajó la mirada por un segundo. Ese fue el peor gesto que podía hacer en ese momento, y lo sabía. Debería haber permanecido desafiante, incluso si no decía nada. En cambio, delató su posición.

Vernon continuó. —Te pregunté específicamente si tenías tías, tíos o primos. ¿Recuerdas tu respuesta? — Reese no dijo nada.

—Dijiste que no, Billie. No. 'No, Vernon, no tengo familia en absoluto'. Entonces, ¿eso fue una mentira? ¿Pensaste que eso me impediría indagar demasiado, buscar a personas de tu pasado?

Se quedó en silencio con su mirada ahora fija en el espejo retrovisor.

—Estoy indeciso—, dijo Vernon. —Por un lado, quiero creerte. Quiero creer en tu palabra de que este tipo Jack Smith sentado aquí realmente es tu primo. Pero luego me pregunto, ¿cómo termina en la ciudad con un Jeep destrozado, alojándose en la casa de Ingrid y Herbie, en lugar de la tuya? ¿Qué sentido tiene eso?

Tenía una respuesta preparada, pero no me molesté en responder. La ira de Vernon lo había llevado a otro mundo y no había forma de sacarlo de él.

—Y a ti, Jack—, dijo, —tengo que decirte que sería muy fácil culparte de esto. Quiero decir, creo que hay pruebas circunstanciales más que suficientes para afirmar que este sería un caso fácil. Tampoco me pareces un tipo que pueda conseguir una representación legal decente. El fiscal del distrito te comería vivo en este caso. El jurado... — hizo una pausa para reírse —... demonios, estarán listos para freírte después de las declaraciones iniciales.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? —, dije.

Me miró fijamente. —Porque aquí puedo decir lo que quiera, y tú puedes responder lo que quieras, y ni una sola palabra de eso va a ser grabada.

—¿Qué pasa con el lento Miles? —, dije.

—Hará lo que yo le diga—, dijo Vernon.

—¿Y qué pasa con tu cámara del tablero? —, dijo Reese.

Los labios de Vernon se separaron y formaron una especie de gruñido y una sonrisa a medias. —Por eso nos alejamos del coche—. Unos minutos más tarde estábamos a unos quince metros detrás del coche patrulla. Miles había recibido instrucciones de esperar dentro y de salir solo si Vernon pedía ayuda. Si llegaba el caso, Miles tenía permiso para dispararnos sin dudarlo. Sin embargo, dudaba de que tuviera la capacidad de hacerlo. Aun así, no quería correr el riesgo de escapar todavía. Los demás no tardarían mucho en darse cuenta de lo que había pasado. Nos atraparían a un par de cientos de kilómetros, como máximo. Vernon estaba en racha en ese momento. Una vez que se tranquilizara y estuviera dispuesto a escuchar la lógica, sentí que podía razonar con él.

—Está bien— dijo Vernon. —Sólo los tres. ¿Quién quiere empezar?

Ni Reese ni yo hablamos.

—Vamos, vamos. Esta es tu oportunidad de confesar. Habla ahora y tendré en cuenta que cooperaste. Si no dices nada, descubriré que has estado mintiendo, bueno, eso no se verá bien frente a un jurado.

No tenía ganas de decir nada. Le habíamos dado una historia de fondo que le costaría mucho desmentir. Si el FBI hubiera hecho bien su trabajo, cualquier búsqueda del pasado de Billie devolvería un laberinto interminable que muere un par de años antes de su llegada a la ciudad. Y, a menos que mi antiguo contacto Brandon me hubiera delatado en algún momento de los últimos meses, no había forma de que Vernon pudiera descubrir nada usando mi alias. Jack Smith de Fourth Avenue, Brooklyn, Nueva York, llevaba una vida aburrida. Cada búsqueda de su historia familiar resultaría en callejones sin salida.

—Ya te lo dije, Vernon— dijo Reese. —No puedo evitar que te niegues a creer nada de lo que tengo que decir.

Miró al suelo y asintió. —Entonces, ¿cómo es que termina aquí con un Jeep muerto y se queda en la casa de otra persona?

Reese sostuvo su mirada, pero no respondió.

—Una pregunta tan simple, y sin embargo no puedes darme una respuesta. Ni siquiera una mentira.

—Ya sabes cómo eran los Geotz— dijo.

—Ni siquiera estaba seguro de que Billie estuviera aquí— dije. —Pude determinar que terminó en un pequeño pueblo en esta zona de Texas. Si estuviera aquí, la encontraría. Y lo hice. Bastante rápido, además.

—Así que te subes a tu auto...

—Jeep.

—Disculpa, tu Jeep—. Vernon hizo una pausa y negó con la cabeza. —Y conduces todo el camino hasta Texas pensando que si Billie estaba aquí, de alguna manera la encontrarías.

Asentí y mantuve la boca cerrada. ¿Había pasado la matrícula del Jeep? Si no, ¿lo haría? Pensé en dar cuenta de eso ahora, pero decidí no hacerlo.

—Está bien—, dijo. —Supongo que es plausible. Supongo que solo tengo una pregunta más.

—¿Cuál?, dije.

—No es para ti—. Dio un paso hacia un lado y se enfrentó a McSweeney. —¿Quién diablos es Reese?

CAPÍTULO 22

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

Jack se movió tan rápido y en silencio como pudo, pero no importó. El tipo giró la cabeza y en un instante estaba encima del chico. La pierna de Jack se enganchó en el borde del porche y un clavo difícil de esquivar se clavó en su muslo, rasgando sus pantalones cortos y la carne debajo. Apretó los dientes y se abstuvo de gritar.

El hombre no tuvo muchos problemas con Jack. Se colocó detrás del chico, colocándolo en una barra de brazo. Su otra mano envolvió la boca de Jack. Sus dedos olían a bocadillos de queso y whisky. También su aliento.

—Sólo cállate, ¿de acuerdo?

El hedor quemaba las fosas nasales de Jack.

El tipo dio un paso atrás, arrastrando a Jack dentro de la casa. Soltó la boca del chico para cerrar la puerta y murmuró algo sobre los otros en el bosque. Jack logró girar la cabeza lo suficiente para ver al tipo a la luz. Su barba tenía motas plateadas. Sus ojos eran oscuros tanto en color como en furia. Los tenía bien abiertos y se movían de un lado a otro como si el hombre estuviera buscando a alguien o algo.

El hijo de puta está loco.

Jack intentó morder la mano del hombre cuando se la devolvió a la boca, pero el agarre del tipo era tan fuerte que Jack no podía separar los dientes lo suficiente. En algún momento relajaría el agarre o ajustaría la barra del brazo.

Ese sería el momento para que Jack hiciera su movimiento. Y estaba listo. El pánico que se apoderaba de él a veces todavía no se veía por ningún lado. La situación no lo permitía. Escuchó las palabras de su padre resonando en su cabeza.

Mantén la calma. Mantente alerta. Mantente en sintonía con tu cuerpo y tu entorno.

No importaba si estaban cazando, pescando o entrenando. El mantra que su padre repitió durante toda su vida ahora se había

apoderado de Jack. Y sabía que lo necesitaría mientras el tipo lo arrastraba por la casa y subía las escaleras, deteniéndose finalmente frente a la puerta de un dormitorio.

El tipo no podría haber elegido una habitación peor para entrar.

Era la habitación de Jack.

CAPÍTULO 23

Se quedó con la boca abierta cuando Vernon repitió la pregunta. Su identidad había sido comprometida. ¿Había sido descuidada? ¿Me había oído llamarla por su nombre? ¿Había alguien más? ¿Había micrófonos ocultos en su apartamento después de todo?

—No estoy segura de lo que quieres decir—, dijo.

—Oh, no lo estás—, dijo él. —Es una pregunta bastante simple, ¿verdad? ¿Quién es Reese? O lo sabes, en cuyo caso me lo dices, o no. Y en ese caso, esperaría que dijeras algo como, 'No lo sé'.

—Era su apodo cuando era niña—, dije. —Ya sabes, como los dulces. No se cansaba de ellos, así que la llamábamos Reeses, que se acortó a Reese.

Ella asintió. —Jack es la única persona que me llama así. Supongo que se le debe haber escapado en algún momento.

—Sí—, dije. —Supongo.

La mirada de desprecio en el rostro de Vernon se profundizó. Escupió a un lado, luego se dio la vuelta y caminó hacia el coche patrulla, indicándonos que lo siguiéramos unos pasos más en su viaje. Su cojera se hizo más pronunciada a medida que se acercaba al coche, casi como si hubiera intentado ocultarla antes pero finalmente se rindiera. Las luces traseras arrojaban un suave resplandor rojo en el suelo, suficiente para distinguir los obstáculos. Tropecé con una gran roca, pero logré volver al vehículo sin volver a torcerme el tobillo.

¿A dónde íbamos a ir después? ¿Tenían un lugar ya planeado más lejos en el desierto? ¿Algún lugar con tumbas precavadas,

esperando el momento adecuado? O ¿tal vez de vuelta a la ciudad para poder arrestarme y acusar a Reese de complicidad?

Vernon puso la transmisión en marcha y retrocedió a través del campo. Después de rebotar a través del paisaje, encontró de nuevo el camino lleno de baches. Rebotamos y chocamos durante unos minutos hasta que Reese finalmente se apoyó en mí y nos movimos al unísono en su mayor parte. Nos dirigíamos de vuelta a la ciudad. Esta vez, el viaje me pareció la mitad de largo.

Tomamos la autopista hacia el pueblo. Pasamos por el garaje. Miré en la oscuridad, buscando el Jeep y preguntándome si todavía estaba allí. Tal vez ya lo habían enviado al depósito de chatarra, pensando que estaría fuera de la ciudad por la mañana. La investigación del doble homicidio cambió todo eso.

Una cuadra más adelante, vi esa vieja camioneta GMC estacionada en una calle lateral. La cabina parecía vacía. ¿La casa frente a la que estaba estacionada era donde vivía Darrow? Tomé nota mental de la calle y la casa, una Cape Cod blanca o de color claro con setos alrededor del frente.

Paramos frente a la estación de policía. Miles se bajó y entró por la puerta principal. Vernon nos llevó por la parte de atrás. Aparcó en un lugar cerca de la entrada trasera.

—No hagan nada estúpido—, dijo, dejándonos salir.

Reese nos guio hacia adentro. No había mucho que hacer hasta la estación. Desde la puerta trasera, podía ver claramente hacia el frente. Había dos filas de sillas a un lado de la habitación, un mostrador de recepción al otro. Paredes de bloques de cemento nos separaban de donde supuse que se encontraban el bloque de celdas y la sala de interrogatorios.

Vernon estaba de pie detrás del mostrador de recepción, revolviendo papeles y apilándolos de forma ordenada. Tomó un par de bolígrafos y los puso en una taza que ya estaba llena con varios otros. Luego limpió la superficie con la manga, sacudiendo la cabeza con una mirada de disgusto en su rostro. Una vez que todo estuvo en orden, abrió un cajón debajo del escritorio y sacó un llavero.

—Síganme—, dijo, abriendo la única puerta a lo largo de la pared de bloques de cemento.

Entramos en una habitación iluminada con luces fluorescentes. Todo estaba cubierto del mismo tono de amarillo tenue. Dos celdas vacías esperaban en el otro extremo de la habitación. Un escritorio desordenado con un viejo monitor CRT estaba colocado frente a ellas. Había una pequeña habitación a la derecha de la puerta por la que entramos. A la izquierda había una cafetera, un microondas y una pequeña nevera, todo ello apoyado contra la pared de bloques de hormigón.

Vernon abrió los brazos. —Bienvenidos a nuestras celdas de detención, sala de interrogatorios y zona de descanso.

Su actitud había cambiado. Tal vez tuviera algo que ver con las tres cámaras de vigilancia montadas en el techo. No había forma de evitarlas.

—No está nada mal, Vernon—, dije. —Supongo que ese no es tu escritorio.

Sacudió la cabeza y frunció los labios como si quisiera escupir en la desordenada estación de trabajo.

—No paso tiempo allí, no—. Luego miró a Miles, que inmediatamente se puso a limpiar el escritorio.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —, pregunté.

Vernon puso a calentar una cafetera e ignoró mi pregunta. Esperé unos minutos y volví a preguntar.

—¿Por qué no dejas que yo me preocupe por eso? —, dijo.

—No nos despertaste en mitad de la noche, luego nos arrastraste al desierto y luego volvimos aquí para nada. Vamos. Acabemos con esta mierda de una vez.

—Esta mierda—, dijo, —como tú dices, tiene que ver con el asesinato de dos de los residentes más antiguos, mejores, respetados y queridos de nuestra ciudad. Estaban entre los ciudadanos originales que construyeron este lugar desde cero. Te lo digo ahora mismo, nos tomaremos el tiempo que sea necesario para resolver esto. Así que, ¿por qué no te pones cómodo y mantienes la maldita boca cerrada hasta que te haga una pregunta?

—¿Crees que no me doy cuenta de lo que pasó? —, dije. —Los encontré, hombre. Vi a esa pobre anciana a la que le dispararon en la cabeza poco después de encontrarla llorando, temerosa de que les

pasara algo. Así que, ¿por qué no dejas de perder el tiempo, nos preguntas lo que tengas que preguntar y luego te pones a buscar a los cabrones que hicieron esto?

Vernon se abalanzó sobre mí, puso una mano sobre mi garganta y me golpeó en el estómago con la otra. Podría haber sido un pueblo pequeño, pero él seguía siendo policía. Incluso con las cámaras en la habitación, sabía que contraatacar no era una opción. Podían darle la vuelta a la situación como quisieran. Diablos, el sistema probablemente hubiera dado su fallo en este momento. Al menos, según ellos. Y nadie los cuestionaría. Durante los siguientes segundos contrarresté sus movimientos. Bloqueé su segundo puñetazo, un golpe salvaje dirigido a mi cara. Rompí su estrangulamiento y lo bloqueé con el brazo para evitar que atacara mi cuello nuevamente. Cada movimiento era defensivo.

Miles saltó sobre la espalda de Vernon y lo apartó. Reese se colocó entre nosotros para evitar que yo atacara a Vernon y evitar que él atacara nuevamente.

—Dios—, dijo. —¿Qué diablos les pasa a ustedes dos?

—Estoy cansado de que me tomen el pelo—, dije. —Y sé que tú también. Y mira a este cabrón. Le digo lo que necesita oír y se me echa encima. Hijo de puta. Tienes suerte de que estemos aquí, Vernon, y no en medio de la nada.

—Podemos volver fácilmente, muchacho— dijo.

—Ya basta—. Reese me pasó el brazo por el pecho, me empujó hacia la pared y bajó la voz unos decibeles. —Vamos, Jack. Actuar así solo empeorará las cosas. Déjalos hacer lo suyo. Una vez que nos interroguen, tendrán que dejarnos ir. No tienen nada contra nosotros.

—Están perdiendo el tiempo— dije. —Lo sabes. Todos deberíamos estar ahí fuera buscando a quién hizo esto.

—¿De repente te interesa esta ciudad?

—No me importa nada esta ciudad. Pero me importa que una anciana haya intentado decirme que algo iba mal y yo no me di cuenta. Dios, lo ignoré. Podría haber detenido esto. Me solté de su agarre y me rodeé la nuca con las manos.

Ella dio un paso atrás. Sus ojos se movieron de un lado a otro y luego se centraron en los míos. —¿Cómo?

CAPÍTULO 24

No lo tenía claro. Al menos no del todo.

Todo apuntaba a que Darrow y sus hombres eran los culpables, pero todo era un secreto. La gente me decía que me quedara atrás, que no me involucrara. Pero ¿en qué? Podría especular todo el día, pero sin ningún conocimiento de primera mano sobre en qué andaban estos tipos. No podía encontrar el vínculo entre ellos y el asesinato. Yo no les gustaba, lo que habría sido una razón sólida para eliminarme. Tal vez por eso fueron a la casa. Herbie e Ingrid se interpusieron. Daños colaterales. Esa explicación era demasiado fácil, y tenía la sensación de que la verdadera razón era mucho más insidiosa. Ellos eran los objetivos previstos. Herbie e Ingrid habían construido el pueblo desde cero. Darrow y sus hombres amenazaban los cimientos del lugar. No iban a soportarlo más. Tal vez por eso Herbie se arriesgó con un tipo que estaba tirado al costado de la carretera. Tal vez pensó que yo podía echar una mano. Al final, pagaron sus condenas con sus vidas.

—¿Jack?— dijo Reese.

Miré detrás de ella a los dos policías que estaban de pie cerca de la pared del fondo. La cara de Vernon, roja como la remolacha, y su respiración agitada me indicaban que aún no se había calmado. Miles se movió de un pie a otro y jugueteó con su pistolera.

Parecía un niño que ya no podía contener la orina.

—¿Jack?— Me dio un revés en el pecho.

—Ahora no— dije. —Hablaremos de eso cuando salgamos de aquí. Me incliné más cerca y susurré. —Y necesito que respondas

mis preguntas con cien por ciento de sinceridad. ¿Entendido?

Ella asintió y no dijo nada.

—Vernon— dije. —Te pido disculpas. Me enojé y arremetí. No volverá a suceder.

SIEMPRE Y CUANDO EL BASTARDO NO HICIERA OTRO MOVIMIENTO EN MI contra.

Miles intentó asumir el papel de pacificador. Dio un paso adelante con los brazos extendidos. —Oye, está bien, hombre. Mientras podamos sentarnos y hablar de esto como...

—Dios mío, Miles— dijo Vernon. —Cállate de una vez y ve a servirles una taza de café a todos.

Vernon abrió la sala de interrogatorios y nos hizo pasar. Pensé que nos separaría, que intentaría encontrar agujeros en nuestra historia. Me equivoqué. Hablamos durante una hora, repasando los detalles cuatro o cinco veces. Luego, me pidió que le contara mi última conversación con Ingrid, cuando la encontré llorando. Me las arreglé para hacerlo casi palabra por palabra, enfatizando que ella quería que me fuera, que sentía que estaba en peligro. Y luego, cómo insistió en que me quedara. Supuse que sentía que me debía cumplir la promesa de su esposo.

—Ese era el tipo de personas que eran—. Vernon limpió el borde manchado de su taza y tomó otro sorbo. Su mirada se elevó hacia la pared o el techo detrás de mí. Se quedó mirando allí durante un minuto y sonrió. —Ella solía cuidarme cuando era un niño pequeño. Hombre, yo pensaba que era lo mejor del mundo en aquel entonces. Diablos, pensé eso durante mucho tiempo, de hecho. Sin embargo, no fue hasta que maduré y encontré a mi esposa que realmente aprecié a Ingrid. Ella estuvo allí para nosotros, una y otra vez, ayudándonos con mis pequeños. Ayudando a mi esposa a superar horribles episodios de depresión posparto. Verás, mi esposa lo pasó mal con los niños dos y tres. En un momento pensé que no lo lograría.

Hubo una breve pausa cuando Miles entró en la habitación.

—Ingrid le dio tanto a todos los que conoció— dijo Vernon. —Incluso a los idiotas de esta ciudad. Mira, es por eso por lo que esto no tiene ningún sentido, y es por eso por lo que es tan fácil para todos nosotros señalarte con el dedo, Jack, porque nadie tiene nada que ganar matando a Ingrid y Herbie. Juro que la única explicación lógica es que algún psicópata lo hizo para poder escaparse.

La habitación quedó en silencio durante varios minutos mientras Vernon, presumiblemente, deambulaba por sus recuerdos de Ingrid. Sus ojos se empañaron y miró hacia la mesa. Entendí cómo se sentía. Yo mismo había estado allí. Pero, maldita sea, ¿pensar que la única conclusión posible era que yo era un psicópata?

—Está bien—. Vernon dio una palmada en la mesa. —Volvamos a eso. Empecemos desde el principio, cuando te derrumbaste fuera de la ciudad.

Repasé todo una vez más, conocí a Herbie, el bar y el encuentro con Linus y su gran amigo. Le conté nuevamente sobre la pelea en el garaje y el hombre mayor en la camioneta. Confirmó que era Darrow. Hice una pausa allí, esperando que Vernon agregara algo más sobre el tipo. No lo hizo. Conté la última conversación de Ingrid conmigo, las pistas que pasé por alto. Y finalmente, le conté cómo encontramos los cuerpos. Parecía desanimado cuando terminé. Tal vez esperaba que me equivocara en algún lado, que me equivocara en algún detalle, algo que pudiera atribuirme.

—¿Algo más?— pregunté.

Vernon negó con la cabeza. Pensé que nos llevaría a otra ronda, pero no tenía sentido. Yo lo sabía y él se dio cuenta. Nos llevó afuera, detrás de la estación.

—Supongo que puedes regresar a casa de Billie desde aquí—. Ya estábamos caminando y no respondimos.

—Jack— dijo. —No te vayas de la ciudad. Pronto tendremos que hablar contigo de nuevo.

CAPÍTULO 25

—¿Quién es Darrow?— pregunté. —¿Qué le pasa?

Reese no levantó la mirada de su teléfono móvil. Estiré la cabeza. Parecía que tenía un crucigrama preparado.

Enrollé la tapa de la botella de cerveza en mi palma, presionando las puntas afiladas en mi piel, que me dejaron profundas y oscuras hendiduras. Tiré la tapa sobre su teléfono. Rebotó en la mesa y aterrizó en su regazo.

Respiró profundamente y me miró. —¿Dónde escuchaste ese nombre?

—En ninguna parte.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

—Porque sí.

—Esa actitud no te llevará muy lejos, Jack.

—Vamos, Reese. Si sabes algo, dímelo.

—Pensé que te advertí que mantuvieras la cabeza gacha. Ahora estás preguntando por Darrow. Dime dónde escuchaste el nombre.

Tomé un largo trago de la botella, vaciando aproximadamente un tercio. La carbonatación quemó un poco al bajar. El amargor del lúpulo ahogó la sensación.

—Bueno—, dije, —lo escuché de un niño.

—¿Un niño?

—Sí, un niño.

—¿Qué niño?

—Cuando volvía a casa de Ingrid y Herbie, desde aquí. Cuando encontré sus cuerpos. Antes de llegar allí, había un grupo de niños

acurrucados alrededor de algo en el suelo. Pequeños bastardos, no me lo mostraron. Cuando uno empezó a hablar, otro dijo: "A Darrow no le gusta que nadie hable", o algo así. Hice que el chico confirmara que Darrow conduce el viejo dually que sigo viendo.

—Comenzaré diciendo que si continúas con esta línea de preguntas fuera de esta habitación, abrirás una lata de zorrillo que no podrás volver a meter. El olor te envolverá. Probablemente a mí también. Estaremos jodidos.

—Y apestaremos. Al menos estaremos juntos—. Ella puso los ojos en blanco.

—Estaremos jodidos porque a Darrow no le gusta que nadie hable, ¿verdad? Ella asintió. —Exactamente.

—¿Este tipo te asusta?

—¿Qué tipo?

—Darrow.

Se encogió de hombros. —No estoy segura de lo que quieres decir.

Me levanté y caminé por el perímetro del apartamento, moviendo libros y las pocas chucherías que había colocado en los estantes y los alféizares de las ventanas.

—¿Qué diablos estás haciendo?— preguntó.

—Estoy comprobando si hay micrófonos ocultos en el lugar— dije.

—No vas a renunciar a eso, ¿verdad?

—¿Has sabido que yo haya renunciado a algo?

—Por un tiempo pensé que te habías dado por vencido conmigo. Diablos, te tomó mucho tiempo encontrarme.

—¿Crees que esto fue planeado? — Abrí un libro al azar en un boceto de un elefante. Estaba decorado como si fuera a desfilar en la India.

Ella asintió. —Desde el momento en que te vi en el bar, supe que me habías estado buscando sin parar.

—Fue un accidente feliz, McSweeney.

—Sólo me llamas McSweeney cuando intentas ocultar tus sentimientos—. Me robó la cerveza y la terminó. —Algún tipo de

protección que te permite dirigirte a mí como uno de tus colegas o algo así.

—Ahora sabes todo sobre mí, ¿eh?

—No eres tan complicado, Noble.

—Tienes razón en eso.

—Entonces, ¿estás diciendo que no estás feliz de haberme encontrado?

—Lo estaba.

—¿Pero ahora?

—Todo este doble homicidio y posible asesinato, una acusación contra mí, cambia un poco las cosas.

Se levantó y cruzó la habitación, deteniéndose a centímetros de mí. Olía a gloria incluso después del viaje fuera de la ciudad, de pie en el desierto y sentada en la sala de interrogatorios. Su mano envolvió la mía. Colocó la otra sobre mi pecho, clavándose las uñas en el músculo.

—Deja las preguntas hasta la mañana, Jack.

La seguí hasta su habitación y logré olvidarme de todo lo que había sucedido, al menos por un rato.

CAPÍTULO 26

Dejé mi reloj en la almohada. Fue un regalo que mi padre me había dado la primera vez que regresé a casa como marine. Salí del apartamento. Reese se enojaría conmigo por irme sin despertarla, pero al menos iba a volver. Aunque tal vez no me perdonara por tomar sus llaves y marcharme en su coche.

La calle estaba desierta. La guardia nocturna se había ido y no había llegado ningún sustituto para ocupar su lugar. Quizá nos habíamos librado de Vernon. O tal vez él sabía que no nos iríamos. De cualquier manera, cuando nos separamos ayer parecía resignado al hecho de que nuestra historia era legítima y que tendría que buscar en otra parte para encontrar al asesino. La ira lo había llevado por el camino equivocado conmigo. Ahora estaba pensando con claridad y llevaría a cabo una investigación adecuada.

O llamaría a la gente que pudiera hacerlo si su departamento no era capaz.

El viejo coche potente rugió al encenderse con un movimiento de la llave, tan fuerte que temí que despertara a Reese. La imaginé corriendo por las escaleras en ese momento, atravesando la puerta y bloqueando mi escape. Salí del garaje lentamente y conduje sobre tierra y grava. No la veía por ningún lado.

Conduje hacia la tienda del primo de Herbie, pero un par de cuadras antes giré hacia una calle residencial.

El viejo GMC de dos plazas estaba estacionado en el mismo lugar donde lo había visto la noche anterior, frente a la modesta casa estilo Cape Cod. Era blanca, con molduras azules y una puerta de

entrada manchada. Pasé frente a la casa, giré y aparqué unas cuantas casas más allá en un lugar sin nada que obstruyera mi vista.

El tocino saturaba la brisa constante que entraba por la ventanilla abierta del conductor. Se me hizo agua la boca, se me encogió el estómago y gruñó. No había comido. No había tomado una taza de café. Esto último habría sido de gran ayuda.

Pasaron cinco minutos sin que pasara nada en la calle. Eran apenas las siete de la mañana. No es que la gente de aquí tuviera que enfrentarse a mucho tráfico para llegar al trabajo. Si su turno comenzaba a las ocho, podían salir con cinco o diez minutos de antelación y llegar a tiempo. Si trabajaban fuera de la ciudad, se habrían ido a las seis.

Mi teléfono móvil vibró. Desvié la llamada al buzón de voz. Sólo una persona tenía el número y no estaba preparado para hablar con ella.

La puerta principal del Cape Cod se abrió. Apareció una mujer rubia, bonita y delgada, de unos treinta o treinta y cinco años. Dejó la puerta abierta y cruzó el patio. Un labrador amarillo con trastorno del cola feliz salió, moviendo la cola con tanta fuerza que se movía casi treinta centímetros en cualquier dirección. Pensé que se iba a dar la vuelta. La rubia se dio la vuelta, se inclinó y acarició al perro. Luego lo hizo entrar. Un niño pequeño, de unos seis o siete años, salió unos segundos después. Llevaba una mochila roja más grande que él atada a la espalda. Iba a tener un problema terrible con la espalda más adelante en la vida. ¿Qué tantas cosas necesitaba un niño?

El niño siguió a la mujer hasta su miniván gris. Ella extendió el brazo, apuntando algo al vehículo. La puerta lateral crujió y luego se abrió sola. Una vez que el niño estuvo seguro en su asiento, la mujer corrió de regreso a la casa. Se inclinó hacia adentro con ambas manos presionadas contra el marco de la puerta. Su cabello cayó hacia un lado y colgó más de treinta centímetros. Gritó algo indescifrable y luego corrió de regreso para abrocharle el cinturón al niño.

Y entonces apareció el chico de cabello rubio del día anterior, el aparente líder de los niños de once años. Arrastró su mochila por el

patio, dejando atrás un rastro de pasto enmarañado. Se detuvo a mitad de camino y sacó un teléfono celular de su bolsillo.

—Hijo de puta—, murmuré, repitiendo su advertencia sobre Darrow en mi cabeza.

La puerta principal permaneció abierta. Una figura pasó caminando. Traté de distinguir quién era, pero solo pude ver sombras adentro. ¿Era el hombre mayor? ¿Darrow? Lo dudaba. ¿Por qué el niño se referiría así a su viejo? Tal vez el tipo era su padrastro. Tenía sentido, dada la diferencia de edad entre Darrow y la mujer rubia.

—Vamos, Roy—, gritó su madre.

El chico pasó la mano por la pantalla del teléfono, se lo metió en el bolsillo y luego cogió su bolso con ambas manos. Corrió por el patio y saltó al asiento delantero de la miniván. El vehículo retrocedió unos metros y se detuvo de golpe. Miré hacia la casa. Un brazo desnudo sobresalía a la luz del sol. El resto de la figura seguía siendo una sombra. La mujer estiró el brazo y lo agitó, y luego siguió alejándose de la casa.

El coche de Reese se calentó durante los siguientes minutos a medida que el sol se elevaba sobre las casas y los árboles. El viento había amainado, dejando atrás el persistente aroma del desayuno. Consideré subir a la casa. Llamar a la puerta. Entrar a la fuerza. Lo que fuera. Cada fibra de mi ser, mis instintos, me decían que no lo hiciera. Las cosas empeorarían muchísimo si me encontraban entrando a la fuerza. Diablos, incluso llamar a la puerta y que el tipo la abriera causaría un desastre. Especialmente si tenía la influencia que yo creía que tenía.

Y si era el tipo de hombre que yo había imaginado, se daría cuenta de cosas como un vehículo inusual estacionado en la calle a unas pocas casas de la suya. Y con ese pensamiento, decidí que era hora de seguir adelante.

Conduje hasta el final de la calle, giré a la derecha y aparqué en el borde del distrito comercial. Cuando apagué el motor, el teléfono volvió a vibrar.

Esta vez respondí.

—Tienes un maldito coraje—, dijo Reese.

—Lo sé. Lo siento— dije.

—Claro que lo sientes— dijo ella. —Pero no tanto como vas a sentirlo.

—Tenía que ocuparme de algo—. La brisa se levantó de nuevo, enfriando el sudor que cubría mi frente.

—¿De qué podrías ocuparte aquí?

—¿Recuerdas lo que te pregunté anoche?— Hizo una pausa. Su respiración se agitaba al otro lado de la línea.

—¿Sobre esa persona, o nombre, o lo que sea?— dije.

—Jack, tienes que dejar eso en paz, ¿de acuerdo? Lo que sea que estés haciendo, detente. Vuelve aquí y te informaré.

—Está bien, suena bien.

—Hablo en serio, Jack. Vuelve ahora.

—Lo tienes.

—Maldita sea, Jack.

Colgué. Ella sabía que no iba a volver todavía. Y no lo haría hasta que tuviera una respuesta a todas mis preguntas hasta el momento.

Salí y caminé por la calle. Pasé por delante de algunas personas en el camino. Me estudiaron con ojos curiosos. Uno asintió. Otro sonrió. Yo respondí de la misma manera. Alguien gritó desde el otro lado de la calle. Miré hacia un lado y vi a dos mujeres discutiendo. Traté de entender por qué estaban en desacuerdo, pero el ruido sordo de un motor diésel se impuso a sus voces. Giré la cabeza hacia la fuente. Hacia el camión. Linus me miró desde el asiento del conductor. Sonreía un poco demasiado para un tipo al que recientemente le habían dado una paliza. Entonces comprendí por qué. Alguien me dio un golpe con el pie, el hombro o tal vez un bate de béisbol en la parte baja de la espalda, haciéndome caer de rodillas. Un golpe sordo en la base del cráneo me hizo caer al suelo.

CAPÍTULO 27

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

—Ahora tú y yo vamos a divertirnos un poco.

Su aliento caliente y fétido cubrió el cuello de Jack, abriéndose paso hasta su rostro. El mismo olor a queso y whisky casi lo atragantó. El agarre del hombre se relajó.

—Grita y te mataré.

Jack se retorció para salir del agarre, se lanzó hacia adelante y se dio la vuelta con las manos listas. Su mirada se centró en la pistola que apuntaba a su cabeza.

—Grita y te mataré— repitió el tipo lentamente. Una sonrisa se ensanchó en su rostro. Sus dientes superiores e inferiores estaban torcidos y manchados de amarillo. Uno de ellos era tan negro que debía estar muerto.

Mantén la calma. Mantente alerta. Mantente en sintonía con tu cuerpo y tu entorno.

Las palabras continuaron haciendo eco con la voz de su padre, la voz de Sean, la voz de Molly. Compitieron entre sí hasta que se fundieron en una voz unificada, gritando en la conciencia de Jack. Jack sólo había utilizado las lecciones de su padre en la práctica y, ocasionalmente, en el patio de la escuela cuando alguien se pasaba de la raya con él o alguien que no podía defenderse. Cuando le había preguntado a su padre qué le había estado enseñando, su padre le había dicho que era la única defensa personal que alguna vez necesitaría. Eso era suficiente. Pensó que todo lo demás era para el espectáculo. Lo más importante era neutralizar al oponente. Y Jack lo hizo bien, a pesar de que nunca se había enfrentado a un oponente real de ese tamaño.

—¿Cómo te sientes ahora? — preguntó el tipo, sonriendo mientras se desabrochaba el cinturón con una mano.

Jack no dijo nada.

—Te preguntas qué te voy a hacer, ¿eh? — Se lamió los labios. Jack no estaba seguro de si el hombre quería torturarlo o violarlo. De cualquier manera, el hombre no obtendría lo que quería sin

luchar. —Bueno, no te preocupes demasiado. No es nada que no haya hecho antes. A estas alturas ya debería tenerlo dominado.

En esos momentos, mientras el hombre estaba allí de pie, planeando su próximo movimiento, Jack enumeraba las posibles armas que había en su habitación. Había trofeos de fútbol americano, béisbol y fútbol americano colocados en estantes fuera de su alcance. Tres bates de béisbol, uno de metal, uno de madera y uno de aluminio, estaban en su armario. Entre su colchón y su somier estaba su cuchillo, una pieza que le había dado su padre. Dijo que había pertenecido a un piloto de la Fuerza Aérea que había sido prisionero de guerra.

Ninguna estaba a su alcance.

El tipo se interpuso en su camino. —Empecemos.

CAPÍTULO 28

Mi cara se apretó con fuerza contra el cemento. Me desgarró la mejilla. El polvo me llenó las fosas nasales. La arenilla me arañó los ojos. El tipo olía como si hubiera inhalado una docena de salchichas con chile unos minutos antes.

Pesaba veinte kilos más que yo y tenía experiencia en jiu-jitsu o lucha libre o algo similar. Contrarrestaba cada movimiento que hacía. No podía ponerme de rodillas ni de manos. En el momento en que planté la palma de la mano en el suelo, mi brazo se salió de debajo de mí y me arrojó de cara al cemento de nuevo. La sangre caliente me corría por el costado de la cara. El dolor irradiaba desde el lado derecho de la frente. Sentí otro hilillo que me caía sobre los labios desde la nariz. La brisa me escocía los cortes y rasguños.

Fingí derrota y dejé que mi cuerpo se relajara. Mi agresor levantó su peso de encima de mí mientras intentaba tirar de mis brazos hacia atrás.

Movimiento incorrecto.

Empujé hacia arriba con toda la fuerza que pude reunir, giré la cabeza hacia atrás y luego giré el codo derecho. Ambos chocaron con el tipo. No estoy seguro dónde, pero fue suficiente para ganarme un par de gruñidos y para quitarme algo de peso de encima. Me aparté de él. Llegué a mis rodillas. Casi me pongo de pie. Me aferré a una ventana de una tienda en un intento de levantarme.

Las puertas del auto se abrieron y cerraron de golpe. Las botas golpearon el suelo.

Los sonidos resonaron entre la hilera de edificios. Tres hombres corrieron hacia mí desde ambos lados. Me preparé para el ataque. El primer golpe vino desde atrás, alcanzándome en el costado justo debajo de las costillas. Otro me alcanzó en la mandíbula. Una bota de vaquero de cuero desgastado impactó en mi estómago. Tuve tiempo suficiente para apretar mi estómago, minimizando el daño. Con el siguiente no tuve tanta suerte. Me golpeó justo en el centro del plexo solar. Tosí todo el aire que me quedaba en los pulmones y me desplomé sobre mi lado izquierdo.

El asalto continuó durante otro minuto, cada hombre tomaba su turno. Nunca disfruté mucho que me patearan el trasero. Seguro que hoy no iba a empezar a gustarme.

—Ya ha tenido suficiente.

No pude ver quién lo dijo, pero supongo que fue Darrow.

—Retírense muchachos—, dijo alguien más.

La paliza se detuvo. Los hombres formaron un semicírculo a mi alrededor, cortando cualquier escape a menos que, de repente, desarrollara la habilidad de escalar una pared de ladrillos en cuestión de segundos.

Rodé sobre mi espalda. Me dolían los brazos, las piernas y el estómago. ¿Tenía una costilla rota o dos? Demasiado pronto para saberlo. Sentía como si una máquina me hubiera golpeado la cara. Lo mismo me pasaba con el pecho. Me levantaron del suelo y me arrastraron por la acera. Miré hacia un lado y me vi en el escaparate de la tienda. Un gran corte se extendía por mi frente. Un ojo estaba hinchado. La sangre goteaba de mi cara y manchaba mi camisa. Parecía que estaba vestido para una fiesta de disfraces con temática de zombis. Prácticamente me sentía como si fuera uno.

Nos detuvimos frente a la camioneta. Me retorcieron los brazos detrás de la espalda y aseguraron mis muñecas con bridas gruesas. Las puertas del pasajero se abrieron y me arrojaron al asiento trasero. Alguien se apoyó en mis piernas mientras otro hombre me ataba los tobillos con bridas. Me dolía demasiado la boca como para abrirla, y mucho menos pensar en que decir. La sangre de mi cara se extendió y se acumuló en el asiento.

Linus puso su brazo sobre el asiento delantero, se retorció y me miró.

—El mismísimo señor Malo—, dijo. —Ya no eres tan duro, ¿eh?

No dije nada.

—¿Quieres decirme qué estabas haciendo, merodeando frente a mi casa mirando a mi esposa y mis hijos?

—¿Esa era tu esposa? —, murmuré, aparentemente de manera coherente.

—Claro que sí—, dijo.

—¿También es tu hermana?

Linus se rio, pero solo por un segundo. Se levantó, se balanceó y me dio un puñetazo en la boca con el puño izquierdo. La sangre cubrió el interior de mis mejillas, mis dientes y mi lengua. Conseguí separar los labios y dejar que saliera un hilo que se sumó a la acumulación en el asiento.

El camión se puso en primera y arrancó. No estaba seguro de adónde me llevaban, pero tenía una buena idea de quién estaría allí. No habíamos ido muy lejos cuando el camión se detuvo de repente. Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto. El olor a goma quemada llenó la cabina. Linus abrió su puerta, salió y luego abrió la mía. Esperaba que me sacaran a rastras. En cambio, recibí un puñetazo en el estómago. Todo se volvió negro cuando tiraron y me colocaron una bolsa en la cabeza. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Tortura? No me sorprendería que Darrow pudiera hacerlo. Fuera cual fuera el delito en el que estuviera involucrado, seguramente asumió el papel de señor brutal en lugar de hombre de negocios astuto.

Unos segundos después, estábamos en movimiento de nuevo. Perdí la cuenta de cuántos giros a la derecha y a la izquierda tomamos. Traté de seguir el ritmo de los segundos y minutos a medida que avanzaba el viaje, al tiempo que lucahaba por permanecer consciente. El dolor en mi cabeza se intensificó y sentía más náuseas con cada giro. Una conmoción cerebral se había apoderado de mí.

Nos detuvimos de nuevo. La transmisión gruñó cuando Linus puso el motor en parqueo y lo dejó encendido durante un par de minutos. En la radio sonaba una canción country. Nunca fue mi

estilo, pero identifiqué que era vieja. Linus alternaba entre tararear y silbar la melodía en el tono equivocado. Pensé en decirle que se callara, pero decidí que debía elegir mis batallas con un poco más de cuidado el resto del día. Además, no estaba seguro de poder hablar.

El motor se ahogó, chisporroteó y se apagó. El ruido sordo se fue apagando lentamente en mis oídos. Cuando se disipó, todo lo que quedó fue un vacío de aire.

La puerta de Linus se abrió. Unas botas golpearon el suelo y crujieron contra las rocas. Mi puerta se abrió de golpe y alguien cargó la corredera de un rifle.

—¿Escuchaste eso? —, dijo Linus.

—Sí—, dije a través del saco de arpillera.

—Un movimiento en falso, si haces algo diferente a lo que te digo, y una bala te atravesará la maldita cabeza. ¿Lo entiendes?

Respiré profundamente el aire rancio y cálido. El dolor me recorría todo el cuerpo. —Sí, lo entiendo. Pero tengo una pregunta.

Linus se rio. —Creía que habías dicho que lo entendías, hombre.

—Sí, lo entiendo. Sólo tengo una pregunta.

—¿Qué?— escupió. El saco cayó al suelo con un ruido sordo.

—¿Tienes whisky?

Se rio de nuevo. —Sí, hombre, tengo whisky dentro.

—¿Dentro? ¿Dónde?

Se puso a manipular el cordón que rodeaba el saco y luego lo levantó de mi cabeza. La luz del sol me atravesaba los ojos y parecía que me cortara el cerebro. Retrocedí ante la sensación, provocando otra risa del hombre flaco. Una vez que me acostumbré, miré hacia afuera y vi un montón de nada. Un campo expansivo se extendía hasta donde podía ver.

—¿Dónde están los demás?— pregunté.

—No te preocupes por eso— dijo. —Siempre y cuando entiendas que no soy el único que te está mirando en este momento. Puede que puedas salirte con la tuya y derribarme, pero no llegarás lejos—. Retrocedió unos pasos. —Vamos, hombre— dijo. —Sal de ahí.

Me sentí como un maldito gusano, retorciéndome y girando, inclinándome para caer sobre mi hombro y no sobre mi cabeza. Todo el esfuerzo que puse en ello no importó. Tan pronto como estuve lo suficientemente cerca para que la gravedad tomara el control, ese hijo de puta me agarró y aceleró el proceso. Caí sobre mi cabeza y rodé lo más torpemente posible.

Linus se rio durante unos segundos antes de darme una patada. Cortó la atadura del tobillo, luego se agachó, agarró mis muñecas y comenzó a arrastrarme hacia adelante. Para ser un tipo tan flaco, era mucho más fuerte de lo que parecía. Luché para hacer funcionar mis piernas. Tan pronto como logré ponerme de pie, Linus me soltó y se dejó caer hacia atrás, manteniendo una buena distancia de dos metros entre nosotros.

—Si me miras de nuevo, te voy a hacer otro agujero—, dijo.

No le creí. Si me iban a matar, ya lo habrían hecho. Alguien me quería aquí, y ese alguien no iba a permitir que muriera hasta después de conocerme. Aun así, no tenía sentido recibir más palizas.

La única estructura a la vista estaba a un kilómetro por el camino de tierra. El resto del paisaje era árido, salvo por algunas cercas y ganado a lo lejos. Un viento cálido soplaba desde el oeste, trayendo consigo una fina capa de tierra y olor a estiércol. Me acostumbré a ambos en la mitad de nuestra caminata. Las cortinas negras a lo largo del borde de mi visión se levantaron mientras caminábamos. Supuse que eso significaba que la hinchazón en mi cerebro estaba disminuyendo. Aunque me dolían las extremidades y el pecho, nada parecía estar roto. Si acaso, una costilla o dos, pero eso no me detendría si tuviera la oportunidad de derribar a alguien.

Llegamos a la modesta cabaña desgastada por el clima. Un porche cubierto de tres por dos ofrecía algo de sombra. La estructura atrapaba el viento y éste rodeaba mi cuerpo, refrescando mis músculos doloridos.

—Espera aquí—. Linus entró en la casa y cerró la puerta detrás de él.

Miré a mi alrededor. No había ningún lugar donde esconderse. Me verían claramente si corría. Y si Linus era un buen tirador, estaría

muerto. Así que esperé allí, apoyado en un poste, dejando que la brisa hiciera su magia.

La puerta se abrió. La voz que siguió pertenecía a alguien que no era Linus. Era grave, sureña, madura.

—Dejemos algo en claro— dijo. —Probablemente no sobrevivirá a esto, señor Noble.

CAPÍTULO 29

¿Cómo demonios sabían mi nombre? Cada centímetro de mi cuerpo se tensó ante las posibles implicaciones. Tenían a Reese. No había duda al respecto. También la tenían a ella, y habían logrado sacarle mi nombre. ¿Cuánto la habían torturado por eso? No importaba lo enojada que estuviera por esta mañana, no lo revelaría fácilmente.

—A menudo me pregunté si te volvería a ver—, dijo el hombre.

No lo miré, en cambio mantuve mi atención en la camioneta, brillando en el calor a un kilómetro de distancia. ¿Verme de nuevo? Tal vez lo había conocido en el pasado. —¿No tienes la más mínima curiosidad? — preguntó. —Adelante, señor Noble. Date la vuelta.

Me preparé para lo peor y aparté mi cuerpo del poste y me di vuelta. ¿Estaría apuntando con un arma a la cabeza de Reese? ¿Quizás solo un arma apuntándome a mí? Lo último lo podía manejar. Lo primero podría hacerme perder el control.

Miré a Darrow a los ojos, sin ofrecer ninguna reacción a su presencia.

—¿No me reconoces?— Sus labios se apretaban y se estiraban hacia abajo.

Entrecerró los ojos. ¿Lo había decepcionado?

No dije nada.

—Supongo que fue hace mucho tiempo— dijo. —Verás, tenemos antecedentes similares, tú y yo.

—¿Fuiste uno de los bastardos involucrados en la planificación de mis misiones?

Sonrió. —No, salí antes de eso. Pero sé todo sobre ti y lo que has hecho por este país. Lo bueno... y lo malo—. Hizo un gesto con la cabeza para entrar.

Me arrastré hacia él, manteniendo el contacto visual hasta que pasé. La habitación estaba oscura, polvorienta y olía a moho. La puerta se cerró con un clic detrás de mí, aislándome de las ráfagas de viento. Me esforcé por ver quién más estaba allí mientras mis ojos se acostumbraban al bajo nivel de luz. Linus se apoyó contra la pared del fondo. No vi a Reese ni a nadie más. Me volví para mirar a Darrow.

—Entonces, ¿quién eres tú? — pregunté. —¿Cómo me conoces?

—Eres la viva imagen de tu padre a esta edad.

—¿Serviste con mi viejo?

Él asintió.

—¿Cómo resultaste ser tan gilipollas?

El hombre se rio. —También tienes el sentido del humor del viejo.

—Supongo.

Respiró profundamente, cruzó los brazos y se apoyó contra la pared. —Sí, serví con él. En contra de él a veces, también.

—¿Tienes un nombre?

Él asintió.

—¿Vas a decirmelo? Quiero decir, fuiste capaz de reconocerme en una fila de reconocimiento, pero no tengo idea de quién eres.

—Me llamo Darrow.

Entrecerré la mirada. —Todos en esta ciudad parecen tenerte bastante miedo, Darrow. ¿Por qué?

Se encogió de hombros. —Como puedes ver, soy bastante hospitalario, ¿entiendes?

—Sí, eres un Rockefeller normal hasta donde puedo decir.

Sonrió y me guiñó el ojo. —Ese ingenio, Noble. Déjame decirte que te va a matar algún día.

—¿Sí? ¿Qué tan pronto?

—Más pronto de lo que crees si sigues así.

Le puse cara de que no me importaba. —Si me quisieras muerto, ya estaría muerto.

Su sonrisa se desvaneció. No dijo nada.

—¿Qué estoy haciendo aquí? — pregunté.

—Eso es lo que me pregunto— dijo. —¿Cómo diablos terminó Jack Noble en mi pequeño rincón de Texas?

—Casualidad y coincidencia.

—No creo en ninguna de las dos.

—Lamento decepcionarte, pero eso es todo.

Descruzó los brazos y dio un par de pasos hacia mí. —Suelo pensar que hay una razón detrás de todo. Y, como habrás adivinado o de lo que te habrás dado cuenta, tengo algunas cosas a mi favor. Todas están a flote, debo añadir. Así que cuando alguien que ha trabajado en una agencia clandestina conocida por romper las reglas aparece en mi ciudad, me preocupo un poco. Empiezo a preguntarme cuál de mis enemigos podría querer acabar conmigo. Empiezo a unir puntos —. Agitó las manos frente a él, punto por punto. —Al principio parece aleatorio, ya sabes, pero luego empieza a formarse una imagen. —Ahora, todavía no he terminado, pero tengo algunas ideas de quién y por qué—. Me miró como si debiera responder. No lo hice.

—Hay al menos cinco personas con las que has trabajado o para las que me he enfrentado en el pasado. Ahora, dos de ellas han fallecido. Es una desgracia para ellas, supongo, pero me ayuda a eliminar las posibilidades. Así que tengo curiosidad, ¿cuándo fue la última vez que tuviste contacto con Frank Skinner?

No dije nada. Las cosas entre Frank y yo habían sido tensas en el mejor de los casos durante la mayor parte de la última década. Diablos, hace unos meses le puse una pistola en la cabeza y, de no haber sido por la presencia de Mia, habría acabado con la existencia de Frank.

—Por lo que tengo entendido, pasaste una buena parte de tu carrera a las órdenes de ese hombre, ya sea directamente o

aceptando trabajos por contrato. Sé que te has involucrado con él recientemente. Ahora bien, nunca tuve demasiados problemas con él, pero como exlíder del ahora extinto SIS, podría haber tenido algún interés en las cosas que he visto que están sucediendo aquí. Y me preocupa que pueda pensar que estoy involucrado. Dios sabe que no quiero que los federales vengan aquí.

—¿Por eso me golpeaste y me arrastraste hasta esta cabaña? ¿Crees que soy un espía que quiere acabar contigo?

—Nunca se sabe quién está mirando, Noble. Puedo ver a kilómetros de aquí. Si alguien está mirando, podemos abortar fácilmente—. Golpeó una trampilla en el suelo con el pie. No la había notado antes. Supuse que estaba conectada a un túnel de escape. —Ahora, ¿por qué no respondes a mi pregunta? ¿Cuándo fue la última vez que tuviste contacto con Frank Skinner? — Decidí seguirle el juego.

—Hace un par de meses—, dije.

—¿Te ofreció un trabajo? En concreto, ¿te pidió que vinieras aquí a investigarme?

—¿Me reconociste? —, pregunté.

—No estoy seguro de lo que quieres decir—, dijo.

—Cuando te detuviste en el garaje, después de que les di una paliza a esos idiotas en el aparcamiento.

Darrow negó con la cabeza. —Mientras estabas ocupado observándome, hice que alguien del otro lado de la calle tomara algunos primeros planos tuyos. Se los envié a un amigo que todavía simpatiza conmigo. Pasó tu imagen por varias bases de datos, lo que, debo añadir, no es tan fácil como parece con un tipo como tú. ¿Sabías que tu imagen coincide con unos veinticinco nombres diferentes?

Lo sabía, pero no se lo dije.

—Pensó que te tenía de inmediato, pero el nombre no coincidía con la identificación que le diste a la policía.

La única forma en que lo habría sabido era si los policías estaban en su bolsillo trasero. No me sorprendió.

—Así que siguió—, dijo Darrow. —Otro resultado, luego otro. Era obvio que eras más que un simple transeúnte, así que mi hombre siguió investigando. Tuvo que pedir un gran favor, y le voy a deber una buena suma cuando todo esto termine. De todos modos, estoy seguro de que sabes a dónde va esto.

—DB-22—, dije. —Una lista de los principales agentes del gobierno. Solo un puñado de personas tienen acceso a esa base de datos. Tu hombre no es uno de ellos, pero es amigo de alguien que sí lo es.

—Yo no los llamaría amigos.

—Lo que sea—, dije. Supuse que el hombre de Darrow tenía algo sobre el otro hombre. Fue suficiente para que el hombre arriesgara su carrera y me delatara.

—¿Alguna vez te preguntaste cuántas personas estarían encantadas de saber tu ubicación exacta, Noble?

—No es algo en lo que me guste pensar, Darrow.

—Apuesto a que está en los cincuenta, tal vez en los sesenta. Apuesto a que algunos de ellos pagarían una buena suma por una oportunidad por tu cabeza.

—No me estás dando suficiente crédito. Soy más imbécil de lo que te puedes imaginar.

Darrow se rio. —Te pareces mucho a tu padre. Te lo juro. ¿Cómo está últimamente?

No dije nada.

—De todos modos, volvamos a Frank Skinner—. Caminó de un lado a otro de la habitación. —¿Te envió él?

—La última interacción que tuve con Frank fue cuando le perdoné la vida, y eso fue solo por testigos. Si fuera por mí, estaría muerto. Hasta donde yo sé, a Frank no le importas un carajo ni lo que estés o no estés haciendo aquí. Y desde la última vez que vi a Frank, no he tenido contacto con una sola persona de ninguna agencia, en esta nación o en cualquier otra, de hecho.

—Así que simplemente llegaste aquí, ¿es así?— Se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados. Su postura y la expresión de su

rostro indicaban que no me creía.

—Eso es correcto.

—Y por casualidad te encontraste con un ex detective de la policía de Nueva York con el que alguna vez trabajaste.

Traté de no mostrar sorpresa por el hecho de que él conocía la identidad de Reese. ¿Era esa la razón por la que no quiso hablar cuando le pregunté por Darrow? ¿Había llegado a un acuerdo con el hombre de que no hablaría mientras él nunca revelara su identidad?

—Eso fue una ventaja de aterrizar aquí. La única razón por la que no abandoné el Jeep y me fui de aquí. Hacerme el tonto habría sido un error y posiblemente le habría traído más dolor a Reese del que merecía.

—Tal vez deberías haber hecho justamente eso—. Se detuvo y ladeó la cabeza. —No pareces sorprendido de que conozca su secreto.

—Pudiste averiguar quién era yo. No tengo dudas de que puedes obtener información del FBI.

Darrow se rio. —Nunca me agradaron esos hijos de puta.

—Bueno, odiarás a Frank Skinner aún más entonces.

—Sí, escuché sobre su ascenso.

Pasaron unos momentos de silencio. La mirada de Darrow pasó de mí a Linus. Asintió levemente.

—¿Y ahora qué? — pregunté.

—Creo que necesito investigar un poco más sobre ti—, dijo. —Me inclino a no creer tu historia, pero no quiero matarte sin ningún motivo. Odiaría desperdiciar tanto talento. Diablos, podríamos resolver esto en los próximos días, y podrías aceptar mi oferta de venir a trabajar para mí.

—No contengas la respiración.

Su sonrisa se desvaneció. —Bien, lo entiendo—. Cruzó la habitación y abrió la puerta. —Linus te llevará de regreso a la ciudad. Señor Noble, por favor, siga mi consejo. No vaya a ninguna parte y no se ponga demasiado cómodo.

CAPÍTULO 30

Mis músculos se habían tensado durante el interrogatorio, pero, en general, me sentía mejor. Las heridas habían dejado de supurar. Mi cabeza se había aclarado y ya no temía una conmoción cerebral. Al menos no una que me dejara inconsciente durante varios días. Linus no estaba tan tenso en el camino de regreso al camión. Tal vez pensó que después de mi conversación con Darrow sería más cooperativo. O, tal vez, Darrow le dijo que fuera más tolerante conmigo. O el plan podría ser llevarme a mitad de camino y luego matarme.

Cuando llegamos al camión, la capota volvió a estar puesta. Mis manos estaban atadas con bridas en el frente, lo que hizo que el viaje fuera un poco más fácil. Pasaron varios minutos antes de que el camión se detuviera nuevamente. Linus salió, abrió mi puerta, sacó la capota y cortó las bridas.

Me moví al asiento delantero.

—No hagas nada gracioso—, dijo. —Ahora te están vigilando. No llegarás muy lejos. Y, francamente, no me gustaría que mis hijos crezcan sin su papá.

—Entonces, ¿por qué trabajar para un tipo como Darrow?

—No sé de qué estás hablando, hombre.

—Estoy bastante seguro de que he entendido bien la situación.

Sacudió la cabeza. Lo insté a hacer algunas preguntas más, pero Linus se había atrincherado y no tenía planes de darme ninguna información.

—¿Eres estúpido o algo así, hombre?— dijo, mirándome de reojo. —Déjalo pasar. En serio, deja de intentar averiguar qué está haciendo Darrow. Mantente discreto durante un par de días y probablemente te irás.

—Probable, ¿eh?

No dijo nada más. Entramos al pueblo por la misma dirección por la que había llegado la primera vez. El garaje tenía las puertas abiertas. Un par de mecánicos estaban trabajando, pero el Jeep no estaba por ningún lado. Me di por vencido en volver a verlo. No era gran cosa. No era una gran pérdida.

—Deberías haber girado allí, dije después de pasar la calle que conducía al apartamento de Reese.

Linus no dijo nada.

Pasó otro minuto y todavía estábamos en Main Street.

—¿A dónde diablos vamos?

Linus no respondió.

Me incliné hacia la ventana y dejé que el viento secara el sudor de mi frente. Luego, me acomodé en el asiento y cerré los ojos por un momento. Sentí que la camioneta aminoraba la marcha. Miré hacia el estacionamiento al que nos acercábamos.

Y entonces lo vi.

—Hijo de puta— dije, mientras me dirigía hacia la manija de la puerta.

—¡No lo hagas!— dijo Linus. —Te dispararán.

El espejo lateral del lado del pasajero se había roto en algún momento. Saqué la cabeza por la ventana y miré hacia atrás. Un coche nos seguía de cerca. La camioneta tocó un desnivel a unos diez kilómetros demasiado rápido, y me arrojó contra el tablero. Mi brazo izquierdo absorbió el impacto. Linus se detuvo. Un coche se movió rápidamente hacia el frente y otros dos a cada lado. Creo que todos los policías de la ciudad habían salido. Algunos se escondieron detrás de las puertas abiertas de los coches, armados con rifles. Otros esperaban a plena vista, con las Glocks en la mano.

Miré hacia atrás. El coche de la cola se había detenido perpendicularmente detrás de nosotros. Estaba acorralado.

Linus salió del camión con las manos en alto, a plena vista.

—Gracias por traerlo, Linus—, dijo Vernon desde algún lugar a mi izquierda.

Me tenían atrapado. Tenía dos opciones.

Morir o rendirme.

CAPÍTULO 31

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

—Cuando estaba en el campo, muchacho, déjame que te lo cuente—empezó el tipo. —Lo que hice no se compara con ninguna película de terror. No fueron solo los VC. No, no solo ellos. Esos hijos de puta eran aburridos. Estábamos allí para ocuparnos de ellos, así que hacíamos nuestro trabajo de manera rápida y eficiente. Los demás— el tipo estalló en una carcajada maníaca, —bueno, digamos que eran para divertirse.

Jack retrocedió un poco. Quería estar cerca de la pared para que cuando el hombre hiciera su movimiento, chocara con la pared mientras Jack saltaba para apartarse.

—Las más fáciles eran las putas. Dios, esas putas deliciosas, hombre. Sus proxenetas no eran nada. Éramos un grupo, tres o cuatro, y conseguíamos un par de putas. El proxeneta siempre quería venir y era el primero en irse. Sucedía normalmente rápido y relativamente indoloro, a menos que se resistieran. Entonces lo alargábamos y hacíamos que las chicas lo vieran. De vez en cuando, si parecía que había una conexión familiar entre el proxeneta y la puta, dejábamos que el tipo viviera hasta el final. Le hacíamos verlo todo.

Jack no dijo nada. Mantenía la mirada fija en el hombre, tratando de permanecer en sintonía con cada uno de sus movimientos. Sigue el ombligo, recordó. El cuerpo tiene que seguirlo.

—Hacíamos lo que queríamos con las putas, y luego las castigábamos como se merecían esas pecadoras—. Sonrió. —¿Eso te molesta?

Jack no respondió. Pensó en las palabras del hombre y en la imagen que pintaban. Obviamente era un ex militar. ¿Lo eran todos? ¿Eso tenía algo que ver con el motivo por el que estaban allí? Su padre había sido militar. Del ejército. De alto rango. Había estado en Vietnam. ¿Esos tipos sabían de él? ¿Quizás lo conocían directamente?

—Te hice una pregunta, muchacho—. El tipo se lanzó hacia adelante con una velocidad que contradecía su estatura física.

Jack se sintió arraigado en el lugar. Su cerebro envió un mensaje para esquivar a la derecha, pero su cuerpo no quiso o no pudo seguir la orden. El hombre le dio un revés en la cara a Jack que lo hizo caer al suelo y chocar contra su cama. Una niebla lo envolvió, nublando sus pensamientos y su juicio, mientras trataba de decidir qué hacer a continuación.

Mantén la calma. Mantente alerta. Mantente en sintonía con tu cuerpo y tu entorno.

CAPÍTULO 32

Vernon se paró a unos pocos pies delante del camión, con las manos extendidas y las palmas hacia mí. Su pistola estaba bien guardada en su funda. Supongo que pensó que, con toda la potencia de fuego que lo rodeaba, podría ser beneficioso para él parecer menos amenazante hacia mí.

—Sal del auto, Jack—, dijo.

Las preguntas corrieron por mi mente. Sabía por qué estaban allí. Obviamente estaban allí para arrestarme por el asesinato. Pero ¿quién era yo? ¿Jack Smith? ¿O Darrow le había revelado mi identidad a Vernon?

La puerta del pasajero del crucero más cercano se abrió. Una mujer joven que no había visto antes dio tres pasos rápidos hacia atrás, con la pistola desenfundada y apuntando al centro del vehículo.

—Vamos, Jack. Hagámoslo de la manera fácil, ¿de acuerdo? —dijo Vernon.

Apoyé mis manos planas en el tablero, pero no me moví de otra manera. Mis instintos decían que escapara. Pero no tenía adónde ir. No había salida. Me quedaba una amiga en el pueblo, y ella no estaba allí. ¿Habían arrestado también a Reese? ¿Estaba sentada en la parte trasera de uno de sus coches patrulla? No me sorprendería, teniendo en cuenta que nuestra historia era que ella había encontrado los cuerpos conmigo. Por lo menos, podrían acusarla de ser cómplice.

Miles se dirigió hacia la puerta guardando su pistola. La agente que había visto momentos antes lo hizo retroceder. Otros dos agentes se acercaron a ella. Miles abrió mi puerta y se apartó. Los otros dos agentes se apresuraron a entrar en la camioneta. No reaccioné. Uno de los policías me agarró el brazo derecho y me lo puso detrás de la espalda. El otro, esperó mientras el primero me sacaba a medias de la camioneta. Luego, ambos se abalanzaron sobre mí. Caímos al suelo con más de doscientos ochenta kilos de fuerza. Dos tercios de ellos cayeron sobre mí. Me esposaron, me levantaron de un tirón y me estrellaron contra el lateral de una patrulla.

Vernon se acercó y dijo: —Jack Smith, estás bajo arresto por los asesinatos de Ingrid Goetz y Herbie Goetz—. Procedió a leerme mis derechos.

No dije nada durante ni después.

Fuimos en caravana a la estación. Las luces azules se reflejaban en cada edificio. El auto se detuvo en la parte de atrás, donde los oficiales nos esperaban con la puerta abierta. Entramos y luego atravesamos la puerta en la pared de bloques de cemento. El aroma a café rancio llenó la habitación. Una taza medio llena estaba sobre el escritorio entre dos pilas de papeles. Pensé en hacer un comentario impertinente, pero decidí no hacerlo. No hubo vacilación por parte de ellos. Dos oficiales se pararon a cada lado de mí. Otro, abrió la celda. Todos participaron en obligarme a entrar.

La habitación se vació y solo quedó Vernon. Me miró durante un minuto más o menos antes de apagar la mitad de las luces del techo y marcharse. La habitación se hundió en un tono amarillo orina. Los ecos de los pasos se desvanecieron, dejando solo mi respiración y el traqueteo del ventilador del escritorio como los únicos sonidos en la habitación.

Reflexioné sobre lo que había sucedido esa mañana. Cómo había terminado aquí. Me pregunté por qué no estaba muerto. ¿Qué clase de trato habían hecho? Pensé en la mirada fija de Vernon antes de que saliera de la habitación. ¿Era obra suya? ¿O le habían ordenado que lo hiciera?

Darrow no quería que fuera a ningún lado, así que hizo que Vernon me arrestara. Los dos hombres estaban trabajando juntos. Así de simple. Tal vez era algo común. O algo permanente. De cualquier manera, uno o ambos conocían la identidad del asesino. Tenían que hacerlo. ¿Por qué, si no, me arrestaban con nada más que pruebas circunstanciales? Lo hicieron porque sabían cómo había sucedido todo. Sabían la identidad del asesino. El cómo y el por qué. Conocían cada maldito detalle y podían usar ese conocimiento para culparme con éxito de los asesinatos.

¿Pensaba Darrow que esta era la manera de hacerme hablar? Y si lo hacía, ¿me liberarían o seguirían con los cargos falsos? Sabía que un juicio aquí sería una farsa. Dios, si alguna vez había un momento en el que necesitaba acercarme a Frank, podría ser este. La saliva en mi boca se volvió agria ante la idea. Y, después de nuestro último encuentro, no sabía si él respondería a mi llamada de ayuda.

Pensándolo bien, sabía que la cárcel nunca sería la opción. Darrow sabía quién era yo. Había revelado lo suficiente para que yo justificara llamar a alguien para que lo investigara. Supuse que la única razón por la que todavía estaba vivo era que él estaba esperando más detalles sobre mi situación actual. No tenía ninguna duda de que planeaba matarme. Pero ¿cuándo? ¿Después de un juicio? ¿Se arriesgaría a mantenerme encerrado tanto tiempo? Supuse que tenía los recursos para vigilarme mientras estuviera confinado.

Me recosté en el catre, listo para olvidarme de todo. Necesitaba recuperarme de los eventos del día. Me dolían los brazos, las piernas, el costado. Al menos la niebla en mi cabeza se había despejado. Quién sabe lo que habría dicho de no haber sido así. Lo único positivo que podía sacar de mis condiciones actuales era que la otra celda estaba vacía. No habían ido por Reese. Al menos, no todavía. La habrían arrestado primero. La habrían traído como una forma de obligarme a entrar con calma.

¿Ella sabía de esto? ¿Vernon le había dado alguna advertencia previa? ¿O estaba sentada en casa, enojada porque aún no había regresado? Se habían llevado mi teléfono celular en el

estacionamiento y no me habían ofrecido una llamada antes de encerrarme. Y dudaba que pudiera recibir una en un futuro cercano. Vernon parecía contento de dejarme sentado. Tal vez eso era lo que le habían dicho que hiciera.

Dejé ir todos mis pensamientos por unos minutos y miré hacia arriba a una enorme mancha de agua en el techo. Casi la mitad era amarilla por el humo y el agua. La pintura de las paredes se había descascarado en algunos puntos y el yeso se había agrietado en otros. Cuanto más tiempo me quedaba allí, más se apoderaba de mí el olor a moho del café rancio. No sería mi hogar para siempre. Al final me llevarían a una prisión de verdad.

Ninguna de las dos opciones me atraía.

Me preguntaba qué haría falta para apaciguar a Darrow. ¿Funcionaría inventar una relación falsa con Frank Skinner? Si decía que Frank me había enviado a investigar lo que estaba pasando aquí, ¿sería suficiente para Darrow? ¿O querría más? Supongo que querría detalles concretos. Y yo no tenía ninguno. Nadie me decía ni una maldita cosa sobre el tipo. Por lo que sé, podría estar fabricando metanfetamina y se volvía demasiado entusiasta cada vez que aparecía alguien nuevo.

Fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo, era obvio que tenía el control de la ciudad. Hasta Vernon estaba en su bolsillo. Me pregunté cuándo había planeado que asesinaran a la pareja de ancianos. La pregunta era si había sido por mí o si habían abierto la boca, tal vez a Vernon, sobre las cosas que tramaba Darrow. Después de escuchar la forma en que Vernon hablaba de Ingrid, no tuve dudas de que la mujer confiaba en él. Si ella o su esposo hubieran encontrado algo, cualquier cosa, y se lo hubieran contado a Vernon, él podría haberse dado vuelta y contárselo a Darrow.

Me senté y me apoyé en la fría pared de cemento. Todo era especulación. Necesitaba hablar con Reese y averiguar la verdad sobre Darrow. Y necesitaba pasar un tiempo en la sala de interrogatorios con Vernon. Darle la vuelta a la situación.

Tendría mi oportunidad con uno de ellos muy pronto.

CAPÍTULO 33

—¿Jack? ¿Me estás escuchando?

La voz me sacó de mi letargo. Giré la cabeza, parpadeé un par de veces y vi a Reese a dos metros de distancia, apoyada en los barrotes de hierro. Sus delgados brazos se deslizaron por los huecos y juntó las manos.

—¿Qué demonios está pasando?— preguntó. —Me despierto, te has ido y solo sé de ti una vez. Luego desapareces. ¿Ahora estás en la cárcel?

—Supongo que no pudieron averiguar nada— dije, omitiendo un montón de detalles. —Así que me están culpando del asesinato.

—Estábamos juntos. Le dijimos a Vernon que estábamos juntos. Si tú estás aquí, yo también debería estarlo.

Levanté la barbilla hacia el techo y sacudí la cabeza. Monitoreaban la habitación por video y probablemente por audio. No había forma de que Vernon permitiera a Reese entrar sola a la habitación para hablar conmigo si no tenían una forma de escuchar. Me levanté de la cama, arrastré los pies por el piso de concreto y me incliné hacia los barrotes para que estuviéramos mejilla contra mejilla.

—Simplemente no entiendo por qué te arrestaron y ni siquiera me bajaron para interrogarme más.

—Sí, yo tampoco lo sé. Lamento haberte dejado sola por la mañana. Tuve que...

—Está bien—. Envolvió su mano alrededor de la mía. —Te conozco, Jack. Sé cómo funciona tu mente. Tenías preguntas sin

respuesta que necesitabas resolver. Quedarte ahí acostado esperando a que me despertara no te llevaría a ninguna parte. Realmente no me ofendí.

—Está bien. Lo dejaré así, entonces.

—Cuéntame qué pasó.

Detallé lo que pasó después de salir de su apartamento, hasta el punto en que me acosaron en la acera.

—No creo que pueda entrar en detalles sobre el resto aquí—, dije. —Obviamente, mi viaje terminó cuando me arrestaron.

—Sólo dímelo— dijo.

Volví a hacer un gesto hacia las cámaras. —En algún momento, voy a tener un abogado y podremos encontrarnos en algún lugar que permita cierta confidencialidad. Una vez que estemos allí, te contaré lo que pasó. Hay algunas cosas que voy a necesitar que hagas por mí en ese momento.

—¿Como qué?

Hice una pausa. Lo que estaba a punto de preguntarle requeriría que divulgara su identidad. No mucho después, el FBI se involucraría y la trasladaría de nuevo.

—Hay algunas personas a las que tendrás que contactar.

Ella asintió. —Claro, lo que sea.

Tomé sus manos entre las mías. —Reese, si lo haces, vas a revelar tu tapadera.

Su expresión permaneció igual. Ella ya lo sabía y estaba dispuesta a asumir ese riesgo.

—Necesito que me hables con franqueza sobre algo— dije.

—Claro— dijo ella. —¿Qué?

—Darrow.

Ella miró hacia el techo manchado. —No hay mucho que pueda decir sobre eso.

—Parte de lo que no te he dicho tiene que ver con él. Reese, mira, sé que él sabe quién eres.

Empezó a responder, pero se detuvo con la boca abierta un centímetro. Su agarre se apretó contra el mío. —Eso no es algo de lo que podamos hablar aquí. ¿Cuándo crees que tendrás ese abogado?

Me encogí de hombros. —Nadie me ha dicho nada. Sin embargo, estoy seguro de que hay algún requisito de tiempo.

—¿Qué pasa con la lectura de cargos?

—¿Esos los hacen aquí?

—No creo que hayan tenido que lidiar nunca con un caso como este. Aquí no se asesina a la gente. Simplemente desaparecen si se cruzan con la persona equivocada.

Bajé la barbilla hasta el pecho. —Darrow—.

Ella asintió con la cabeza.

—Deberías irte—, dije. —No es seguro para ti aquí.

—¿Aquí en la comisaría? — dijo. —¿O en esta ciudad?

—En ambos.

—¿Por qué?

Quería ampliar mi conversación con Darrow. Contarle cómo conocía nuestra historia y que no pasaría mucho tiempo antes de que se lo notificara a uno de sus contactos. Dios mío, no había considerado que ya lo hubiera hecho. No era necesariamente el gobierno por el que tenía que preocuparse. Eran los terroristas con los que su exmarido había estado involucrado. Y su papel en acabar con él. Si se revelaba su identidad, tendrían un asesino aquí en poco tiempo.

—Ponte en contacto con tu contacto—, dije. —Haz lo que tengas que hacer para convencerlos de que te trasladen lo antes posible. Dios mío, te han comprometido. Deberías haber hecho esto hace mucho tiempo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —A veces no es tan fácil. Y me dijeron que mientras me mantuviera alejada, él nunca divulgaría mi secreto.

La puerta se abrió de golpe y Vernon entró en la habitación. —Se acabó el tiempo, Billie. Puedes visitarlo de nuevo mañana.

Ella se apartó de la celda, llevándose mis manos con ella hasta que no pudieron estirarse más.

—Buscaré por ahí, Jack. Saldrás de aquí en un santiamén—. Tal vez lo haría. Pero no contaba con eso.

Vernon dejó la puerta abierta detrás de él mientras acompañaba a Reese a la salida trasera. Se detuvieron y hablaron durante un

minuto en un tono demasiado bajo para que yo entendiera lo que decían. La puerta se abrió un poco y vi pasar una pequeña parte de ella. Una brisa azotó la habitación.

Olía a hamburguesa con queso y tocino. Cuando Vernon regresó, le pregunté si podía correr a la parrilla y traerme una.

—Tienes algo de coraje, hombre—, dijo. Se paró a unos dos metros de la celda, con los brazos cruzados, mirándome fijamente. —¿Ustedes dos lograron resolver algo?

—No estoy seguro de lo que quieres decir—, dije.

Miró por encima del hombro a la cámara en la pared. Se mantuvo firme. No creo haberla visto moverse ni una sola vez. Vernon se acercó a la celda y me hizo un gesto para que me acercara. Yo tenía recelo de aceptar su invitación, pero lo encontré en los barrotes de todos modos.

—Sé que no lo hiciste—, susurró.

—Entonces, ¿qué estoy haciendo aquí?

Sacudió la cabeza. —No puedo ayudar allí, hombre. Sólo quédate tranquilo un día o dos, y tal vez se solucione.

—¿Tal vez? ¿Quieres que me quede de brazos cruzados durante un par de días por un tal vez?

—Tienes que confiar en mí en esto, Jack.

Miré a mi alrededor y me incliné más cerca. —¿Estás cerrando la investigación? ¿O todavía la estás investigando, preguntando por ahí? Alguien asesinó a esa gente, y no fui yo. Tienes un problema, hombre. Hay un asesino suelto todavía.

Asintió. ¿A qué?, no estaba seguro. ¿Estaba de acuerdo conmigo? ¿Me estaba apaciguando?

—Está en curso—, dijo. —Lo único que hay que hacer es mantener un perfil bajo. Quiero decir que la mitad de la gente de este pueblo no trabaja y la mayoría se queda en casa. Estoy seguro de que alguien vio algo, pero hasta ahora nadie se ha atrevido a hablar.

No dije nada. No podía ayudar desde una celda. Si quería que le diera mi opinión, tendría que liberarme.

—Está bien— dijo después de unos momentos de silencio entre nosotros . —Quédate quieto, como te dije, y resolveremos esto. —Se

detuvo junto a la puerta y miró hacia atrás. —¿Un café?

—No ahora mismo. ¿Qué tal un abogado en su lugar?

Apretó los labios, asintió una vez y salió de la habitación.

CAPÍTULO 34

Me dejé caer en el catre, sin importarme lo más mínimo que fuera tan cómodo como tumbarme sobre una roca. El cansancio de los acontecimientos de los últimos días me había alcanzado. En unos minutos, me quedé dormido. No estaba seguro de a qué hora me quedé dormido, pero el sol había salido cuando me desperté de nuevo.

Luché contra el dolor de los músculos magullados y me puse de pie. Respirar profundamente fue como inhalar clavos. Los hijos de puta podrían haberme roto una costilla o dos. Me quité la camisa y miré la pintura por números que habían hecho en mi torso. Los colores utilizados eran negro y azul.

Alguien había deslizado una bandeja de comida en la celda. Consistía en un tazón de lo que podría pasar por avena, algunas pasas que probablemente eran insectos grandes, una caja de jugo y una taza de café. Agarré la taza y empujé la bandeja fuera de la celda. Sabía que el café estaba frío, pero bebí un gran trago de todos modos. Era tan repugnante como el café podía saber. Y me lo bebí todo. La cafeína era una necesidad.

A partir de ese momento, lo único que pude hacer fue esperar. Me recosté en el catre y miré el techo bañado en luces fluorescentes.

Pasaron unas horas antes de que la puerta se abriera de nuevo. Mis esperanzas de que fuera Reese o un abogado se desvanecieron rápidamente. El hecho de que fuera el almuerzo no mejoró las cosas. Comí un sándwich de jamón y pan blanco sin condimentos. Ni

siquiera pudieron dejar un poco de mayonesa o mostaza a un lado para mí. Era como comer cartón con demasiada sal. Al menos, pude tomar una taza de café recién hecho. Lástima que no fuera mucho mejor que el café frío. Traté de presentar una queja, pero el oficial salió de la habitación antes de que dejara la taza.

Pasó otra hora más o menos sin visitas. Y otra más después de eso. Empecé a pensar que sería un día perdido. ¿Cuántos más vendrían? ¿Estaban contentos de dejarme pudrir en la celda?

Conseguí quedarme dormido de nuevo, pero el sueño no estaba destinado a ser. Vernon entró en la habitación y se aclaró la garganta. Me puse de pie y fui hasta el borde de la celda. Él sólo dio unos pasos dentro de la habitación, sostuvo la puerta abierta y me dirigió un rápido asentimiento y una sonrisa.

Entonces entró Reese. Miró a Vernon y luego corrió hacia la celda. —¿Qué está pasando? —, pregunté.

—Hay una pista—, dijo.

—No te emociones demasiado—, dijo Vernon. —Y no pienses que te has librado todavía.

—¿Qué pasó? —, pregunté.

—Un par de testigos se presentaron—, dijo. —Vieron a un hombre entrar en la casa aproximadamente una hora antes de que tú y Reese, dijeron que encontraron los cuerpos. Luego los vieron a ustedes también, y la hora que dieron coincide con la de su llamada. La descripción que dieron del primer hombre era vaga, pero dijeron que parecía haber una diferencia entre él y tú.

—¿Ya atraparon al tipo? —, pregunté.

—No—, dijo. —Pero creemos que lo tendremos al anochecer.

—Entonces, ¿qué significa esto para mí?

—No voy a retenerte aquí. Pero no te alejes mucho, Jack. Si este otro sospechoso confirma que tiene una coartada muy sólida, o nuestro testigo se retracta, tal vez tenga que traerte de vuelta.

—¿Cuánto tiempo dirías que tengo?

—Cuarenta y ocho horas— dijo. —Mantente discreto y no te metas en problemas. No vayas a ladrarle a ningún árbol. ¿Entiendes lo que quiero decir? Los problemas de esta ciudad no son tuyos.

Tienes que olvidar todo lo que pasó. Aléjate de Darrow y sus hombres. No puedo ayudarte ni protegerte si tomas ese camino.

Abrió la celda y luego me entregó una carpeta con mi billetera y mi teléfono celular.

Reese y yo no esperamos más consejos. Salimos por la puerta trasera. La adrenalina se disparó por mi cuerpo tan rápido que apenas noté el olor de la carne asada cerca. Nos subimos al auto de Reese y fuimos directo a su departamento. Tenía dudas sobre regresar, pero ella insistió. Una vez allí, me duché y me cambié. Reese tenía una taza de café recién hecho esperándome en la mesa. No era el mejor que había probado en mi vida, pero no era ni de lejos tan horrible como el que había en la comisaría. Había salido a buscar comida mientras yo limpiaba y había traído un par de hamburguesas del bar. Me devoré todas las mías y la mitad de las suyas.

—¿Está bien? —, preguntó sonriendo.

—Lo mejor que he probado en mucho tiempo—, dije.

—Es mi receta, ¿sabes?

—No, no lo sabía. No recuerdo que me hubieras hecho una hamburguesa antes.

—Sí, bueno, supongo que no tuvimos mucho tiempo para pasar el rato en mi cocina en Nueva York.

—No, no lo hicimos.

—Es una pena—. Se inclinó hacia atrás y miró por la ventana. —Realmente creo que podríamos haber cambiado nuestras vidas.

Miré por la ventana en un intento de ver en qué estaba concentrada.

—¿No lo crees?— preguntó.

—Estoy bastante seguro de que cambiamos nuestras vidas. Si las cosas no hubieran sucedido como sucedieron, no habrías terminado en el programa. Probablemente, yo tampoco habría dado el giro que di.

Los eventos de esas dos semanas me pusieron en un camino de oscuridad. Me tomó años, y la gracia de una niña pequeña llamada Mandy, volver a ponerme en ese lugar.

Reese se inclinó hacia adelante en su silla, con los codos abiertos sobre la mesa y una mano sosteniendo su cabeza. —Cuéntame sobre lo que has estado haciendo.

—No hay mucho que valga la pena contar. Trabajos para el mejor postor.

Toneladas de daños colaterales. Demasiados amigos perdidos y desaparecidos.

—¿Murieron?

—Algunos. Limpié el plato con la punta de mi dedo, raspando el queso restante. —Otros están fuera de mi vida ya sea por elección o por necesidad. Ella sostuvo mi mirada por un largo segundo. —Extraño mi vida en casa. Las vistas, los olores y la acción de la ciudad.

No dije nada. Había momentos en que también la extrañaba. Más bien, extrañaba a ciertas personas que siempre asociaría con mi tiempo en Nueva York. Casualmente, Reese era una de ellas, aunque solo compartimos unas pocas semanas.

—¿Adónde irás después de aquí? — preguntó.

Me encogí de hombros, sin estar seguro de si quería hablar de eso. Había demasiado por hacer en Texline.

—¿Vas a deambular un poco más? — preguntó. —¿Resolver los problemas de un pueblito tras otro?

Me limpié la cara con una servilleta y le sonreí. —Me haces parecer un héroe de una serie de libros. No soy tan buena persona, Reese. Si no tengo nada que me importe en un lugar, no podría afectarme lo que pase allí.

—No tienes nada importante aquí—. Se mordió el labio inferior

—Te tengo a ti. Tengo a Herbie e Ingrid, y están muertos por mi culpa.

—No sabes si eso es verdad.

—No sabes si eso es mentira.

—Entonces... todavía no has dicho qué sigue.

—Mia— dije. —Voy a buscar a mi hermano y encontrar a mi hija y nos vamos a ir y navegar hasta que estemos en una isla casi desierta que los turistas rara vez visiten. Crearemos una vida allí.

Una que nadie conozca. No seré rastreado ni obligado a trabajar. Nadie me encontrará. Simplemente viviremos.

—Eso suena bastante bien— dijo. —Quizás un poco aburrido, pero del tipo correcto de aburrido.

—Entonces abandona el programa y ven conmigo.

—¿Ahora mismo?

—¿Por qué no?

—Tendríamos problemas para salir del país, ¿no crees?

Me reí. —Esa es la parte menos difícil de todo esto.

—¿Cuál es la parte más difícil?

—Acostumbrarme al hecho de que tú haces una hamburguesa mejor que yo.

Se puso de pie, caminó alrededor de la mesa y se detuvo frente a mí. Sus rodillas presionaron mis muslos. Pasó sus manos por mi cabello, por mis hombros y por mi espalda.

—Vamos, Jack. Curemos esas heridas.

CAPÍTULO 35

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

Jack se agarró al edredón de la cama en un intento de levantarse del suelo. Tenía las piernas temblorosas, débiles. Miró hacia atrás y vio al tipo desabrochando sus pantalones. El hombre lo miró y se rio.

Jack concentró su atención y se lanzó hacia arriba y hacia adelante sobre la cama. Se abrió paso a zarpazos hacia la cabecera.

—Me ahorras tiempo—, dijo el tipo. —Lo aprecio. Pero no pienses que te va a ganar ningún favor. El final no va a cambiar. No eres más que una de esas prostitutas o niños de allí.

Jack fingió un sollozo y obligó a su cuerpo a convulsionar. La actuación le valió una risa al hombre. Tal vez le ayudó a tener una falsa sensación de dominio, pensando que esto sería más fácil de lo que podría haber imaginado.

La cama cerca de los pies de Jack se hundió. El tipo se arrodilló en el borde. Sintió la mano del tipo en su pierna, agarrándola y clavándose en su carne. Jack forzó otro sollozo falso mientras deslizaba su mano debajo del colchón. La empuñadura se sintió fría al primer contacto. Jack introdujo más la mano, cortándose el dedo con la hoja y gruñendo de dolor mientras lo hacía. El tipo le dio un puñetazo en la espalda. Jack gruñó de nuevo.

Tenía el cuchillo en la mano y liberó su mano del colchón mientras el tipo lo empujaba hacia el centro de la cama. Jack resistió el impulso de golpear frenéticamente. No, si el hombre liberaba el cuchillo, se acabaría. No habría una segunda oportunidad. Así que Jack esperó. El tipo agarró y tiró de la camisa de Jack, levantando su torso de la cama hasta que la camisa cedió y se rasgó. No estaba seguro de cuánto más podría soportar. Esos matices de pánico salieron a la superficie. Las voces de su familia lucharon contra él, manteniéndolo a raya. El hombre envolvió su mano alrededor del hombro de Jack. Sintió que el peso del tipo se levantaba.

Era el momento.

Jack inhaló rápida y profundamente. Se empujó hacia abajo en el colchón, luego se impulsó hacia arriba y alrededor, balanceando su brazo en un arco controlado. El cuchillo atravesó al hombre como si estuviera hecho de mantequilla. Penetró su abdomen hasta la empuñadura. Jack giró y giró y giró el cuchillo en sentido de y en contra de las manecillas del reloj. La sangre brotó cálida de la herida sobre el torso desnudo de Jack.

El tipo miró hacia abajo, con la boca y los ojos muy abiertos. Un grito hueco se convirtió en un gruñido agudo.

Jack sacó el cuchillo y golpeó de nuevo, esta vez apuntando al centro. Se hundió profundamente y, de nuevo, Jack giró y tiró del mango de un lado a otro. El hombre golpeó débilmente la cabeza de Jack. Jack devolvió los golpes, aterrizando un cruzado de derecha en la barbilla del hombre, lo que lo hizo desplomarse hacia adelante.

El peso completo del tipo asfixió a Jack. Inconsciente, el hombre era como un pisapapeles enorme. Jack se retorció debajo, hacia el borde de la cama. Logró arrojar al tipo por el costado. El tipo gimió después de caer al suelo. No estaba muerto, pero no tardaría mucho en estarlo a juzgar por la cantidad de sangre que cubría a Jack y la cama.

Saltó sobre el hombre, luego se dio la vuelta y le dio una patada en la sien. Tenía que llegar a la habitación de su padre. Su padre guardaba una pistola allí, aunque el escondite cambiaba cada tanto. Pero estaría allí en alguna parte. Y estaría cargada.

CAPÍTULO 36

El sol se había puesto, dejando el dormitorio de Reese en sombras. Ella había contraatacado encendiendo una lámpara de aceite. Las sábanas subían y bajaban con su respiración relajada. Se sentía bien estar en reposo, y podría ser mi última oportunidad por un tiempo. A menos que Vernon apareciera con una orden de arresto y me encerrara de nuevo. Las posibilidades de que eso sucediera parecían escasas en ese momento. Habían pasado varias horas y no habíamos tenido noticias de él. Mi mente se puso a trabajar a toda marcha y me pregunté en qué punto estaban con la investigación. ¿Habrían atrapado al tipo?

Tal vez sintiendo mi cambio hacia la ansiedad, Reese se dio la vuelta, puso su mano sobre mi pecho y me sonrió mientras sus dedos subían y bajaban por mi esternón.

—¿Qué? — dije.

—Hagámoslo—, dijo.

—¿Otra vez? —

Ella sonrió. —Eso no. Vayamos a esa isla.

—Está bien. Pero primero tengo que encontrar a Mia.

Había pasado un tiempo desde que me comuniqué con Sean. Tal vez no fuera una mala idea hacerlo a la luz de los recientes acontecimientos. El plan había sido que desapareciera por un tiempo, para que las cosas se calmaran. Pero, ahora que Darrow había abierto un canal secreto en la agencia y había sacado a la luz mi nombre, alguien estaba destinado a empezar a investigar. Y si ese alguien era Frank Skinner, tal vez nunca regresara a casa.

Dondequiera que estuviera mi casa.

—¿Reese?

—¿Sí?

—Háblame de Darrow.

Se apoyó en un codo. —¿Qué quieres saber?

Me di la vuelta y la imité. —¿Por qué desveló tu tapadera?

—No lo hizo.

—Pero sabe quién eres, qué hiciste y que estás en el programa.

—Sí, y eso es porque investiga a cada persona que viene a esta ciudad.

—Tiene algunos contactos sólidos. Descubrió quién era yo.

No parecía sorprendida. —No lo dudo.

—¿En qué está metido?

—Está metido en todo, en realidad.

—¿Algo legítimo?

—Algunos complejos de viviendas, aunque no están por aquí. Más cerca de Dallas. También tiene un par de restaurantes allí. Y una tienda de comestibles especializada, nada más y nada menos.

—¿Entonces por qué no vive allí si es ahí donde se encuentran sus operaciones legales?

—Porque este pequeño pueblo no le ofrece ninguna oposición. No podría ir a un lugar como Dallas y operar así. Piénsalo. La policía, el FBI, la CIA, la DEA, quién sabe qué otras siglas, estarían por todas partes.

—Entonces no todo está a flote.

Exhaló y cerró los ojos.

—Eso ya lo sabes.

—Lo sé, obviamente. Pero no he podido precisar exactamente de qué se trata.

Se dio la vuelta y dejó caer la barbilla hacia mí.

—Adivina, Jack.

—Drogas.

—Por supuesto.

—Inmigrantes ilegales.

—Sí.

—Armas.

Reese empezó a responder, pero dudó. Sus ojos se entrecerraron mientras su mirada se dirigía hacia el techo.

—¿Eso es un sí? —, pregunté.

—No es exactamente así—, respondió.

—No exactamente armas. Bastante simple, supongo.

—Cierto.

—¿Cuchillos?

Se rio. —Vamos, Jack.

—Armas en general, entonces. Está moviendo cosas pesadas por aquí. Bueno, no exactamente por aquí, pero casi. Tiene un lindo lugar privado donde los compradores pueden venir a comprar armas automáticas, artillería pesada, explosivos y cosas por el estilo.

—No te lo he dicho yo.

—Entonces, ¿se da cuenta de que eres policía, alguien que podría perturbar sus operaciones y te deja vivir?

—Bueno, hay una razón por la que se dio cuenta de que yo era policía. Mira, el archivo que armó el FBI era sólido. En su primera ronda, todo lo que sabía era lo que decían sobre mí.

—Vale. Entonces, ¿cuál es la razón?

—Empecé a curiosear. Sabía que sus hombres, Linus y los demás, eran tipos malos. Tenían trabajos de mierda y ninguna perspectiva, pero todos tenían buenos pagos. Sus esposas e hijos no se vestían como si fueran pobres. Estos tipos caminaban por ahí como si fueran los dueños de la ciudad. Y los lugareños les tenían miedo. Bueno, la mayoría, al menos. Unos pocos, como Ingrid y Herbie, se les enfrentaron. De todos modos, no me llevó mucho tiempo rastrearlos hasta Darrow. Empecé a vigilarlo. Todo lo que hizo falta fue una llamada telefónica anónima de mi parte y me atrapó. Su contacto rascó la superficie y descubrió mi historia de vida.

—Y sin embargo te dejó vivir.

—Lo hizo—, dijo. —Supongo que no es un completo imbécil.

—En todos estos años, ¿por qué nunca has recurrido a nadie? ¿Avisaste al FBI?

—Darrow tiene clientes en todo el mundo. No le importa quiénes son ni qué hacen. Esas personas no son *boy scouts*. Has luchado contra gente como esta durante años.

—Los terroristas— dije.

Ella asintió. —Sí, los conoce. Y me dijo que me entregaría a ellos si me entrometía. La línea ya estaba echada. Eso es lo que me dijo. Si algo le sucedía, el anzuelo estaría puesto.

Eso explicaba el secretismo y por qué Reese se había mostrado reacia a hacer algo. De todos los lugares, el programa la había situado en un pueblo donde todo podía desenredarse.

—Hizo que me llevaran a una zona desierta— dije. —Me golpearon y me arrastraron hasta allí. Me hicieron caminar un kilómetro hasta una pequeña cabaña para reunirme con él. Y cuando regresé al pueblo, me arrestaron. Linus me llevó directamente a la policía. Estaban esperando en el centro del pueblo. Supongo que pensaron que me bajaría del camión si íbamos a la comisaría.

Reese asintió, no dijo nada.

—Darrow hizo que me arrestaran. Quiero decir, viste lo feliz que estaba Vernon de dejarme libre, ¿verdad?

Ella continuó asintiendo.

—A Darrow no le va a gustar el hecho de que estoy libre—, dije. —Él sabe quién soy, lo que he hecho, y lo que puedo hacer. Una vez que sepa que estoy afuera, todas las apuestas estarán canceladas. Vendrá por mí con todo lo que tiene.

—Probablemente lo hará.

—Tienes que ponerte en contacto con la agencia, Reese. Haz que te muevan.

—¿Por qué?

—Tu vida está en peligro.

—Y la tuya también.

—Puedo manejarlo.

—Yo también puedo—. Se dio la vuelta y se puso de pie, envolviéndose la sábana alrededor del pecho y la cintura. —Vámonos, Jack.

Me tentó la idea de irme en ese mismo momento. ¿Qué sentido tenía quedarme? No le debía nada a ningún alma viviente en el

pueblo.

Pero no podía ir. Todavía no.

—Tengo que saberlo— dije.

—¿Saber qué?— preguntó ella.

—Quién lo hizo. Quién mató a Ingrid y a Herbie. Y tengo que saber por qué lo hicieron. Tal vez podamos rastrearlo hasta Darrow.

—¿Y si podemos? ¿Entonces qué, Jack? ¿Quieres acabar con él?

—Sí, quiero. Y si no soy yo, entonces traeré a la gente adecuada aquí que pueda hacerlo.

—Sabes que no es tan sencillo. No vas a acabar con ese hombre, no con los contactos que tiene. Y hay muchas posibilidades de que, quienquiera que contactes, simplemente levante un teléfono y lo llame. ¿Y entonces qué vas a hacer? Puede que estemos en algún pequeño pueblo de Texas, pero Darrow tiene un gran alcance. Ahora bien, si simplemente nos vamos, probablemente no le importe. E incluso si le importara, ¿va a gastar recursos para rastrearnos? Diablos, probablemente se alegrará de que nos hayamos ido. Pero si algo le sucediera en cualquier momento, incluso si nos vamos, sabrá a quién atribuir el delito. Mira con qué facilidad consiguió tu nombre. ¿Cuántas personas pueden hacer eso?

—No muchas.

—Exactamente. Sin embargo, lo consiguió en un día o dos. ¿No lo entiendes, Jack? No importa a dónde vayamos. Nos encontrará si quiere. Así que es mejor que no le demos una razón para que nos busque. Y piensa en esto por un momento también. Puede que no decida ir por ti, sino por alguien a quien amas.

Sabía que tenía razón y tuve que tragarme la ira y el orgullo por esto. Hace solo una semana habría sido fácil de hacer. ¿Darrow quién?

Pero el bastardo lo había convertido en algo personal.

—Entonces, ¿por qué no llamas a tu hermano, averiguas sobre tu pequeña y haces un plan?— dijo.

—Puedes apostar tu trasero a que estoy haciendo un plan— dije.

Se quedó parada en la puerta, recortada por la luz de la cocina. —¿Por qué no me gusta cómo suena eso?

CAPÍTULO 37

Al día siguiente nos mantuvimos discretos. Conduje solo a través de la frontera estatal hacia Nuevo México, parando en el primer pueblo en el que había una farmacia. Reese se quedó atrás. Me sorprendió que me dejara usar su auto de nuevo, considerando que la última vez que lo conduje lo abandoné en el pueblo. Aunque no fue totalmente mi culpa.

El teléfono que había estado usando estaba comprometido. No lo tenía en mi posesión en la estación de policía y no podía confiar en él. La tienda tenía dos opciones. Elegí la más barata. Era un teléfono desechable, de todos modos. Afuera, tiré el teléfono viejo a la basura antes de volver a subir al auto.

Encontré una calle residencial a unas cuadras de distancia. Conduje medio kilómetro y luego me detuve en la acera en una intersección. Un par de niños estaban sentados en la entrada de su casa jugando con autos y figuras de juguete. Sus voces subían y bajaban con la acción del juego. Su madre estaba ocupada podando un árbol en el patio delantero y se detuvo para apilar las ramas en el suelo. Su mirada se posó en el auto por un segundo y luego siguió adelante.

Parecía un lugar bastante seguro. Saqué el teléfono y llamé al número de reenvío de Sean. Respondió después de un par de timbres.

—¿Jack?

—Sí, soy yo.

—Me preguntaba cuándo sabría de ti. ¿Cómo van las cosas?

—¿Cómo crees?

—¿Otra vez en problemas?

—Bastante. ¿Cómo está Mia?

—Está bien. Deb es genial con ella. He estado al día con sus estudios para que no se quede demasiado atrás.

—Eso es genial. ¿Están en Estados Unidos?

—No, estamos bastante bien escondidos, como querías.

—Bien. Probablemente sea inteligente quedarse allí por un tiempo.

—Eso no suena prometedor, Jack. Quiero decir, en algún momento tengo que volver a mi empresa. Deb, los niños, todos tenemos que volver a nuestras vidas.

—Lo sé, lo sé. El problema es que me crucé con alguien que conoció a papá en algún momento, y ahora él siente algo por mí. Se las arregló para conseguir mi nombre y mi historia, todo a partir de una foto.

—No puede ser. ¿Cómo se llama?

—Darrow— dije. —Al menos así es como lo llaman aquí. ¿Te suena?

—No puedo decir que sí. Le preguntaré a papá si recuerda a alguien con ese nombre.

—Buena idea. No me hago ilusiones, pero avísame cómo va la próxima vez que me comunique.

—Lo haré. ¿Quieres que vaya a buscar a Mia?

Hice una pausa por un momento. No habíamos hablado desde que la dejé con Sean. Y aunque no había estado en mi vida por mucho tiempo, extrañaba escuchar esa vocecita. Incluso extrañaba los ataques de ira que solía tener. Por lo que dijo Sean, parecía feliz, y, escuchar de mí, podría desorientarla. Muy pronto estaríamos juntos. Tenía que confiar en eso.

—Ahora no— dije. —Pero dale un beso de mi parte.

—Lo tienes, hermanito.

—Te llamaré pronto. Te contaré cómo resulta esto.

Me quedé estacionado en la esquina durante unos minutos después de colgar. Mientras observaba a los dos chicos en la entrada, evoqué recuerdos de mí y Sean cuando éramos pequeños

jugando así. En los años en que Molly todavía estaba con nosotros, y antes de que las hormonas y las chicas dominaran nuestras vidas adolescentes.

La mujer subió sus tijeras por una escalera, pero se detuvo a mitad de camino. Me había visto observando a sus hijos. Probablemente me consideró un pervertido o algo así. Solo le tomó unos segundos cruzar el patio.

—¿Puedo ayudarte?— gritó desde la esquina de su estacionamiento.

Cambié la marcha del auto y giré a la derecha, agitando mi teléfono mientras pasaba junto a ella. En el espejo retrovisor la vi sacar su celular y hacer una llamada. A la policía, presumiblemente. Me pregunté si habría logrado obtener el número de la matrícula. No importaría. Reese no había hecho nada malo. Continué por la siguiente intersección y luego tomé la carretera principal. Cinco minutos después, había dejado atrás la ciudad y no había nada más que una autopista abierta entre Texline y yo.

O eso creía.

CAPÍTULO 38

El camión apareció de la nada. No se oían los frenos chirriantes ni la bocina. Solo el repugnante crujido de metal contra metal cuando me chocaron en el lado del pasajero. El coche giró en el sentido de las agujas del reloj y empezó a dar vueltas. Me di la vuelta y pisé el acelerador. La maniobra me permitió recuperar el control, pero el coche no estaba en condiciones de ir muy lejos.

El camión me estrelló de nuevo, esta vez de frente, asegurándose de que el coche de Reese no saliera de allí.

Linus me miró fijamente desde detrás del volante. La sangre brotaba de una herida en su frente. Se la secó con la manga. El tipo del asiento del pasajero saltó y desapareció de mi vista. Intenté localizarlo, pero no pude. ¿Estaba armado? Linus golpeó su hombro contra la puerta, pero no se abría. Se deslizó por el asiento y salió por el lado del pasajero, desapareciendo de mi campo de visión.

Los instintos tomaron el control y corrí. Salí corriendo del coche de Reese y salté la barandilla. Sentí un dolor intenso en la pierna cuando aterricé, pero no me detuve. Había un grupo de árboles raros que salpicaban el paisaje no muy lejos. Ese se convirtió en mi primer objetivo. Sin embargo, no tenía idea de qué haría a partir de ahí.

Miré hacia atrás y vi a Linus sosteniendo un rifle y observando a través de la mira, haciendo un barrido de izquierda a derecha, buscándome. ¿Dónde estaba el otro tipo? ¿Había resultado herido? Miré a mi alrededor y seguía sin verlo.

Me detuve allí por un momento y me dejé caer al suelo en un lugar donde el terreno se inclinaba. No era la mejor cobertura, pero serviría.

Un camión de dieciocho ruedas hizo sonar su bocina al pasar. Las luces traseras se encendieron en rojo y los neumáticos chirriaron. El camión se desvió hacia el arcén y se detuvo a un par de cientos de metros de la carretera. El hombre que salió parecía tener unos cuarenta y tantos años y estaba en buena forma. Tenía el teléfono móvil en la oreja, presumiblemente informando de un accidente a la patrulla de carreteras.

Perfecto.

Linus se fijó en el tipo. Retrocedió hasta la camioneta y guardó su rifle. Nadie me estaba mirando ahora. Salté y me dirigí hacia el bosque. Estaban a sólo un par de cientos de pies de distancia. Me dolía el tobillo con cada paso. Cuando llegué a los árboles, miré hacia atrás y vi a Linus ocupado con el conductor del camión. Sin embargo, su amigo había reaparecido y avanzaba torpemente por el paisaje hacia mí. Parecía que estaba herido.

El bosque consistía en un grupo de árboles que estaban perfectamente alineados en filas. El proyecto favorito de alguien, supuse. Despejé la primera fila y me posicioné detrás de un tronco grueso en la segunda fila. No era el mejor lugar para ocultarme, así que me arrastré hacia atrás, más adentro de la sombra. Para cuando el otro tipo llegó al área, estaba encorvado, jadeante, sin aliento. Miró hacia arriba, con la mirada fija de este a oeste. Pasó por alto mi posición sin notar que estaba allí.

El tipo se enderezó y miró hacia Linus. El conductor del camión tenía la mano sobre el hombro de Linus e hizo un gesto con la mano hacia la barandilla. Tal vez Linus había recibido más golpes del que se había dado cuenta en el accidente. Yo sí que los había recibido. O, al menos, había vuelto a agravar mis heridas de la paliza que me habían dado Linus y sus hombres. El dolor me atravesó el hombro derecho y me bajó hasta la rodilla. Cuanto más permanecía quieto, más intensa se hacía la sensación.

Corrí dos metros hasta otro árbol, uno con un tronco más grueso. Me detuve allí y revisé al otro tipo. Estaba apoyado contra un árbol

dándome la espalda. Todavía estaba observando la interacción de Linus con el camionero. Necesitaba que diera un paso atrás, que se mantuviera al descubierto. No podía arriesgarme a que Linus o el conductor del camión me vieran. O alguien más. Seguro que venían más. Y a juzgar por el paisaje desolado que tenía detrás, no tenía ningún otro lugar donde esconderme.

Tenía que ponerme en contacto con Reese. Busqué en mi bolsillo, pero mi teléfono móvil no estaba. Seguí mi camino a través del bosque. Ni siquiera estaba seguro de haberlo traído conmigo. Tal vez todavía estuviera en la consola.

O tal vez se había ido de un lado a otro durante el accidente.

Maldita sea.

No tenía forma de alcanzarlo. Eso significaba que tenía que moverme.

Había otra opción. El tipo que me había seguido tenía el teléfono enganchado a la cintura. Serviría en caso de necesidad. Tomé un palo, lo arrojé hacia la izquierda y rápidamente me agaché detrás del árbol y esperé.

Escuché al tipo retroceder. Daba cada paso lenta y deliberadamente. Su respiración agitada se acercaba, se hacía más fuerte, más áspera. Agarró el árbol donde me escondí. Sus dedos se envolvieron alrededor de mi costado. Di un paso a la derecha mientras él iba a la izquierda, haciendo coincidir cada paso con el suyo, de modo que crujimos el suelo al mismo tiempo hasta que llegué detrás de él. Me quedé de pie en medio de un olor corporal repugnante. ¿Se había molestado el tipo en ducharse esta semana? Las temperaturas de alrededor de treinta grados no ayudaban a su causa.

Se detuvo y se enderezó. Yo estaba a no más de un metro de él. Podía hacer un movimiento, pero no estaba en la mejor posición. Habría una posibilidad de que pudiera contraatacar. En este entorno, eso sería malo. Todo lo que tenía que hacer era derribarme y luego salir corriendo del bosque gritando. Me tendrían inmovilizado. O tendría que recurrir a correr al descubierto en una amplia extensión donde nunca me perderían de vista.

Giró la cabeza unos centímetros hacia la derecha. Pronto me detectaría en su visión periférica. No me quedaba tiempo para esperar.

Aseguré un golpe casi perfecto. Un puñetazo en la suave carne debajo de la esquina trasera de la mandíbula fue suficiente para derribar a la mayoría de los hombres. Desde allí podría acabar con él.

Se movió antes de que mi puño aterrizara. Le agarré el lóbulo de la oreja y le rocé el pómulo y la nariz. Lo suficiente para hacerlo gruñir, pero no para derribarlo.

Peor aún, me había preparado para el impacto y mi recuperación. El problema ahora era que el impulso me llevó hacia adelante y tropecé con su pierna derecha.

El tipo saltó sobre mí. Instinto, supongo.

Me las arreglé para levantar mi rodilla antes de que me golpeara. Su estómago aterrizó de lleno sobre ella. Su boca se abrió torcida, jadeando con un sonido como el aire que se escapa de un globo. Agarré su camisa cerca del cuello con mi mano izquierda y lancé un cruzado con mi derecha. Luego conecté un segundo y un tercer puñetazo. La sangre de su boca y nariz goteó sobre mí, pero no se movió. Traté de rodar para salir de debajo de él. Contraatacó cambiando su peso. Conectó un par de puñetazos de conejo en mi costado derecho. El dolor se extendió por mi abdomen.

Levantó la cabeza y gritó. Le faltaban cuatro dientes. Supongo que intentó decir Linus, pero las palabras eran más bien una mezcla de gemidos y gárgaras. Empujé ambas manos contra su rostro con los pulgares contra sus ojos y las palmas presionando con fuerza contra su boca y nariz. Su grito ahogado hizo que un hilo de sangre se derramara de su boca. El cielo se oscureció cuando su mano cubrió mi rostro. Las uñas se clavaron en mi carne. Trabajó con su guante hasta mi cuello. Apreté más fuerte sus órbitas y sentí que un ojo comenzaba a ceder. Apretó su agarre en mi garganta.

Forcé un grito hueco.

Él gritó.

Conseguí deslizar mi cuerpo lo suficiente para quitar su peso de mi centro. Luego, le di un rodillazo en la ingle. Comenzó a caer hacia

un lado y su agarre alrededor de mi tráquea se aflojó. Solté mi mano derecha de su rostro y le di un golpe en la garganta, golpeando el área debajo de su nuez de Adán. No se movió. Golpeé de nuevo y luego apunté a su plexo solar. El fuego irradiaba de mi muñeca. Al diablo con eso. Una mano rota se curaría. La muerte era permanente.

Sus brazos se aflojaron y su torso cayó. Lo empujé y me di vuelta. Se oyeron gritos desde la carretera. Corrí con mis rodillas y usé un árbol para levantarme. Linus y el conductor del camión caminaban hacia nosotros. No parecía ser una misión de misericordia. El conductor del camión llevaba una escopeta.

—Hijo de puta—, murmuré. Era uno de ellos.

El tipo en el suelo se movió. Tomé impulso y le di una patada en el estómago. No lo dejaría inconsciente, pero lo mantendría en el suelo durante unos minutos mientras yo despegaba. Busqué su teléfono celular, pero en algún momento durante la pelea, se había soltado y no estaba por ningún lado.

Salí del bosque por la parte de atrás y escudriñé el terreno. Resultó que estaba menos abierto de lo que había pensado. Tenía una oportunidad aquí. Justo delante no vi nada más que tierra. A la derecha había una valla, algo de ganado y un edificio más allá. Parecía que mi mejor oportunidad estaba a la izquierda. Allí, había un grupo de edificios. Una casa, tal vez. Podrían haber sido dos. Y, al menos, tres garajes o cobertizos. Tal vez encontraría algo allí. En todo caso, la cubierta me daría más tiempo.

Corrí hacia las estructuras, con la esperanza de estar moviéndome sin ser visto.

A juzgar por el disparo de la escopeta, no fue así.

CAPÍTULO 39

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

Jack se abrió paso por el pasillo oscuro. La casa estaba extrañamente silenciosa. ¿Qué estaba pasando afuera? Se sintió atraído hacia las escaleras mientras pensaba en Sean y Molly. ¿Habían encontrado a su hermana? Si era así, ¿le habían hecho lo que ese idiota en el dormitorio intentó hacerle a él? ¿Podrían estar todos tan locos?

Mantén la calma, se dijo a sí mismo. Tenía una misión y debía completarla antes de poder ayudar a su hermana.

Entró en la habitación oscura de sus padres. Pensó que era mejor dejarlo así para no llamar la atención del exterior. Jack se movía con la mano izquierda tocando la pared. Olía a una mezcla de la colonia de su padre y el perfume de su madre. Continuó hacia la fuente, sabiendo que la mesita de noche de su padre era uno de los escondites.

Abrió los cajones uno por uno y buscó, teniendo cuidado de no tocar demasiado el contenido. Lo último que quería en este punto era que lo disciplinaran por revisar sus cosas. Ser el hijo de un oficial del ejército hacía que esas cosas fueran relevantes sin importar la situación a la que se enfrentara. Llegó al último cajón, pero no encontró la pistola. Luego se dirigió al armario, buscando a tientas en la oscuridad las cajas de zapatos donde había visto a su padre guardar la pistola antes. Una vez más, no hubo suerte. ¿Eso significaba que no estaba allí, o simplemente había tenido mala suerte y no la había encontrado?

Una brisa fresca lo cubrió cuando salió del armario. Se detuvo junto a la ventana para escuchar el silencio. El aire traía un toque del Golfo. Sal y pescado. Pensó en sus planes para el día siguiente. Un día de pesca que tal vez nunca volvería a suceder. Se le hizo un nudo en el estómago y se obligó a sacar esos pensamientos de su cabeza. Concéntrate en la misión, se dijo.

Jack se dejó caer al suelo y se arrastró debajo de la cama de sus padres, barriendo la alfombra con el brazo derecho en busca de

algo. Pero el suelo estaba vacío. Solo quedaba un lugar para buscar. Salió rodando de debajo de la cama y se detuvo frente a la mesita de noche de su padre. Cuando alcanzó el mango, recordó que el hombre de la otra habitación le había puesto una pistola en la cabeza en un momento dado.

—Maldita sea— murmuró en voz baja. ¿Por qué no se le había ocurrido recogerla? Tomó nota de que debía recuperarla para que, cuando encontrara a Sean, ambos estuvieran armados.

Jack abrió la puerta de la mesilla de noche y salió un aire mohoso. Metió la mano, palpó el estante superior y luego el inferior. Su mano chocó con una caja. Escuchó el sonido de municiones al chocar. Pasó por encima de la caja y su mano se posó en la culata de la pistola.

Se le escapó un suspiro de alivio y su cuerpo se relajó por un momento mientras recuperaba el aliento y se preparaba para el siguiente paso.

Pero ese paso se retrasaría.

Quizás de forma permanente.

Unas manos se clavaron en sus pantorrillas y lo tiraron a la alfombra.

Y Jack perdió el control de la pistola.

CAPÍTULO 40

Me han disparado varias veces. Más de las que me gustaba recordar, de hecho. Tenía cicatrices en el cuerpo que parecían como si me hubieran pasado por un rallador de queso. En uno de esos intentos de acabar con mi vida, me había enfrentado a la parte delantera de una escopeta en los húmedos pantanos de Luisiana. El agresor se encontraba a más de cien metros de distancia. Los perdigones me impactaron como granizo fundido en la parte baja de la espalda y la cadera derecha. Si hubiera metido una bala en la recámara, habría perdido un riñón. Caí al suelo y aterricé a medio camino en el agua, atrayendo a un caimán cercano. El tipo había avanzado la mitad de la distancia mientras yo salía del barro a gatas. Lo vi detenerse, levantar el arma y apuntarme. No podía moverme lo suficientemente rápido. A menos de cincuenta metros de distancia, los perdigones podían ser letales. Afortunadamente, mi viejo compañero Oso había llegado y se aseguró de que no hubiera un segundo disparo.

Mientras corría por un espacio abierto hacia un grupo de edificios, el disparo era lo último que quería oír. La explosión resonó por toda la zona. ¿Qué tan cerca estaban? Anticipé el dolor de la bala atravesándome. Nunca llegó. Un segundo disparo sí. Una docena de hormigas de fuego se clavaron en mi tendón de la corva derecha. Grité mientras tropecé con un arbusto y caí al suelo. Me agarré la parte de atrás de la pierna, luego moví la mano por curiosidad morbosa, sabiendo que reconocer la herida triplicaría el dolor. Pero solo había rastros de carmesí en las puntas de mis dedos.

Me giré para ver mi pierna. Había varias ronchas pequeñas y apenas sangraban. Debían ser perdigones.

Los instintos de más de veinte años entraron en acción y planté mi mano en el suelo. Mis piernas comenzaron a rechinar. Tenía diecisiete años nuevamente y nada me impedía llegar a la zona de anotación.

El primer edificio estaba a tres metros de distancia.

Aunque tuve problemas para recuperar el equilibrio, logré mantener mis pies en movimiento. Mi mano derecha actuó como una tercera pierna, apoyándose con frecuencia para evitar que me cayera de cara. Esos últimos nueve metros bien podrían haber sido nueve kilómetros. Otra descarga de perdigones se dirigió hacia mí y se estrelló contra el revestimiento de aluminio, dejando pequeños agujeros.

—No te muevas, Jack—, gritó Linus.

Sí, eso va a pasar, pensé.

Me apoyé contra la puerta del garaje por un momento para recuperar el aliento. Los hombres se acercaban. No había forma de que pudiera permanecer inmóvil por mucho tiempo. Linus llegaría pronto. El camionero también. ¿Por qué diablos los estaba ayudando el tipo? Tal vez simpatizaba con la causa de Darrow. Diablos, tal vez estaba en su nómina. Me pregunté si la llamada a la policía se había realizado. No importaba. Tampoco estarían de mi lado.

Raspé un par de años de suciedad de la ventana del garaje con la palma de la mano y miré dentro. La luz tenue dejó la identidad del contenido en duda. Nada se destacó como útil, así que decidí seguir adelante.

Me incliné e inhalé una respiración profunda y cálida. Entonces corrí, ignorando el ardor en mi tendón de la corva. Los siguientes dos edificios estaban separados entre sí. Era un buen lugar para esconderse. Mientras corría, esperaba otro disparo de escopeta, pero nunca llegó. Los edificios me ofrecieron una especie de escudo. Estaba fuera de la vista. Los hombres se acercaban con cautela ahora. Incluso podrían estar esperando refuerzos. De cualquier manera, su demora me dio el tiempo que necesitaba desesperadamente.

Con el sol a mi espalda, tenía una mejor vista del segundo garaje mientras miraba por una ventana que tenía considerablemente menos suciedad que la primera. Aparte de algunas piezas de equipo de jardinería, que podrían resultar útiles, una lona azul cubría todo lo demás.

¿Qué cubría? El contenido parecía demasiado pequeño para ser un automóvil. Aun así, ¿podría ser algún tipo de transporte? Podría serlo, pero considerando los otros elementos, era más probable que encontrara un tractor cortacésped que un viejo Corvette allí.

Me di vuelta e intenté examinar el tercer garaje. Las condiciones de iluminación eran peores que las del primero. Noté que había una segunda ventana al otro lado y decidí entrar a investigar, ya que tenía una vía de escape si las cosas se ponían feas. Me quité la camisa, me la envolví alrededor del codo y lo empujé a través de la ventana. El vidrio se rompió y se astilló. Si había alguna duda sobre mi posición, el ruido la aclaró.

—¿Qué demonios fue eso? —, dijo alguien. Supuse que era el camionero, ya que la voz no sonaba tan sureña como la de Linus.

—Algo se rompió—, respondió Linus.

—No, quédate atrás— dijo el camionero. —No puede esconderse ahí para siempre. Tenemos más posibilidades al aire libre.

Seguro que sí. Ojalá alguien intentara atraparme en el estrecho callejón entre los dos garajes. Tenía ventaja en un espacio reducido.

Retiré el resto del cristal irregular y metí la cabeza por el agujero. El polvo danzaba en rayos de luz dispersos. El garaje olía a viejo, pero seco. Una gruesa capa de suciedad cubría algunos objetos. Me metí dentro y un trozo de cristal restante me cortó la piel. No me molesté en comprobar la profundidad. La herida no inhibía mi movimiento y eso era todo lo que importaba.

Un juego de llaves inglesas llenas de huellas dactilares grasientas estaban esparcidas sobre un banco de trabajo. La más grande era un poco más corta y ligera que una llave de tubo. La agarré. Serviría si me encontraba con Linus o el conductor del camión. No quedaba mucho más en el lugar. Algunos contenedores viejos llenos de aceite de motor usado. Un par de bidones de gasolina. Una motosierra oxidada que parecía que la cadena se desintegraría si intentaba

usarla. Encontré un hacha colgada en la pared, pero la dejé a favor de un machete sin filo. En todo caso, garantizaría una herida infectada a cualquiera que se interpusiera en mi camino.

Me miré a mí mismo. Mi pecho y estómago estaban cubiertos de sangre. Solo un poco de ella había salido de mí. Sostenía una llave inglesa grande en una mano y un machete en la otra. Me quedé de pie en un viejo garaje polvoriento esperando un ataque. Un pensamiento cruzó por mi cabeza.

¿Cuándo diablos entraría en el apocalipsis zombi?

Estaba preparado para hacer lo que fuera necesario para sobrevivir a esta situación. Sin embargo, tenía dudas de que lo lograra. Los hombres estaban armados, llevaban al menos una escopeta. Sabía que también habría más. Probablemente se habían puesto en contacto con Darrow, quien enviaría un equipo. Tenía dos esperanzas. Una, que la patrulla de carreteras respondiera al accidente pronto, antes de que llegaran los hombres de Darrow.

La otra era que encontraría algún tipo de transporte. Pero eso no sucedería en este garaje.

Me acerqué a la ventana rota y escuché. Nada. Pero eso no significaba que no hubiera alguien cerca. Me levanté y miré por la abertura. No había nadie allí. Saqué la cabeza. El callejón estaba despejado.

Me escabullí por la abertura, machete en mano. Una vez fuera, golpeé la empuñadura contra la ventana del otro garaje.

—Vamos, hombre—, dijo Linus. —Tenemos que ver qué está haciendo.

—Espera—, gritó el conductor del camión. —Los refuerzos llegarán en menos de diez minutos. Podemos ver todo desde aquí. No irá a ninguna parte.

—¡Terminemos con esto!

—Maldita sea—, dijo el tipo. —Me dijiste quién crees que es este tipo. ¿De verdad quieres enfrentarte a él solo nosotros dos? ¿No crees que las probabilidades de supervivencia son mayores si tenemos más gente aquí?

—Cobarde— espetó Linus. —Está bien. Lo haremos a tu manera. Pero si se escapa, tú responderás ante Darrow, no ante mí.

El conductor del camión se rio. —No se escapará. Sigue pensando eso.

Entré por la ventana y aterricé con fuerza sobre la lona azul. No tenía muchas opciones. Cubría toda el área debajo de la ventana y pensé que con una cortadora de césped debajo era el mejor lugar para caer.

Me equivoqué.

Lo que fuera que estaba debajo se cayó y yo lo acompañé. Mi brazo izquierdo se trabó y se dobló de forma poco natural a la altura del codo. Luché por contener un grito de dolor. Miré hacia abajo, temiendo haber doblado el brazo hacia atrás. Todo parecía normal. Probé la articulación, flexioné y tensé los músculos un par de veces. El dolor se agravó, pero no pareció obstaculizar el movimiento.

Me puse de pie y retiré la lona. —Hijo de puta.

Tenía una salida.

CAPÍTULO 41

Las dos motos de cross parecían haber sido construidas probablemente en los años setenta. Pero no importaba. Alguien se había ocupado de ellas, al menos durante un tiempo. Algunas de las piezas eran más nuevas y no mostraban mucho desgaste. Otras estaban oxidadas o rotas. Sin embargo, no era nada que pudiera afectar al rendimiento. Una moto se veía mejor que la otra. La de arriba tenía un motor de 2 tiempos de 80 cc. Podría alcanzar ochenta kilómetros por hora con ella. La de abajo tenía un motor de 2 tiempos de 125 cc que, si tenía suerte, alcanzaría los ciento diez kilómetros por hora, tal vez más. Considerando el terreno detrás de los garajes, realmente no importaba. Solo tenía que ponerme en marcha. El único problema era que la puerta se abría hacia el centro del complejo, donde supuse que Linus y el conductor del camión estaban esperando.

Pronto habría aún más hombres. Armados y preparados. Estarían listos para acabar conmigo. Tenía la sensación de que mis posibilidades de sobrevivir a un encuentro con vida eran nulas si Darrow se salía con la suya.

Sabiendo que tenía que hacer algo, así que levanté la moto de 125 cc e intenté ponerla en marcha.

Nada.

—Vamos, no me dejes aquí tirado—. Lo intenté de nuevo. Todavía nada.

Dejé esa moto contra la pared y cogí la más pequeña. Tenía el depósito de gasolina lleno y lo que parecía ser aceite nuevo.

¿Alguien la había sacado recientemente? El motor giró, pero no arrancó. Esperé unos segundos y, conteniendo la respiración, lo intenté de nuevo. Arrancó. Ahora tenía que salir.

Si los hombres oyeron el pequeño motor ponerse en marcha, no lo mencionaron. Tampoco había ninguna razón para que lo hicieran. Me los imaginé posicionados delante del garaje, con las escopetas apuntando a la altura del pecho, listos para abrir fuego en el momento en que la puerta despejara la abertura. Miré hacia la ventana y pensé en salir a explorar la zona. Tal vez la policía había aparecido en el accidente y los hombres habían vuelto para aclarar las cosas. Lo poco que sabía sobre Darrow me decía que también podría haber tratado con la policía estatal local. Todo lo que Linus tenía que hacer era arreglar las cosas con ellos.

Una vez más me apoyé contra la pared junto a la ventana y permanecí allí unos segundos, escuchando. No oí nada. Saqué la cabeza. No vi nada. Salí, me tiré al suelo y luego me arrastré hacia adelante hasta que tuve la mayor parte del claro a la vista. Los hombres no estaban a la vista. Sin embargo, eso no significaba que no estuvieran allí. Linus había tratado conmigo lo suficiente como para saber que su mejor opción era ponerse en cubierta y atacar desde allí. Me levanté y retrocedí, fui a la parte trasera del garaje y doblé la esquina para poder ver la carretera.

Las luces estroboscópicas destellaron y el personal uniformado deambuló por el lugar del accidente. Sin embargo, no era la policía. Había llegado una ambulancia y un camión de bomberos.

Todavía no había localizado a Linus y al conductor del camión. ¿Estaban en la carretera, fuera de la vista? ¿Habían ido a buscar ayuda para el compañero de Linus? Probablemente había logrado salir del bosque a estas alturas. Desafortunadamente, los árboles que se habían plantado bloqueaban un tramo de la carretera, por lo que no podía estar seguro. Pero si allí estaban Linus y el conductor del camión, tenía una sólida posibilidad de escapar.

Volví a la ventana y comencé a subirme de nuevo, pero un pensamiento me hizo detenerme. Necesitaba una distracción. Recordé los tanques de gasolina y los contenedores de aceite en el

otro garaje. Entré en el cobertizo, reuní algunos suministros y luego volví a la moto.

Cada segundo que pasaba era un segundo más cerca de mi escape o de la muerte. Tenía que salir ahora.

Un par de pestillos a cada lado aseguraban la puerta del garaje. Cedieron con un poco de resistencia, rechinando contra la barandilla de metal. Me detuve y me apoyé en la pared, escuchando si había movimiento afuera. No había ninguno.

Los hombres no estaban dispuestos a hacer nada con los servicios de emergencia en la carretera. Tampoco eran el tipo de hombres que se dan por vencidos. Estaba seguro de que estaban monitoreando el área y estaban listos para moverse. Diablos, por lo que sabía, los refuerzos ya estaban allí y habían rodeado el complejo.

Encendí la moto, levanté la puerta unos centímetros y me dejé caer al suelo. El área de enfrente permaneció desierta. Todo lo que necesitaba hacer era pasar la esquina del edificio. Después de eso, estaría fuera de alcance en menos de diez segundos, tal vez más, si tenía que usar alguna maniobra evasiva. Me puse de pie y levanté la puerta lo suficiente para pasar. La moto avanzó con facilidad. Tenía una mano en el manillar y en la otra llevaba mi distracción planeada, una mezcla de gasolina y aceite en un recipiente. Un poco de fertilizante agregado, por si acaso. Había mojado un trapo en aceite para usarlo como mecha. Ahora solo necesitaba una chispa para encenderlo. Utilicé un hacha en el hormigón. Le di un par de golpes, pero el trapo encendió una chispa y se quemó lentamente. Dejé la mezcla en el garaje y apilé todo lo inflamable a su alrededor.

—Allí—, gritó alguien.

Una bala rebotó en el revestimiento. Una segunda dio en la pared detrás de mí.

La luz del sol se filtró a través del agujero recién formado.

Maldita sea.

Había pasado demasiado tiempo preparando mi distracción cuando debería haberme ido de allí.

Cambié la marcha de la moto y salí corriendo. Las voces gritaban desde la derecha, mi ruta planificada. Ir a la izquierda me pondría a

plena vista de la carretera, donde todos podrían verme. Era un riesgo que tenía que correr. El personal de emergencia se había cubierto ante el sonido de los disparos. Entrarían en modo de bloqueo total hasta que llegara la policía.

Linus salió del bosque desarmado, con un teléfono móvil pegado a la cara. Al teléfono con Darrow, supuse. El conductor del camión estaba detrás, corriendo con su escopeta cruzada sobre el cuerpo. Se detuvo, levantó la escopeta y me apuntó. Linus le gritó que no disparara. Una vieja camioneta Toyota del color de la arcilla de Georgia atravesó la extensión y dobló el bosque por la derecha. Se detuvo para que Linus y el camionero pudieran subirse a la parte trasera. Se levantaron montones de tierra y polvo mientras la camioneta se alejaba y se dirigía hacia mí.

CAPÍTULO 42

Me atrincheré y dirigí la moto hacia la extensión que se alejaba de la carretera. Pensé que si recorría ocho o dieciséis kilómetros aprovechando el paisaje a mi favor, estaba destinado a encontrarme con una carretera en algún momento. La moto superó en maniobras al Toyota. Deberían tener en cuenta el terreno. Podrían romper un eje si subían una colina o bajaban demasiado brusco. Tenía que crear la mayor distancia posible, porque una vez que estuviéramos en el asfalto, ellos podrían superar fácilmente las ciento sesenta kilómetros por hora, mientras que yo iba a unos ochenta.

Aceleré a fondo, resistiendo la tentación de mirar atrás durante el primer minuto. Cuando finalmente eché un vistazo por encima del hombro, vi altos montones de tierra que se dirigían en la misma dirección. La camioneta se quedó en la parte inferior, demasiado atrás para distinguir quien iba adentro.

La explosión sacudió la zona. El estruendoso rugido casi me tiró de la moto. Una enorme bola de fuego se elevó al menos quince metros en el aire, con una columna de humo negro más alta que eso. ¿Qué demonios había en ese cobertizo? Fue pura suerte que el Toyota estuviera a la altura del complejo cuando explotó. Giraron bruscamente a la derecha y se alejaron a toda velocidad del fuego y de mí. Por lo que sabían, podría haber una serie de explosivos preparados para explotar uno por uno. Eso me dio tiempo y necesitaba cada segundo que pudiera conseguir.

Empujé la moto con fuerza durante varios minutos, mirando hacia atrás con frecuencia. El camión había comenzado a avanzar

hacia mí nuevamente. Parecía que viajaban más rápido de lo que esperaba, arriesgándose a una avería. Supongo que la recompensa de atropellarme valía la pena. Seguí monitoreando su ubicación. Cada vez que miraba hacia atrás, me habían ganado terreno. Tuve que ajustar mi estrategia.

El terreno parecía más peligroso unos kilómetros más adelante hacia el noroeste. Cambié el rumbo en esa dirección. Las bienvenidas dunas subían y bajaban como un mar inmóvil. Proporcionarían el obstáculo que necesitaba. Y justo a tiempo, además. El camión se había acercado a trescientos metros de mí.

Me abrí paso entre los montículos de tierra, a una velocidad de sesenta kilómetros por hora. Un paso en falso y estaba acabado. El camión había intentado seguirme, pero el terreno tenía demasiados obstáculos. Se averiarían si intentaban cruzar. Así que corrieron a lo largo del perímetro, hacia el oeste, perdiendo terreno con cada segundo que pasaba. De vez en cuando, sonaba un disparo de escopeta, pero estaban demasiado lejos.

Al final, el motor del Toyota se apagó. Reduje la velocidad hasta detenerme y escudriñé el horizonte. No se los veía por ningún lado. ¿Habían regresado? ¿Se dividirían en dos o tres grupos? Estos tipos conocían la zona lo suficientemente bien como para tener una buena idea de dónde terminaría y podrían llegar antes que yo.

Reconsideré mi plan. Tenía que advertir a Reese. Linus había ido tras de mí mientras conducía el coche de Reese. Podría haber estado conmigo y no les habría importado. Mis posibilidades de llegar a ella en la ciudad eran escasas. Darrow seguramente la tenía bajo vigilancia a estas alturas. Ella estaba en la misma posición que yo, incapaz de confiar en nadie, ni siquiera en la gente en la que creía.

Sin teléfono, mi mejor opción era llegar a la autopista del otro lado del pueblo de Nuevo México. Podía entrar por el oeste, encontrar un teléfono y llamar a Reese.

Seguí avanzando por un camino distinto. Las cosas acabarían mal si me equivocaba y el camión hubiera mantenido su trayectoria hacia el oeste en lugar de regresar al lugar del accidente como suponía. ¿Les importaba derribarme? ¿O ahuyentarme? ¿Darrow tenía alguna

idea de hasta dónde llegaría? ¿Exactamente de qué era capaz? ¿Cuánto podía aprender sobre mí?

El pueblo apareció a la vista. Una espesa neblina rodeaba el perímetro. Disminuí la velocidad a unos treinta kilómetros por hora y di vueltas por detrás, observando las calles lo mejor que pude, en busca del Toyota.

Percibí un olor a restaurante de barbacoa. Se me hizo un nudo en el estómago al oler la pechuga ahumada. La sensación de hambre dio paso al dolor. Me dolían los músculos y las costillas me ardían. Miré hacia el cielo cubierto de tiza. Nubes largas y delgadas se extendían de este a oeste. Pensé en seguirlas a través de Nuevo México. Escapar de todo. Mientras yo estuviera fuera, a Darrow no le importaría y dejaría a Reese en paz.

Pero eso era mentira.

Así de simple.

Mi ropa estaba cubierta de sangre y parecía un hombre que había sido golpeado y había sufrido un accidente. Era mejor mantener un perfil bajo hasta el atardecer. Encontré un lugar no muy lejos del pueblo para esconder la motocicleta. Quería tenerla disponible para mi regreso a Texline. Era perfecta para recorrer los estrechos callejones y los patios sin vallas.

Esperé en un matorral. Pasaron minutos y horas. El cielo pasó de azul a naranja, a rojo y a morado. Finalmente, el sol se puso detrás de la ciudad. Sus últimos rayos atravesaron los pliegues entre los edificios.

Recorrí medio kilómetro a pie. La primera calle residencial que encontré estaba desierta. Las tenues farolas proyectaban sombras de ramas de árboles que se balanceaban. El aire de la tarde se había enfriado considerablemente y me escocían las heridas. Me quedé en la acera, en dirección al centro de la ciudad.

Al final de la calle había una tienda de conveniencia y una gasolinera. Walter's. No era un nombre que hubiera oído nunca. Los surtidores estaban vacíos. Un lugar de estacionamiento estaba ocupado por un Datsun azul de principios de los ochenta con ruedas doradas. No había visto uno de esos en años. Probablemente

pertenecía al chico detrás de la caja registradora. No levantó la vista cuando entré. Probablemente para mejor.

Me agaché por un pasillo, agarré una caja de vendas, un sombrero y una camiseta con la leyenda "I *heart* TX" (Amo a Texas), donde el corazón era en realidad un recorte del estado de Texas de color rojo. Los baños estaban escondidos entre dos hieleras de cerveza. Resistí la tentación de agarrar un paquete de seis cervezas. No es como si el chico se hubiera dado cuenta. Miré hacia atrás y lo vi flotando sobre el mostrador, con los pulgares rebotando en una consola de juegos portátil.

El baño estaba oscuro y sucio y olía a orina. Pero la puerta estaba cerrada y el lavabo funcionaba. Me quité la camisa y la tiré a la basura. El agua fría empapó un paquete de toallas de papel. Me limpié la cara, el pecho y los brazos con ellas, quitando capas de sangre y suciedad. Luego metí la cabeza en el lavabo, con cuidado de no tocar la porcelana manchada, y me enjuagué el cabello. El agua rosada rodeó el desagüe, dejando un fino residuo de sangre en el lavabo.

Cuando terminé, casi parecía limpio. Algunas de mis heridas supuraban sangre fresca. Me limpié los dedos con toallas de papel nuevas y luego me apliqué las vendas. Después me puse la camiseta y me ajusté el gorro. Ambos eran un poco pequeños, pero servirían por ahora.

El chico no se había movido en todo el tiempo. Me acerqué a él y le pregunté si tenía un teléfono que pudiera usar. Señaló por encima del hombro un viejo teléfono amarillo montado en la pared.

—¿Cuesta algo?

Sacudió la cabeza sin levantar la vista. —Adelante, úsalo, hombre.

Coloqué al teléfono sobre mi hombro y marqué el número de Reese.

Y esperé allí mientras sonaba una docena de veces, sin respuesta.

CAPÍTULO 43

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

El hombre golpeó varias veces la cabeza de Jack. Los primeros golpes aterrizaron antes de que Jack pudiera darse la vuelta y comenzar a desviar los golpes. El tipo estaba debilitado, eso era obvio. Las heridas no lo habían matado, todavía. Jack miró la sombra en la oscuridad y calculó dónde había apuñalado al tipo unos minutos antes. Lanzó un puñetazo en la sección media del hombre. El golpe fue seguido por un aullido. Jack golpeó de nuevo. Y otra vez. Finalmente, el hombre cayó, liberando suficiente peso para que Jack pudiera salir de debajo del tipo. Jack mantuvo la calma y tanteó el suelo hasta que localizó la pistola. El hombre dejó de gemir y soltó un grito. —Te voy a matar, muchacho—. Jack agarró la pistola por el cañón. Habría sido más fácil dispararle al tipo, pero eso atraería a todos adentro y no tendría ninguna oportunidad contra cuatro o cinco hombres armados. Podría derribar a uno, tal vez a dos si atacaban por separado, pero su suerte eventualmente se acabaría. Entonces sostuvo la pistola como había sostenido las rocas antes, listo para atacar.

El hombre dejó escapar otro gruñido fuerte. Jack se puso de rodillas y se dio la vuelta. El tipo levantó débilmente los brazos. ¿Iba a atacar? ¿Ir al cuello de Jack? Jack no lo sabía, no le importaba, no se concentró en eso. Dejó caer su brazo derecho y luego lo levantó y lo giró. La pistola chocó con la nariz del tipo con un ruido sordo.

El hombre se balanceó hacia atrás sobre sus espinillas. Mientras rodaba hacia adelante, Jack golpeó de nuevo, esta vez asestando un golpe en la mejilla y el ojo del hombre. Retrocedió y asestó otro golpe, que aterrizó en la sien del tipo. El hombre se desplomó a un lado.

Jack había dejado al tipo por muerto una vez. No volvería a cometer ese error. Empujó al tipo hacia adelante hasta que el hombre estuvo boca abajo. Jack se colocó detrás y pasó su brazo izquierdo alrededor del cuello del tipo. Enganchó su mano izquierda en el hueco de su codo derecho y apretó todo hacia adentro. El

hombre inconsciente no opuso resistencia. Después de unos segundos, el cuerpo del tipo se convulsionó y finalmente se apagó. El peso del momento presionó con fuerza a Jack mientras miraba el cadáver fresco. No duró mucho.

Jack no sintió remordimiento.

CAPÍTULO 44

Reese caminaba de un lado a otro por el pequeño espacio que había entre la mesa de la cocina y el sofá. Tres pasos para ir, cuatro para volver. Alternando, una y otra vez. Para cuando terminara, haría un agujero en la alfombra. Lo sabía.

Había pasado todo el día. ¿Adónde diablos se había ido? ¿Lo habían encontrado? ¿Se había llevado su coche y se había ido? Habían pasado años desde que había conocido a Jack. Estaba segura de que había cambiado con el tiempo, pero no podía imaginarlo robándole el coche y abandonándola.

—¿Dónde estás? —, murmuró mientras buscaba en su frigorífico por vigésima vez, como si alguien hubiera entrado y metido algo nuevo a escondidas.

Le dolía la vejiga. Siempre le dolía cuando estaba nerviosa. No quería perderse una llamada porque había respondido al llamado de la naturaleza, así que aguantó todo lo que pudo.

Se entretuvo de cualquier forma posible. Una revista. El clima en la televisión. Pero nada captó su interés durante más de un minuto o dos. Se paró frente a la ventana, esforzándose por ver los faros que se acercaban y que nunca aparecían en medio del ocaso. No quedaba mucha gente en Texline en la que pudiera confiar. En ese momento, incluso los pocos que quedaban le habían dado motivos para dudar. Así que decidió no contactar a Vernon todavía. Claro, había liberado a Jack de la cárcel, pero también lo había detenido. Por órdenes de Darrow, no obstante. Ciertamente no era porque

tuvieran motivos para creer que Jack estaba involucrado en el asesinato de Ingrid y Herbie.

El fuerte golpe en la puerta casi hizo que Reese dejara caer el vaso que tenía en la mano. Se dio una palmadita sobre el corazón acelerado, dejó la bebida y bajó las escaleras, deteniéndose frente a la puerta. Un sombrero marrón era todo lo que podía distinguir a través de la pequeña ventana. Abrió la puerta y miró al policía estatal. En su corazón sabía que estaba allí para darle malas noticias.

—¿Roberta Weddle? — dijo.

Se mordió el labio, asintió y no dijo nada.

—Señora, ¿tiene un Dodge Challenger de los años setenta?

—Sí, señor—, dijo. Le dolía el labio inferior, donde se había clavado los dientes superiores.

—Su vehículo estuvo involucrado en una colisión con fuga. Sabemos que usted no estaba en la escena. ¿Le prestó su auto a alguien? — Ella negó con la cabeza.

—¿Sabe que hoy se llevaron su auto? ¿Tiene alguna idea de quién podría haberlo conducido?

—¿Quién estaba en el otro auto? — preguntó.

Él se quedó desconcertado, probablemente preguntándose por qué ella preguntó por el otro conductor. —Me temo que no puedo dar esa información.

Asintiendo, Reese dijo: —Sé quién conducía. Mi primo. ¿Está herido?

—Él es quien corrió. Ambos corrieron, en realidad.

Reese no dijo nada. No tenía sentido decirle al hombre que Jack corrió porque alguien estaba tratando de matarlo.

—¿Tienes alguna manera de localizar a tu primo? — preguntó el policía.

—¿Qué pasa con los testigos? — preguntó Reese, ignorando la pregunta.

—¿Señora?

—Alguien tuvo que haber presenciado el accidente, ¿no? Quiero decir, tal vez el otro auto golpeó a mi primo a propósito.

—¿Por qué harían eso?

Había cometido un error al invitar a una nueva línea de preguntas por parte del policía.

—¿Qué tan grave es el daño?

—Destrozado, lo más probable.

—Dios.

—Volvamos con su primo, señora. Necesitamos encontrarlo. Parece que simplemente desapareció—. Hizo una pausa, entrecerró los ojos y puso una mano en el marco de la puerta. —Tu primo, eh, no tiene ningún problema mental, ¿verdad?

Reese forzó una sonrisa. —Eso es discutible.

El policía metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó una tarjeta profesional. —Está bien, llámame en cuanto sepas de él. ¿De acuerdo? Y si tienes alguna pregunta, no dudes en llamar.

Esperó en la puerta abierta a que el policía se fuera. Se sentó en su patrulla durante unos minutos, con la puerta abierta y la mirada baja. Introduciendo algo en su ordenador.

Después de que el policía se fue, Reese subió las escaleras y llamó. —Vernon, soy Billie.

—¿Qué pasa? —, dijo. —Pareces asustada. Además, nunca me llamas.

—Necesito hablar—. Ella caminó de un lado a otro entre la mesa y el sofá. —¿Puedes venir?

CAPÍTULO 45

Intenté llamar a Reese varias veces, pero nunca pude comunicarme. ¿Había escrito mal el número? Lo había anotado, pero lo había dejado en el coche y tenía pocas posibilidades de recuperarlo pronto.

—¿Vas a comprar algo, hombre? —, dijo el chico del mostrador. Al parecer, se había cansado de su juego y quería acosarme.

—Oye, ¿esa camiseta y esa gorra no son de aquí?

—Todavía no me he ido. Voy a pagar al salir.

—Sí, bueno, más te vale, hombre. No me hagas pasar tu culo por este mostrador.

Reprimí una sonrisa y lo atravesé con mi mirada. La expresión de acero de su rostro se quebró. Retrocedió y se dio la vuelta.

Ya estaba oscuro. Eso no me impidió servirme una taza de café rancio. Cogí un par de perros calientes y dos botellas de agua. Me los tragué y bebí una de las botellas de agua en el mostrador.

—Sombrero, camisa, dos perros, agua y una taza de café—, le dije al chico.

Lo registró. —32,29 dólares.

—Debes estar bromeando.

Levantó las manos en defensa. —Oye, yo no fijo los precios, hombre.

Puse los ojos en blanco y le entregué dos billetes de veinte. —¿Vendes teléfonos aquí?

Asintió mientras contaba mi cambio.

—Voy a llevarme uno de esos también.

Tomé mi nuevo teléfono y salí de la tienda, moviéndome entre las sombras antes de que alguien me viera. El pequeño pueblo estaba más tranquilo que Texline.

¿Cómo podía ser que los dos pueblos existieran a unos diez kilómetros de distancia con poblaciones tan pequeñas? ¿Por qué los colonos originales de la zona no combinaron recursos y construyeron un pueblo juntos? ¿Eso no habría aumentado sus posibilidades de supervivencia? Pensé en Herbie y su familia. Habían construido el lugar con un par de familias más. Así empezó todo, con familias que tenían lazos estrechos y dependían unas de otras. No querían crecer demasiado, ni invitar a demasiadas personas a su grupo. Ahí es cuando se perdía el control de las cosas. Diablos, lo había visto con mis propios tratos. Las cosas siempre se iban al infierno cuando añadías una persona de más. Inclinaban la balanza. Sólo se podía cuidar de un número limitado de espaldas a la vez.

Mis músculos seguían tensándose. No estaba seguro de querer dar otro paseo en la moto, así que escudriñé la calle en busca de un coche. Había considerado que Darrow podría tener a sus hombres patrullando el tramo entre los pueblos, buscándome. Aunque quería ceñirme al asfalto, salir de la carretera era el mejor plan.

Vi una motocicleta a un par de manzanas de distancia. Era una pieza personalizada, con color verde neón en todas las partes que no fueran cromadas. Demasiado llamativa para mis necesidades. Había un casco con un falso mohawk de quince centímetros en el asiento trasero. Como estaba allí, supuse que al dueño no le importaría que alguien lo tomara prestado.

Atravesé un callejón que conducía a las afueras de la ciudad y volví a la moto de cross. Cada paso me sumía más en la oscuridad. Llegó un punto en el que no podía ver ni un metro delante de mí. Presioné un botón en el costado del teléfono, encendí la pantalla e iluminé el camino.

Diez minutos después llegué a la moto. Tragué un sorbo del café tibio y luego tiré el resto. No fue una gran pérdida. La infusión sabía

cómo si los posos hubieran sido remojados en agua junto con calcetines de gimnasia de dos semanas.

Subí a la moto, pisé el embrague y fui a arrancarla.

No pasó nada. Lo intenté de nuevo. Nada.

—Vamos, nena—, dije. —Arranca por mí—. Todavía nada. Supongo que había perdido mi toque.

Revisé el combustible cuando me detuve. ¿Qué estaba pasando? Usando el teléfono como linterna, jugueteé con la moto, pero nada ayudó. —Hijo de puta.

En una dirección vi el pueblo. Las otras tres direcciones no me ofrecieron nada más que oscuridad. Le di una última oportunidad a la motocicleta. Cuando falló, me dirigí de nuevo a la tienda. En algún lugar de ese pequeño pueblo me esperaba un coche. Sólo tenía que encontrarlo.

Tenía que volver a Texline.

Volver a Reese.

Antes de que alguien más se me adelantara.

CAPÍTULO 46

Reese se paró frente a la ventana de su dormitorio, mirando la calle iluminada por la luz que se extendía más allá del borde de la entrada. Los transeúntes eran poco frecuentes y esa noche no era diferente. Cualquier vehículo que pasara sería sospechoso. No había ninguno esa noche desde el momento en que colgó el teléfono hasta el momento en que el coche patrulla de Vernon llegó a la entrada.

Salió del coche, con una bolsa en una mano y la correa en la otra. Su Malamute, Dodge, estaba a su lado. A Reese siempre le parecía extraño que alguien vendiera la raza que se usa para competir en el Iditarod de Alaska en un clima tan caluroso. El pobre parecía estar en medio de un golpe de calor cada vez que lo veía.

Reese bajó apresuradamente las escaleras, abrió la puerta y esperó a Vernon y Dodge. Vernon la saludó con la mano y luego miró por encima de cada hombro, uno por uno. Tal vez su tono durante la breve conversación lo había dejado preocupado. Esa había sido en parte la intención de Reese, quería incitarlo a la acción.

—¿Te importa si Dodge se une a nosotros adentro? — preguntó, sonriendo y extendiendo la correa hacia ella.

A ella le importaba sólo porque el perro perdía pelo sin control y su aspiradora se ahogaría con el pelo. Pero la ayuda que Vernon podía proporcionar superaba la limpieza que tendría que hacer más tarde. El más tarde ya no importaba si no había ningún Jack Noble con quien compartirlo.

Arriba, Vernon se sentó a la mesa. Dodge entró de un salto en su habitación y volvió con un sujetador.

—Dodge—, dijo Vernon, riendo. —Ve a devolverlo.

Dodge desapareció y apareció de nuevo, esta vez con la boca vacía.

Se abrió paso entre dos sillas y se tumbó a los pies de Vernon.

—Gracias por venir tan rápido—, dijo Reese.

—Por supuesto—, dijo Vernon. —¿De qué se trata todo esto, Billie?

Llenó dos vasos con agua del grifo, los puso sobre la mesa y se sentó a su lado.

—Un policía estatal pasó por aquí hace un rato—, dijo.

—Está bien—, dijo él.

—Mi coche estuvo involucrado en un supuesto accidente.

Se levantó rápidamente, tirando su silla hacia atrás—. ¿Estás bien? Déjame mirarte. ¿Te duele algo?

Reese se inclinó hacia atrás y levantó los brazos. —No estaba en el coche,

Vernon.

—¿Fue robado?

Ella negó con la cabeza.

—Jack— dijo secamente.

—Sí, lo usó.

—¿Está bien?

—No lo sé. No he sabido nada de él. El policía dijo que fue un atropello y fuga. Literalmente, parece que Jack corrió y alguien lo siguió.

—Eso es extraño—. Vernon regresó a su asiento y se rascó la barba corta de su mandíbula. —¿Tendría una razón para correr? ¿Está en problemas con la ley?

Reese negó con la cabeza. —Vamos, Vernon. Todo lo que pasó aquí. Darrow. La cárcel. Esto fue intencional.

—Supongo que es posible— dijo lentamente, obviamente eligiendo sus palabras para evitar decir demasiado. Reese lo estudió por un momento. —Necesito que lo investigues.

—Puedo intentarlo.

—No, no lo intentes. Ponte en contacto con tus colegas y consígueme algunas malditas respuestas. Dios, llama al mismísimo Darrow y pregúntale si tuvo algo que ver con esto.

Vernon se inclinó hacia delante, con los grandes brazos extendidos sobre la mesa. —Billie, estoy seguro de que puedes entender que Darrow no es el tipo de persona que simplemente...

Dio una palmada en la mesa con ambas palmas, fallando su antebrazo por una pulgada. Estaba lo suficientemente cerca como para que retirara la mano. El sonido resonó por todo el pequeño apartamento. Dodge salió de su escondite, con las orejas erguidas y la cabeza ladeada. No sabía si jugar o atacar. Vernon se agachó y le rascó entre las orejas, calmando al perro.

—Vernon—, dijo. —Por favor, haz algo. Cualquier cosa. Llama a quien puedas. Si alguien está detrás de Jack, necesito que le des tiempo. Por favor. Como amigo, haz esto por mí.

Él asintió sin hacer contacto visual, con la mirada fija en el centro de la mesa. Su rostro parecía haber palidecido, aunque era difícil decirlo con la iluminación. ¿Estaba conteniéndose con ella? ¿Ya sabía sobre la situación? ¿Había empeorado las cosas al traerlo?

—¿Está todo bien contigo? —, preguntó.

Él respiró profundamente y levantó la cabeza. Su mirada pasó de ella y continuó hasta el techo. Abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera decir una palabra, la puerta de Reese se abrió de golpe.

—¿Qué demonios? —, dijo ella, levantándose.

Vernon extendió la mano y susurró: —Déjame.

Aseguró la correa de Dodge a la mesa y luego se puso de pie. Su camisa levantada reveló una pistola. La tomó, pero era demasiado tarde.

Un hombre que Reese nunca había visto estaba de pie en la parte superior de las escaleras empuñando un rifle automático. Hizo un gesto con el cañón para que Vernon se hiciera a un lado. Reese levantó las manos sobre su cabeza y cerró los ojos.

CAPÍTULO 47

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

Jack había encontrado la pistola del hombre en su dormitorio, a unos treinta centímetros debajo de su cama. La guardó en su bolsillo y se dirigió a la planta baja, deteniéndose en la puerta trasera para escuchar y orientarse.

—Los tenemos rodeados—, escuchó a un hombre con un marcado acento sureño. Era diferente de lo que había oído en Florida y Alabama. —Los estamos cercando.

Nadie respondió.

—Salgan—, continuó. —No pasará nada malo.

—Ni hablar—, murmuró Jack. No estaban allí por nada. Lo más probable era que, dado que Molly los había visto, la quisieran muerta. De ninguna manera iba a pasar eso.

Jack pensó en salir de la casa por la puerta principal, pero luego consideró que probablemente había guardias parados afuera. Lo mejor era entrar directamente en la guarida de los lobos. Se agachó y salió por la parte trasera.

—Tengo uno—, gritó un tipo.

El otro tipo gritó: —¿La chica?

—No, solo un chico.

—Mantén tu posición y mantenlo allí.

CAPÍTULO 48

Había algo en los hombres mayores de esta zona. Todos y cada uno de los que me encontraba se esforzaban por ayudarme. No había notado una tendencia así en ningún otro lugar donde hubiera estado. En todo caso, mi pasado me había enseñado que no podía confiar en nadie, sin importar la edad. Un hombre de setenta y cinco años no era una amenaza física, y esa era precisamente la razón por la que debía tener cuidado con él. Era tan fácil para él meterme una bala en la cabeza como para una persona más joven.

Así que cuando un hombre negro mayor llamado Marcus se ofreció a llevarme porque parecía que mi moto me había fallado, tiré el casco de falso mohawk al suelo y me subí a su Lincoln de finales de los setenta. Parecía un barco. También circulaba por la autopista como uno.

No habló durante todo el viaje, solo tarareó melodías de una radio que probablemente no había funcionado en una década. Bajé la ventanilla, me incliné hacia atrás y cerré los ojos mientras el aire fresco de la tarde se abría paso sobre mis heridas.

—Llegamos, hombre— dijo.

Abrí los ojos. Habíamos llegado a las afueras occidentales de Texline.

El camino había pasado demasiado rápido.

—¿A algún lugar en particular?— preguntó.

Le pedí que me llevara a un callejón sin salida a un par de cuadras de la casa de Reese.

Hizo un giro de tres puntos, reposicionando el vehículo para que pudiera salir bajo la sombra de un árbol.

—Gracias de nuevo, amigo— dije.

—No hay problema, hombre. Puso la transmisión en marcha y arrancó, dejándome en una nube de humo de gasolina. El enorme motor V-8 siguió rugiendo incluso después de que desapareció de mi vista.

Las calles no eran seguras, así que atravesé patios, salté vallas donde era necesario y corrí por las calles. Me ardían las piernas. Me dolía el estómago. Sentía como si mi pecho se hubiera partido a la altura del esternón y se me estuvieran cayendo los pulmones. Cuando finalmente llegué a la casa de Reese, me desplomé contra la pared trasera, usando el porta mangueras montado en el revestimiento para mantenerme erguido. Recuperé el aliento y me concentré en el entorno. Un gato merodeaba por el patio trasero, esperando abalanzarse. Una zarigüeya estaba de guardia en lo alto de la valla, haciendo algo que solo otra zarigüeya podría entender. Las hojas crujían con la fuerte brisa. Los restos de una barbacoa flotaban en el aire, inundando mi boca y enviando ondas a través de mi estómago.

Una luz suave se filtraba a través de las ventanas traseras del apartamento de Reese. Me reposicioné en la valla trasera y me quedé de guardia. No había movimiento. No había garantía de que lo viera tampoco. Podría haber estado en su habitación, sentada en el sofá, en cualquier lugar.

Después de diez minutos hice mi movimiento. Me quedé cerca de la casa, usando las sombras para disfrazar mi presencia. La luz del porche delantero estaba apagada, dejando solo la luz de la calle desvanecida para iluminar el área con un par de tonos sólo un poco más brillantes que la oscuridad.

Giré el pomo lentamente y me encogí cuando el pestillo hizo clic al pasar por el marco. La puerta se abrió con un crujido. Subí las escaleras y me detuve un momento en cada una. A mitad de camino, algo corrió por el suelo. Resistí el impulso de gritar el nombre de Reese. Antes de llegar arriba, algo se estrelló, seguido por alguien que corrió hacia la parte trasera del apartamento.

Subí los escalones restantes de dos en dos y doblé la esquina rápidamente, alcanzando a ver la fuente del ruido. Mi corazón latía con fuerza contra la pared de mi pecho como si estuviera tratando de escapar. Se me atascó la respiración en la garganta.

Me arrodillé y extendí la mano.

—Hola, amigo.

El perro grande se acercó tranquilamente, con las orejas hacia atrás y la cola hacia abajo.

—Está bien, amigo.

Su comportamiento cambió después de que olió mi mano. Le acaricié la cabeza un par de veces, le giré el collar y sostuve su placa a la luz. "Dodge".

Ladeó la cabeza al oír su nombre y luego volvió a jadear. Su dueño no era otro que Vernon.

—Hijo de puta.

Me levanté y miré alrededor del apartamento. Estaba exactamente como lo había dejado, nada fuera de lugar, excepto el vidrio roto en el piso. Y eso había sucedido hace unos momentos.

—¿Qué diablos pasó aquí, Dodge?

Miré nuevamente la placa de Dodge y marqué el número en mi teléfono celular. ¿Estaba llamando a la caballería? ¿O firmando mi certificado de defunción y el de Reese? El teléfono sonó cinco veces y luego pasó al buzón de voz de Vernon.

Se me revolvió el estómago y me hundí. Los perro calientes que había devorado estaban a punto de volver a subir. No podía quitarme de encima la sensación de que tanto Reese como Vernon estaban en serios problemas. Ya no estaba en un lugar seguro. Le di la vuelta al colchón en el dormitorio de Reese. Debajo encontré una pistola del calibre 22. No era lo ideal, pero era fácil de ocultar y resultaría letal si me acercaba lo suficiente a un objetivo.

Dejé algo de comida y agua para Dodge y luego me dirigí a pie a mi siguiente parada.

CAPÍTULO 49

Reese miró la luna a través de la ventana sucia.

Flotaba baja y ancha en el cielo y su luz se filtraba y arrojaba un tono blanco descolorido sobre las anchas tablas del piso. Las paredes estaban vacías y desgastadas. Una vieja estufa de leña estaba cubierta de una capa de polvo. La cabaña estaba desprovista de muebles aparte de la silla a la que la habían atado. Se esforzó por soltar la cuerda que aseguraba sus tobillos a las patas de la silla. Parecía que cada movimiento que hacía daba como resultado que los nudos se apretaran. Sus muñecas estaban atadas con bridas de plástico gruesas, del tipo que se usa para asegurar los conductos de ventilación. El plástico duro se le hundía en la piel.

No había visto a nadie más que al hombre que la secuestró a ella y a Vernon a punta de pistola. El tipo era un misterio para ella. En todo el tiempo que había estado en Texline, nunca había visto su rostro. En la base de las escaleras, le había puesto una capucha sobre la cabeza. También a Vernon, supuso. Había varios vehículos estacionados afuera. Mientras la llevaban a uno, escuchó a Vernon maldecir a su raptor. Sus palabras se habían vuelto más distantes a cada segundo.

Habían comenzado en la autopista, pero después de unos pocos kilómetros se habían salido de la carretera. El auto se inclinó, rebotó y se balanceó durante varios minutos antes de detenerse. Desde allí, la llevaron al interior y la ataron. Le quitaron la capucha y desaparecieron por la puerta antes de que pudiera verlos.

Y ahora esperaba en una habitación oscura. Sola. Incapaz de moverse. Sin ganas de gritar pidiendo ayuda. No tenía sentido. Era mejor guardar sus fuerzas para cuando las necesitara.

Darrow tenía todo que ver con esto. Él conocía su secreto, pero ella había cumplido con su parte del trato y se había quedado callada. Entonces, ¿por qué seguir adelante con esto? La respuesta obvia era Jack. Pero él no estaba en el apartamento. ¿Por qué no esperar a que regresara?

Quizás habían planeado esperar, pero ella había activado una cláusula de aceleración al llamar a Vernon. Y tal vez trajeron a Reese y Vernon allí para mantenerlos alejados. O eso supuso, que Vernon estaba allí. No lo había visto ni oído desde que la camioneta salió de su entrada. ¿Alguien se había quedado atrás, esperando a que Jack regresara?

Pensó en lo que había soportado ese día y trató de pensar como él. A la primera oportunidad, la habría llamado. Y cuando no recibiera respuesta, comenzaría a sospechar. El hombre tenía un sentido para saber cuándo el peligro acechaba a la vuelta de la esquina. Esa era la única explicación de cómo había sobrevivido durante tanto tiempo. Donde otros usaban el sigilo y la astucia, Jack prefería la fuerza bruta. Tomaba lo que quería. Sobrevivía a través de pura fuerza de voluntad.

La puerta detrás de ella raspó el piso al abrirse y dos pares de botas golpearon las tablas del piso. Un par se detuvieron detrás de ella. Grandes manos le rodearon los hombros, masajeando suavemente hacia su cuello y luego de regreso a sus brazos. Le dieron ganas de vomitar. El hombre no dijo nada. Su respiración agitada era el único ruido que hacía.

Darrow pasó caminando, dándole un amplio margen de seguridad. Ella estaba atada, pero él no quería correr riesgos. Así era como había sobrevivido tanto tiempo. Eso y tener un ejército de idiotas que cumplían sus órdenes mientras sobornaba a todos los que podía para mantenerse alejado de los problemas. *Maldito imbécil*.

—Hola, Reese.

Ella no dijo nada.

—Supongo que te estarás preguntando por qué he tomado todas estas precauciones.

—No, creo que lo descubrí por mi cuenta.

—¿Ah, sí?

—Sí—, dijo. —Eres un cobarde de baja calaña que no puede enfrentarse a una mujer solo sin sujetarla.

Darrow se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados. Presionó su pie derecho contra la pared, apuntando su rodilla hacia ella. Se rio durante unos buenos diez segundos. Reese esperaba que le diera un golpe en la cara o alguna otra amenaza. Sin embargo, no sucedió. Darrow parecía relajado y en control de sus emociones. Y de la situación.

—Sabes que no eres una mujer cualquiera— dijo. —Quiero decir, tenemos a la mejor del Departamento de Policía de Nueva York sentada aquí, ¿verdad? Los archivos que revisé lo confirman. Una de sus mejores detectives, hasta que falleciste trágicamente cuando tu coche se volcó por una barandilla y cayó al río. El cuerpo nunca fue encontrado.

—Es una bonita historia— dijo. —Pero ya no soy esa mujer. Ahora dirijo un bar.

—Oh, creo que hoy eres más esa mujer de lo que estás dispuesta a admitir.

—No, porque si lo fuera, no estaría sentada aquí ahora mismo. Vernon y yo habríamos salido de ese apartamento y destrozado tu mundo.

—Eso no sucedería.

—Yo creo que sí. ¿Y sabes qué? Tal vez tengas razón. Mientras estoy aquí sentada, me encuentro redescubriendo a Reese McSweeney por todas partes. Estoy cansada de hacer la vista gorda ante ti y tu banda de idiotas. No me importa si un maldito terrorista descubre mi ubicación. Prefiero arriesgarme con ellos que verte defecar por toda esta ciudad y este país.

—No lo dudo, Reese. Sólo digo que tú y Vernon nunca se hubieran unido en mi contra. Después de todo, él es una de las razones por las que estás sentada aquí ahora mismo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Lo hiciste seguir hasta mi apartamento? ¿Él es a quien querías y yo sólo soy un daño colateral?

Darrow sonrió, asintió y levantó la mirada hacia el hombre que estaba detrás de ella. Las manos del tipo se deslizaron de su hombro. Dio un paso a un lado y la miró.

—Hijo de puta— dijo Reese mientras intentaba darle un codazo en el muslo.

Las ataduras se hundieron más profundamente, lo que la hizo hacer una mueca ante el destello de dolor. —¿Vernon? ¿Qué demonios?

Vernon continuó hacia el lado opuesto de la habitación y se colocó al lado de Darrow contra la pared.

—Pensé que estabas de mi lado— dijo. —Diablos, incluso dejaste salir a Jack de la cárcel.

—Las apariencias, Reese— dijo. —Sabíamos que era más probable que obtuviéramos información de ti si creías que yo estaba de su lado. Eso sí, sabía que Jack nunca lo estaría, pero tu eres tan confiada, detective McSweeney.

—¿Cuánto tiempo hace que sabe mi nombre? — Miró a Darrow.

—Desde el momento en que me lo dijo, que supongo que fue...

—El mismo día que me enteré— dijo Darrow, abriendo los brazos.

—Todo este tiempo— dijo ella. —¿Por qué ahora? ¿Qué ha cambiado?

—Tu amigo, el señor Noble— dijo Darrow. —Tiene el potencial de ser un gran dolor de cabeza. Creemos que esta es la única forma de sacarlo de su juego. Aparentemente, corre riesgos que normalmente no tomaría cuando alguien a quien ama está en peligro.

Los ojos de Vernon se oscurecieron. Sonrió. —Y sabemos cuánto te ama.

—Imbécil— murmuró en voz baja.

—¿Qué es eso?— dijo Vernon, caminando hacia ella, frotándose las palmas de las manos.

Ella no dijo nada.

Él le agarró la mandíbula con su mano carnosa y le levantó la cabeza hacia él. Ella luchó por apartar la mirada. —Cuidado con esa

lengua.

¿Cómo había podido el hombre que había sido como un padre para ella volverse contra ella de esa manera? ¿Qué había que ganar? Ella sabía la respuesta obvia, pero todavía no podía entender cómo podía tratarla de esa manera después de mostrar tanta empatía todos esos años.

—Jack sólo está de paso— dijo Reese. —No quiere involucrarse en nada de lo que ustedes están haciendo. Dios, incluso después de lo que hicieron los primeros días, él no quería tener nada que ver con eso. No le importa.

—¿Por qué se quedó por aquí entonces?— dijo Vernon.

Ella evitó mirar a Vernon. Aunque había sido una figura paterna para ella, sus sentimientos eran todo lo contrario. Ella sabía desde hacía un tiempo que el hombre había sentido algo más por ella. Ella no había hecho nada para alentar esos sentimientos, y se esforzó por evitar responder a cualquier cosa que él dijera que pudiera tener un doble significado.

—¿Qué crees que va a pasar ahora? —, dijo Reese. —Lo has presionado. Él va a responder. No lo conoces ni sabes de lo que es capaz.

—Oh, lo conozco perfectamente—, dijo Darrow. —Y cuento con que responda. Porque eso hará que sea más fácil matarlo.

CAPÍTULO 50

Me las había arreglado para permanecer fuera de la vista durante nueve de los diez minutos que me tomó llegar a la casa de Linus. La parte más difícil había sido cruzar Main Street. Estaba iluminada, pero vacía. Alguien podría haber estado mirando, sin embargo, no importaba, tenía que correr el riesgo.

Cuando llegué a la casa, solo la miniván estaba estacionada en el frente. La GMC estaba lo suficientemente destrozada como para estar fuera de servicio después de chocar con el auto de Reese. Las ventanas de la casa estaban iluminadas, ofreciendo una vista del interior. Vi a los dos niños y a la mujer sentados en la mesa de la cocina. ¿Linus había llegado a casa? ¿Seguía buscándome?

Trepé la valla de privacidad tambaleante, esperé allí unas cuantas respiraciones y luego continué hacia la parte de atrás. Cada ventana ofrecía una vista de una parte diferente de la casa. Los dormitorios estaban vacíos. No había señales de Linus.

Saqué la .22 de mi bolsillo mientras me acercaba a la puerta corrediza de vidrio. Había tres balas en el cargador. Tenía que hacer que cada una contara.

En la mesa, entre la mujer rubia y los dos niños, había un juego de mesa. No podía distinguir cuál de ellos era. El mayor parecía feliz, el más joven, cabreado. Parecía ser normal. Sean y yo habíamos estado en guerra por el Monopoly, no sé cuántas veces. Nunca pude recordar que los dos fuéramos felices al mismo tiempo jugando a ese o a cualquier otro juego. Mi desgracia era perpetuamente su ganancia, y viceversa.

Permanecí fuera de la puerta durante unos minutos, lo suficientemente lejos para que no fuera obvio que estaba allí. Finalmente, hice mi movimiento. La puerta sin llave se abrió sin resistencia. Entré rápidamente y con decisión, apuntando con la pistola a la familia.

Ambos niños levantaron la vista. El miedo ahogó sus expresiones. La mujer se apartó de la mesa, haciendo que el juego de mesa se cayera al borde. Se levantó de un salto blandiendo un cuchillo. Tampoco era un arma común y corriente. Después de echarle un vistazo rápido, lo identifiqué como un cuchillo de supervivencia que suelen llevar los pilotos de la Fuerza Aérea. Bonita pieza. Me imaginé que ella sabía que su marido era un idiota y siempre había tenido en la cabeza que podría acabar en una situación como esta. Es bueno estar preparada.

—¿Quién eres? — preguntó con voz temblorosa.

—¿Dónde está tu marido?

—Muerto.

—¿Qué?

—Murió hace dos años. Me mudé con mi hermano hace un par de meses.

Mirando a la mujer, tenía sentido. Era hermosa. Linus parecía como si alguien le hubiera golpeado en la cara con una rama de árbol cuando era joven.

—Linus—, dije.

—Mi hermano—, dijo.

—¿Dónde está?

—¿Qué diablos hizo ahora?

—Intentó matarme.

—Qué lástima que fracasara—. Se colocó entre sus hijos y yo, agarrando el cuchillo contra su pecho. —Chicos, vayan a su habitación.

Me quedé junto a la puerta trasera, listo para escabullirme si Linus salía con un rifle automático.

Al final del pasillo se cerró una puerta. El dormitorio de los niños, presumiblemente. La mujer se lamió los labios y extendió una mano vacía. —¿En qué anda metido mi hermano?

—¿No lo sabes?

Sacudió la cabeza y no dijo nada.

—Tú y yo debemos ser las únicas personas en el pueblo que no tenemos ni idea.

Todos los demás parecen saber lo que está pasando por aquí.

—Quiero decir, yo tenía una idea— dijo. —Pero, ya sabes, no es como si pudiera hablar de ello con él. Si me echara, no sé qué haría. Mi marido se hizo cargo de todo. Tuvimos una vida estupenda en Dallas. Al menos, eso creía. Cuando falleció inesperadamente, me enteré de que teníamos una deuda de casi doscientos mil dólares en tarjetas de crédito y la casa estaba con pagos atrasados. Perdí la casa, mi crédito, no tenía trabajo y nos vimos obligados a mudarnos a un apartamento en el gueto. Poco después, ni siquiera podía permitirme eso. Me casé muy joven. Nunca terminé la escuela ni construí una carrera.

Se estiró para coger un vaso de agua, tomó un sorbo y continuó. —Y mi hermano es un hijo de puta. En realidad es mi hermanastro. Desafortunadamente, es la única familia que me queda. Nos trata como basura. Golpea a mis hijos. Me pega a mí.

—¿Y si pudiera ayudarte?— dije.

—¿Cómo?— dijo ella.

—Hay una cabaña vieja y desgastada en medio de la nada. Tal vez a treinta minutos de aquí. Hay ganado por todas partes. Nada más. Él me llevó allí. ¿Alguna posibilidad de que sepas dónde está?

Entrecerró los ojos. ¿Estaba pensando o conspirando? La mujer podría llevarme directamente a una trampa. Ya había caído en su historia. ¿Era solo eso? ¿Una historia? Mi interpretación de ella era imprecisa y no podía hacerme una idea clara de sus verdaderas intenciones.

—No lo sé— dijo.

—Está bien— dije. —¿Hay algo...?

—Pero encontré este mapa un día que estaba husmeando por ahí —. Se dio la vuelta y caminó hacia un escritorio, dejando su cuchillo sobre la mesa. El escritorio parecía tener al menos sesenta años. Empezó a levantar la tapa enrollable.

—Espera— dije. —Yo me encargo.

Me cedió el paso. Saqué el desgastado mapa y lo desdoblé. Los pliegues estaban tan gastados que temí que el papel se rompiera si lo movía demasiado rápido. Cubría unos cientos de kilómetros cuadrados, mostrando Texline, algunos otros pueblos y las carreteras principales entre ellos. Escrita a mano con lápiz estaba la palabra "rancho". Tracé la ruta hacia el este saliendo del pueblo, luego un par de caminos pequeños. Luego fuera de la carretera. Cerré los ojos y recordé el viaje de ida y vuelta. Lo que vi en el mapa encajaba. Una vez que dejara el pavimento, podría ser tan simple como elegir una línea y recorrerla. Sin embargo, eso potencialmente planteaba problemas. Podría encontrarme con problemas con zanjas, arroyos, colinas y posiblemente pequeños acantilados en el camino. Nada de eso importaba si tuviera un vehículo.

—Un favor más—, dije.

—¿Qué? — dijo ella.

—¿Tienes un auto que pueda llevar? ¿Uno que pueda atravesar el barro? Ella negó con la cabeza. —Linus tiene la camioneta. Mi camioneta no lo logrará.

—Si Linus aparece—, dije, —puedo confiar en...

—No tendría ninguna razón para pensar siquiera que te vi, así que no debería ser un problema. Prometo no sacar el tema.

—¿Qué pasa con los chicos? No están acostumbrados a que un hombre armado entre en la casa. Podrían hablar.

—Pasa más de lo que crees. Estarán en su habitación el resto de la noche. Él no va a entrar a verlos. Y sabes qué, probablemente confíen más en ti ahora que en ese hijo de puta. Les diré que estabas aquí para castigarlo por la forma en que actuó.

Me gustaba la mujer. Ella era fuerte. Solo necesitaba una mano amiga para sacarla del pozo en el que había caído.

—Voy a cuidar de ti cuando todo esto termine. Pagaré esa deuda, te ayudaré a recuperarte. ¿De acuerdo?

Ella asintió. —Gracias, creo.

Salí por la puerta trasera, salté la cerca hacia el patio trasero del vecino y atravesé dos propiedades más para distanciarme una cuadra más. Ahora tenía que encontrar un auto adecuado para el terreno.

Y sabía dónde encontrar uno.

CAPÍTULO 51

Reese se sentó sola en la habitación iluminada por la luna, contando los segundos en un esfuerzo por mantenerse despierta. El susurro ocasional del ganado era el único sonido aparte de su respiración.

Darrow y Vernon se habían ido sin dar ninguna indicación de lo que planeaban hacer con ella. Sabía que no saldría viva de la habitación. No había ninguna razón para que la dejaran ir. Sabía de Darrow desde hacía algún tiempo. Sus secretos. Las cosas que le gustaban. Sin embargo, no le hizo nada. Él también conocía sus secretos. Y los mantuvo a salvo a cambio de que Reese hiciera lo mismo. Al principio se encontró en guerra por la decisión. Había pasado toda su vida adulta luchando contra criminales. Ahora tenía que fingir que respetaba a uno para que no la entregara a un grupo de terroristas que habrían estado más que felices de saber su ubicación. La secuestrarían. La violarían. La torturarían. Y, finalmente, la matarían. La última parte la podía manejar. Adelante. El resto, no gracias. Podía prescindir de encontrarse nunca con esos bastardos. Como la mayoría, supuso.

Esta noche, las apuestas habían aumentado. Desde el principio, creyó que Vernon estaba de su lado. Saber la verdad sobre el hombre lo cambiaba todo y aumentaba la probabilidad de que ella muriera pronto. Él tenía demasiado que perder si la dejaba ir. En ese momento, ella era el cebo para sacar a Jack de donde sea que se escondiera.

¿Alguien más sabía que ella estaba allí? Pensó en las interacciones con personas que creía que trabajaban para Darrow. Ninguna había mostrado señales de saber que Vernon estaba dentro. De hecho, normalmente se quedaban callados cuando él estaba cerca, si no se iban directamente cuando él hacía sentir su presencia.

Un secreto de esta magnitud solo podía llevarse a la tumba.

Una lágrima solitaria salió de su ojo izquierdo, atrapando el surco entre su fosa nasal y su mejilla, deslizándose por su labio superior y asentándose en la comisura de su boca. La tocó con la lengua y saboreó la sal durante varios segundos. Se lamió los labios, tratando de generar saliva para humedecer su boca seca.

Ella luchó contra más lágrimas. ¿Por qué dejar que esos imbéciles supieran que la habían lastimado?

La puerta se abrió de golpe y un par de botas golpeó las tablas del suelo. El hombre caminó detrás de ella, permaneciendo fuera de su visión periférica. Pasos pesados, de izquierda a derecha, de vuelta otra vez.

—¿Qué? — gritó después de dos minutos de caminar en silencio.

El hombre se detuvo detrás de ella. Dedos delgados y huesudos se envolvieron alrededor de su mandíbula, tirando de su cabeza hacia atrás y hacia la derecha. Miró el rostro demacrado de Linus. Sus ojos hundidos se centraron en ella. Una leve sonrisa se dibujó en su boca.

—¿Qué diablos quieres? — dijo con los dientes apretados, luchando contra su agarre.

—Pensé que como te queda un poco de tiempo, era bueno venir y asegurarme de que fuera bueno para ti".

Se llenó la boca de saliva y escupió. La mitad lo golpeó, el resto se esparció por su cara.

Linus saltó hacia atrás y se limpió la barbilla con el dorso de la mano. —Perra.

Su silla se tambaleó hacia adelante. Le dio una patada y Reese se cayó al suelo. Cayó con fuerza sobre su codo derecho y gritó de dolor.

—Eso es lo que te mereces—, dijo Linus. Se paró sobre ella. Tenía las manos apretadas en puños. La miró con enojo. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos. La ira se desvaneció cuando una sonrisa tomó su lugar. —Crees que puedes enojarme lo suficiente como para que me vaya, ¿eh?

Reese no dijo nada. Luchó contra otro grito, uno que habría estado lleno de violencia y rabia. El dolor irradiaba de su codo. No podía mover el brazo. ¿Se lo había roto? ¿Se lo había dislocado? No podía ver su brazo y no se atrevió a intentar reposicionarse.

Linus se agachó, agarró la silla y la enderezó. El dolor se intensificó mientras su brazo colgaba flácido.

—Creo que está roto—, dijo.

Linus la agarró del brazo izquierdo. —¿Duele? —

Reese no dijo nada.

—No, supongo que no—. Caminó hacia el frente de la silla. Se detuvo y metió los pulgares dentro de la cinturilla de sus pantalones. —Abre la boca.

Reese lo miró fijamente. Apretó los dientes con fuerza y frunció los labios aún más fuerte.

Linus le dio un puñetazo en el codo derecho.

Reese gritó de dolor y se dobló. Las lágrimas inundaron sus ojos.

—Eso será suficiente, ¿eh? —, dijo.

—Vete al infierno—, dijo ella. —Moriré antes de tocarte.

Linus se acercó. Sus piernas tocaron la parte interior de sus rodillas. Empujó hacia afuera, separando sus piernas unos centímetros. —No es tan malo.

Reese cerró los ojos, giró la cabeza hacia atrás y gimió por el dolor en su brazo. Se había intensificado y centralizado. Levantó la vista y vio a Linus sonriendo, con la cabeza ligeramente hacia atrás, sin mirarla. Respiró profundamente y se concentró en el fuego en su codo, atrayéndolo hacia su centro. Luego giró la cabeza hacia adelante lo más lejos y tan rápido como pudo, golpeando a Linus en su entrepierna.

El agudo grito que salió de su boca fue seguido por un vacío. Cayó donde estaba. Reese luchó contra el dolor en su brazo y logró inclinarse hacia adelante, tambaleándose sobre las puntas de sus

pies. Se alineó perfectamente y dejó caer la barandilla de la silla sobre el cuello de Linus, empujando cada onza de su peso hacia abajo. El hombre intentó débilmente luchar contra ella. El golpe en sus testículos lo había minado de su fuerza, y ahora no podía hacer nada más que asfixiarse.

—Maldita sea—. La voz de Vernon retumbó mientras entraba pesadamente en la habitación. Levantó a Reese del suelo, agarrando su brazo dañado. Ella gritó y Vernon saltó unos centímetros hacia atrás. —¿Qué? ¿Te lastimó?

Sintiéndose débil por el latido en su brazo, logró asentir antes de desplomarse hacia un lado.

Vernon agarró al hombre que se retorcía del suelo como si fuera un muñeco, luego lo arrojó de cabeza contra la pared. Linus se desplomó en el suelo, deslizándose hasta quedar inerte.

—Dije que nadie la toca—, dijo Vernon. —¿No me escuchaste decir eso?

Linus no dijo nada. Levantó el brazo un par de centímetros en un esfuerzo por protegerse la cara.

Vernon corrió tres pasos y le dio una patada en el abdomen a Linus. El tipo se levantó y luego se inclinó hacia adelante, de cara al suelo. Vernon volvió a llevar el pie hacia atrás y golpeó la cara de Linus como si estuviera lanzando un penalti. La cabeza de Linus se echó hacia atrás de golpe. Salpicaduras oscuras de sangre se arquearon a la luz de la luna.

—Detente—, dijo Reese.

Vernon la ignoró. Se arrodilló y envolvió ambas manos alrededor de la garganta de Linus. Los sonidos del hombre delgado ahogándose llenaron la habitación. Las súplicas roncas, las arcadas, el silencio final y el hedor posterior a desechos humanos retorcieron el estómago de Reese.

Vernon se levantó, respirando con dificultad. Apoyó una mano en la pared y se inclinó hacia delante. ¿Iba a vomitar? Se quedó allí unos momentos, pero no pasó nada. Luego se agachó y levantó el cadáver de Linus del suelo.

—Lo siento, Billie, quiero decir, Reese. Esto no volverá a suceder.

Vernon se deslizó por la abertura con el cuerpo envuelto sobre su hombro y los fluidos salpicando contra las tablas del suelo con cada paso.

La puerta se cerró de golpe.

Y Reese comenzó a llorar.

CAPÍTULO 52

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

Los agudos gritos de las cigarras nunca habían sonado tan fuertes. Parecía como si cien de ellas estuvieran posadas sobre los hombros de Jack. Había aislado la dirección donde tenían a su hermano. La larga extensión de hierba parecía desolada. ¿Alguien lo estaba mirando? Tenía que asumir que sí. Decidiendo no arriesgarse, Jack se quedó cerca de la casa. Se agachó y luego se lanzó unos seis metros hacia el bosque en línea diagonal. Una vez detrás de la línea de árboles, se arrodilló y recuperó el aliento, intentando escuchar a alguien cerca que pudiera haberlo visto.

Pasaron varios segundos. No había rastro de nadie.

Se puso de rodillas y miró fijamente el bosque. Quedaban débiles rastros de luz, suficientes para ver poco más que contornos de formas. Jack ajustó su posición y se arrastró hacia donde creía que tenían a su hermano. Cada paso parecía romper hojas muertas o ramas caídas. Miraba por encima del hombro cada pocos segundos, verificando que nadie lo siguiera.

—Todos van a morir—, dijo Sean. —No sabes de lo que es capaz mi padre.

Alguien se rio y le dijo que se callara.

Jack no se había desviado demasiado de su camino. Su hermano estaba cerca. Paso a paso se acercó hasta que los tuvo a la vista. Recuperó la pistola y apuntó a la nuca del tipo.

—Quieto, imbécil— dijo.

El hombre se dio la vuelta y dio un paso adelante.

No habría una segunda advertencia. Había dado una orden y el tipo no la siguió. Su sangre no estaría en la mano de Jack.

Apretó el gatillo.

Clic.

Nada.

¿Qué demonios? Siempre está cargado.

La luz que quedaba se reflejaba en los dientes del tipo mientras sonreía.

— Oh, me voy a divertir con esto.

Congelado en el tiempo. Así se sintió Jack al ver al tipo atacar a su hermano. Sean yacía en el suelo, con las manos agarrándose el estómago. El hombre se alzaba sobre él, de pie, a solo unos metros de distancia. Jack se quedó allí con la pistola averiada, sin saber qué hacer a continuación.

—Voy a arrancarte la maldita columna vertebral de la boca—, dijo el tipo.

—Jack, corre—, dijo Sean.

Escuchó las palabras. Se visualizó dando media vuelta y corriendo por el bosque, hacia el jardín del vecino, hacia la puerta trasera. Golpeando y gritando, pidiendo ayuda. Tal vez llegaría a tiempo para salvar a Sean y Molly.

O tal vez con uno suelto, los hombres cortarían por lo sano, ejecutarían a cualquiera de los hermanos de Jack que tuvieran y seguirían su camino.

Punto hecho. Tu movimiento.

—¡Ve! —, dijo Sean.

Jack se fue. Pero retroceder no era una opción.

Cargó contra el hombre grande que se interponía entre él y su hermano.

CAPÍTULO 53

Las luces del interior del garaje estaban encendidas y proyectaban rectángulos largos de color blanco amarillento a través de las ventanas del aparcamiento. Elegí un carril sombreado y me dirigí a una de las puertas del garaje para echar un vistazo al interior. El Jeep seguía allí. Pero pensé que tal vez habían hecho algún trabajo en él, quizá lo habían manipulado para que explotara. En el centro de la habitación estaba sentado el tipo grande con el que había peleado fuera del garaje. También había otros dos hombres que no reconocí. Estaban sentados alrededor de una mesa, jugando a las cartas. No vi ningún arma. Solo alcohol. Aunque esperaba que el lugar estuviera vacío, esta era la segunda opción.

La mejor opción para entrar era una puerta lateral. Parecía abrirse a la oficina amurallada del garaje, que en ese momento estaba a oscuras y presumiblemente desierta.

Me mantuve entre las sombras mientras me dirigía al costado del edificio y probé la puerta. La encontré sin seguro. La abrí un poco y esperé. No había alarma ni ningún movimiento aparente en el interior. Empujé la puerta para abrirla un poco más y entré con la pistola desenfundada y apuntando al frente. Como era de esperar, la oficina estaba vacía. A través de un gran ventanal vi a los hombres. Ninguno de ellos podía verme.

La habitación tenía dos escritorios, cada uno adornado con un monitor de computadora y pilas de papel. Abrí el cajón central del escritorio principal, encontré bolígrafos, blocs adhesivos y algunos sujetapapeles. Nada útil. Los cajones laterales estaban cerrados.

Pasé al siguiente escritorio y revisé. Allí encontré un cuchillo de caza de quince centímetros y lo metí en mi cintura. Los cajones laterales estaban abiertos. Cuando abrí el primero, la habitación se iluminó.

Giré sobre mis talones con la pistola apuntando a la puerta que separaba la oficina del resto del garaje. Permaneció cerrada. La luz provenía de un lado de donde yo estaba. Un monitor de una de las computadoras había cobrado vida, pero ninguno de los tres hombres de la mesa prestó atención. O tal vez lo habían visto y lo ignoraron. Quizá era algo común.

Apagué el monitor y reanudé mi búsqueda en el escritorio, pero no encontré nada más. Tendría que proceder con la 22 y un cuchillo.

Malas probabilidades.

Para ellos.

Esperé junto a la puerta unos minutos, confiando en que la oportunidad adecuada para entrar al garaje llegaría pronto. Y llegó.

Los tres hombres estallaron en un ataque de risa borrachos. Golpearon sus cartas y se cubrieron las caras. Un tipo se cayó de su silla.

En un par de segundos había cruzado la puerta y estaba a medio camino de la mesa, con la pistola en la mano. El primer tipo que me vio se quedó en silencio. El tipo que me daba la espalda debió notar que la cara de su amigo se relajaba porque miró por encima del hombro y luego extendió las manos.

El tercer tipo no siguió a sus compañeros. Era el mismo tipo grande al que había vencido el otro día. Se puso de pie de un salto y corrió hacia mí.

No lo dudé. Apreté el gatillo, rezando para que un arma que nunca había disparado no me fallara.

No lo hizo. La bala le dio en el centro del cuerpo a tres metros de distancia. El grandulón cayó agarrándose el corazón.

—¿Quién sigue? —, pregunté.

Los dos hombres de la mesa levantaron las manos en el aire. Les hice un gesto para que se pusieran de pie.

—Allí. Miren en direcciones opuestas y tírense al suelo pies con pies, entrelazando los dedos detrás de la cabeza.

Los hombres obedecieron mientras el grandulón se ahogaba desangrándose en el suelo.

—¿No vas a ayudarlo? —, preguntó uno de los hombres.

—Depende—, dije. —¿Está listo mi Jeep?

—Esa cosa está muerta, hombre—, dijo el tipo.

—¿Tienes algo que pueda usar entonces? Debe tener tracción en las cuatro ruedas.

—Toma el mío—, dijo el tipo. —Bronco estacionado afuera. Las llaves están en la mesa.

Encontré el llavero de calavera en la mesa con una llave de Ford adjunta. Lo metí en mi bolsillo. Luego, agarré un carrete de cable eléctrico y até a los hombres por las muñecas y los tobillos. El tipo grande había dejado de retorcerse en el charco carmesí que lo rodeaba. Tal vez estaba muerto. No me importaba.

—Una cosa más—, dije. —¿Sabes a dónde se la llevaron?"

—¿Quién? — preguntó el tipo.

Le pisé la nuca y le aplasté la mejilla contra el suelo de cemento.

—¿Sabes a dónde se la llevaron? — repetí.

—¿Quién? — gritó. —Jesús, hombre, me estás aplastando la cara. No sé de quién estás hablando.

En ese mismo momento, una puerta se abrió de golpe y golpeó contra la pared de metal. El sonido resonó por toda la habitación durante los siguientes segundos.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —, dijo un tipo que nunca había visto antes. Sostenía un rifle y apuntaba en mi dirección.

Disparé un tiro alocado y me agaché detrás del Jeep. No había nada más entre la esquina trasera del garaje y yo.

Se oyó un disparo que atravesó el parabrisas y la capota blanda y rebotó en la pared. El tipo volvió a accionar el rifle. Disparó. La rueda delantera del pasajero silbó al salir aire.

Me arrastré hasta la parte trasera del vehículo y miré por encima de la rueda de repuesto. El tipo giró sobre sus talones y disparó. La bala hizo que la rueda de repuesto se desprendiera de su soporte. El

hijo de puta era un buen tirador. Años de caza, supuse. Lástima para él que no fuera un ciervo. Volvió a preparar su arma. Saqué la cubierta de la rueda y la arrojé al costado del Jeep.

BOOM.

Disparo desperdiciado.

Salí del suelo con la pistola lista. Localicé al hombre. Estaba de espaldas a mí. Apreté el gatillo.

El disparo falló.

Preparó otra bala y me disparó. Me atravesó el hombro derecho y mi brazo quedó flácido. Lanzó otra bala en mi dirección. Me arrojé al suelo, estiré la otra mano y palpé la herida. El dolor había disminuido. La bala solo me había rozado. Pero él no lo sabía.

Sus botas resonaron en el piso de concreto mientras se acercaba a mí lenta y deliberadamente. Debió haberme confundido con una presa herida.

—Libéranos—, dijo uno de los tipos del suelo. —Podemos ayudar.

—Cállate—, dijo el tipo. —Inútil—. Escupió en el suelo y continuó hacia mí.

Entonces me di cuenta de que había dejado caer la pistola después de que me disparara. Estaba en el suelo a plena vista. Planeé escapar. Todo lo que tenía que hacer era esperar a que llegara al Jeep, luego daría unos pasos más allá. Correría lo más rápido que pudiera hacia la puerta por la que había entrado. Había dos furgonetas en la parte delantera detrás de las cuales podría refugiarme, si no llegaba primero al Bronco.

Miré debajo del vehículo y supe entonces que el plan fracasaría. Nunca llegaría a la puerta. Demasiado espacio abierto. Mi única esperanza era que se acercara lo suficiente para poder atacarlo y desarmarlo.

Le dio una patada al .22, que se alejó patinando por el suelo. La pistola golpeó contra la pared y giró en un círculo cerrado antes de detenerse a unos seis metros de mí. Vi primero el cañón del rifle, apuntando vagamente al suelo. Luego, el hombre salió de detrás del vehículo. Llevaba pantalones de traje gris, una camisa de seda y gafas de sol con montura dorada sobre la cabeza. Parecía mexicano, aunque más alto que la mayoría de los que había visto.

Mantuve mi mano libre apretada contra mi hombro, contra la herida, dejando que la sangre se filtrara a través de mis dedos. En mi otra mano agarré el cuchillo, sosteniendo la hoja contra mi antebrazo, fuera de la vista. Respiraba con dificultad, fingiendo que estaba herido.

Sonrió mientras me miraba. —¿Estás lista para morir, puta?

—Vete a la verga culero.

Esto provocó una carcajada del tipo. Apartó los ojos de mí. Solo por un segundo, pero eso era todo lo que necesitaba.

Con todo lo que tenía en mí, salté, cortando hacia adelante con el cuchillo.

Los reflejos del hombre no se parecían a nada que hubiera visto nunca. Se inclinó hacia atrás mientras pasaba el cuchillo por donde había estado su garganta. Seguí con un codazo que lo alcanzó en la mandíbula. El rifle cayó al suelo. Giró su cuerpo y se abalanzó tras él. Me tiré sobre él, bajando todo mi peso. Continuó hacia el arma, llevándome con él. Me arrastré sobre él, sacándole los ojos. Saqué el otro brazo, agarré la culata del arma con la punta de los dedos y la hice deslizarse otros cuatro metros.

El tipo logró salir de debajo de mí. Mientras se ponía de pie, me abalancé sobre su rodilla, agarrándolo de costado. Su pierna se dobló y cayó con fuerza. Su cabeza golpeó el concreto con un ruido sordo y la sangre se acumuló alrededor de su rostro. Gimió, acercó los brazos de modo que sus puños quedaron a la altura de su cuello y sus codos a la altura de su abdomen.

—Quédate abajo—, dije entre respiraciones.

No lo hizo. El tipo se puso de rodillas. La sangre se derramaba de la herida en su frente. Me miró, luego miró el arma.

Me empujé desde el piso, bajé los pies y salté. Ambos fuimos a buscar el rifle. Él se lanzó por él. Lo dejé. Había un largo tramo de tablero perforado montado en la pared. Agarré un trinquete de acero que medía casi treinta centímetros de largo.

El hombre recogió el rifle y se puso de rodillas.

Eché el brazo hacia atrás, dejando que la herramienta colgara, lista para llevarla hacia adelante con toda la fuerza de torsión que pudiera reunir.

Se giró sobre una rodilla, ajustando el rifle con las manos en un intento de disparar.

Avancé con el pie izquierdo, empujé la cadera derecha hacia él y moví el brazo en un arco lateral. Las luces del techo se reflejaban en el trinquete.

El tipo maldijo en español. Sostuvo el rifle y lo miró. ¿Se había atascado? ¿Había tenido tanta prisa que no había cargado una bala?

Miró hacia arriba y su rostro se retorció con anticipación mientras la herramienta volaba hacia su rostro. Pensé que sus reflejos se activarían y se movería. Comenzó a hacerlo, pero el trozo de metal lo golpeó primero. El tipo se balanceó sobre sus talones y yo me abalancé hacia adelante y le di una patada en el pecho. Se desplomó y dejó caer el rifle en el camino. Lo agarré y le disparé en el pecho a quemarropa.

Nunca pidas piedad.

Nunca más.

CAPÍTULO 54

—Voy a volver, y si ustedes dos se mueven, les haré lo mismo que le hice a él.

Los dos hombres yacían boca abajo en el suelo, con las manos atadas a la espalda y los pies atados a la altura de los tobillos. Gemían a través de la cinta adhesiva que les había puesto alrededor de la cabeza.

—Y, si este Bronco no arranca, quemaré este edificio con ustedes dos dentro. Si alguien intenta apagar el fuego, lo mataré también.

El Bronco estaba aparcado a un lado. Estaba pintado de negro. Las ruedas eran negras. Las ventanas estaban tintadas. No podría haber encontrado un vehículo más perfecto para lo que estaba a punto de hacer. Me subí al asiento del conductor, ignorando las heridas que había acumulado en los últimos dos días. Al menos lo intenté. Era un estado mental más que nada. Sin embargo, fue difícil bloquear por completo el hilo de sangre caliente que bajaba por mi brazo.

La ruta que había resaltado en el mapa me hacía salir por Main Street, que se convirtió en la autopista. Aceleré hasta llegar al primer desvío. Supuse que Darrow tenía vigías en algún lugar del camino. Sin duda los tendría esa noche. Me estaban esperando. Lo sentí. Conduje por la carretera durante cinco minutos y luego apagué las luces delanteras. La luna brillaba intensamente sobre mi cabeza y no me permitía avanzar de forma encubierta si pasaba por un puesto de vigilancia demasiado cerca. Pero si alguien estaba a

treinta metros de la carretera, tal vez no me viera. Sin embargo, oiría el gran y viejo V-8.

Sin el beneficio de las luces delanteras, casi me pierdo el siguiente desvío. El viaje no sería más fácil a partir de este punto. Volví a encender las luces y conduje unos cuantos kilómetros, buscando un punto de referencia. El mapa tenía una imagen de una cabeza de serpiente con la lengua fuera.

No estaba seguro de lo que buscaba hasta que lo encontré. La cabeza se alzaba de la tierra como una pirámide egipcia. La boca estaba completamente abierta y colmillos tan altos como yo estaban listos para atrapar a su presa. La lengua sobresalía como una gran cinta ondeando al viento.

Disminuí la velocidad y miré dentro de la boca. Una única puerta de vidrio en el medio conducía al interior. ¿Qué demonios era? ¿Un museo? ¿El mundo de las serpientes? Si lograba sobrevivir la noche, planeaba regresar para averiguarlo.

El desvío estaba ubicado al otro lado del edificio, con nada más que un parche de tierra con dos reflectores rojos en postes para marcarlo. Puse el Bronco en tracción en las cuatro ruedas y me fui fuera de la carretera. Desde este punto no tenía idea de qué esperar. En línea recta, llegaría a la pequeña cabaña en veinticuatro kilómetros. ¿Qué se interpondría en mi camino?

El vehículo manejaba el terreno sin problemas. Mientras avanzaba, pensé en los posibles escenarios de lo que encontraría en la cabaña. No podía acomodar a muchas personas, así que no esperaba encontrarme con más de uno o dos hombres armados adentro. La propiedad afuera, bueno, esa era una historia diferente. Nunca vi otras estructuras allí, pero por la noche, había mucho espacio para que se escondieran al aire libre. Tenía un .22 con dos tiros restantes y un rifle con un puñado de casquillos que le había quitado al tipo del garaje. Si había más de un par de hombres armados ahí fuera, esta noche no me iría bien.

La luna se alzaba más alto y parecía brillar más fuerte cuanto más pequeña y apretada aparecía en el cielo. Eso funcionaba a mi favor y en mi contra. Todo dependía de mi aproximación y de lo lejos que estuvieran observando. Con tres kilómetros restantes, detuve el

Bronco y apagué el motor. El motor hizo tictac. El aire olía a anticongelante.

Realicé un rápido barrido del vehículo. En la parte trasera encontré una Glock

19. El cargador estaba lleno y la pistola olía a aceite fresco. Presumiblemente el tipo se había ocupado de ella. Mala suerte para él que no la tuviera en el garaje.

Tres kilómetros de tierra iluminada por la luna se extendían frente a mí. Veinte o treinta minutos para llegar a mi destino.

Comencé la última etapa de mi viaje a pie.

Pero no lo terminaría de esa manera. Los hombres que se acercaban en el camión detrás de mí se encargarían de eso.

CAPÍTULO 55

Reese escuchó a los hombres hablando afuera en el porche.

Hablaban en voz baja, demasiado bajo para que ella pudiera captar lo que decían. Su mente pensaba en las posibilidades. Podrían haber decidido que era una molestia demasiado grande para tenerla cerca. Mejor terminar con esto ahora y lidiar con Jack más tarde. Él aparecería.

¿O no?

Reese sabía que Jack era el tipo de hombre que estaría allí para ella sin importar qué. Solo esperaba que llegara antes de que se acabara el tiempo.

La puerta se abrió de golpe, rechinando contra el piso. Durante un minuto, Reese no escuchó nada más que los sonidos de las cigarras que les daban una serenata con sus voces estridentes. Después de unos momentos, Darrow entró. Arrastró una silla a la habitación y la colocó frente a Reese. Sin embargo, no se sentó. En cambio, se inclinó sobre el respaldo y miró a Reese durante treinta segundos sin decir una palabra.

—¿Qué? — dijo finalmente, rompiendo la primera regla en las negociaciones.

Había renunciado a poder llegar a un acuerdo con él.

—Todo esto terminará pronto— dijo.

Ella se mordió la lengua con fuerza, tratando de no derramar más lágrimas.

—Tu amigo Jack está cerca. Una vez que esté aquí, le daremos una bienvenida apropiada. Luego, tengo algunas cosas que decirle.

—¿Como qué?— preguntó ella. —¿Vas a ofrecerle un trabajo?

Darrow se rio. —Te digo que esa idea cruzó por mi mente. Sería un miembro excelente de mi organización si las circunstancias fueran diferentes. Y no me refiero a un matón como Linus y el resto de esos idiotas del pueblo. Básicamente, son mis perros. Les doy sobras y ellos escarban en mi basura. Mantienen a los lugareños atemorizados y alejados de mi cerca y de mi césped. ¿Me entiendes?

Reese no respondió.

—De todos modos, si pudiera tener a un tipo como Noble, sería parte de mi círculo íntimo. Los tipos en los que confío. Los que sé que no me joderán. Y, verás, el problema es que una vez que Jack se entere de algunas cosas sobre mí, no hay forma de que quiera ser parte de ese grupo.

—¿Por qué no? ¿Qué hiciste?

Darrow negó con la cabeza. Se enderezó e inclinó la silla hacia atrás para que quedara sobre sus dos patas traseras. —Eso no es algo que realmente quieras saber—. Hizo una pausa y sonrió. —Bueno, supongo que lo descubrirás pronto de todos modos.

Vernon entró en la habitación con una cuerda, cinta adhesiva, algunas bridas resistentes y un maletín de cuero marrón. Tenía curiosidad por su contenido, pero no preguntó.

Vamos Jack, pensó. Ahora es el momento perfecto para acabar con estos imbéciles.

—¿A qué distancia están?— le preguntó Darrow a Vernon.

—Lo tienen en la camioneta y lo están interrogando— dijo Vernon. —Debería llegar en diez minutos.

—Perfecto—, dijo Darrow, dirigiendo su atención a Reese, sonriendo.

—Todo esto terminará en veinte minutos.

Esta vez no pudo contener las lágrimas.

CAPÍTULO 56

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

A *UN HOMBRE GRANDE GOLPEALO POR ABAJO*.

Había oído decir eso varias veces. Lo había repasado en cámara lenta con su padre y su tío, ambos de más de un metro noventa. Ahora era el momento de ponerlo en práctica.

Jack fingió estar alto y dobló el brazo hacia atrás como si fuera a golpear la garganta del hombre. Cuando el tipo reaccionó levantando los brazos para bloquearlo, Jack bajó su corpulento cuerpo y se lanzó hacia la rodilla izquierda del tipo, clavándole el hombro de adentro hacia afuera con un chasquido y un crujido satisfactorios. Como linebacker en el equipo de fútbol de su escuela secundaria, Jack había perfeccionado el arte de placar. El tipo grande se desplomó y, sin que pasara ni un segundo, Sean le lanzó su cuerpo de un metro noventa y dos, inmovilizándolo con una llave de estrangulamiento. Los gritos huecos de ayuda del tipo no fueron escuchados.

El hombre se arqueó contra Sean, casi tirándolo al suelo. Jack intervino con una patada en las costillas y otra en su rodilla destrozada. El tipo se desplomó de nuevo en el suelo. Unos segundos después, se quedó inerte y sus ojos se abrieron para siempre.

Los hermanos se miraron fijamente en la penumbra y compartieron una sonrisa victoriosa.

Pero no duró mucho.

El grito de Molly atravesó la noche húmeda como un cuchillo de mantequilla oxidado.

CAPÍTULO 57

Las luces altas iluminaban el suelo frente a mí. No vi ningún lugar al que correr ni dónde esconderme. Se abrieron dos puertas. El motor funcionaba al ralentí de forma irregular, como si fuera a ahogarse en cualquier momento.

—Manos arriba, date la vuelta.

Obedecí y di un giro de ciento ochenta grados hacia la luz. Mis ojos tardaron unos segundos en adaptarse lo suficiente para distinguir las formas.

—¿Quién más está contigo?

Apenas podía distinguir la cara del tipo. Llevaba el sombrero puesto, de modo que la visera le cubría los ojos. Todos sus rasgos estaban sombreados. Tal vez lo conocía. Si no era del pueblo, entonces de algún otro lugar. Seguro que actuaba como alguien que yo hubiera conocido en el pasado. Definitivamente no como uno de los habitantes del pueblo a los que había estado golpeando desde que llegué a Texline. Supuse que Darrow empleaba al menos a algunas personas con las que me había cruzado.

—Te hice una pregunta—, dijo. —Espero una respuesta.

—Sólo mi padre tenía permiso para hablarme así.

Él recompensó mi falta de cumplimiento con una porra en el estómago. Lo vi venir y apreté mis músculos abdominales. No hizo ninguna diferencia. Nunca lo hizo con esa arma. Caí a un lado y luego otro hombre me empujó hacia atrás. La tierra llenó mi nariz, boca y garganta, y se apelmazó en mis labios mientras intentaba desesperadamente llenar mis pulmones de oxígeno.

—Te daré un minuto—, dijo el tipo.

Todos se alejaron del costado de la camioneta, dejándome solo con mis pensamientos. ¿Por qué tenía que ser tan codicioso? En cualquier otro momento, lo habría tomado durante los últimos cuatro o cinco kilómetros. Me acerqué más de lo que me sentía cómodo y pagué por ello. Terminé conduciendo justo al lado de estos tipos sin saberlo. Me siguieron y luego me tendieron una emboscada cuando comencé mi último viaje.

Lo único positivo de la situación era que me llevarían a Reese y no tendría que caminar.

A menos que estuviera equivocado, en cuyo caso, estaba bastante jodido en ese momento.

Me incliné hacia atrás, aspirando todo el aire que pude meter en mis pulmones. El oxígeno se abrió paso lentamente por mi cuerpo. Antes de que me recuperara lo suficiente para hablar, el tipo se puso en cuclillas a mi lado y me clavó la punta de la porra en el estómago.

—¿Y bien? —, dijo. —¿Quién más está contigo?

—Nadie—, intenté decir. Salió como un susurro grave.

Sacudiendo la cabeza, hizo subir la porra y luego la bajó.

Rodé hacia un lado, con la boca abierta y con las manos agarrando el aire frente a mi estómago como si pudieran devolver el oxígeno a mis pulmones. Pasó un minuto. Todo se volvió oscuro. Sentí que me estaba desmayando. Alguien se acercó y me levantó del suelo. Mis piernas no tenían fuerza para sostenerme y comencé a caer. Otro hombre apareció al otro lado mío. Me agarraron de los brazos y me arrastraron hacia la camioneta. Mis pies no pudieron seguir el ritmo. Me arrojaron sobre la parte trasera. Mi cabeza rebotó en el revestimiento de la caja. Gracias a Dios que el plástico estaba ahí para absorber el impacto. De lo contrario, podría haber quedado inconsciente. Pensándolo bien, eso hubiera sido preferible.

El tipo con la porra saltó a la parte trasera conmigo. Rodé sobre mi espalda y me deslicé hasta que mi cabeza tocó la cabina. El tipo permaneció en la puerta trasera.

—Supongo que es seguro asumir que un idiota como tu vino aquí solo—, dijo.

No dije nada, porque… que le jodan, por eso.

Él asintió y dio un paso hacia mí. No reaccioné. Levantó la porra sobre su cabeza e hizo un lanzamiento de práctica. La porra silbó al pasar a unos treinta centímetros frente a mi cara. No habría forma de sobrevivir a un golpe real en la cabeza con el arma. Quedaría inconsciente. Posiblemente peor. Pero si eso era lo que querían, ya lo habría hecho. Hizo otro lanzamiento de práctica, acercando el arma a mi cabeza. Táctica del miedo, eso era todo. Darrow me quería despierto y vivo. De lo contrario, no sería divertido para él.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el cristal. Escuché al tipo reír.

—Eres un tipo duro como los demás, ¿eh? —. Tomó unos segundos antes de continuar. —Bueno, disfruta de los próximos minutos. Serán de los últimos de tu vida.

No, pensé. Serán los últimos de tu vida.

CAPÍTULO 58

El silencio bienvenido y era a la vez agonizante.

El silencio permanente estaba al alcance. Sin embargo, Reese no tenía idea de cuándo sucedería. Abrió los ojos y no vio nada más que el débil resplandor y el parpadeo de la lámpara de aceite que habían traído a la cabaña. Iluminaba las paredes resaltando los rincones oscuros. La cabaña debía tener ciento cincuenta años. Estaba desgastada y llena de cicatrices. ¿Quién había vivido allí? Se imaginó una familia de nueve personas sobreviviendo de la tierra, todos amontonados en el pequeño espacio. Sus días habrían consistido en trabajar y dormir. Nada más. Tal vez uno o dos de los niños salieron e hicieron algo con sus vidas. Quizá fueron algunos de los fundadores originales de Texline o uno de los otros pueblos pequeños. Y uno o dos nunca lograron salir con las tasas de mortalidad tan altas como lo eran en ese entonces.

¿Saldría con vida?

Después de lidiar con el elemento criminal durante tanto tiempo, Reese había aceptado hace mucho tiempo que podía sucumbir a una muerte prematura. No era una conclusión agradable, pero lo sabía, lo aceptaba y continuaba con su trabajo. No se podía vivir con miedo como detective. Adoptó la postura de que ser cautelosa, preparada y educada eran los rasgos que la ayudarían en su carrera. La falsa bravuconería era tan mala como andar con miedo. Ambas cosas te harían morir.

Pero esa noche sentía miedo de una manera que era primitiva y diferente a todo lo que había sentido antes. Cada aullido del viento

le provocaba escalofríos en la columna vertebral. Cada susurro de los árboles la llenaba de ansiedad. El pánico se apoderaba de cada respiración que tomaba.

Y ahora el silencio al que se había acostumbrado se había disipado y había dado paso al ruido sordo de un vehículo que se acercaba. Pronto estaría lo suficientemente cerca como para oír el crujido del suelo bajo los neumáticos. Después de eso, traerían a Jack. Al menos eso esperaba. Si tenía que morir, quería ver al hombre una última vez. Contarle sus sentimientos. Los sentimientos que había guardado durante los últimos ocho años, desde el día en que se cruzaron por primera vez en Nueva York.

Pero ¿y si nunca lo volvía a ver? ¿Y si lo mataban justo afuera de la puerta y ella tenía que escucharlo? Todo el tiempo, creyó que era su sufrimiento lo que Jack se vería obligado a presenciar. No había considerado que podría ser al revés.

—Al diablo con lo qué hubiera pasado si... — murmuró en voz baja.

—¿Qué? — dijo Vernon.

No le respondió al hombre. Estaba muerto para ella. Diablos, esperaba que él fuera quien apretara el gatillo y terminara con su vida. La traición definitiva a un amigo. Qué palabra más graciosa. No había tenido un verdadero amigo desde, bueno, desde que conoció a Jack la primera vez.

—Parece que el camión está cerca—, dijo Vernon.

Darrow estuvo de acuerdo. —No deberíamos estar los dos en el porche.

—¿Por qué?

—¿Tienes idea de lo peligroso que es este hombre?

Vernon no dijo nada.

—No me sorprendería que él sea el que conduce ese camión ahora mismo.

—Pensé que tus muchachos eran buenos—, dijo Vernon.

—Jack Noble es mejor.

CAPÍTULO 59

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

—Jack, vete— dijo Sean.

Pero no necesitaba que se lo dijeran. Corrió en dirección al grito, tropezando con un tocón. Se cortó las manos con malezas mientras recuperaba el equilibrio. Parecía encontrar un nuevo obstáculo con cada paso. No importaba que hubiera corrido por cada metro cuadrado del bosque a lo largo de su infancia.

Parecía que habían pasado horas, aunque en realidad sólo habían pasado unos segundos cuando finalmente vio sus siluetas. Molly se arrodilló en el suelo y sus sollozos se hicieron más fuertes. Un hombre estaba detrás de ella. Extendió el brazo y la pistola brilló contra el haz de luz de su linterna.

Molly miró en dirección a Jack. ¿Podía verlo? Nada en su mirada vacía le decía que podía. Sin embargo, no parecía asustada. No, la mirada de acero en su rostro le dijo a Jack que estaba a punto de actuar. Y actuó.

La chica se inclinó hacia adelante y empujó su pie hacia atrás, golpeando al hombre en la entrepierna. Él se tambaleó hacia atrás y luego se inclinó hacia adelante, perdiendo el control de su pistola. Molly se puso de pie y comenzó a correr.

El tipo estaba demasiado sin aliento para decir algo. Simplemente señaló frenéticamente, tratando de incitar a los demás a la acción.

Jack hizo girar la pistola en su mano y la cargó, dejando caer su brazo derecho a su costado, ganando impulso y usando cada gramo de torsión que pudo reunir mientras balanceaba su brazo y la pistola hacia la cabeza del tipo. El hombre miró hacia arriba y levantó el brazo. El haz de luz de la linterna se clavó en los ojos de Jack cegándolo temporalmente. La luz cayó al suelo cuando Jack descargó la pistola en la cara del tipo. Cuando el hombre finalmente cayó, aterrizó sobre la linterna, oscureciéndola. Jack lo pateó y la apagó mientras la recogía.

Molly gritó de nuevo. ¿Se había encontrado con alguien más? Jack se esforzó por escuchar algo más que las cigarras en ese

momento, pero ahogaron todos los sonidos que no fueran sus gritos. Mientras se acercaba al sonido, Jack extendió la mano hacia atrás y sacó la pistola que le había quitado al hombre que lo había atacado en la casa. No tuvo más remedio que confiar en que funcionaría.

Llegó a uno de los claros en medio del bosque. Molly estaba allí de pie frente a otro hombre.

—Por favor, no lo hagas— dijo, con las manos temblorosas frente a ella y los sollozos tratando de ahogar sus palabras. —Por favor...

Jack extendió la pistola y su dedo se cernió sobre el gatillo.

Mantén la calma. Tienes una oportunidad.

No eran sus palabras. Y endurecieron sus nervios. Su dedo rozó el acero frío.

¡Aprieta!

Resonó un trueno.

Jack esperó el retroceso que nunca ocurrió.

El cuerpo de Molly se sacudió y luego cayó hacia atrás.

Jack cayó de rodillas, soltando su agarre en la pistola al caer.

CAPÍTULO 60

—Quiero hacerte una última pregunta.

Miré al tipo. La luna flotaba detrás de él. Tenía una sonrisa torcida en su rostro. Una que decía que no importaba cómo manejara esta situación, él planeaba darme una paliza.

—¿Qué?— dije.

—Maldita sea, todavía puedes hablar— dijo. —Estaba seguro de que te habíamos dejado sin voz.

Puse los ojos en blanco y miré más allá de él. Estábamos cerca, pero lo suficientemente lejos como para que pudiera hacer esto y no nos oyeran en la cabaña.

—¿Así es como te libras?— pregunté. —¿Qué pasó con el buen y antiguo trabajo de mercenario?

Vamos. Haz el trabajo. Recibe tu pago. Sigue adelante. Debes tener algún tipo de complejo de hombrecito si te estás excitando con esto.

Se lanzó hacia adelante, fingiendo un golpe con la porra. No me moví y él no se movió lo suficiente como para que la amenaza fuera creíble.

—Lo digo en serio. Según todos los indicios, estoy a punto de encontrarme con mi creador. A estas alturas, te estás sumando a la ofensiva. Y ahora que me superan en número, cuatro a uno, me gustaría verte intentarlo y lograrlo cuando seamos solo los dos.

Se rio.

—Sí— dije. —Eso es lo que pensé.

—¿Qué?

—No lo intentarías. Sabes que soy mejor. Cualquiera puede decir que no eres el tipo de persona que puede recibir una paliza. Una patada en el trasero y estás fuera. Diablos, la idea es suficiente para que te des la vuelta.

—¿Ah, sí?— Dio un paso hacia mí, manteniendo el equilibrio mientras la camioneta rebotaba en un terreno accidentado. —Bueno, ahora somos solo los dos. ¿Qué dices? ¿Quieres que lo hagamos?

No esperó a que respondiera. Se lanzó hacia adelante con esa porra en alto, listo para atacar. Había estado esperando este momento. Me lancé sobre él y le di un golpe con el hombro en la parte delantera de la rodilla. Gruñó mientras me lanzaba la porra en la pierna. Ardía como el infierno, pero no fue suficiente para detenerme. Este era mi tipo de combate. Una plataforma de camión de dos metros por uno y medio. No había posibilidad de alejarse. Lucha en su máxima expresión.

Le di un golpe en la ingle. Cayó sobre su rodilla sana y la otra se dobló hacia atrás mientras se desplomaba. Se aferró a la porra con fuerza y la blandió hacia mi cabeza. Me agaché hacia un lado y levanté el brazo izquierdo. El arma me dio de lleno en el tríceps. Sentí como si me hubiera roto el húmero con el golpe. Conseguí levantar el brazo y enroscarlo alrededor del suyo, neutralizando la porra para que no siguiera usándola.

Encontró mi rostro con su mano libre y sus dedos arañaron en busca de mis ojos. Agarré su nuez de Adán y apreté con cada gramo de fuerza que me quedaba en la mano, solo aflojando para hundirla más. Me clavó el pulgar en la nariz y empujó hacia arriba. Solté su garganta y golpeé su estómago con tres golpes rápidos. Uno debió haber dado justo en el blanco porque soltó mi cara. Levanté mi brazo y acomodé su cuello entre mi antebrazo y bíceps. Usando mi otro brazo, aseguré la llave de estrangulamiento.

Con la porra ahora libre de mi brazo, trató de golpearme con ella, pero su fuerza se redujo severamente. Su brazo se agitó débilmente. Lo tiré hacia atrás, permitiéndome caer de nuevo a la plataforma de la camioneta. Estaba suspendido sobre mí, lo que significaba que no tenía forma de usar los costados o la compuerta levadiza para quitar la presión de su garganta.

Golpeé su cabeza hacia la izquierda, luego hacia la derecha. Su agitación disminuyó. Con mi brazo derecho alrededor de su cuello, reposicioné mi brazo izquierdo al costado de su cabeza y, en un solo contramovimiento, le rompí el cuello. Empujé su cuerpo inerte hacia un lado y encontré la porra.

No entendía cómo los hombres del camión no se habían dado cuenta de lo que estaba pasando. Estaba seguro de que saltaría y tendría que luchar contra los dos. Pero el camión siguió avanzando y la pequeña casa ya casi estaba a la vista.

Tenía dos opciones. Saltar de la plataforma y escabullirme sigilosamente hacia la cabina, o eliminar al conductor y ver qué pasaba después.

Saltar parecía la ruta más segura.

Elegí al conductor.

Harían falta dos golpes. Uno para romper el cristal, el otro para aplastarle la cabeza. Podía garantizar el primero. El segundo era más complicado. Lo más probable era que no se mantuviera en la posición perfecta para que yo convirtiera su frente en un cráter. Era cuestión de cómo reaccionara. Algunos hombres se empujarían hacia adentro, lejos del ataque. Otros se asustarían tanto que simplemente se darían la vuelta hacia el peligro.

También debía tener en cuenta al pasajero. Sin duda estaba armado y podría eliminarme antes de que pudiera dar ese segundo golpe. Consideré atacarlo primero, pero me di cuenta de que no funcionaría. El conductor podría simplemente iniciar maniobras evasivas con el camión. Yo tendría que tirarme al suelo o abandonar el vehículo. De cualquier manera, ellos lo sabrían y estarían listos para recibirme en la casa.

Cerré los ojos y respiré profundamente. Mente firme, mano firme. Sabía cómo tenía que hacer esto.

De espaldas a la cabina, sostuve la porra en mi mano derecha. No haría falta mucho para romper el cristal. Pasé el brazo por encima del pecho, hacia el lado del pasajero. La porra golpeó ligeramente mis costillas. Luego giré el brazo, siguiendo con el torso y girando la cintura. La porra golpeó la ventana, rompiéndola. Giré la muñeca hacia mí y solté el arma. Seguí girando hacia la parte

delantera de la cabina. El tiempo se ralentizó y todo sucedió a cámara lenta. La porra quedó suspendida en el aire mientras el camión avanzaba. Vi al tipo girar la cabeza hacia la ventana. Fragmentos de vidrio giraban en el aire. Mi mano izquierda encontró el mango del arma en medio del arco. Lo agarré sin apretar y mi brazo continuó su camino. El vidrio irregular se alineó en el marco de la ventana, cortando mi carne cerca del codo. El chorro caliente de la sangre arterial me golpeó en la cara. Me estremecí, pero nunca perdí de vista a mi objetivo. El arma pesada golpeó al tipo justo en medio de la cara, aplastándole la nariz, partiéndole los labios, destrozándole los dientes o directamente sacándolos de un golpe.

El camión se desvió del camino, rebotó y se estrelló con fuerza al pasar por un surco profundo. Casi me arrojó al suelo. Caí de rodillas. Dentro de la cabina, el otro tipo tiró al conductor hacia el medio y se abrió camino hasta el asiento del conductor. Sostenía el volante con una mano y su pistola con la otra. Miró hacia atrás, buscándome. Levantó la pistola y apuntó al vidrio.

No le di la oportunidad de disparar. Lancé la porra alrededor de la cabina y lo alcancé en un costado de la cabeza. Se desplomó de cara contra el volante, cayendo lentamente hacia la derecha y enviando el camión en la misma dirección. Alcancé la manija de la puerta. La abrí. Pasé mi pierna izquierda por el costado de la plataforma y encontré un punto de apoyo a lo largo del marco. Agarré al conductor de la camisa y lo saqué de la cabina. La camioneta se sacudió al pasar por encima del hombre. Le di una patada al otro tipo, lo tiré al suelo del asiento del pasajero y luego me deslicé detrás del volante.

La cabaña estaba cerca. Tal vez a un kilómetro de distancia. Las ventanas estaban tenuemente iluminadas. Vi una sombra oscura en el porche. ¿Cuántos acechaban listos para atacar?

No sería suficiente. Los idiotas que me detuvieron guardaban mi arsenal en la parte delantera de la camioneta. Y me las había arreglado para recoger otra Glock. Tenía muchas.

No habría sobrevivientes.

CAPÍTULO 61

—¿Qué demonios está pasando ahí fuera?— preguntó Darrow.

—¿Qué pasa?— preguntó Vernon.

Reese intentó echar un vistazo al terreno más allá del porche delantero, pero la estrecha abertura de la puerta limitaba su visión, al igual que la dificultad que tenían sus ojos para adaptarse a la iluminación dentro de la habitación.

—El camión— dijo Darrow. —Parecía que se salió de la pista por un segundo.

—Diablos, tu tipo podría haber dejado caer su cigarrillo— dijo Vernon. —Se estaba dando palmadas en la entrepierna para el fuego y perdió el control.

—Muy simple— dijo Darrow. —Sabes que es por eso por lo que te eché hace casi treinta años. Nunca consideraste que podría haber sucedido lo peor.

Vernon le hizo un gesto con la mano. —Solo te convertirá en un miserable hijo de puta.

Darrow se volvió hacia él. —Un hijo de puta vivo.

Reese se esforzó por ver algo más allá de los hombres. Los faros atravesaban el espacio entre ellos. Su corazón se hundió en su estómago, dejándola con la sensación de que el contenido de su estómago pronto saldría a la superficie. El final estaba cerca y sus preguntas pronto serían respondidas. ¿Tendría la oportunidad de ver a Jack una vez más? ¿Estaba bien? ¿La iba a ayudar a salir? No podía hacerlo sola y él tampoco. Tenían que trabajar juntos en esto.

—Tal vez no deberíamos estar los dos aquí juntos—, dijo Vernon.

—Ahora estás pensando—, dijo Darrow. —Toma ese rifle y ve treinta metros al este.

Vernon saltó del porche y se alejó torpemente. La camioneta se acercó y los faros se convirtieron en grandes orbes que inundaron el porche. Era el momento. Respiró profundamente, tensó todos los músculos de su cuerpo e hizo lo que había estado haciendo durante la última hora. Años de gimnasia habían dejado ciertas articulaciones flojas. Su pulgar se salía de su lugar con regularidad. Los novatos en la estación de Nueva York eran estafados rutinariamente por ella con una apuesta de que podía escapar de sus esposas en menos de treinta segundos.

Sin embargo, dolía muchísimo. Juntó las manos, presionó el pulgar derecho en la articulación inferior y el índice derecho sobre la yema del pulgar izquierdo. Un rápido movimiento en sentido contrario fue suficiente. El pulgar opuso poca resistencia y se deslizó fuera de su lugar con un leve chasquido. Reese se mordió el labio inferior para evitar gritar de dolor.

El camión aminoró la marcha hasta detenerse. El motor rugió y los faros se encendieron cuando el conductor encendió las luces altas. Darrow levantó el brazo para protegerse los ojos del bombardeo de luz.

Jack.

—¿Dónde está? —, gritó Darrow.

Nadie respondió.

Reese deslizó la mano izquierda a través de la pesada atadura que unía sus muñecas. Con un rápido tirón, volvió a colocar el pulgar en su lugar. Ahora colgaba inútil, pero eso no duraría mucho. Miró alrededor de la habitación por centésima vez. Ningún arma había aparecido mágicamente. Tampoco la necesitaba. Puede que no tuviera práctica, pero podía cuidarse sola.

CAPÍTULO 62

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

La luna proyectaba un halo de luz en el claro. Molly yacía en el suelo, inmóvil. Dos hombres se enfrentaban

—Maldita sea—, gritó el hombre con la profunda voz sureña. —¿Qué demonios acaba de pasar?

—La tengo—, dijo el tipo, caminando hacia el otro hombre. Tenía una cojera notable en su lado derecho.

—Aquí no—, dijo el otro hombre. Pasó a tres metros de Jack, pero el chico no pudo reunir la capacidad para hacer nada. De pie, junto a Molly, el hombre continuó: —Esto es malo. Tenemos que salir de aquí—. Jack comenzó a recuperarse y buscó la pistola a tientas en el suelo.

—¿Todos oyeron eso? —, gritó el hombre. —Nos vamos de aquí. Ya saben el procedimiento.

El tipo que cojeaba pasó corriendo. El otro hombre se detuvo frente a Jack. Sus dientes brillaron a la luz de la luna mientras su boca se ensanchaba en una sonrisa.

—Dos por uno esta noche, supongo. Ese viejo bastardo de tu padre, el coronel, se lo merecía. ¿Entiendes?

Jack sacudió la cabeza, tratando de disimular sus movimientos mientras buscaba la pistola entre la hierba.

—La mayoría de los hombres mueren a los veinticinco años, aunque lleguen a vivir cien—. Se inclinó y colocó la pistola en la frente de Jack. —Al menos no tendrás que sufrir ese destino, muchacho.

CAPÍTULO 63

Esperé detrás del volante con las luces altas dirigidas hacia la casa. El área circundante estaba iluminada como si fuera de día. Darrow estaba solo en el porche, esforzándose por ver dentro de la camioneta. Escudriñé el área en busca de otros. A través de la abertura de la puerta vi a Reese asegurada a una silla. Se quedó mirando la camioneta. Respiré aliviado al saber que todavía estaba viva.

Darrow levantó su rifle y apuntó hacia la camioneta. No iba a disparar. No hasta que estuviera seguro de quién estaba adentro. Tenía que atacar primero. La idea de matar al hombre antes de que pudiera decir una palabra no me molestaba.

Abrí la puerta y la dejé apoyada contra el marco. Sostenía una pistola en cada mano y guardaba la .22 en mi bolsillo. No había formado un plan más allá de salir de la camioneta, cubrirme detrás de la puerta y comenzar a disparar. Pero luego se volvió turbio. Por un lado, podría fallar, lo que resultaría en que Darrow y sus hombres dispararan hacia mi posición. Podría darle a Reese accidentalmente. Darrow podría refugiarse en la habitación, manteniendo a Reese como rehén. Entonces no tendría más opción que entrar bajo sus términos, y en ese caso estaría muerto.

Por supuesto, mi puntería podría ser certera y lo mataría de un tiro. Y entonces me enfrentaría a un ejército invisible.

—Vamos—, murmuré. —Muéstrense.

Nadie lo hizo. No esperaba que lo hicieran de todos modos.

Abrí la puerta de una patada y me deslicé hacia afuera, colocando un pie en el suelo.

—Lo tenemos—, grité.

Darrow levantó el rifle como si fuera a disparar. Era un militar. Tal vez un hombre de la agencia. Seguía y creaba reglas. Presumiblemente tenían una palabra clave para usar en este preciso momento. Tuve que actuar con pánico, crear una razón y una creencia de por qué su hombre no seguiría el protocolo.

—Eliminó a dos de nuestros hombres—, dije. —Tuve que someter...

—Cállate, Jack—. Vernon apareció en mi periferia.

—Suelta esas pistolas, sal de la camioneta y da tres pasos hacia atrás.

Me quedé allí un momento, debatiéndome. No dudaba de que Vernon pudiera disparar. No importaba lo rápido que atacara, me alcanzaría. Y a corta distancia, no me levantaría.

—Vamos, Jack. No lo hagas así. Suelta las pistolas y vayamos al porche.

Me quedé quieto, sin decir nada.

—No tiene por qué terminar así. Darrow no es el diablo que crees que es. Quiere trabajar contigo. ¿Lo ves, Jack? Hay una manera de salir de esto que no implica que te enterremos en esa tumba que cavamos a unos cien metros de donde estamos.

No me lo tragué ni por un minuto. Era un hombre muerto. Ahora solo importaba a quién llevara conmigo. Relajé mi agarre en las pistolas y las dejé resbalar de mis dedos con las manos fuera del vehículo. Cayeron al suelo con un ruido sordo.

—Está bien—, dijo Vernon, dando un paso atrás. Su cojera era más notoria esta noche. —Ahora deslízate hacia afuera con las manos en alto y retrocede tres pasos.

Hice lo que me indicaron, manteniendo mi mirada fija en Reese dentro de la cabaña. Ella se esforzó por ver qué estaba pasando. Darrow se había alejado del porche, hacia la camioneta. Pasó a través de las luces altas y se adentró en la oscuridad. Metió la mano dentro de la camioneta, agarró las llaves y apagó las luces. Todo se

oscureció mientras mis ojos se acostumbraban a la luz de la luna. —¿Está asegurado? —, preguntó Darrow.

—Sí—, dijo Vernon.

—¿Puedo confiar en ti en esto?

—Soy policía, por el amor de Dios. Si digo que está asegurado, está asegurado—. Darrow se giró, se agachó frente a mí para que estuviéramos frente a frente. —Tal vez hayas vivido todos tus años más allá de los veinticinco, pero me condenarán si logras que un día estés más cerca de los cien.

Un relámpago atravesó mis nervios. Esas palabras, en ese momento, en la oscuridad. Un acorde profundo dentro de mí sonó como un loco que destroza cada tecla de un órgano de iglesia. El dolor atravesó mi alma y me sacudió hasta el centro, irradiando por todo mi cuerpo. Me debilitó.

Había escuchado esa voz antes. Había escuchado esas palabras pronunciadas. Sucedió la noche en que Molly fue asesinada.

¿Era posible? ¿Alguna fuerza me había traído hasta este pueblo solo para enfrentar al hombre que atormentaba mis sueños? Pensé que había sido Reese quien me había atraído hasta aquí. En cambio, fue Darrow.

—Sígueme—, dijo Darrow.

El hombre me dio la espalda, pero no importaba. Incluso si pudiera alcanzarlo, no tendría tiempo de romperle el cuello. Vernon estaría encima de mí después de mi primer paso. Sin embargo, no dispararía. La bala podría atravesarme y derribar a Darrow también.

Diablos, esa era razón suficiente para hacer un movimiento ahora.

Tendría una oportunidad antes de que esto terminara. Tenía que aprovecharla en el momento adecuado. Si yo moría, que así fuera. Pero tenía que llevármelo conmigo y asegurarme de que Reese saliera con vida.

Darrow se detuvo en el porche y se volvió hacia mí. Busqué entre mis recuerdos, tratando de relacionar su rostro con los recuerdos de esa noche. Los hombres que atormentaban mis sueños más oscuros. Y habían pasado veintiocho años desde el asesinato de Molly. ¿Cómo

iba a comparar a un hombre de treinta y tantos años con Darrow ahora?

—¿Te dije alguna vez cuánto odiaba a tu padre, Noble?

No dije nada. No se lo daría. Cerré los ojos y lo escuché hablar.

—Todo lo que quería era matarlo.

Seguí sin decir nada. La voz coincidía. Era él.

—Supongo que serás el segundo más cercano—. Sonrió mientras sacaba un cuchillo de caza de una funda en su cinturón. —¿O debería decir el tercero más cercano?

CAPÍTULO 64

Estaba cara a cara con el mismísimo diablo. Su sonrisa burlona me decía que sabía que me había dado cuenta de quién era. Cada maldito detalle sobre la noche de la muerte de Molly pasó por mi mente a gran velocidad. Reviví cada momento de dolor desde el golpe en la puerta hasta sostener el cuerpo sin vida de mi hermana.

Mis manos se endurecieron hasta convertirse en puños. Las brasas ardientes de la venganza estallaron en llamas que envolvieron cada nervio y fibra muscular de mi cuerpo. —Cada pizca de dolor que sintió, todo el miedo que su alma absorbió esa noche, te lo voy a entregar cien veces, hijo de puta.

Bajé el pie derecho hacia atrás y doblé la otra rodilla. Un movimiento sencillo, pero que me permitiría maximizar la fuerza que aplicaba mientras lo embestía. Sentí un dolor intenso en la rodilla. Miré hacia abajo y vi la culata del rifle de Vernon a centímetros de mi pierna. La echó hacia atrás para atacar de nuevo. Perdí el equilibrio. Su siguiente golpe me clavó el arma en el costado. Caí al suelo. Me puse de rodillas, agravando aún más la lesión. Darrow se abalanzó hacia delante y me dio una patada que me dio en el costado de la cabeza. La culata del rifle me golpeó la espalda. Me retorcí en el suelo, sin aliento, luchando contra el remolino negro que amenazaba con llevarme a la tierra de la inconsciencia. Maldita sea, la parte inferior de la bota de Darrow era lo último que quería ver.

—Esto va a ser divertido—, dijo Darrow.

Cada uno de ellos me pasó una mano por las axilas y me arrastró hasta la habitación. Mis espinillas golpearon contra las escaleras. Apenas sentí el impacto.

—Jack—, dijo Reese.

Miré hacia arriba y la coloqué en el centro de mi campo de visión. Su rostro estaba retorcido en una mueca.

Darrow y Vernon me arrojaron contra la pared del fondo. Me las arreglé para girarme y golpearme con el hombro en lugar de la cabeza. La sangre fresca se filtraba de una herida superficial que había sufrido antes. Me desplomé en el suelo. Me dolía cada centímetro de mi cuerpo. Pero estaba lejos de terminar.

Vernon corrió afuera y regresó un momento después con dos rifles. Puso uno al lado de la puerta y giró el otro hacia mí.

Darrow agarró el respaldo de la silla de Reese y lo giró para que me mirara. Luego, se paró detrás de ella, colocando sus manos sobre sus hombros. Las yemas de sus dedos se pusieron blancas de lo fuerte que la agarró. Ella me miró con los ojos llenos de lágrimas que se deslizaron más allá de sus párpados inferiores y corrieron por sus mejillas. Temía lo que me harían a mí y a ella.

—¿Sabes sobre el pasado de Jack? —, le preguntó Darrow.

Reese no dijo nada.

—¿Nunca se lo dijiste?— me preguntó.

No dije nada.

—Bueno, déjame que te lo cuente— dijo. —Verás, el padre de Jack y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Serví bajo su mando. En un momento dado, el anciano dijo que yo era el mejor soldado que había comandado. Puedes imaginarte lo feliz que me puse al oír eso. Quiero decir, Noble nunca felicitaba a nadie. Y, verás, otro hijo de puta recibió mi medalla. Lo que yo había hecho, por el padre de Jack, nadie, ni siquiera él, podría informar nunca. Ni siquiera al hombre que estaba en la cima de la cadena. Eso no era raro, en realidad. Pero, potencialmente, había salvado a nuestro país —. Hizo una pausa y sonrió. —No soy ese mismo hombre. Preferiría dejarlo morir si me enfrentara a la decisión otra vez.

Miré más allá de él, más allá de Vernon, y dejé que mi mirada se posara en el camión. Pronto, me dije. Pronto tendría mi oportunidad.

Darrow continuó. —De todos modos, esos elogios y ese honor se desvanecieron rápidamente cuando supe que el ejército me estaba engañando. Después de tantas operaciones encubiertas, alguien más cosechó las recompensas de mis misiones saqueando gobiernos y tomando el control de fortalezas ricas en dinero y poder. Nunca vi ni una pizca de eso. Así que lo tomé. Luego tu maldito padre tuvo que volverse contra mí y mis hombres. Entonces esperé hasta que fuera el momento adecuado, el momento en el que tuviera los recursos necesarios. Hasta ese momento en el que pudiera atacar y seguir adelante sin que nadie lo supiera nunca. Tenía el poder entonces. Y tengo más ahora.

—¿Por qué Molly?— pregunté. Mi garganta ardía ante las palabras que llevarían a una explicación que no quería escuchar. Sin embargo, tenía que ganar más tiempo. El momento aún no era el adecuado.

—Fuimos allí para matar a tu padre. Así de simple. Cuando quedó claro que no estaba allí, tomé la decisión de llevarme a tu hermana y retenerla hasta que el buen Coronel se intercambiara por ella. De hecho, hubiera preferido eso. Entonces podría haberlo llevado al golfo y torturar al bastardo.

Miré hacia el suelo entre mis piernas.

—¿Eso te hace sentir incómodo, Noble?

Negué con la cabeza. —Hubo momentos en los que quise hacerle lo mismo a él.

Darrow se rio. —Incluso en este punto, te quedan minutos y estás haciendo bromas. Muy parecido a ese imbécil de tu padre.

Dio unos pasos hacia un lado, se dio la vuelta y señaló a Vernon. —Y si no fuera por el buen Sheriff, Molly todavía podría estar viva.

Miré a Vernon. Su rostro se relajó y su boca se abrió como si fuera a decir algo. En cambio, se dio la vuelta.

—Hijos de puta—. Me enderecé. —Voy a infligir todo el dolor que he sentido durante veintiocho años en ustedes. Si planean matarme, háganlo ahora, de lo contrario nunca tendrán la oportunidad.

Darrow asintió. —Oh, tu hora está llegando. Primero tenemos que encargarnos de tu novia. Quiero que veas esto, Jack. Quiero oírte suplicar piedad por ella. No va a suceder todavía. Voy a

mantenerlos a ambos cerca, solo para darles una idea de cómo es el negocio para mí. Verás, tengo un gran negocio por delante. Voy a abastecer a un grupo de personas que no son muy amigables con este gran país. Apuesto a que te gustaría ser parte de eso, ¿no? Sé que a Reese le gustaría. Resulta que estas son las personas de las que se ha estado escondiendo todo este tiempo.

Reese cerró los ojos. Su rostro se tensó. Estaba tratando de contener las lágrimas. No habría pensado menos de ella si las hubiera dejado salir. La mayoría de la gente lo haría.

—Lo haré ahora—, dije. —Déjala ir, y puedes hacerme lo que quieras.

Darrow se arrastró hasta la puerta, se inclinó y le dijo algo a Vernon. El sheriff desapareció de mi vista. Supongo que se trataba de una patrulla. Tenía que asegurarme de que nadie me hubiera seguido. Maldita sea. Quería a los dos hombres en la habitación. El momento estaba a punto de llegar.

Y entonces, mientras Darrow se echaba un rifle al hombro y se dirigía de nuevo al centro de la habitación, Reese intentó estropearlo todo.

CAPÍTULO 65

Darrow saltó hacia atrás, sobresaltado al principio. Los instintos del viejo soldado tomaron el control y se preparó para defenderse. Reese gritó mientras movía ambos brazos hacia adelante. Un lazo de brida vacío colgaba de su muñeca derecha. Saltó hacia adelante en un movimiento extraño con la silla atada a sus piernas. La silla la retuvo y la hizo perder el equilibrio. Tal vez pensó que se rompería con el movimiento repentino. Esa silla parecía haber estado en la cabaña durante los últimos cien años.

En el momento que Darrow tardó en reaccionar, Reese recuperó el equilibrio y giró hacia él. Darrow giró el rifle frente a él, alcanzando a Reese en la barbilla. Afortunadamente, no había tenido la oportunidad de retirar el arma. El golpe fue más como un medio toque, medio golpe. Reese le pasó las uñas por la cara desde la frente hasta los labios, dejando marcas rojas que se llenaron de sangre. El hombre se tocó los ojos con las manos, gruñendo de dolor.

El ataque dejó desequilibrada a Reese, quien cayó y golpeó el suelo con fuerza, torcida por la cintura. Rodó hacia la derecha y fue por las piernas de Darrow. Sus brazos extendidos las envolvieron y trató de hacer un giro de cocodrilo al tipo.

Intentó apuntarle, pero apenas pudo abrir los ojos. Así que giró el rifle y bajó la culata.

Me puse de pie a toda prisa después de acelerar el cronómetro en mi cabeza a cero. No hubo que esperar más. Me lancé hacia

Darrow. Vernon subió corriendo las escaleras con su arma apuntando hacia delante.

Se oyó un trueno. Apreté los dientes contra el dolor fantasma. La madera astillada cayó por toda la habitación. Vernon se detuvo para recargar, lo que me dio unos preciosos segundos.

Metí la mano en el bolsillo trasero y saqué la porra. Los estúpidos hijos de puta no se habían molestado en revisarme. Vieron que tenía dos pistolas y debieron pensar que eso era todo. Gran error.

Giré la porra y la apunté a la cabeza de Darrow. Se agachó y de alguna manera logró posicionar su cuerpo para que yo corriera hacia él. Mis piernas ya estaban debilitadas. Perdí el equilibrio y caí al suelo. Cuando dejé de deslizarme, miré hacia arriba y me encontré con el cañón del rifle de Vernon.

—Todos, tranquilos—, dijo Vernon, posicionándose de modo que estuviera fuera de mi alcance. Me apuntó con el rifle. —Así que ayúdame, Reese, o le volaré los sesos aquí mismo.

Reese dejó de agitarse, pero se negó a soltar las piernas de Darrow. Nuestras miradas se encontraron, tal vez por última vez. Ella frunció los labios con fuerza y sacudió la cabeza. Asentí, cerré los ojos y apoyé la frente en la tabla. Ella había desperdiciado nuestra oportunidad.

Diablos, yo la había desperdiciado.

El cronómetro en mi cabeza volvió a su cuenta regresiva original. El tiempo casi se había acabado.

Tres.

Dos.

Uno.

Nada.

Había detenido la camioneta justo fuera del alcance de cualquier persona en la casa. Allí, le quité la camisa al hombre del asiento del pasajero, le limpié un poco de aceite, luego la metí en el tanque de gasolina lo suficientemente profundo como para que tocara combustible y lo encendí. Ya debería haber explotado.

—Voy a ponerle fin a esto ahora, Noble—, dijo Darrow. —Considérate afortunado de no enfrentarte a la tortura que había planeado para tu...

BOOM.

CAPÍTULO 66

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

El hombre cojo que había disparado a Molly apareció. Apartó el arma de Jack y arrastró al otro tipo hacia el bosque. —Tenemos que salir de aquí, hombre. La policía está cerca. Los otros chicos están limpiando.

—Supongo que tu destino ha cambiado— dijo el tipo antes de esconderse en la oscuridad.

Cuando Jack encontró la pistola, los hombres se habían ido. Se arrastró por la hierba alta y húmeda hacia el cuerpo de su hermana. —Molly— dijo. —Por favor, di algo.

Sus ojos oscuros lo miraron fijamente, la luna brillaba en ellos. No dijo nada. No había forma de que pudiera hacerlo.

Él acunó su cabeza en su regazo, sintiendo el flujo cálido del agujero en su cabeza deslizarse sobre sus dedos y sus piernas. Las lágrimas corrían por su rostro. Podría haberla salvado. El hombre estaba en su punto de mira. Todo lo que tenía que hacer era apretar el gatillo.

Sean apareció unos momentos después, seguido por el sonido de las sirenas. Su cuerpo bloqueaba la tenue luz de la luna.

—Dios, ¿qué pasó, Jack? — Se arrodilló y agarró a Molly, atrayéndola hacia él, sacudiéndola. —Molly, vamos, cariño. Di algo. Dime que soy un hermano de mierda. Cualquier cosa.

—Se ha ido—, dijo Jack.

—Cállate—. Sean echó un brazo hacia atrás como si fuera a golpear a su hermano. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Jack se preparó para recibir el golpe, pero su hermano retrocedió y dejó a Molly en el suelo. —No, no puedes estar muerta. Molly, vamos, despierta.

Jack no dijo nada mientras veía a su hermano mayor derrumbarse. Por mucho que le doliera, imaginó que el dolor sería cien veces peor cuando sus padres se enteraran de la muerte de su única hija.

Pasaron minutos mientras los hermanos vigilaban el cuerpo de su hermana. Jack apuntó la pistola a la oscuridad, jurando que si uno de ellos mostraba la cara, él dispararía primero.

Unos rayos de luz atravesaron la oscuridad. —¿Hola? Policía. ¿Hay alguien aquí?

Ninguno de los dos habló. Se quedaron mirando a su hermana mientras las luces iluminaban el área.

—¿Hay alguien ahí? —, gritó un oficial.

—Aquí—, dijo Sean.

Jack miró a su hermano, que hizo un gesto hacia la pistola. Jack la arrojó al pasto y extendió los brazos mientras la luz lo iluminaba.

—Está bien, quédense quietos—, dijo un oficial. —Ustedes que están en el suelo, levántense.

—No voy a dejar a mi hermana—, dijo Sean.

—He dicho que se pongan de pie.

—Pueden arrastrarme a la cárcel—, gritó Sean. —No voy a dejar a mi hermana.

Había al menos tres de ellos, todos aparentemente listos para un tiroteo con un chico de doce y otro de catorce años.

—A nuestra hermana le dispararon—, dijo Jack. —Está... está muerta.

—Jesucristo—, dijo uno de los oficiales. Dio un paso adelante y Jack lo reconoció como John Wiley, un amigo de su padre. —Oh, Dios. Jack, Sean, ¿están bien, chicos? ¿Están heridos? —. Ambos se encogieron de hombros. Sus heridas no eran motivo de preocupación en ese momento.

Los otros oficiales se relajaron. Convencieron a los hermanos de que dejaran de vigilar el cuerpo de su hermana. Se alejaron caminando hacia la oscuridad, dándole tiempo a su alma para que se fuera.

CAPÍTULO 67

La cabaña se tambaleó sobre sus cimientos. Probablemente se deslizó. Las ventanas explotaron hacia adentro. Fragmentos de vidrio y metal del camión atravesaron el aire. Algo me atravesó la espalda. Reese gritó de dolor.

Darrow cayó hacia atrás, aferrándose al rifle. Una nube de humo lo envolvió. Busqué a Vernon por la zona, pero no lo encontré por ningún lado.

—Reese—, grité. —¿Estás bien?

Pasaron unos segundos. Me levanté del suelo, ignorando el dolor que desgarraba mi cuerpo. El humo seguía cubriendo la habitación. El calor me presionaba. Miré hacia arriba y vi el techo en llamas. La desgastada estructura de madera se desplomaría en cuestión de segundos.

Reese yacía inmóvil en el suelo. Me levanté en el humo y deslicé mis pies por el suelo, haciendo todo lo posible para evitar que se levantaran y dejaran pasar el vidrio por debajo. No importaba cómo procediera. Los fragmentos encontraron su camino hacia las plantas de mis pies. —Vamos, cariño— dije. —Muéstrame que estás bien. No lo hizo.

Un movimiento con el rabillo del ojo me llamó la atención. Darrow se sentó. Sostenía su cabeza con una mano. La sangre se filtraba entre sus dedos. Seguí su mirada hacia el suelo. El rifle estaba a medio camino entre nosotros. Sin dudarlo, me lancé hacia él. Docenas de diminutos fragmentos de vidrio me atravesaron y se

incrustaron. Aterricé a un par de centímetros del arma y tuve que arrastrarme hacia adelante.

Darrow saltó después que yo, pero logró aterrizar un poco más cerca. Tenía una mano en el rifle.

—Hoy no. Me empujé hacia adelante. La pared lateral ardía de color naranja. El humo salió a toda velocidad por la puerta. La estructura crujió y giró. Se derrumbaría en cualquier momento.

Darrow giró el rifle de lado. Tenía una mano debajo del cañón y estaba llevando la otra al gatillo. Me tambaleé hacia adelante, agarré el cañón y lo giré hacia mí. No fue mi mejor idea. Todo lo que tenía que hacer era apretar el gatillo y yo estaba acabado. Rodé hacia la derecha y apunté el arma hacia la izquierda. Si se disparaba ahora, la bala pasaría cerca de Reese.

—No te muevas, Reese—, grité.

La explosión me ensordeció. La descarga me dejó cegado momentáneamente. El cañón me quemó la mano.

Un segundo después, la primera parte de la estructura se vino abajo. Una viga que recorría la cabaña aterrizó sobre las piernas de Darrow. El techo se derrumbó, arrojando vigas y trozos de techo en llamas. Me tambaleé hacia adelante, me retorcí y le arranqué el rifle de las manos.

Se estiró hacia atrás en un intento de liberarse de la madera en llamas. La llama se envolvió alrededor de sus manos y se disparó hacia arriba por su camisa.

—¡Ayúdame!

—Te ayudaré, está bien—. Puse el cañón en su cabeza y apreté el gatillo.

Otra sección del techo se vino abajo, esta vez cerca de Reese. Ella no se movió. ¿El disparo de Darrow la había alcanzado? ¿Se estaba ahogando con el humo? La levanté y la saqué de la cabina. Momentos después, la estructura se derrumbó con un estruendo de fuego. Una ola de calor pasó volando y me hizo caer de rodillas. Las llamas se elevaron y encendieron un acre o dos de la zona circundante. Recorrí el paisaje. No vi a Vernon ni a nadie más. Tal vez el cobarde había huido. Lo único que vi fue la camioneta quemada y un F-250 último modelo.

—¿Reese? — La acuné en mis brazos. Su rostro estaba cerca del mío. Puse mi mejilla sobre su boca, dejando un espacio debajo de sus fosas nasales. Sentí un aliento caliente y errático. No mostraba otras señales de vida. Estaba dividido entre realizar una evaluación más exhaustiva para asegurarme de que estaba bien o alejarnos de los restos en llamas de la cabina. Me detuve junto al F-250 y lo revisé lo más rápido que pude. No había lesiones importantes aparentes, así que la coloqué en la parte trasera y luego me subí al asiento del conductor. Busqué el contacto. Las llaves no estaban allí. Maldito, debían estar en manos de uno de los hombres. No había posibilidad de encontrarlas ahora.

Antes de perder la esperanza, revisé la guantera. Nada. Luego la consola. Nada. Aparecieron faros en el espejo retrovisor.

—Vamos, ahora no.

Mi primer pensamiento fue ir a buscar las pistolas que había dejado caer junto al otro camión. Las posibilidades de que sobrevivieran a la explosión y permanecieran en condiciones de funcionamiento eran mínimas. Al mirar el fuego que rodeaba al otro camión, me di cuenta de que incluso llegar a donde estaban sería imposible.

Bajé del auto. Había al menos dos juegos de faros en la salida. Vernon debió haber pedido refuerzos. El bastardo estaba escondido, esperándolos. Tenía la sensación de que emergería una vez que nos detuvieran. Terminaría el trabajo.

Pasé las manos por debajo del volante del conductor. Luego por el lado del pasajero. En la parte trasera encontré lo que buscaba. Una pequeña caja magnética contenía una llave de repuesto. La metí en el encendido, cerré los ojos y respiré profundamente. El motor encendió, pero no arrancó. Lo intenté de nuevo. El mismo resultado. No era bueno. Se acercaban dos vehículos. Al menos dos hombres por coche. De ninguna manera iba a enfrentarme a cuatro personas en mi estado. Tendríamos que correr. Y no llegaríamos lejos. Desesperado, pisé a fondo el acelerador y giré la llave. Arrancó. Mantuve la llave en la misma posición y pisé el acelerador. El motor rugió. Pasé junto al incendio, lejos del convoy que se acercaba, hacia la oscuridad sin tener idea de lo que me esperaba o

si había una manera de salir de la propiedad. Todo lo que sabía era que tenía que llegar a algún lugar donde pudiera intentar revivir a Reese.

Y luego, encontrar a Vernon.

Durante los primeros kilómetros mantuve las luces apagadas. El camión rebotó sobre colinas y zanjas. Cruzamos un arroyo y una zona de barro espeso. Todo esto lo hicimos a menos de cuarenta kilómetros por hora. La luna iluminaba el suelo lo suficiente como para que pudiera distinguir la mayoría de los obstáculos antes de que fuera demasiado tarde. Los que no vi no eran nada que el camión no pudiera superar.

Reese gimió y luego gritó de dolor. Abrió los ojos, se estremeció y golpeó el aire.

—Está bien—. Le tomé la mano. Ella me rechazó. —Reese, soy Jack. Estamos bien.

—¿Jack? — Se obligó a levantarse y me miró como si no me hubiera visto en años. Se agarró la cabeza. —Dios, duele. ¿Qué pasó?

Le conté cómo había manipulado el camión y cómo había atacado a Darrow momentos antes de que el vehículo explotara. Le expliqué que la casa se incendió y que algo la había golpeado, dejándola inconsciente.

—¿Están muertos? —, preguntó.

—Darrow está muerto—. Miré hacia atrás y vi que no nos habían seguido. Al menos no de cerca. Todavía no estaba seguro de que estuviéramos lo suficientemente lejos de la casa para encender las luces.

—¿Qué pasa con Vernon? —, preguntó.

—Se escapó. Al menos, supongo que lo hizo. Había otros dos camiones cuando llegué. Este era el único que quedaba.

—Tenemos que encontrarlo. Podría darle la vuelta a todo y echarnos la culpa.

Tenía la sensación de que lo encontraríamos en uno de tres lugares. Pero primero, teníamos que llegar al pueblo.

—Mira a tu alrededor—, dije. —¿Algo de esto te resulta familiar? —. Su risa posterior fue uno de los mejores sonidos que había

escuchado en mi vida. —¿Qué? —, pregunté.

—Todo parece igual. Prende las luces.

—No sé si estamos lo suficientemente lejos todavía.

Cerró los ojos y se apoyó contra la ventana abierta. El viento creó una línea en su cabello del lado izquierdo. —Ve al noroeste. Eso debería llevarnos cerca del pueblo.

Había estado en una trayectoria hacia el oeste, por lo que hacer el ajuste no requería que pasáramos por una zona peligrosa.

—Sigue avanzando—, dijo. —Llegaremos pronto—. Y con eso, se quedó dormida otra vez.

CAPÍTULO 68

Llegamos al pueblo un par de horas después. La luna se expandía en el horizonte. Las farolas iluminaban el perímetro de Texline. Busqué en la camioneta antes de abandonarla a medio kilómetro del pueblo. Encontré una barra de hierro y poco más. Reese dijo que tenía una Smith & Wesson M&P 40 en la casa. Eso sólo nos ayudaría si pudiéramos llegar hasta ella. Tenía la sensación de que el camino estaría lleno de policías.

Caminamos hasta el pueblo, llegamos allí al amanecer. Nos quedamos en las calles laterales y los patios traseros. Reese se había negado a quedarse atrás con la camioneta. Se había recuperado lo suficiente para seguir avanzando, pero necesitaba ayuda para superar cualquier obstáculo inevitable.

Mi esperanza era que Vernon esperara en la estación de policía. Era el único lugar en el que estaba seguro. Presumiblemente, se habría rodeado de dos o tres de sus mejores agentes y habría inventado una historia a su favor.

Y en contra nuestra.

Llegamos a la calle detrás de la casa de Reese y encontramos un lugar para escondernos y vigilar. Me quedé mirando las ventanas oscurecidas. No vi nada. Estaba en parte aliviado y en parte decepcionado. Preferiría tener un enfrentamiento y terminar con esto.

—Vámonos, Jack—, dijo Reese. —¿Qué posibilidades hay de que haya alguien ahí?

—Más de lo que crees—, dije.

—Darrow se ha ido. Sus hombres no se van a molestar con nosotros. Los del pueblo son idiotas y el resto se está recuperando, tratando de averiguar cómo hacer ese trato. Todo lo que tenemos que preocuparnos es Vernon. No puede ocultar la verdad para siempre. Así que si nos están esperando, o vienen por nosotros, déjalos. Haré lo que sea necesario y haré que nos trasladen. ¿De acuerdo?

Asentí. —Está bien, así es como lo haremos—. Presenté un plan que hacía que Reese se quedara atrás y vigilara la entrada principal después de que yo entrara.

Se acercó y me besó. Me dolió muchísimo, pero ninguno de los dos se detuvo durante varios segundos.

—No tenemos por qué encontrarlo— dijo. —Podemos entrar, coger algunas cosas e irnos, Jack. Los dos desapareceremos.

Le sostuve la mano y tracé suavemente el rasguño que la brida había dejado en su muñeca. —Entonces correremos. Para siempre. Yo no vivo así. Diablos, no puedo vivir así. No está en mi ADN. Tenemos que terminar con esto. Si te sientes incómoda, quédate atrás y déjame hacerlo. Te buscaré cuando termine y entonces podremos irnos.

Bajó la mirada. —Sólo estoy cansada. Me duele. Y no puedo creer que todo esto esté pasando. Sabía lo de Darrow, pero Vernon era mi amigo y estaba dispuesto a matarme para ocultar su secreto.

—Esa es una de las partes más profundas de los hombres. Si les dejas que se salgan con la suya con algo verdaderamente malvado, sacarán de lo más oscuro de sus almas para proteger aquello que nadie más podrá saber jamás. No hiciste nada malo. Y ahora tenemos la oportunidad de arreglarlo todo. Podemos poner a Vernon donde pertenece y evitar que alguien se beneficie de este trato que había organizado Darrow.

Se puso firme. El duro detective de la policía de Nueva York había vuelto a aparecer. —Tienes razón. Termina esto y luego nos iremos —. Sonrió. —He oído que Hawái es hermoso en esta época del año.

Salté la valla y corrí hacia la esquina de la casa. El camino de entrada estaba vacío. Solo vi la mitad de la calle, pero no había nadie allí. Me apoyé contra la casa, ignorando el canto de los

pájaros, el estruendo del camión de la basura y sus frenos chirriantes en la otra calle, y el débil sonido de los perros ladrando.

Lentamente, me dirigí hacia el frente. Los cuatro metros que separaban la esquina del edificio de la puerta de entrada se hicieron eternos. Estaba expuesto de una manera que me hizo sentir desnudo.

Alguien pasó corriendo por detrás.

Me di vuelta, con los brazos en alto, lista para pelear.

Reese se puso las manos delante de la cara para desviar el posible golpe.

—Jesús—, dije. —¿Qué demonios estás haciendo?

—No voy a dejar que te enfrentes a nada de esto solo, Jack.

—Está bien, pero la próxima vez avísame.

Fui la guía hacia la puerta. Todavía estaba sin llave y se abrió sin problemas. Miré por la esquina. Dodge estaba sentado en la parte superior, con las orejas hacia atrás, la cabeza gacha y los ojos centrados en mí. Bajó la cabeza hasta que descansó sobre sus patas delanteras.

—¿Alguien? —, preguntó.

—El perro de Vernon.

—Maldita sea. Olvidé que estaba allí cuando nosotros... — dudó —... cuando me secuestraron.

Todavía le resultaba fácil olvidar que Vernon no había estado de su lado en ese momento.

—Voy a entrar—, dije. —Quiero que te quedes en el vestíbulo, que mantengas la puerta abierta un poco y que estés atenta a si alguien viene hacia nosotros.

Subí las escaleras de una en una, pisando los bordes para minimizar el ruido. El perro con aspecto de lobo permaneció en lo alto de las escaleras hasta que estuvo a la altura de mis ojos. Extendí la mano para acariciarlo. Se puso de pie y se dio la vuelta, desapareciendo detrás de la pared. Continué hasta la cima y asomé la cabeza por la esquina. Dodge estaba de pie frente a la puerta de Reese ahora. Me miró, hizo contacto visual y entró en la habitación.

—¿Estamos bien ahí abajo?— pregunté.

—Sí— dijo. —¿Y ahí arriba?

—Está tranquilo. Sólo necesito revisar tu habitación.

—¿Qué está haciendo el perro?

—No sé. Acaba de entrar en tu habitación.

—Subo—. Dejó que la puerta se cerrara y subió las escaleras.

Avancé sin ella, deteniéndome para revisar el baño. No había necesidad de entrar, podía verlo todo desde afuera de la puerta. Le silbé a Dodge. No vino. Cuando llegué al borde de la habitación de Reese, vi por qué.

—Jesús.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Me hice a un lado y dejé que mirara.

—Vernon— susurró.

Nos quedamos de pie al costado de la cama mirando al hombre. Había encontrado su pistola y le había dado el mismo uso que yo. Un solo disparo en la cabeza. Una nube de sangre, cráneo y cerebro pintó la pared. Saqué a Reese de la habitación y volví a buscar a Dodge, colocándole una correa improvisada para sacarlo de la casa. No habíamos estado allí ni treinta segundos cuando se detuvo un coche patrulla. Miles se bajó y corrió hacia la casa. Nos miró a cada uno de nosotros, con el rostro desencajado por la confusión. Sacudió la cabeza y se recompuso.

—¿Llegamos demasiado tarde? —, preguntó.

Asentí. —Está arriba, en la habitación de Reese—.

—¿La habitación de quién? —, preguntó Miles.

—Lo siento, en la de Billie.

—Oh—. Metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel amarillo de cuaderno. Me lo entregó.

Leí una nota de suicidio y una especie de confesión. Empezaba describiendo el trato final de Darrow. El que había mencionado en la cabaña. Era un trato enorme, con tres partes funcionales que consistían en Darrow, un cártel de la droga y una célula terrorista. La reunión se llevaría a cabo al día siguiente.

—Puedo ponerte en contacto con las personas adecuadas, Miles. Ellos se ocuparán del resto de la tripulación de Darrow y de cualquier otra persona que se presente para esto. Estoy seguro de que querrán *hablar* con todos ellos.

Asintió mientras pasaba a mi lado, en dirección a la puerta. —Iremos a la comisaría en unos minutos. Solo quiero verificar el cuerpo.

Reese se apretó contra mí y puso una mano sobre el papel del cuaderno. La carta de Vernon continuaba con una confesión de los asesinatos de Ingrid y Herbie. Admitió que lo hizo para culparme del caso con la esperanza de que me librara de ellos después de que me encerrara. Me costó aceptarlo, ya que Vernon fue quien me liberó de la celda de la cárcel. Tenía que haber habido una razón, pero no la mencionó. Quizás se había arrepentido de lo que le había hecho a mi hermana todos esos años atrás. Finalmente, la nota terminaba con él diciéndole a su esposa y familia que lamentaba sus pecados y les pedía que lo perdonaran por quitarse la vida.

Miles regresó unos minutos después. Otro coche patrulla se detuvo y la oficial se unió a nosotros.

—Billie—, dijo. —¿Te importaría esperar aquí con Jaimie al forense? Está en camino. Quiero sentarme con Jack y asegurarme de que no perdamos tiempo en contactar con su gente.

—Seguro, Miles. Esperaré—. Se volvió hacia mí. —Vuelve rápido.

—Por supuesto.

Se inclinó y me besó, luego me susurró al oído. —No estoy bromeando sobre Hawái.

Susurré de vuelta: —Puede que tenga una o dos conexiones allí.

CAPÍTULO 69

CRYSTAL RIVER, FLORIDA, 1988

Jack y Sean pasaron la noche en el hospital en la misma habitación. John Wiley se quedó fuera de la puerta, trabajando frenéticamente para encontrar a su padre. Jack era despertado cada hora en punto cuando alguna enfermera o doctor lo pinchaba, lo empujaba o lo obligaba a tomar una pastilla. Cada vez que se levantaba, recordaba los acontecimientos de la noche. Primero, como una pesadilla, pero cuando el sueño se desvanecía, recordaba que había sucedido.

Cuando salió el sol, sintió que estaba listo para otra noche de sueño.

Sus padres entraron en la habitación poco después de las siete. Ambos rompieron a llorar antes de llegar a sus hijos. La familia se acurrucó junta, llorando, durante varios minutos. Wiley permaneció al margen, dividido entre sus deberes policiales y sus deberes para con su amigo. Sin embargo, tenía que actuar. Cada segundo que trabajaban sin una pista, mayor era la posibilidad de nunca encontrar al asesino de Molly.

—Lamento hacer esto—, dijo John Wiley, —pero tenemos que entrevistar a tus hijos.

—Sobre mi tumba—, dijo el mayor de los Noble. —No es momento para eso.

—Entiendes cómo funciona esto. Sé que lo sabes. Si no obtenemos algo de información ahora, nunca lo sabremos. ¿Quieres que la muerte de Molly quede sin vengar?

En ese momento parecía que su padre estaba listo para vengarla él mismo. Se abalanzó sobre su amigo, inmovilizándolo contra la pared con una mano alrededor de su garganta.

—Esa es mi hija, hijo de puta. ¿Me escuchas? Mi hija. ¿Crees que no me importa atrapar a los bastardos que hicieron esto? ¿A ti sí?

Los hermanos se soltaron del agarre de su madre y apartaron a su padre de Wiley.

—Papá— dijo Sean. —Está bien. Es reciente. Jack y yo hablaremos con ellos. Lo haremos por Molly.

Jack y Sean hablaron con varios detectives el resto de esa mañana y la mayor parte de la tarde, contando la historia de principio a fin. Por alguna razón, dos agentes del FBI los interrogaron. Los chicos les contaron todo lo que pudieron, descripciones de lo que recordaban de rostros, acentos, palabras y nombres que habían oído.

Jack pensó que con eso y los dos cuerpos que les había dejado, tenían suficiente para resolver el caso.

Pero no fue suficiente. Poco después se enteró de que no se habían encontrado cuerpos en la propiedad. Los hombres que habían matado a Molly habían limpiado la casa y los alrededores y habían recogido a los caídos.

Las pruebas restantes se recogieron en la casa, pero en 1988, la ciencia forense estaba en sus inicios. Se archivaron muestras de sangre, telas y otros elementos. A pesar de los mejores esfuerzos del departamento de policía y el FBI, la muerte de Molly siguió siendo un misterio. Tal vez algún día se revisaría el caso, pero la familia no podía presionar.

El funeral había sido el más grande que el pueblo había visto nunca. Molly fue enterrada en el cementerio de la iglesia en una ceremonia abierta solo a la familia y amigos cercanos. En menos de veinte años, su madre se uniría a ella.

Y Jack, Sean y sus padres nunca pasaron otra noche en esa casa.

CAPÍTULO 70

Pasé una hora en la comisaría con Miles, primero contándole los detalles de los acontecimientos de las veinticuatro horas anteriores luego, nos pusimos en contacto con un viejo amigo de Langley. Tomó nota de toda la información y nos hizo saber que la difundiría entre las agencias correspondientes y que enviaría a alguien de su oficina a la comisaría en unas horas.

—¿Necesitas que te lleve de vuelta? —, me preguntó Miles cuando terminamos.

Miré el reloj de la pared. Eran poco más de las siete de la mañana. —Me siento bien caminando. No es que esté tan lejos.

—Lamento todo lo que pasó aquí, Jack. Sé que las cosas no han sido perfectas en esta ciudad. Por eso dejé una beca de fútbol en Baylor y volví. Quería ayudar a la gente de aquí. Gente como Herbie e Ingrid, bueno, eran el alma de este lugar. Ahora se han ido, y ya puedo ver que mucha gente está considerando irse. Al menos los que pueden permitírselo. Vaya, la falta de dinero es lo que mantiene a cualquier joven aquí. No todos tuvieron el tipo de oportunidades que yo tuve. Deberías ver cómo me miran algunos de mis antiguos compañeros de clase. Es como si me maldijeran por estar por aquí.

—¿Lo sabías?

—¿Lo de Darrow?

—Él, y que Vernon estaba involucrado con él.

—Sabía algo sobre Darrow, pero pensé que se trataba de drogas. No podíamos hacer mucho allí, ya que él mantenía esa parte de su negocio fuera de la ciudad. Le pasé todo lo que encontré a Vernon y

me aseguró que iría a la DEA. Dijo que los federales estaban preparando un caso. Supongo que todo eso era mentira—. Miles abrió un cajón y sacó un teléfono. —Y Vernon, bueno, no sabía nada sobre él y Darrow trabajando juntos. De hecho, sabía poco sobre su pasado. Solo que creció aquí, se fue al ejército, hizo algunos contratos después y regresó a Texline cuando tenía treinta y tantos. Se hizo cargo del departamento hace unos diez o quince años. Siempre pareció un tipo bastante agradable. Todos lo querían. Ayudaba a la gente en lo que podía.

Asentí, sin decir nada.

—Es difícil creer que le haya hecho eso a Ingrid. Ella era como una segunda madre para él.

—Me pregunto si tuvo alguna opción en el asunto.

—¿Crees que Darrow lo obligó a hacerlo?

Asentí. —Ese tipo tenía mucho que decir sobre él. Conocía su pasado. Supongo que ambos tenían eso en contra, pero Darrow estaba en posición de arruinar más que solo la vida de Vernon.

Miles se reclinó, miró su reloj y luego echó un vistazo al teléfono que había sacado de su escritorio. —Vete, Jack. Ya te he tenido aquí demasiado tiempo. Vete de aquí. Hazle saber a Billie que estoy aquí si necesita algo.

El camino de regreso a Reese no tomó mucho más tiempo que el viaje a la estación. Pude tomar una ruta más directa, una que tampoco involucrara patios traseros.

Quería llamar a Sean, contarle lo que había sucedido. Decirle que el alma de Molly podía descansar en paz ahora. Podría darle la noticia a mi padre, si sentía que era una buena idea hacerlo. Para algunas personas, era mejor mirar una cicatriz de vez en cuando, en lugar de abrir una vieja herida.

Metí la mano en mis bolsillos. Ambos estaban vacíos. Tendría que esperar hasta llegar a Reese para hacer la llamada.

Doblé la esquina hacia el estrecho callejón que conducía a su entrada.

—¿Qué demonios?

Corrí hacia la casa, pasando dos sedanes negros estacionados en la calle. Un tercero estaba parado en la entrada. Un hombre con un

traje oscuro salió de la casa de Reese con una caja llena de sus plantas.

—¿Qué está pasando? — pregunté.

Pasó a mi lado en dirección a su auto sin reconocer mi presencia.

—Oye, imbécil—, dije. —Estoy hablando contigo.

Siguió caminando.

Continué hacia la casa. Otro hombre salió con una maleta.

—Tú—, dije, apuntando con el dedo en su dirección. —Un segundo—.Asintió levemente mientras pasaba. Pude ver bien el paquete de credenciales adjunto a su cinturón.

FBI.

—¿Dónde está ella? — pregunté.

Se dio la vuelta, miró a su alrededor y dio un par de pasos hacia mí. —¿Es usted Jack Noble?

Asentí, casi esperando que me arrestara.

—La identidad de Reese McSweeney se vio comprometida. Se corrió la voz de que estaba aquí y esa noticia llegó a las personas equivocadas. Esperamos que alguien aparezca aquí en las próximas horas con la intención de ejecutar un asesinato contra ella. Habrá un equipo que se quedará atrás para manejar esa amenaza.

—¿Dónde está ahora?

—No puedo decírselo, señor. Ella...

Choqué con él. —Ni hablar. Dígamelo ahora. ¿Dónde está?

El agente miró hacia la casa. —Creo que debería retroceder, señor Noble. No tiene los amigos que solía tener.

No reconocí al tipo y dudaba de que se hubiera topado conmigo antes. Pero alguien le había informado sobre mí y de lo que era capaz.

—Lo siento— dijo. —Pero ya sabes cómo funciona esto. Nadie puede saber dónde está. Ni amigos ni familiares. No con la gente que la está buscando.

—Yo puedo encargarme de ellos.

—Y ellos pueden encargarse de ti. Y probablemente de maneras a las que nunca te han sometido. Claro, tal vez no hablarías. Pero tal vez sí.

—Me quedé allí, mirándolo, pero más allá de él. Su rostro se desdibujó. Escuché sus palabras y las dejé pasar al mismo tiempo. Todo en lo que pensaba era en Reese. Teníamos un plan, uno que yo había tenido la intención de llevar a cabo. Y ahora ella se había ido, y también la posible vida que podríamos haber tenido juntos. Tal vez no hubiéramos sobrevivido mucho tiempo, pero al menos podríamos haberlo intentado. Ahora era solo un juego de adivinanzas. ¿A dónde la llevarían? ¿La volvería a ver alguna vez?

El agente continuó. —Ese es un riesgo que el FBI no puede correr mientras ella sea parte de nuestro programa.

Ella podría haber rechazado su ayuda. Les podría haber dicho que se fueran al diablo, que se fueran, algo. Al mirar a esos tipos, me di cuenta de que no habían venido aquí para presentarle una opción. Darrow había avisado a los hombres que querían a Reese muerta. No solo muerta, sino torturada hasta que decidiera que ya no valía la pena respirar.

No podía culparla por aceptar la ayuda del FBI. Era simple, irse o morir. Nunca lo tuve en cuenta en la ecuación.

La puerta del apartamento de Reese se cerró de golpe. Dos agentes pasaron a mi lado, uno a cada lado. Se colocaron al lado de su compañero, uno se echó hacia atrás el abrigo para que pudiera ver su pistola enfundada.

—Ahora—, continuó el agente, —creo que deberías ir a buscar tus cosas y salir de aquí.

—No tengo auto—, dije.

—Eso se solucionará. Tendrás uno en la casa de la pareja de ancianos en unos veinte minutos. Ahí es donde están tus cosas, ¿verdad?

No dije nada. ¿Cómo lo sabía? A la luz de todo lo que había sucedido, no importaba.

Nada de eso importaba ahora.

CAPÍTULO 71

Sentí el peso de todo lo que había sucedido en el pequeño pueblo desde que había llegado. Reese fuera. La pareja de ancianos asesinada. Matar al hombre que había orquestado la muerte de Molly. El suicidio de Vernon. Todas las heridas que había sufrido cuando tenía doce años se abrieron de golpe mientras estaba en Texline. Casi me desplomé en la calle.

Hacía más calor de lo normal esa mañana. El sol caía sobre mi frente. Se me formó sudor y se deslizó por mi mejilla hasta convertirse en barba incipiente.

Un grupo de niños jugaba una cuadra más adelante. Algunos de los mismos con los que me había topado antes. No vi al chico rubio. Me pregunté si el FBI había pasado por su casa y les había ofrecido un trato para que se fueran de la ciudad. Esperaba que no. Tenía que cumplir la promesa que le había hecho a la mujer.

Mientras me acercaba, los niños se dispersaron. No habría enfrentamiento hoy. Todavía me preguntaba qué demonios estaban escondiendo ese día. Supongo que tenía que dejarlo pasar.

Disminuí la velocidad al acercarme a la casa de Herbie e Ingrid. Una cinta amarilla de la policía rodeaba el lugar. Tendría que violar la ley para recoger mis cosas.

Ningún lugar sería seguro conmigo cerca. Me había dado cuenta de eso hace un tiempo. Los eventos de los últimos días consolidaron el hecho de que yo era tóxico, especialmente para la gente normal. Seguiría adelante mientras los residentes de Texline tenían que recuperarse del desastre que había causado.

Pero no, no era todo mi desastre. Me las arreglé para quedar atrapado en medio de él. Como siempre. Diablos, al menos ayudé a barrerlo. La historia no lo vería de esa manera, pero era lo que era.

Siempre lo es.

Tomé la llave de repuesto de debajo del buzón que colgaba junto a la puerta trasera. Luego, arranqué la cinta amarilla de la policía. Al entrar en la cocina, me acordé de Ingrid, su sonrisa de bienvenida y el olor de lo que fuera que estuviera horneando ese día flotando en el aire. Todavía podía percibir un rastro del pan que había cocinado en su último día.

Había una nota en el refrigerador que no había notado la última vez que estuve en la casa. Estaba escrita a mi nombre. La saqué de debajo del imán.

—Jack—, decía. —Ven a buscarme en cuanto llegues a casa. Ingrid.

¿Qué me habría dicho? Había estado llorando ese mismo día, la última vez que la vi con vida. ¿Me iba a contar sobre Darrow? ¿Vernon? ¿Había descubierto su secreto? Eso habría explicado por qué estaba tan molesta. Y cuando lo confrontó con eso, la mató a ella y a Herbie.

Pensé en cómo la encontré. No esperaba morir en ese momento.

Doblé el papel en un pequeño cuadrado y lo metí en mi bolsillo. Caminar por la casa me hizo sentir como si retrocediera en el tiempo. No se habían actualizado en al menos cuarenta años y, en algunos casos, nunca. Subí las escaleras y pasé por encima del lugar donde Herbie había caído a la siguiente vida.

La puerta de mi habitación estaba cerrada. Giré el pomo y la abrí, esperando en el pasillo por si había movimiento dentro. No lo había.

Reuní las pocas cosas que tenía, las metí en mi bolso y me lo tiré por encima del hombro. Luego, entré en el dormitorio de la pareja de ancianos para despedirme. Superstición, supongo. No estaban allí, pero tal vez sus espíritus estuvieran rondando por allí unos días más.

—Sobreviví, de alguna manera—, dije. —No sé, tal vez tú tuviste algo que ver con eso. Gracias.

Bajé las escaleras y me detuve en la cocina para buscar un vaso de agua y llamé a Sean. La conversación fue breve. Simplemente le dije que me iba de la ciudad y que me pondría en contacto pronto con instrucciones. Quería ponerlo al corriente de todo lo que había sucedido, pero decidí que una conversación de dos minutos no era la forma de hacerlo. Estaríamos cara a cara pronto. Después de colgar, vi un sedán negro afuera. Habían pasado más de veinte minutos desde mi encuentro inicial con los agentes del FBI fuera del apartamento de Reese. Supuse que me estaban entregando el coche para que me fuera de la ciudad.

Entonces, apareció otro sedán, seguido de un tercero. ¿Por qué demonios venían a verme aquí? ¿Me iban a decir dónde estaba Reese? Tal vez la habían traído para despedirse.

Observé cómo los hombres salían del vehículo. Estudié sus rostros. No reconocí a ninguno de ellos. ¿Cuántos equipos habían enviado aquí?

Salí por la puerta de la cocina y me encontré cara a cara con dos de los hombres.

—Ustedes la perdieron—, dije. —La encontraron en su casa. Ya se están yendo.

—¿Jack Noble? —, dijo el tipo a mi izquierda.

No podía decir si era mi corazón el que se hundía, o si mi estómago se había levantado.

Me di vuelta y estaba cara a cara con otros dos federales. Habían rodeado la casa. Vi a otros posicionados de manera que cortaran mis rutas de escape.

—Señor Noble—, dijo el tipo, —lo mejor es que se detenga ahí mismo.

Di una vuelta en círculo, buscando una salida. Otro agente salió de la puerta de la cocina y otro se paró al otro lado del callejón. Me tenían acorralado. Todos me apuntaban con sus pistolas.

—Brazos arriba— dijo el tipo.

No me moví.

—Ahora— alzó su arma. —Tenemos órdenes de disparar si no obedeces.

—¿Quién te envió?— pregunté.

No dijo nada.

—Maldita sea— dije. —¿Quién te envió por mí?

—Una camioneta negra sin ventanas pasó junto a los autos y se detuvo con un chirrido a unos pocos metros de distancia. La puerta se abrió. Un tipo con equipo táctico y una pistola atada a la pierna saltó.

—Brazos arriba— dijo el agente federal más cercano.

No tuve elección. Levanté los brazos. El agente federal enfundó su arma y me examinó.

—Estoy limpio— dije.

—Sube a la camioneta— dijo.

Dudé. Me empujó hacia adelante. Subí. Olía a hospital. Como si la hubieran desinfectado recientemente. Había tres filas de asientos. Los asientos del conductor y del pasajero estaban ocupados por hombres con jeans y camisetas. Llevaban gorras de béisbol y relojes baratos. Me deslicé en la fila del medio. El agente que más habló se subió a mi lado. Dos más ocuparon el asiento trasero. El tipo con equipo táctico se subió y se agachó. Los federales restantes regresaron a los sedanes y nos alejamos como un convoy.

—¿Me vas a decir de qué se trata? — pregunté.

Sacó un teléfono celular y realizó una llamada.

—Sí, lo tenemos.

Me esforcé por escuchar la voz del otro lado, pero no pude escuchar nada.

—No, no tiene ni idea—. El tipo me miró. —¿Estás seguro de eso? No se sabe cómo va a reaccionar—. Hizo una pausa. —Está bien—. Empujó el teléfono contra el costado de mi cabeza.

—¿Sí? — dije.

—Jack Noble.

No podía ser. —Hijo de puta.

—¿Así es como tratas a tu viejo amigo?

—No eres mi amigo, Frank. Tu trasero ni siquiera debería estar vivo ahora mismo.

Frank Skinner se rio. —Solo tengo que agradecértelo a ti.

—¿Qué demonios quieres?

—A ti.

La historia continúa en *Fecha Final.*
Continúe leyendo un extracto. Fecha Final

Únase a la familia de lectores de LT Ryan y reciba una copia gratuita de la historia de Jack Noble, El Recluta. Haga clic en el siguiente enlace para comenzar:

https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

FECHA FINAL: CAPÍTULO 1

El sedante que me inyectaron antes de subir al Gulfstream G650 me dejó inconsciente antes de que el vuelo de Texas a quién sabe dónde partiera de un aeródromo privado en algún lugar al norte de Dallas, Texas. Había estado allí dos veces antes. Ambas veces, mientras trabajaba para Frank Skinner y el SIS. Parecía apropiado que lo usáramos como el primer paso en un viaje para ver a Frank, presumiblemente para nuestra reunión final.

Al despertar horas después, cuando el avión aterrizó, sentí todo el efecto de resaca de la droga paralizante. Al menos me hizo olvidar fácilmente todo lo que había sucedido en los últimos días.

Olvidarlos.

Olvidarla.

Especialmente a ella.

Era inútil pensar en ello. El FBI había hecho desaparecer a Reese McSweeney. Ella estaba fuera de mi vida. Otra vez. De alguna manera, siempre pensé que nos volveríamos a encontrar. Tuvimos una oportunidad. Y la habíamos desperdiciado.

Nada nuevo allí.

Deberíamos haber dejado Texline cuando tuvimos la oportunidad.

Me senté en el asiento trasero del sedán con un agente a cada lado. Las ventanas estaban oscurecidas y un divisor nos separaba del frente. No podía ver absolutamente nada. Los federales tampoco eran muy conversadores. Ni siquiera sonrieron ante mi reciente repertorio de chistes malos. Eso hizo que fuera difícil determinar dónde diablos estábamos. El destino final había quedado claro en mi

breve conversación con Frank. Basándome en eso, supuse que estábamos en algún lugar del norte de Virginia.

Frank había sido puesto a cargo de la División de Actividades Especiales de la CIA, Grupo de Operaciones Especiales. No hacía falta mucha imaginación para suponer que mis escoltas eran sus hombres y que nos dirigíamos a su oficina.

Al menos a una de sus oficinas. El tipo de lugar que el resto del mundo suponía que era una granja, pero debajo del granero o la casa había un laberinto de oficinas de la Agencia y salas de interrogatorio. Yo, como otros antes que yo, conocería mi destino allí.

¿Qué tenía planeado Frank para mí? Nos habíamos visto por última vez hacía unos meses. Nuestra despedida consistió en que yo le puse una pistola en la cabeza. Lo único que me impidió apretar el gatillo fue que mi hija, Mia, estaba a nueve metros de distancia. Vi el miedo en sus ojos. Apenas me conocía como padre. Yo no quería que me recordara como un monstruo. Así que dejé vivir a Frank. Supe entonces que era un error. Las cosas no eran iguales entre nosotros, y no lo habían sido durante años. La tensión aumentaba cada vez que estábamos cerca. Podría haberlo terminado allí. Debería haberlo terminado.

Supuse que, dado que mi identidad había sido expuesta mientras estaba en Texas, me había incluido en una lista de vigilancia. Una a la que Frank tenía acceso debido a su posición en la CIA. Utilizó recursos para determinar la credibilidad del informe y luego actuó en consecuencia. Al menos me había dejado tiempo suficiente para limpiar el desastre en Texline.

Tenía que estar preparado para otros resultados de nuestra reunión pendiente. Había cabreado a mucha gente durante la última década y había cometido suficientes actos turbios para individuos aún más turbios como para que cualquier ciudad, estado o agencia federal quisiera arrestarme. Sin embargo, Frank era el único con un motivo sólido.

Instintivamente, miré la ventanilla lateral mientras el vehículo aminoraba la marcha hasta detenerse por primera vez en más de una hora. El vidrio oscurecido no revelaba nada. Uno de los

hombres, un tipo calvo con cejas pobladas y un tatuaje detrás de la oreja derecha, miró su teléfono. Se inclinó hacia delante e hizo contacto visual con su compañero. Ambos asintieron.

Estábamos cerca.

Una ola de pánico recorrió mi cuerpo, entumeciendo mis dedos de las manos y los pies. Respiré profundamente, relajé los brazos, las piernas, el pecho y los músculos abdominales. La sensación se desvaneció. No tenía control sobre lo que estaba a punto de suceder. Mi trabajo de ahora en adelante era reaccionar. Si eso era un ataque o simplemente información, estaba por determinarse. Me preparé para cualquiera de los dos.

Los respiraderos del techo dejaron de expulsar aire frío. En su lugar había un chorro cálido que olía a gasolina y aceite. Los hombres se apretaron contra mí. Si empezaba a moverme, lo sabrían.

El vehículo giró a la izquierda y a la derecha unas cuantas veces. Abrí un mapa mental de Langley, intenté relacionar nuestros cambios de dirección con las calles y los edificios, las instalaciones de entrenamiento y las viviendas que lo acompañaban. Recordé lo mejor que pude lo que había bajo tierra y esperé que no termináramos allí. Era un ejercicio inútil. Podríamos haber estado de nuevo en Crystal River, Florida. Los giros se alinearían de la misma manera. Era imposible saberlo con precisión.

El tipo con el tatuaje levantó su teléfono a la altura de los ojos y lo tocó con el dedo índice. Después de un minuto, lo bajó, lo agarró con ambas manos y escribió un mensaje con los pulgares. Usó las manos para bloquear la pantalla de la vista. Durante unos momentos, el tono de respuesta háptica fue el único sonido dentro del coche. Habíamos llegado a otra parada. El motor funcionó al ralentí en silencio.

Conté los segundos en mi cabeza. Treinta, cincuenta, noventa. El tatuado jugaba en su teléfono, ya no ocultaba la pantalla. No hacía falta. Angry Birds no era nada que ocultar. Al menos si tenía doce años no lo sería. Su compañero miraba fijamente hacia delante. No me molesté en preguntar qué estaba pasando. No me iban a dejar saber.

La puerta del pasajero delantero se abrió. El vehículo se inclinó hacia la derecha, luego rebotó, se balanceó de un lado a otro durante unos segundos. Me esforcé por escuchar pasos, pero no pude distinguir ninguno. El interior del vehículo debía estar insonorizado. ¿Para qué más se usaba el coche? ¿Para transportar dignatarios extranjeros? ¿Refugiados y solicitantes de asilo de alto perfil? ¿Agentes traidores que se pasaban a nuestro lado? *Nuestro lado*.

Me dieron ganas de reír y vomitar al mismo tiempo. Había alcanzado un nivel de inteligencia en el que no había bandos. No había bien contra mal. Solo un grupo de hombres malos haciendo cosas malas, todo en nombre de una ideología en la que ya nadie en la cima creía.

Y para un tipo como yo, que trabajaba dentro y fuera, que se vendía al mejor postor y estaba dispuesto a hacer cualquier trabajo, nada de eso significaba nada. Dame una orden, págame lo suficiente y ejecutaría cualquier orden y a cualquier persona.

Pero la verdad, era que ese solía ser yo. Ahora no quería tener nada que ver con nada de eso. Había llegado a un punto en el que mi único objetivo era ir a la deriva y desaparecer con Mia. Me di cuenta de que deberíamos habernos ido juntos, en lugar de tomarme unos meses para que las cosas se calmaran.

Todo me llevó a quedar atrapado en la parte trasera de un sedán del gobierno, estacionado afuera de Dios sabe dónde. Presumiblemente no tendría que esperar mucho más para saber esa parte.

La puerta trasera del pasajero se abrió y entrecerré los ojos esperando que entrara la luz del sol. No sucedió. La tenue luz fluorescente amarilla era el sabor del día.

El tatuado salió del vehículo primero, se dio la vuelta, se inclinó y luego me hizo un gesto con su pistola para que lo siguiera. Su compañero permaneció sentado, con la mano escondida dentro de su chaqueta. Salí del coche y miré alrededor del aparcamiento. Había dos coches similares aparcados allí y un Mercedes en la esquina. No cabía mucho más. Era más pequeño de lo que

esperaba, lo que significaba que estábamos cerca de una de las oficinas menos utilizadas.

El tipo de lugar al que poca gente como yo entraba, pero cuando lo hacían, los sacaban en una bolsa para cadáveres. Si es que salían.

Cuatro agentes me encerraron y me llevaron hacia delante. No fue hasta que nos acercamos a las puertas de acero incrustadas en las paredes de hormigón que reconocí dónde estábamos.

No era Langley.

Diablos, tampoco estaba en el norte de Virginia.

Me habían llevado a Nueva Jersey. Y me quedé en el aparcamiento del cuartel general del SIS, ahora en desuso.

FECHA FINAL: CAPÍTULO 2

Caminamos por el pasillo y nos adentramos en una serie de recuerdos. Unos que había luchado por olvidar a lo largo de los años. A pesar de todo el bien que habíamos hecho durante mi estancia en el SIS, no había forma de engañar a nadie y pensar que éramos un grupo de niños del coro. Habíamos podido operar sin restricciones en Estados Unidos y en otros lugares. Las reglas rara vez se aplicaban a nosotros. Estoy seguro de que eso hizo que Frank Skinner fuera un candidato atractivo para dirigir el SAD-SOG. Había dirigido una operación similar con un presupuesto mucho menor y mucho menos respaldo de los políticos. Ahora era imparable.

La alfombra del pasillo había sido arrancada en favor de hormigón. El aire cargado de productos químicos soplaba a través de los enormes conductos de ventilación del techo. Las luces del techo zumbaban y parpadeaban a intervalos irregulares. Supuse que no habían estado encendidas desde que se disolvió el SIS. Por supuesto, tuve que preguntarme si se había cerrado después de todo.

Al pasar por mi antigua oficina, pensé en misiones específicas que habíamos llevado a cabo. Los rostros de los hombres, mujeres y niños que habíamos salvado. Agentes y amigos que habíamos perdido en el camino. La habitación de dos por tres ahora estaba vacía, salvo por una aspiradora en una esquina. A juzgar por el piso, dudaba que alguien hubiera usado alguna vez la máquina.

Nos detuvimos antes de la oficina de Frank, que estaba al lado de la mía. El tatuado tocó la puerta, esperó un segundo, asintió y

luego entró. Dos de los agentes restantes nos dejaron. Irán a preparar café, tal vez, o la sala de interrogatorios. Esperaba que no llegara a ese punto porque parecía que la oficina de Doc ya no estaba ocupada. ¿Quién arreglaría sus huesos rotos una vez que terminara con ellos?

El tatuado salió de la oficina, miró más allá de mí y asintió con la cabeza a su compañero.

—Skinner te recibirá ahora—. El tatuado dio un paso atrás y me hizo un gesto como si fuera un avión que se dirigía hacia la pista. Me guio hacia él, luego hacia la oficina.

Frank permaneció sentado detrás de su escritorio. No me saludó ni me dio la mano. Una mano permaneció en el apoyabrazos de la silla, la otra escondida debajo del escritorio, presumiblemente agarrando una pistola con tanta fuerza que sus dedos se debían estar blancos. Su expresión neutral no delató nada. Podría morir en los próximos cinco minutos, o podría pedirme que asesinara a un político en Colombia.

A pesar de la silla a mi lado, permanecí de pie.

—Es bueno verte, Jack.

¿Lo era? Respondí con un leve asentimiento. Nada más.

Levantó la mano del apoyabrazos e hizo un gesto hacia mi cintura.

—¿Te importa?

—Me revisaron media docena de veces, Frank.

—Estoy seguro de que sí. ¿Qué tal si me haces caso, por favor?

Levanté mi camisa un par de centímetros, me di la vuelta.

—¿Feliz?

—Seguro—. Tomó un bolígrafo del escritorio y me apuntó.

—Toma asiento.

Me recosté en la silla y apoyé la cabeza contra la ventana de vidrio. Era a prueba de balas, y cuando se encendió la luz del marco, nadie del vestíbulo podía ver hacia adentro. Había salvado la vida de Frank una vez. Desafortunadamente.

—¿Cómodo?— preguntó.

Había adoptado esa postura en esta misma oficina cientos de veces en el pasado. No sé si alguna vez me sentí cómodo aquí. Aun

así, le asentí con la cabeza. —Pequeño— dijo Frank, hablando con su agente. —Ciérrame la puerta. El tatuado se acercó y cerró la puerta.

—¿Pequeño?— dije. —El tipo tiene la complexión de un tanque.

—Irónico, ¿verdad? — Frank colocó su otra mano sobre el escritorio. Había dejado la pistola montada en la parte inferior. Miré hacia abajo al divisor de acero que me impedía acceder al arma. Frank se inclinó sobre su antebrazo. —Jack, ¿qué diablos pasó en Texas?

Moví mi mano frente a mi cara para dispersar el olor de su loción para después del afeitado. —No quiero hablar de eso.

—No puedo describir la sensación que sentí en mi estómago cuando apareció tu nombre. Quiero decir, solo hay un puñado de personas en el mundo que aparecerían en ese informe. Maldita sea, no habíamos tenido ningún problema en tres meses. Te diré una cosa, Jack, asustó muchísimo a todos los que estaban en esa mesa. Llegó hasta los más altos mandos. Te incluyeron en una reunión informativa diaria que normalmente termina con alguien muriendo.

—¿Por eso estoy aquí? ¿Se me acabó el tiempo?

Mordió la punta de su bolígrafo y sacudió la cabeza

—¿Entonces por qué lo mencionas?

—¿La reunión? Pensé que deberías saberlo.

—¿Y Texas?

—Por curiosidad, eso es todo. He estado recibiendo mensajes de texto que me mantienen al tanto de un supuesto acuerdo de armas masivo que se realizará pronto. Hay cuatro agencias diferentes colaborando en esto. El FBI, Homeland, la DEA y uno de esos grupos de Texas. Se supone que es enorme. He escuchado que derribaremos una de las células terroristas más grandes del suroeste.

No dije nada.

Hizo girar el bolígrafo entre sus dedos, índice a meñique y viceversa.

—Te ganaste mucha buena voluntad con esto, Jack.

—Eso es genial.

Pensar en Texas me llevó a pensar en Reese. Frank siempre había sido perceptivo a los mecanismos internos de mi mente. Hoy no fue diferente.

—Entiendo que la protección de testigos tuvo que involucrarse. Alguien que conocías, ¿verdad?

Sostuve su mirada durante unos segundos, preguntándome a dónde quería llegar con esto. —Sí, una vieja amiga mía. La conocí durante la misión de Brett Taylor. ¿Recuerdas eso?

—Sí, y sé lo de Reese McSweeney. Tal vez pueda mover algunos hilos.

—Pensé que estaba aquí para morir.

—Eso depende de ti.

Me enderecé en la silla. —¿Cómo?

—El pasado es el pasado— dijo. —Eso es lo que siento, al menos. Entiendo por qué actuaste como lo hiciste. Si los papeles se hubieran invertido, probablemente yo también me habría puesto una pistola en la cabeza. Me tenías muerto de inmediato. Pero me dejaste vivir. Y, Jack, estoy agradecido de que no lo hayas hecho. Ahora, ¿no crees que lo he olvidado por completo? Puede que entienda porqué. Puede que te agradezca que no me hayas matado. Pero todavía puedo emborracharme pensando en eso. Y recuerda, podría proporcionar suficiente testimonio para encerrarte entre diez y veinte años, como mínimo. Y ambos sabemos que no durarías mucho en una jaula.

—Así que eso es todo, ¿eh? No te importa, pero sí. Usarás todo lo que tienes contra mí, a menos que no quieras hacerlo—. Puse mis brazos sobre la mesa y me incliné hacia adelante. Aproximadamente unos treinta centímetros de aire nos separaba. Podía oler el sándwich de jamón que había almorzado y la cerveza con la que lo acompañó. —Escucha. Tengo tanto como tú, si no más. Podemos caer los dos, por lo que a mí respecta.

Frank se inclinó hacia atrás, extendió los brazos con las palmas hacia mí y sonrió. —Lo siento, eso sonó como una amenaza, ¿no? No es lo que quise decir. Realmente ya superé todo el asunto.

Me estaba cansando del juego. Estaba yendo por los lados sobre lo que fuera que quería, haciendo amenazas no tan sutiles hacia mí.

—Está bien—, dije. —Entonces mi respuesta es no.

Frank se rio. —¿No a qué?

—Lo que sea que estés a punto de preguntarme.

—Vamos a caminar, Jack.

Dados los confines de la sede del SIS, dar un paseo nunca era una buena idea. Sin embargo, en ese momento no tenía muchas opciones.

Salimos de su oficina y nos dirigimos por el pasillo que se alejaba de la entrada. Todas las demás oficinas estaban oscuras y vacías. Lo mismo con las salas de interrogatorio. Frank y yo habíamos pasado mucho tiempo en ellas, sentados del mismo lado de la mesa.

Evidentemente, Frank ya no operaba desde este lugar. Nadie lo hacía. No con regularidad. Tal vez lo habían dejado allí para situaciones como esta. O peores. Ahora que el edificio estaba fuera de la red, podía usarse para lidiar con los hostiles de cierta manera. Una que los políticos generalmente desaprobaban.

Las luces de la escalera apenas funcionaban. Iluminaban el área lo suficiente para bajar las escaleras, pero eso era todo. Podría haber habido alguien escondido en el primer rellano, y no lo habría visto.

El primer subnivel olía igual que hace cinco años. Es decir, olía a nachos de calamar de dos semanas. Nos detuvimos frente a la sala de reuniones donde el equipo solía reunirse semanalmente y antes de cualquier misión importante. Esperaba que me saludaran algunos de los agentes del SOG de Frank. Metió la mano, accionó un interruptor y se encendieron las luces. La sala estaba vacía.

Él se sentó en un extremo de la gran mesa de conferencias. Yo me senté en el lado opuesto.

—Aparte de Texas, ¿qué has estado haciendo? —, preguntó después de acomodarse.

—¿Por eso vinimos aquí?

—Las cosas se estaban poniendo un poco intensas arriba. Pensé que unos minutos para pasar el rato y ponernos al día podrían ayudar.

—He estado a la deriva. Nada más, nada menos. Vi a mi familia por un día, me fui sin despedirme y comencé a conducir.

—Poético.

—¿No?

—Perdí tu rastro después de que te fuiste de Florida—, dijo.

Estaba a punto de sacar a relucir su siguiente moneda de cambio. No había caído en su amenaza de volverse contra mí en la corte. Sin embargo, Mia era su as. No quería que nada le pasara a mi hija, especialmente por mí. Frank continuó. —Sé que te fuiste sin tu hija—.

Apreté la mandíbula y sacudí la cabeza.

—¿Qué? —, dijo.

—No lo digas, Frank. Puedes usar lo que quieras contra mí, pero que Dios me ayude, si metes a mi hija o a mi familia en esto, desataré toda mi furia contra ti. Ninguno de nosotros saldrá vivo de este edificio hoy.

Frank se levantó y caminó por el lado de la mesa más cercano al pasillo. Yo contraataqué en el lado opuesto. Nos detuvimos en el medio. Un metro y medio de tableros de partículas baratos nos separaban.

—No tengo nada contra ella ni contra nadie de tu familia, Jack. Tú me conoces. No es así como opero.

—Las cosas cambian—. Podía sentir que mi presión arterial se disparaba y mi pulso latía en mi cabeza, contra mis sienes. Me ardían las orejas y las mejillas.

—Eso es lo que hacen—. Extendió su mano como si quisiera estrechar la mía. —Pero todavía me quedan algunas hebras de decencia moral. Diablos, te ayudaría a protegerlos si tu trasero no fuera demasiado orgulloso para preguntar. Tengo a los mejores agentes del mundo trabajando para mí. Nadie hace preguntas.

—Lo hace mucho más fácil, ¿no?

—Dios, Jack. Estoy tratando de ayudarte.

—¿Crees que me arriesgaría a revelarte su posición?

—¿Crees que no puedo averiguarlo de todos modos?

—Ahí vas de nuevo— dije. —Pareces decir que me ayudarás, pero luego tienes que hacer esas amenazas.

—Eres un hijo de puta paranoico, ¿lo sabes, Noble?

Tenía razón. —¿No lo somos todos? ¿De qué otra manera tú y yo hemos sobrevivido en este negocio tanto tiempo?

—Confío en la gente adecuada—. Puso ambas manos planas sobre la mesa y se inclinó hacia adelante. Eso lo dejó vulnerable. Podría dejarlo inconsciente antes de que pudiera mover la mandíbula. Y él lo sabía. —Hubo un tiempo en el que tú y yo nos cubríamos las espaldas. Cada maldito minuto del día, hombre. No siempre nos llevábamos bien, pero nos asegurábamos como el infierno de volver a casa con vida por la noche.

—¿A qué te refieres?

—Confía en mí, nada le va a pasar a tu familia. Ni siquiera si se corre la voz de esto.

—¿Corre la voz de qué?

Me miró con una expresión grave que solo había visto dos veces antes. —Deberíamos volver a mi oficina.

La historia de Jack Noble continúa en Fecha Final

Únase a la familia de lectores de LT Ryan y reciba una copia gratuita de la historia de Jack Noble, El Recluta. Haga clic en el siguiente enlace para comenzar:
https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

ALSO BY L.T. RYAN

Buscar todos los L.T. Libros de Ryan en Amazon.

Disponible en español:

The Jack Noble Series

El Recluta

El Primer Engaño (Precuela)

Los Comienzos de Noble

Distancia Mortal

Línea Borrosa

Las intenciones de Nobel

Muerte en Grecia

Las Retribuciones de Noble

La Traición de Noble

Nunca Vuelvas a Casa

El Juicio de Noble

Nunca Llores por Misericordia

Fecha Final

Fin del Juego

El Ultimatum de Noble

La Leyenda de Noble

La Venganza de Noble

Disponible en inglés:

The Jack Noble Series

The Recruit (free)

The First Deception (Prequel 1)

Noble Beginnings

A Deadly Distance

Ripple Effect (Bear Logan)

Thin Line

Noble Intentions

When Dead in Greece

Noble Retribution

Noble Betrayal

Never Go Home

Beyond Betrayal (Clarissa Abbot)

Noble Judgment

Never Cry Mercy

Deadline

End Game

Noble Ultimatum

Noble Legend

Noble Revenge

Never Look Back (Muy pronto)

Bear Logan Series

Ripple Effect

Blowback

Take Down

Deep State

Bear & Mandy Logan Series

Close to Home

Under the Surface

The Last Stop

Over the Edge

Between the Lies (Muy pronto)

Rachel Hatch Series

Drift

Downburst

Fever Burn

Smoke Signal

Firewalk

Whitewater

Aftershock

Whirlwind

Tsunami

Fastrope

Sidewinder (Muy pronto)

Mitch Tanner Series

The Depth of Darkness

Into The Darkness

Deliver Us From Darkness

Cassie Quinn Series

Path of Bones

Whisper of Bones

Symphony of Bones

Etched in Shadow

Concealed in Shadow

Betrayed in Shadow

Born from Ashes

Blake Brier Series

Unmasked

Unleashed

Uncharted

Drawpoint

Contrail

Detachment

Clear

Quarry (Muy pronto)

Dalton Savage Series

Savage Grounds

Scorched Earth

Cold Sky

The Frost Killer (Muy pronto)

Maddie Castle Series

The Handler

Tracking Justice

Hunting Grounds

Affliction Z Series

Affliction Z: Patient Zero

Affliction Z: Abandoned Hope

Affliction Z: Descended in Blood

Affliction Z : Fractured Part 1

Affliction Z: Fractured Part 2 (Muy pronto***)***

ACERCA DEL AUTOR

L.T. Ryan es un autor superventas del Wall Street Journal y del USA Today, famosa por crear thrillers trepidantes que mantienen a los lectores al borde de sus sillas. Conocido por crear historias apasionantes y centradas en los personajes, Ryan es autor de la serie Jack Noble y de la serie Rachel Hatch, entre otras. Con su habilidad para combinar acción, intriga y profundidad emocional, los libros de Ryan han cautivado a millones de seguidores en todo el mundo.

Tanto si se trata del oscuro mundo de los operaciones encubiertas o de la incansable búsqueda de la justicia, las historias de Ryan presentan personajes inolvidables y tramas de alto riesgo que resuenan entre los seguidores de Lee Child, Robert Ludlum, y Michael Connelly.

Cuando no está escribiendo, Ryan disfruta creando nuevas ideas con coautores, dirigiendo una próspera editorial, y conectando con los lectores. Descubra la próxima historia que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche..

Haz clic en el botón de arriba para recibir una alerta de Amazon cuando L.T. tenga un nuevo libro disponible.

Conecta con L.T. Ryan

Suscríbete a su boletín informativo para enterarte de las últimas noticias y recibir contenido gratuito ➜ https://ltryan.com/jack-noble-newsletter-signup-1 Únete al grupo privado de lectores ➜https://www.facebook.com/groups/1727449564174357

Instagram ➜ @ltryanauthor Visite el sitio web ➜ https://ltryan.com Envia un correo electrónico ➜ contact@ltryan.com